

UNIVERSIDAD NACIONAL SAN MARTÍN (UNSAM)
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES (IDAES)

Maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural

**El “olvido” de la dimensión de clase en la formulación teórica de los
nuevos movimientos sociales latinoamericanos**

RAONI MACHADO MORAES JARDIM

Buenos Aires, 2010

UNIVERSIDAD NACIONAL SAN MARTÍN (UNSAM)
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES (IDAES)

Maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural

Raoni Machado Moraes Jardim

Disertación presentada al Programa de Post-Graduación en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural de la Universidad Nacional de San Martín, como requisito parcial al título de Magíster en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural

Diretora: Karina Bidaseca

Buenos Aires - Capital Federal - Argentina, Septiembre de 2010

Este trabajo fue realizado en el programa de Post-Graduación en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural en la Universidad Nacional de San Martín, bajo la dirección de la profesora Karina Bidaseca.

Banca Examinadora:

***Prfa. María Graciela Rodriguez**

***Prfa. Ana Maria Vara**

***Prfa. Graciela di Marco**

AGRADECIMIENTOS.

A la Organización de los Estados Americanos (OEA) por la beca que propició mi estadía en Buenos Aires y mi ingreso en la maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural.

A la profesora Karina Bidaseca, por el acogimiento de mi proyecto, por sus investigaciones inspiradoras, por la generosidad como profesora y la amabilidad como persona.

Al profesor Roniere Ribero, consejero y amigo, por los significantes aportes y revisiones teóricas al largo del proceso de confección del presente trabajo.

Al Miguel Ribeiro y Leonardo Hernandes, compañeros de trabajo y amigos. Gracias por la paciencia durante mi ausencia, por el incentivo, por los libros y por las fértiles charlas. Este largo trabajo hace parte de nuestro proyecto y, seguramente, volverá como fuente de reflexión e inspiración para lo mismo.

A toda mi familia - fuente de amor sincero -, que me hace seguir con la seguridad necesaria. Ustedes son la base para mis vuelos. Gracias por el constante soporte material y emocional al largo de mi estadía en Buenos Aires.

A todos los amigos, nuevos y antiguos, que participaron de mi vida a lo largo de estos dos años. Los momentos de distensión fueron esenciales para este trabajo.

Resumen

El presente trabajo trata de la ausencia de la dimensión analítica de clase en la formulación teórica sobre, y de, los nuevos movimientos sociales latinoamericanos. Siendo los Estudios Culturales un ámbito privilegiado de producción académica sobre los movimientos sociales, nuestro análisis apuntará hacia el “olvido” de la dimensión de clase en el seno de esta disciplina como parte de una crítica a su creciente academicismo y despolitización.

Cuestionamos la naturalización de este olvido a partir del momento en que nuestra investigación identifica actores interesados en la superación del análisis de clase, tanto dentro de la academia – ámbito privilegiado de producción de conocimiento por su legitimidad científica -, como en el de su difusión hasta la sociedad civil, generando su lugar común.

Más que eso, nuestra investigación de carácter teórico apunta hacia el creciente desuso y propagación de la inadecuación o superación del análisis de clase como parte de la estrategia de los actuales actores capitalistas, en el seno del llamado postmodernismo, para el mantenimiento de una lógica de mercado y para la desarticulación de potenciales actores contestatarios a la realidad de desigualdad social en que se basa el propio capitalismo. Es por eso que sugerimos que la recuperación del análisis de clase traería una visualización de demandas (materiales y simbólicas) en común y, luego, la potencialización de las diversas luchas de estos movimientos.

Afirmamos que la consolidación del paradigma de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, históricamente referenciados en el paradigma europeo marxista o en el de los Nuevos Movimientos Sociales, debe superar la oposición entre el análisis de la realidad centrada en el protagonismo de clase, referente al ámbito económico, o en el protagonismo de los nuevos actores sociales, centrados en el ámbito sociocultural: si por un lado es innegable que la dinámica social ya no puede ser entendida por la simple oposición de clases antagónicas, teoría referenciada en una sociedad industrial, por otro, nos parece evidente que la concentración de renta y la desigualdad estructural latinoamericana se ha mantenido al largo de la historia, configurando una realidad social caracterizada por una segregación entre clases.

INDICE

Introducción	08
Capítulo 1 – Nociones de Clase y Estratificación Social	
1.1 - Nociones básicas de “clase” presentes en las obras de Karl Marx.....	20
1.2 - La insuficiencia de la teoría marxista de clase.....	27
1.3 - La cuestión de clase en América Latina.....	42
1.3.1- Un breve aporte desde las reflexiones del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos – Trasfondo para las teorías de clase en América Latina.....	42
1.3.2 – La cuestión de clase en América Latina a partir de los Populismos.....	46
1.3.3 - Los debates teóricos sobre la estructura socioeconómica en América Latina....	51
Capítulo 2 – Teorías de los Movimientos Sociales	66
2. 1- El paradigma Norteamericano.....	70
2.1.1 - Teorías clásicas sobre las acciones colectivas.....	70
2.1.2 -Teoría de la Movilización de Recursos (MR).....	73
2.1.3 - Teoría de la Movilización Política (MP).....	79
2.2 - El Paradigma Europeo.....	88
2.2.1 - Teoría Marxista.....	89
2.2.2 - Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS).....	110
Capítulo 3 – El Paradigma Latinoamericano	120
3.1 – Particularidades latinoamericanas fundamentales para un paradigma de los movimientos sociales.....	147
3.2 – La necesidad de superación de paradigmas excluyentes para la formación de un paradigma propio.....	150
3.3 - La importancia de rescatar la dimensión de clase en las formulaciones teóricas de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos.....	153
Capítulo 4 – La “Postmodernidad” y el “Olvido” de la Dimensión de Clase	160
4.1 – Una tentativa de contextualización histórica.....	161
4.2 – Los Estudios Culturales y la Postmodernidad.....	166
4.3 – La utilización de la ideología multiculturalista por los actores representantes del capitalismo actual (o tardío) - Las redes de actores transnacionales de carácter neoliberal y los <i>Think Tanks</i>	175

4.3.1 – Los <i>Think Tanks</i>	179
4.4 – La dimensión de clase y los nuevos movimientos sociales.....	186
4.4.1 – La crítica a los nuevos movimientos sociales.....	189
Conclusión	194
Bibliografía	202
Anexos	208

“La literatura está hecha para que la protesta humana sobreviva al naufragio de los destinos individuales” (Sartre, El idiota de la familia, vol I, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1975)

Introducción

El presente trabajo de tesis refleja la culminación de la maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Fue posible por la beca (integral) otorgada por la Organización de los Estados Americanos (OEA). Su interés radica en el tratamiento de la ausencia de la dimensión analítica de clase en la formulación teórica sobre, y de, los nuevos movimientos sociales latinoamericanos. Considerando que gran parte de la producción académica sobre los movimientos sociales está basada en los aportes de los Estudios Culturales, nuestro análisis termina por apuntar para el “olvido” (Zizek, Jameson y Grüner, (1998)) de la dimensión de clase en el seno de esta disciplina como parte de una crítica a su creciente academicismo y despolitización.

La utilización del término “olvido” -entrecomillado-, configura la propia hipótesis de nuestro trabajo: el “olvido” de la dimensión de clase en la formulación teórica sobre, y de, estos nuevos movimientos (campo académico protagonizado por los Estudios Culturales) está cargado de intencionalidad, ya que es parte de la estrategia de los nuevos actores capitalistas que, en el seno del llamado postmodernismo, buscan la preservación de una estructura socioeconómica desigual. Eso privilegia evidentemente la vigencia de una lógica capitalista de funcionamiento - apoyada en la desigualdad de posiciones en la estructura socioeconómica – y la hegemonía de los mismos.

En la realidad social y económica latinoamericana, marcada por altos niveles de concentración de renta y desigualdad social, gran parte de los nuevos movimientos sociales siguen luchando por el acceso a bienes básicos (tales como vivienda, tierra, alimentación, etc.), y otra gran parte lucha por mayor igualdad - desde el área de derechos hasta las áreas simbólicas del lenguaje – para poblaciones históricamente marginadas, procesos iniciados desde la colonización de los países de América Latina. Así, contando con los aportes de la teoría poscolonial, este trabajo sugiere que la actual estructura socioeconómica debe ser analizada considerando el pasado marcado por los procesos de colonización en los países latinoamericanos, ya que se percibe una correspondencia de las posiciones en la estructura socioeconómica desde los tiempos coloniales hasta los actuales.

Históricamente la dominación social por fines económicos, fue legitimada por un discurso de supuesta superioridad de valores y por una producción de narrativas, que se perpetuarán a lo largo del tiempo. En este sentido, la vigencia de valores en el que se

basa una cultura se mezcla con la hegemonía económica, y ambas se sustentan y se apoyan concomitantemente. Así, resaltamos en este trabajo la importancia del diálogo de las actuales luchas de los nuevos movimientos sociales - aquellos que luchan en la esfera identitaria, cultural, simbólica o del lenguaje -, con la dimensión analítica de clase para llegar a una mejor comprensión de la vigencia de valores y de las actuales estrategias que utilizan los actores capitalistas hegemónicos, preocupados con el mantenimiento de su posición en la estructura económica.

Considerando que en nuestra sociedad la academia es vista como el ámbito legítimo - por su *status* de verdad científica - de producción de conocimiento, discursos, narrativas y categorías de pensamiento para nuestra propia comprensión de la realidad, apuntamos al creciente desuso y propagación de la inadecuación del análisis de clase como parte de la estrategia de los actuales actores para el mantenimiento de una lógica de mercado y para la desarticulación de potenciales actores contestatarios a la realidad de desigualdad social en que se basa el propio capitalismo. Estas estrategias, como queda detallado en el capítulo 4, hablan respecto a la proliferación de centros de investigación y promoción de ideas y políticas multidisciplinares de carácter neoliberales en diversos países latinoamericanos (también llamados *Think Tanks*. Mato (2007b)); a becas ofrecidas por redes transnacionales de carácter neoliberal a poblaciones históricamente marginadas; a la elaboración de investigaciones sociales financiadas por estas redes; al establecimiento de directrices editoriales; a la exportación de un modelo de los Estudios Culturales referenciados en un idioma (donde se pierde peculiaridades contextuales) y en estudios e investigaciones de otra realidad social, económica e histórica.

Afirmamos que la consolidación del paradigma de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, históricamente referenciados en el paradigma europeo marxista o en el de los Nuevos Movimientos Sociales, debe superar la oposición entre el análisis de la realidad centrada en el protagonismo de la clase, referente al ámbito económico, o en el protagonismo de los nuevos actores sociales, centrados en el ámbito sociocultural: si por un lado es innegable que la dinámica social ya no puede ser entendida por la simple oposición de clases antagónicas, teoría referenciada en una sociedad industrial, por otro, nos parece evidente que la concentración de renta y la desigualdad estructural latinoamericana se ha mantenido al largo de la historia, configurando una realidad social caracterizada por una segregación entre clases. Sugerimos que la recuperación del análisis de clase traería una visualización de

demandas (materiales y simbólicas) en común y, luego, la potencialización de las diversas luchas de estos movimientos.

Todo este análisis crítico se dirige también al actual período histórico en el que vivimos, nombrado por algunos autores como “postmodernismo”, que trae consigo las dos ideas: de superación del período histórico anterior, idea transformada en lugar común; y, en el ámbito académico, de cualquier teorización que considere un horizonte totalizador, poniendo en desuso la problematización de las posibles consecuencias del último período, referente a la modernidad, en la actualidad. En este momento no procederemos a abordar el desarrollo de estos análisis críticos, lo que ya lo haremos a lo largo del trabajo. De cualquier manera, introducimos a continuación la estructura del trabajo, dividida por capítulos, para una mejor visualización de lo que nos proponemos profundizar en esta investigación teórica.

En el primer capítulo – “Nociones de Clase y Estratificación Social” -, presentamos la noción de clase dentro de la teoría marxista y, más allá de ella, en su importancia fundamental para las teorías que surgieron después, inclusive como crítica a esta primera. Nos basamos tanto en las obras de Marx como en teorizaciones más contemporáneas sobre estas, acuñadas por importantes autores, como Sztompka (1998), Bourdieu (2009), Payne (2008), Stavenhagen (1970), Parkin (1980).

La percepción marxista de las totalidades como estructuras relacionales, reflejadas en su percepción de los individuos como estructuralmente implicados, la base de la teoría estructuralista de este autor, fue también el eje central de la problematización de otras teorías posteriores – tales como las diversas teorías sobre la estratificación social. El modelo de una sociedad capitalista impulsada por la posición de los sujetos delante de los medios de producción, separando la sociedad en dos clases distintas, opuestas y polares – burguesía versus proletariado –, sumada a la inevitable toma de conciencia de estos últimos como “sujetos de clase”, y a partir de allí de la concepción de la clase opuesta a la suya, serían las condiciones marxistas para el surgimiento de las “contradicciones de clase”, los “antagonismos de clases”, y finalmente, la “lucha de clases”¹ – que llevarían a la revolución proletaria (subrayamos allí el importante papel de los partidos políticos en tal proceso de toma de conciencia, tal como es presentado en el primer capítulo).

¹ Las contradicciones, los antagonismos y las luchas de clase serán definidas y analizadas en el capítulo uno.

La centralidad de la esfera económica para la explicación de la dinámica social se haría evidente por la relación entre la esfera legal y política, la religión, la estética y el arte (llamada “superestructura”, “formas definidas de consciencia social” o “ideología”) y las condiciones materiales-económicas (“base”). Aunque la primera esfera se podría desarrollar con parcial independencia de la segunda, esta última sería la condición determinante entre la relación dialéctica entre base y superestructura, como explicamos en el capítulo uno siguiendo a Marx.

Esta teoría fue perfectamente adecuada para explicar la realidad sobre la que Marx escribía (pasaje del siglo XVIII al XIX en Alemania), donde la dinámica social se determinaba por la centralidad del creciente desarrollo del proceso industrial. Estas relaciones involucraban la casi totalidad de la población, siendo las posiciones ocupadas en el sistema de producción - referente a la esfera económica -, determinadas por la propiedad (capitalistas) o no-propiedad (proletariados) de los medios de producción. Entretanto, esta teoría dejó de ser exclusiva para la explicación de las dinámicas sociales de todas las sociedades occidentales a lo largo del tiempo, como preveía Marx.

La actual estabilización de los procesos de desarrollo industrial en gran parte de los países occidentales (siendo que en algunos este sector inclusive se ha retraído sustancialmente - principalmente en los países más desarrollados - constituiría, por si solo, un problema para la aplicación de la teoría marxista, o minimamente para su exclusividad ya que sería, por si solo, un factor en contra de la exclusividad de la teoría marxista. Cardoso (1982) nos presenta un detallado cuadro, estadístico (anexado al final del trabajo), sobre la estructuras de clases en las sociedades capitalistas contemporáneas, principalmente de los países latinoamericanos. La centralidad que Marx le atribuía a las posiciones ocupadas en el proceso productivo, marcadamente industrial, según muchos teóricos contemporáneos, no sería suficiente para explicar las dinámicas sociales y las posiciones ocupadas en las estructuras sociales, principalmente en el contexto extra-europeo.

Diversas teorías empezarán a ganar la atención en sus búsquedas por explicaciones que diesen cuenta de la complejidad de las nuevas posiciones ocupadas por los sujetos en el seno de la modernidad, tal como de la creciente movilidad social, relacionada con la explosión del sector de prestación de servicios. Las teorías de la estratificación social, referenciadas en la teoría multidimensional de Max Weber ganaron centralidad en el análisis de las estructuras sociales. Resumidamente, este autor

trasladó el análisis de clase de la esfera de la producción a la del consumo, centrándose en los conflictos entre los grupos que comparten los mismos estándares materiales de vida - y que por lo tanto están diferenciados sobre la base de las relaciones de mercado y las oportunidades de vida, y también en el rol de los partidos políticos, especialmente los organizados en torno a la etnicidad y la nacionalidad.

La centralidad que estas dos teorías (marxistas y weberianas) encuentran en los continentes en el período de post-guerra – la primera en el contexto europeo y la segunda en los EE.UU – se reflejan en los posteriores paradigmas sobre los movimientos sociales, que incluyen en su interior la dinámica social en su sentido más amplio, referente a las dos regiones.

Defendemos, en el primer capítulo, que la oposición entre estas dos teorías no es tan real como en general se suele plantear, porque esta segunda teoría – la de la estratificación social – debe tener como soporte la teoría de clases. Los problemas metodológicos, de la parcialidad de los criterios, de las unidades de medida, entre otros – reflejados puntualmente en la claridad de los criterios de categorización²; validez del universo social en que tal estratificación es elaborada³; y unidad de estratificación⁴ - esto hace necesario la complementariedad a la teoría de la estratificación, con la teoría de las clases. Se argumenta que los estudios de estratificación social no van más allá del nivel de la experiencia, que se trata de simples descripciones estadísticas, que conducen a los estereotipos y no a la comprensión verdadera de las estructuras sociales. La falta de un análisis dinámico de las tensiones y procesos, así como de una perspectiva histórica para un análisis que comprenda el factor de procesos y de cambio social, son también apuntados como críticas.

De hecho, si consideramos que las oposiciones de clase en las sociedades son asimétricas, que delante de los que poseen poder, los medios de producción y las riquezas, se encuentran los que no las poseen; que los que no trabajan con sus medios de

² Al considerar los diferentes criterios de estratificación, es necesario distinguir claramente entre aquellos cuantitativos y los cualitativos. Estos, a su vez, pueden ser basados en criterios objetivos (tales como la posesión o no de ciertos bienes, el desempeño de funciones de dirección o subalternas, etc.) y los criterios que, aunque objetivos, están basados en evaluaciones subjetivas, tales como el prestigio de ciertas ocupaciones o de los distintos grupos raciales o étnicos.

³ Los estudios empíricos generalmente toman como universo una determinada comunidad, pero las comunidades no son representativas de la sociedad en general.

⁴ Que puede referirse al individuo o un grupo social. Con frecuencia el estudio de la estratificación no es más que una búsqueda por el *status* individual, en este sentido, se habla con frecuencia de sistemas de *status* y no de sistemas de estratificación. Estos estudios, por la dificultad de abarcar a todos los sujetos, y por la multiplicidad de categorías que genera, no logran trazar un sistema de estratificación sólido y representativo de una sociedad, mucho menos material teórico para los estudios en esa área.

producción emplean el trabajo asalariado de otros; que unos están “arriba” y otros “abajo”, queda claro percibir que las distintas posiciones ocupadas por las clases en la sociedad representan efectivamente una estratificación. De esta manera, las características específicas de cada sistema de estratificación dependen directamente del contenido específico de las relaciones y de las oposiciones entre las clases. Sugerimos que, aunque a primera vista, consideremos estratificaciones que no están asentadas en las relaciones de clase (categorías ocupacionales de prestigio, jerarquías basadas en criterios raciales o étnico), si profundizamos hasta las raíces de estas estratificaciones, llegaremos a las situaciones de clase, en su sentido económico.

Esta complementariedad de las dos teorías quedan claras cuando analizamos la realidad Latinoamericana. Referenciados en los planteos de autores como Casanova (2007), Quijano (2000) y Bidaseca (2010), hacemos uso de la teoría poscolonial y los Estudios Subalternos, sugiriendo que la cuestión de clase en América Latina está íntimamente ligada al proceso de colonización y que este se ha reproducido internamente en los países de esta comunidad – idea central de la teoría del colonialismo interno. Estos aportes iniciales son fundamentales, aunque en este trabajo se presente como transfondo, para pensar diversos puntos centrales de nuestro trabajo.

Aún en el primer capítulo, nos valemos de Calderón y Jelin (1987) para plantear la conformación de lo que podríamos llamar “clases urbanas”, durante el período de los populismos latinoamericanos. El desarrollo industrial fue conformando nuevos sectores sociales nacionales. La nueva conformación social, respuesta de la crisis de dominación oligárquica que desplazó un gran contingente de población hacia los incipientes centros urbanos, exigió que los gobiernos populistas atendieran los intereses de las incipientes clases: como combinar burguesías industriales débiles, las clases trabajadoras urbanas que no contaban con los canales institucionalizados para la expresión de sus intereses y los sectores medios en ascenso, fue el desafío de este momento político. En este proceso, llamamos la atención para la mediación promovida por el Estado, que se presentó como un actor social fundamental para la conformación de los intereses económicos y para la consolidación de los actores socio-políticos. En este sentido, podemos decir que el Estado fue desde muy temprano un productor de sociedad, además de su producto.

De manera general, el proyecto industrializador, ocurrido en gran parte de los países Latinoamericanos, y protagonizado por las nuevas clases dominantes, involucró el crecimiento de los sectores populares urbanos. Por el solo hecho de que este nuevo

sector urbano este concentrado en áreas urbanas y por que trajeron consigo la marca de una ruptura con las formas tradicionales de relaciones de dominación, fueron movilizados en términos políticos y participaron, con significativa relevancia, aunque con papeles subordinados, en las alianzas políticas gobernantes. Sugerimos que el logro de haber logrado reivindicaciones de carácter laboral, en gran parte institucionalizadas mediante leyes laborales, se refiere por un lado a una respuesta genuina a las demandas originadas en las necesidades de la población trabajadora, pero por otro lado, es parte de un proceso de negociación política dirigida a obtener el apoyo de los sectores populares (los más numerosos y potencialmente críticos) y, fundamentalmente, como forma de control social, mecanismo elaborado para incrementar la disciplina, el control y la predictibilidad de la fuerza de trabajo. Como veremos más adelante, tan pronto como el estado populista tuvo su soberanía estabilizada, reveló su identidad autoritaria, muchas veces de carácter fascista, y empezó a utilizar a las organizaciones obreras, que le fueron tan útiles a lo largo de su fortalecimiento, como masa de maniobra política.

En el período post-populista, diversas teorías competieron para intentar comprender la amorfa estructura social de los países latinoamericanos, así como su dinámica, donde el campo de la manifestación popular estaba presente. Basados en reconocidos autores latinoamericanos (Cardoso, 1982; Ianni, 1990; Calderón y Jelin, 1987, Gohn, 1997, entre otros), buscamos plantear estas teorías.

Una primera línea de interpretación respecto de los procesos histórico-culturales en Latinoamérica, dominante durante los años 50 y 60, tenía su foco en la economía, en la expansión industrial. Llamada “teoría de la modernización”, estaba anclada en la CEPAL (Comisión Económica para el Desarrollo de la América Latina). Partía del análisis comparativo entre los procesos históricos ocurridos en los países de industrialización avanzada y la América Latina.

A partir de los años 70, en el período post-populista, ocurrirán cambios fundamentales en la estructura social y en los movimientos sociales urbanos, detallados estadísticamente en el final del capítulo uno. La expansión del sector industrial llevó a la heterogenización de las fuerzas productivas, que, como veremos más adelante, influyó en la creación de clases intermedias y a la nueva configuración de los movimientos sociales. Simultáneamente, bajo el régimen militar, ocurrieron cambios políticos hacia el autoritarismo. No había lugar para tolerancias, y las luchas pasaron a ser más violentas.

Ante la rigidez y la violencia del modelo político vigente, sumado a la reciente consolidación de una clase media, se percibe en América Latina, la pérdida de proyección histórica de los movimientos sociales de orientación totalizante, vueltos hacia transformaciones clasistas acabadas.

Es instituida una nueva forma de sociabilidad, una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada. Dentro del marco de esa nueva forma de sociabilidad, las interpretaciones de las prácticas sociales deberían incluir sus relaciones como el universo institucional-político, tanto en la dimensión ideológica de los sujetos de esas prácticas. Así, ya en los primeros años de la década del 70, se desplazan los estudios de conceptualizaciones estructurales totalizante de las clases sociales para los estudios de actores específicos y de problemáticas sectoriales. Frente a este nuevo paradigma, Cardoso, en los años 70, propuso una teoría que reemplazaría el paradigma etapista-dualista de la teoría de la modernización cepalina y el determinismo de la teoría del imperialismo, donde toda la realidad social era interpretada como mera consecuencia de las directrices económicas de los países dominantes. Cardoso, junto con Falleto, llamó la atención para las especificidades de América Latina, argumentando que en ella, el desarrollo debería ser visto en el contexto de la dinámica global de la economía. Esta teoría fue llamada “teoría de la dependencia”. La teoría de la dependencia influyó en otra teoría, que buscaba entender la condición de privaciones variadas en que se encontraban diversos individuos dentro del sistema capitalista. Esta fue denominada “teoría de la marginalidad”, protagonizada por Kowarick (1975). Esta teoría encontró en los planteos de Nun (1970; 2001) y Quijano (1971; 1973), una contraposición, referente a la causa de la pobreza estructural latinoamericana.

Otras discusiones teóricas como las de los “campesinistas” y “descampesinistas”, dentro de una perspectiva histórica -presentadas por Bidaseca (2006) en su tesis doctoral-, también fueron abordadas, ya que la relación de la conformación de las clases sociales urbanas en la región, bien como la masa de mano de obra, deben ser pensadas teniendo en cuenta la relación entre campo y ciudad.

Así, los nuevos paradigmas disponibles para analizar los cambios sociales apuntaban hacia nuevas maneras en que los sujetos constituyeron las relaciones entre sí y para nuevas formas de comportamiento político-social. O sea, América Latina también ha vivenciado, tanto en el campo como en la ciudad –comprendidos como locus y campos de análisis interpenetrados de la vida social-, a lo que nos referíamos en

el capítulo anterior: la validez de modelos tradicionales de explicación de la realidad sufrirán un gran cuestionamiento, generando lo que se ha llamado “crisis de los paradigmas”.

Esta crisis se refiere principalmente al paradigma marxista, considerado inadecuado para explicar las actuales transformaciones que han pasado los países latinoamericanos, principalmente en lo que se refiere a las clases sociales. En América Latina, surgen distintas propuestas, desde las que reconocen la necesidad de rever algunos presupuestos marxistas, hasta las que proponen al abandono del concepto de clase social. Así, en líneas generales, los estudios han señalado las transformaciones en las estructuras sociales relacionándolas con nuevas formas de configuración de los actores colectivos, atribuidas a la formación de una nueva clase intermedia, en el plano social, y a la pérdida de horizontes totalizante, principalmente cuanto a la dimensión de clase, en la esfera ideológica, apuntando para su reemplazo por una multiplicación de nuevas prácticas colectivas segmentadas. Acompañando esta tendencia, en el plano analítico, la transformación de estos estudios han ido en la dirección de incorporar dimensiones culturales y sociales al análisis de los movimientos, antes tan centrados en la primacía de lo político o lo económico. En este momento, las teorías de los movimientos sociales empezaron a ganar importancia para explicar lo que serían los nuevos actores sociales, los mismos que conformarían los llamados nuevos movimientos sociales.

En búsqueda de una mayor claridad explicativa del incipiente paradigma latinoamericano sobre estos nuevos movimientos sociales, presentamos, en el capítulo dos la “Teoría de los Movimientos Sociales”, - basados en el detallado estudio de Gohn (1997), en los planteos de Touraine (1973), Laclau (1983), Santos (2001), entre otros -, los paradigmas norteamericanos y europeos - los primeros y referenciales para explicar los nuevos movimientos sociales occidentales. Mezclamos los propios planteos de los autores, protagonistas de estos paradigmas, con comentarios y trabajos de otros autores sobre estos.

Construimos en el capítulo tres, “El Paradigma Latinoamericano”, sobre la afirmación de un paradigma propio para Latinoamérica. Eso porque nos parece interesante la postura de una afirmativa teórica de un paradigma latinoamericano en el sentido de hablar de un pasado en común, compartir experiencias y apuntar soluciones de acuerdo con demandas más generales. Creemos que estas actitudes convergen, en última instancia, para el fortalecimiento de los movimientos sociales latinoamericanos

como actores sociales en búsqueda de cambios sociales democráticos. Resaltamos aún en el tercer capítulo, la importancia de la academia como local privilegiado de producción de conocimientos - que influencia la formación de ciudadanos -, y como el local donde se genera un importante tipo de capital – como veremos en el planteo sobre Bourdieu en el primer capítulo. Puntualizamos que el grado de diferencia y particularidad entre los países es muy grande, y que hay que tener cuidado en las generalizaciones. De cualquier manera creemos que lo que hay en común supera en mucho lo que hay de diferencia.

De manera general, se puede decir que hubo predominancia en la década de 1970, del paradigma marxista - principalmente de las teorías marxista-estructuralista, de Castells; y, ya en los años 80, del paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales en sus distintas versiones. Podemos decir que estas últimas son las que predominan hasta los días de hoy. Investigamos sobre las razones de la influencia de estos paradigmas y sobre sus consecuencias para Latinoamérica.

Delante de la importación de una teoría formulada en otro contexto y en otro tiempo histórico sumado a las peculiaridades de la propia realidad social contemporánea latinoamericana, el paradigma marxista empieza perder espacio como la teoría central en el análisis de las dinámicas sociales así como de los movimientos sociales.

Alrededor de mediados de los años 80, los nuevos movimientos inauguraron una nueva relación entre sociedad civil y Estado y pasaron a ser actores centrales en el proceso de democratización – no solo política, sino más bien de las diversas esferas que componen la vida de los sujetos modernos, todas vistas como esferas politizadas. Los estudios realizados en toda extensión de América Latina – Sherer-Warren (1987), Kriskche, Paul (1987), Laranjeras (1990), Santos (2001), Laclau (1983), Touraine (1985, 1989) Alvarez (1989), entre otros - apuntan para nuevos conflictos nacionales, de clase, regionales, urbanos, de género, étnicos, sobre la violencia revolucionaria, el feminismo, la juventud, la burocracia, etc., y comienzan a levantar, en su propia lógica, formas de identidad y conflicto, que pasan tanto las visiones unidireccionales, economicistas y tecnocráticas de la crisis, como a las simple estadísticas partidarias. Los nuevos movimientos, con mayor o menor intensidad, apuntan para la emergencia de un nuevo orden democrático, y la elaboración de nuevas formas de pensar la sociedad, la política y el desarrollo.

A partir de los ochenta, los nuevos movimientos sociales se van desarrollando en medio de profundos cambios del sistema capitalista mundial, fenómeno conocido como

“globalización neoliberal”⁵. Delante de este fenómeno, los nuevos movimientos sociales serían justamente la forma de organización que refleja una concepción alternativa de esta ciudadanía, ya que estos movimientos luchan por la democracia no sólo en el ámbito político, sino también por prácticas económicas, sociales y culturales que podrían engendrar un ordenamiento democrático de la sociedad como un todo. Los nuevos movimientos sociales en Latinoamérica han logrado transformar sus agendas en políticas públicas y expandir las fronteras de la política institucional.

Entretanto – y acá está nuestra problemática central –, la realidad de los países latinoamericanos, caracterizados por altos niveles de desigualdad social y concentración de renta, así como las propias investigaciones que indican que los principales nuevos movimientos sociales latinoamericanos siguen luchando por el acceso a bienes básicos (tales como vivienda, tierra, alimentación, etc.), nos trae la obligación de reflexionar sobre la estructura socioeconómica contemporánea de las realidades en que están insertos estos nuevos movimientos, teóricamente “nuevos” justamente por la superación de un modelo de acción social basado en las estructuras de clase.

Así, si por un lado defendemos en este trabajo el cambio incuestionable de la realidad social sobre la cual Marx formuló su teoría de clases - luego de su aplicabilidad integral para explicar la dinámica social actual -, por otro lado, principalmente cuando se habla de Latinoamérica, las formulaciones teóricas sobre las dinámicas sociales, así como de las acciones de los actuales movimientos sociales (ya no configurados por una clase específica, y, por tanto, “nuevos”) deben llevar en su seno la dimensión de clase.

De manera correspondiente, si hemos defendido que la teoría de clase y las teorías de la estratificación social no son opuestas, inclusive son complementarias, defendemos también que la oposición entre el paradigma marxista y de los nuevos movimientos sociales también debe ser superada para la configuración responsable de un paradigma latinoamericano de los nuevos movimientos sociales.

Finalmente en el capítulo cuatro, “La ‘Postmodernidad’ y el ‘Olvido’ de la Dimensión de Clase”, basados en los trabajos de Grüner, Žižek y Jameson (1998), sugerimos que el olvido de la dimensión de clase se debe fundamentalmente no a un “olvido”, sino a una estrategia muy bien planeada de actores representantes del

⁵ Resaltamos algunas características de este fenómeno: nueva división internacional del trabajo; las fronteras nacionales perdieron su importancia y la producción industrial pasó a ser hecha de forma fragmentada, con ocurrencia de procesos productivos en que las ventajas fiscales y económicas de modo general sean más propicias a la acumulación; la economía formal declinó y la informal creció, los sindicatos perdieron poder de forma generalizada, el desempleo pasó a ser una realidad tanto en los países donde históricamente siempre existió, el llamado “Tercer Mundo”, como en el “Primer Mundo”

capitalismo actual (tal como las redes transnacionales de actores neoliberales). En el capítulo cuatro, nos detuvimos justamente en la identificación y en el “desvelamiento” de las estrategias de estos actores. Resaltamos el interés de estos actores en la academia, como ámbito científico cargado de legitimidad e influencia sobre los ciudadanos; y, más específicamente, en el área de la Sociología – y en los Estudios Sociales -, justamente por ser esta el área de producción teórica de, y sobre los movimientos sociales – citamos y describimos las características de *Think Tanks* actuantes en Latinoamérica en el presente, ahora basados en los trabajos de Mato (2007, 2002). Nos detenemos también en la influencia de la importación del modelo de los *Cultural Studies* sin la debida contextualización para América Latina, y en la influencia de directrices editoriales que normalizan las producciones de esta disciplina. Todos estos factores se refieren a la crítica de la academización y despolitización de los Estudios Culturales.

Estos actores, utilizando ideologías “post”⁶ y del multiculturalismo, logran generar el lugar común que postula la desaparición de las clases sociales. Defendemos que esta estrategia se pone en marcha justamente por ser la dimensión de clase un análisis transversal a los nuevos movimientos sociales – y luego un factor de unión, visualización de demandas y adversarios, o sea de fortalecimiento de estos movimientos -, lo que podría generar reflexiones críticas en cuanto a las nuevas estrategias de dominación utilizadas y amenazas concretas a la actual posición hegemónica que ocupan los nuevos actores por los nuevos actores capitalistas, -representantes en última instancia de la vieja lógica capitalista-, y en un segundo momento, la potencialidad de las diversas luchas de los nuevos movimientos sociales latino americanos. Esa potencialidad generaría el inevitable cuestionamiento en cuanto a los valores defendidos y a las posiciones ocupadas por los nuevos actores capitalistas.

⁶ Nos referimos a los pensamientos “post” (posmoderna, posmarxista, poestructuralista) siempre con un acento crítico por su posible interpretación – adoptada por los Estudios Culturales – de una propuesta de ensanchamiento de la brecha entre la producción intelectual y el compromiso político; por una crítica a toda forma pensable de “identidad” estabilizada o políticamente construible, bajo la acusación de pertenecer a un pensamiento “totalitario” o como un fenómeno puramente textual.

Cap. 1 – Nociones de Clase y Estratificación Social.

1.1 - Nociones básicas de “clase” presentes en las obras de Karl Marx.

Tomando el referencial europeo de mediados del siglo XIX¹, Marx concebía las acciones humanas de manera relacional, insertas en contextos de totalidades sociales más amplias. Estas totalidades sociales surgen cuando emergen redes de relaciones (estructuras sociales) que ligan a los individuos aislados. Actualmente existe un consenso que concibe las totalidades sociales de forma relacional y no de manera estática, concepción hegemónica antes de los procesos de urbanizaciones en los países europeos (inicio del siglo XVIII), cuando había menos tensión relacional entre las estructuras sociales, ya que los sujetos compartían una misma posición social o económica determinada por el nacimiento, siendo la distribución de poder menos cuestionada (Sztompka, 1998).

Esta percepción de las totalidades como estructuras relacionales, puede ser vista como la percepción de los individuos como estructuralmente implicados, concepción de análisis social fundamental para el desarrollo de la teoría marxista, eje de los debates contemporáneos sobre la dinámica de las estructuras sociales (lo que no quiere decir una condescendencia con esta teoría. De cualquier manera toda teorización sobre clase o estratificaciones, pasa por la teoría marxista. Concebimos las constantes críticas contemporáneas que recibe esta teoría como un indicador de su importancia referencial en la historia de las sociedades occidentales). El estructuralismo² de Marx se manifiesta en relación a ambos niveles de la realidad social, desde las totalidades como las individualidades.

¹ Karl Heinrich Marx (1818-1883) nació en Tréveris, Reino da Prússia. Al largo de su vida vivió en Francia, Alemana, Bélgica e Inglaterra. Aunque la realidad europea de este período haya sido la base contextual para sus teorías, sus obras proporcionaran reflexiones que siguen vigentes hasta los días de hoy, extendiendo se por todo occidente, como veremos a lo largo de este trabajo.

² “Método de indagación que procede de la premisa que la actividad cultural puede enfocarse y analizarse objetivamente como ciencia. Los estructuralistas intentan discernir en su área de especialización los elementos que corresponden a una organización unitaria. Una vez que son hallados, esos elementos son ubicados en una relación recíproca en forma de red. Las relaciones constituyen la estructura global que se supone está en la raíz del fenómeno cultural analizado. Una vez que esta estructura es descubierta en el rigor de su composición, toda actividad en ese campo puede ser explicada en sus términos.” (Payne, 2008: 185).

Según Sztompka (1998:292), en los *Grundrisse*³ hay una afirmación explícita: “la sociedad no es un sumatorio de individuos, ella expresa la totalidad de las relaciones y situaciones en las cuales confrontan unos a los otros” (1953:176). Podemos decir, siguiendo gran parte de los comentaristas contemporáneos, que este es el trazo más característico de la ontología de Marx. Para él, cualquier elemento que es incluido en el estudio del actual sistema social hegemónico, el capitalismo, es parte de una relación social determinada.

Luego, de acuerdo con Marx, la relación sería la unidad mínima e irreductible para cualquier análisis de la realidad social, o sea, la sociedad es concebida como “relacionalidades”.

La existencia de “algo” en común sería la razón por la cual los individuos se juntan y establecen colectividades, grupos, asociaciones, etc., y sería, al mismo tiempo, el factor que establece una diferencia frente a los “otros”, tal como una diferencia que los separa de los demás. Este “algo”, que son las bases para el establecimiento de vínculos sociales, pueden ser distintas cosas. Una de ellas, de particular importancia para Marx, es la situación, o posición ocupada, en cuanto a la propiedad, un nivel similar de posesión de bienes, pero no de todos los bienes. Existe una categoría particular de bienes especialmente atractivos, ya que son dotados de una característica singular: ellos no se pierden en el consumo. Tienen el potencial de generar otros bienes, de crecer, ampliarse y multiplicarse. Por eso, son los bienes más requeridos por los sujetos. Estos son los “medios de producción”. La posesión de estos bienes, además de determinar su posición superior en la jerarquía de la estructura social, asegura a sus propietarios la satisfacción de otras necesidades, tornando posible la subsecuente elevación de sus niveles de satisfacción.

La situación de los sujetos en cuanto a los medios de producción es el punto central para la formulación marxista, marco por el cual se determina la situación de vida de los sujetos y su posición en la sociedad; determina los intereses objetivos básicos del individuo, entendidos como obtención de una situación social que garantice la máxima satisfacción de sus necesidades. Este es el marco referencial que define el vínculo social de mayor importancia entre los sujetos de una sociedad: la posesión de los medios de producción genera el consecuente interés en condiciones sociales favorables a su

³ Extenso manuscrito, base para el desarrollo del “El capital” (1867-1895), publicado póstumamente. (Payne, 2008: 453).

preservación, produciendo el vínculo entre los propietarios; por otro lado, la no posesión de propiedad genera el consecuente interés en la mudanza radical de las condiciones sociales de la privación, produciendo el vínculo entre los desposeídos (esta dinámica se refiere a la contradicción de clase, punto que veremos adelante). Surge, así, las clases sociales – para Marx, el más importante tipo de estructura social⁴ (Sztompka, 1998).

Además del vínculo entre los sujetos en una misma situación delante de los medios de producción, este marco, genera la lógica consecuencia de ruptura en la sociedad y su división en dos clases opuestas y polares: aquellos que detentan los medios de producción y aquellos que no los detentan, y que deben, por lo tanto, vender su trabajo (la única mercadería que poseen) para sobrevivir, configurando el cuadro de las relaciones de producción. Nombrando a estas clases de manera general, existen los asalariados, que producen la plusvalía, y los capitalistas que se apropian de ella. Esta óptica de análisis concibe a todos los sujetos de una sociedad como ocupantes de una de estas posiciones opuestas y hostiles: *“Senhores e escravos, patrícios e plebeus, nobres e servos, mestres de ofício e jornaleiros, em suma, opressores e oprimidos, estão em constante oposição uns aos outros”* (Marx y Engels, 1968: 35-36)⁵

Dentro de la estructuración dinámica de la sociedad, existiría entonces un constante movimiento de transformación en dirección a la formación de estructuras polarizadas y de eliminación de todo tipo de agrupamiento, con excepción de aquellos

⁴ Bourdieu (2009) critica la concepción marxista de clase. Él la concibe como una “ilusión intelectualista”, en el sentido de que las clases de Marx tienen una existencia meramente teórica, en el papel, aunque que tenga el potencial de que se constituyan una clase en la práctica, o sea, se refiere a una “clase probable”: *“Deste modo, é preciso afirmar, contra o relativismo nominalista que anula as diferenças sociais ao reduzi-las a puros artefatos teóricos, a existência de um espaço objetivo que determina compatibilidades e incompatibilidades, proximidades e distâncias. É preciso afirmar, contra o realismo do inteligível (ou reificação dos conceitos), que as classes que podemos recortar no espaço social (por exemplo, por exigências da análise estatística que é o único meio de revelar a estrutura do espaço social) não existem como grupos reais embora expliquem a probabilidade de se constituírem em grupos práticos. Famílias, clubes, associações e mesmo em movimentos sindicais ou políticos.”* (p. 136-137). De esta manera, lo que defiende Bourdieu es la existencia de “espacios de relaciones”, donde las posiciones, con relación a los medios de producción, no es el único elemento para delimitar la existencias de clases.

⁵ Siguiendo su crítica al marxismo y a la determinación economicista de clase que es establecida por las posiciones de los sujetos en el sistema de producción, Bourdieu (2009) plantea sobre la contribución dada por ciertos intelectuales (*en su gran mayoría elementos que no hacen parte de la clase proletaria o de la parcela oprimida de la sociedad*), que el propio Marx designaba como “elemento externo”, para la producción y difusión, sobretudo en dirección a los dominados, de una visión del mundo social en ruptura con la visión dominante, ya que los que ocupan las posiciones dominadas en el espacio social están también en posiciones subalternas en el campo de producción simbólica y no se puede ver de donde podrían sacar los instrumentos de producción simbólica que necesitan para expresar en su propio punto de vista sobre el social (más adelante nos abortaremos mejor esta cuestión) (es algo que yo destaco).

radicados en la diferencia de propiedad. Según Marx, esta polarización creciente alcanza su límite en la sociedad capitalista:

“A época da burguesia tem no entanto este aspecto distintivo: ela simplificou os antagonismos de classe. A sociedade como um todo está cada vez mais dividida em dois grandes campos hostil, em duas grandes classes que se defrontam diretamente: burguesia e proletariado” (Marx y Engels, 1968:36).

Al lado de la tendencia para la polarización, existe otra, que se refiere a los componentes de una clase, a la creciente cristalización interna de las clases, su consolidación como tal, expresada en la distinción entre “clase en si” y “clase para si” (Marx, cita 18 brumario). Al hacer esta distinción, Marx pone en relieve la insuficiencia de la ocupación de una posición común en cuanto a la posesión o no de propiedad para que esta pluralidad de individuos sea caracterizada como perteneciente a una clase. Nos dice que, aunque tarde, en algún momento ellos irán adquirir cierta percepción de su posición en común (y de la correspondiente oposición a las otras clases), lo que facilitará la comunicación e interacción mutua y el desarrollo de formas más duraderas de organización interna (liderazgos, representación política)⁶, resultando en la emergencia de lo que llamó “clases para si”, capaces de articular y defender sus intereses⁷.

⁶ Bourdieu (2009) nos llama atención para situaciones donde un grupo atribuye a una persona, el portavoz, el pleno poder de hablar y actuar en nombre de este grupo. Esta situación puede llegar al extremo cuando el grupo solo puede existir por la delegación en un portavoz que hará existir este grupo, hablando por él, a favor de él y en lugar de él. Así se cierra un círculo donde el grupo es hecho por aquél que habla en nombre de él, apareciendo así como el principio del poder que él ejerce sobre aquellos que son los verdaderos principios de él. En este proceso, la alienación política esta presente por el hecho de ser posible a los sujetos aislados – pero desprovistos simbólicamente – que se constituyeron como fuerza capaz de hacerse escuchar en el campo político, a través de la delegación de su poder político a un aparato institucional (p.158).

⁷ La toma de consciencia de la clase y la transformación de “clase en si” en “clase para si” constituyen, todavía, uno de los más delicados problemas de la teoría de clases. Bourdieu (2009) critica el pasaje de las condiciones objetivas (clase en si) a condiciones subjetivas (clases para si) con relación a dos puntos: por un lado, la lógica determinista allí implicada, que concibe esta transición como una necesidad lógica, mecánica u orgánica, tal como un efecto inevitable del tiempo de maduración de las condiciones objetivas; por el otro lado, al revés, por una lógica voluntarista que concibe esta transición como un efecto de la “toma de consciencia”, concebida como una “toma de conocimiento” de la teoría operada por la dirección del partido. Así, la posibilidad de constituir grupos, su censo común y consenso explícito, base para cualquier reivindicación y lucha política, dependerá de la capacidad de hacer existir en estado explícito, de publicar, de tornar público, “objetificado” y decible a las categorías sociales implícitas en los esquemas de percepción o las experiencias individuales o seriales de malestar, ansiedad, expectativas, inquietudes. Estas categorías cuando acceden al nivel objetivo y colectivo, representan un enorme poder social, constituyente del capital simbólico (tema que trataremos más adelante). Este trabajo continuo e incesante de categorización, explicitación y fundamentalmente de significación en busca de legitimación de las categorías sociales es lo que esta en el centro de la lucha política – esta lucha está en el centro del campo simbólico (tema que también trataremos adelante). No sería otro el factor que opone los agentes. Por tanto, si el modo de percepción considerado como legítimo en una sociedad y en un tiempo es objeto de lucha tan importante, es porque, por un lado el pasaje de lo implícito para lo explícito nada tiene de

El estímulo para esta dinámica permanente de polarización y cristalización, se encuentra en las contradicciones inminentes de la estructura de clases. Por lo tanto, este modelo es auto dinámico, autotransformador. Por lo menos se destacan tres tipos de oposición. En primer lugar, hay una contradicción objetiva de intereses entre los que tienen y los que no tienen: cuanto más ampliamente son concretizados los intereses y satisfechas las necesidades de los poseedores, más difícil se vuelve la realización de los intereses y la satisfacción de los no-poseedores. Marx lo define como “contradicción de clase”. Como consecuencia de la internalización de la contradicción, en segundo lugar, podemos decir que esta contradicción objetiva puede ser subjetivamente percibida por los miembros de las respectivas clases. Eso produce, en ambos los lados, sentimientos de hostilidad, desconfianza y enemistad, relación que puede ser definida como “antagonismo de clase”. Finalmente, el antagonismo puede adquirir manifestaciones externas en los terrenos económicos, políticos e ideológicos; puede transformarse en comportamientos o acciones colectivas más o menos organizadas de miembros de una clase contra los miembros de la clase opuesta. *“As classes têm travado uma luta ininterrupta, ora surda, ora aberta, uma luta que termina, a cada vez, ou na reconstituição revolucionária de toda a sociedade ou na ruína comum das classes em luta”* (Marx y Engels, 1968:36). Aquí aparece el término “lucha de clases”. Es por la contradicción de clase, antagonismos y luchas, combinadas a la permanente presión por su resolución, que la sociedad muestra su tendencia para la auto transcendencia (Sztompka, 1998).

Como íconos del estructuralismo, Marx y Engels postulaban esta teoría dinámica a todas las sociedades, tal como una visión totalizante de los procesos históricos; condensaron las consideraciones de *status*, función económica, consciencia política y destino humano en la célebre hipótesis del *Manifiesto Comunista*: “La historia de todas las sociedades existentes es la historia de las luchas de clase” (Marx y Engels, 1848. Apud Payne, 2008:90).

Esta claro, entonces, que el marxismo fundado por Karl Marx y Friedrich Engels comprende una teoría general de la historia humana que postula en primer lugar el rol determinante de las sucesivas “formaciones económicas” o modos de producción y, en segundo lugar, una teoría particular del desarrollo, reproducción y transformación del

automático, y porque, por otro lado, las diferencias objetivas más acentuadas pueden estar disimuladas por diferencias más inmediatamente visibles.

modo capitalista de producción que identifica a una de sus principales clases sociales antagonistas, el proletariado, como el agente histórico potencial de una transición al comunismo⁸. En cuanto al primer punto, Marx desarrolló el concepto de “base y superestructura” para explicar la dinámica más amplia de la sociedad. Así, podemos decir que el punto de vista relacional de la realidad social, típica en la teoría marxista, es también encontrado en el nivel superior de su construcción teórica, aquel en que la sociedad es tratada de manera más abstracta. La “base” se refiere a la estructura económica de la sociedad – fuerzas y relaciones de trabajo –, teniendo esta un valor determinante en las explicaciones sobre la superestructura⁹ – esfera legal y política, la religión, la estética y el arte. Engels y Marx identifican a la superestructura como “formas definidas de consciencia social”, a la que llamaron “ideología”. Esta última, que pretende presentar las ideas de una sociedad entera (“su consciencia social”), en realidad sirve para convalidar el poder de la clase social dominante, los propietarios de la producción económica (Payne, 2008: 42).

Sobre la dinámica entre base y superestructura, Marx nos dice: *“Na produção social de sua vida, os homens estabelecem entre si relações determinadas, necessárias e independentes de sua vontade, relações de produção que correspondem a um determinado estágio de desenvolvimento de suas forças produtivas materiais. A soma total dessas relações de produção constitui a estrutura econômica da sociedade, a base real sobre a qual se ergue a superestrutura legal e política às quais correspondem formas determinadas de consciência social. O modo de produção da vida material condiciona o processo da vida social, política e intelectual em geral. Não é a consciência dos homens o que determina seu ser, mas ao contrário, seu ser social o que determina sua consciência”* (Marx y Engels, 1968:182).

Según Sztompka (1998), si ponemos en etapas, la relación dinámica entre base y superestructura ocurren por contradicciones y tensiones endémicas y endógenas en tres situaciones: (a) en la frontera entre la sociedad y el medio ambiente (naturaleza), como

⁸ “Desde principios de la década de 1850, Marx se dedicó a la elaboración del segundo punto en los tres volúmenes del inconcluso *El Capital* (1867-1895). La descripción más sistemática del primer punto aparece en el enormemente influyente *“Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política”* (1859), con su famosa topografía de base e superestructura” (Payne, 2008: 456).

⁹ Cuanto al valor determinante de la base sobre la superestructura, estos autores no dicen: *“Em um certo estágio de seu desenvolvimento, as forças produtivas materiais da sociedade entram em conflito com as relações de produção existentes (...) De meios de desenvolvimento das forças produtivas essas relações se transformam em seus entraves. Começa então a época da revolução social. Com a mudança da base econômica, toda a imensa superestrutura é transformada mais ou menos rapidamente”* (Marx y Engels, 1968:183).

contradicciones recurrentes entre un alto nivel de tecnología y los desafíos colocados por las condiciones extra-sociales y por la constitución biológica humana. Tal contradicción genera el impulso para el desarrollo permanente de las fuerzas productivas; (b) Otra contradicción aparece entre el nivel de tecnología lograda y la existente organización social de los procesos productivos, que no se adaptan a la aplicación más eficiente de las fuerzas productivas disponibles. Esta contradicción genera el impulso para cambios progresivos en las relaciones de producción; (c) La contradicción final surge entre los tipos recién-establecidos de relación de producción y los sistemas de instituciones políticas, legales e ideológicas tradicionales (superestructura), no más instrumentales para la subestructura económica. Esta contradicción lleva a las transformaciones del régimen político y de la organización legal de la sociedad.

Sin embargo, aunque parezca contradictorio con lo expuesto arriba, Marx y Engels también sostienen que la superestructura y la ideología no son meros reflejos de la base económica de la sociedad; ambas derivan de la base económica de la sociedad, pero también pueden desarrollarse con alguna autonomía¹⁰. Engels en particular sugiere que la relación entre base y superestructura no es automática ni estrictamente lineal: “la superestructura (o parte de ella) puede crear cambios dentro de la base, y no únicamente reflejarla” (Marx y Engels, 1968:682,683).

De hecho en la teoría marxista, la historia es vista como siendo producida por una compleja interacción de acciones humanas y condiciones estructurales (divisiones de clase y formaciones socioeconómicas). Según Sztompka (1998), “esta vinculación mutua entre los varios niveles en los cuales se pasa la historia, es expresada por la categoría de “*praxis*”¹¹. Estas son definidas como espacios en los cuales las acciones humanas y condiciones estructurales (clases, formaciones) se interpretan mutuamente como un proceso por medio del cual ellos se co-determinan (...) Marx tiene clara consciencia de la interdependencia de los varios niveles, de tal modo que concibe las

¹⁰ Además, la sofisticación de la base no necesariamente corresponde a la sofisticación de la superestructura. Por ejemplo, una sociedad que es económicamente subdesarrollada puede alcanzar notables logros artísticos. Marx usa el caso de la civilización griega clásica para plantear el problema de que “en el caso de las artes, es bien sabido que ciertos períodos de su florecimiento no guardan proporción con el desarrollo general de la sociedad y, por tanto, tampoco con la base material, la estructura ósea (...) de su organización” (Payne, 2008:42).

¹¹ Otra definición de *praxis* dice respecto a las acciones colectivas realizadas en sociedad, de modo libre, universal y creativa. Es a través de la *praxis*, completa Marx, que el hombre transforma el mundo a su alrededor y a él mismo, diferenciándose de los demás. De este modo, se vuelve un ser de la *praxis*, concebida como el concepto central de la tesis marxista (Bottomore, 1993. Apud Júnior, 2007:72)

circunstancias como productora de lo que son los hombres y los hombres como productores de las circunstancias” (p.298).

Marx escribía en un contexto histórico, pasaje del siglo XVIII para el XIX en Alemania, donde el creciente desarrollo del proceso industrial involucraba casi la totalidad de la población¹². La división social más nítida se refería justamente a la esfera económica, de las posiciones ocupadas en el sistema de producción, determinadas por la pose (capitalistas) o no-pose (proletariados) de los medios de producción en un contexto industrial.

En la actualidad entretanto, se han estabilizado los procesos de desarrollo industrial en gran parte de los países occidentales, siendo que en algunos este sector se ha, inclusive, retraído sustancialmente (principalmente en los países más desarrollados el sector primario se ha retraído. Veremos este punto detalladamente más adelante). Luego, la centralidad que Marx atribuía a las posiciones ocupadas en el proceso productivo, marcadamente industrial, según muchos teóricos contemporáneos, no sería suficiente para explicar las dinámicas sociales y las posiciones ocupadas en las estructuras sociales, principalmente en el contexto extra-europeo¹³.

1.2 - La insuficiencia de la teoría de clases marxista

Diversas teorías empezaron a ganar atención en sus búsquedas por explicaciones que diesen cuenta de la complejidad de las nuevas posiciones ocupadas por los sujetos en el seno de la modernidad, así como de la creciente movilidad social¹⁴, también relacionada con la explosión del sector de prestación de servicios (como

¹² La teoría marxista de clase considera a los individuos, sujetos, personas como hombres, o sea, el sexo masculino. Posteriormente eso será punto de innumerables críticas y del surgimiento de corrientes teóricas importantes para el cuestionamiento de las teorías marxistas ortodoxas, tal como el feminismo (Ver Parkin, 1980:815-819).

¹³ Llamamos la atención para el hecho de que gran parte de los autores que componen la llamada Sociología Clásica, estaban preocupados, más allá de todo, con la transición de la sociedad rural, agrícola, para la sociedad urbana, industrial, en el contexto europeo. Esta distinción entre sistemas pre-industrial e industrial fue considerada tan fundamental que oscureció el reconocimiento adecuado de la variedad de formaciones sociales y de clase en casos particulares, extra-europeos (Stavenhagen , 1970)

¹⁴ Según Stavenhagen (1970), la movilidad social implica un movimiento, vertical, significativo en la posición económica, social y política de un individuo o de un estrato. En general, lo que se estudia es la movilidad individual, ya que el cambio en la posición de los estratos tienen más que ver con la evolución o desarrollo social, que no puede confundirse con la movilidad social. Según este mismo autor, teóricos como Lipset y Zetterberg (1959) han defendido que la creciente movilidad en la sociedad industrial occidental, a partir del siglo XIX, sería el motivo de la desaparición de los antagonismos de clases en estas sociedades y que, por lo tanto, dejarían de tener validez los “viejos” conceptos de clase, esto es, la teoría marxista.

veremos, estadísticamente, mas adelante). Las teorías de la estratificación social¹⁵, referenciadas en la teoría multidimensional de Max Weber (“quien trasladó el análisis de clase de la esfera de la producción a la del consumo, centrándose en los conflictos entre los grupos que comparten los mismos estándares materiales de vida, y que por lo tanto están diferenciados sobre la base de las relaciones de mercado y las oportunidades de vida, y también en el rol de los partidos políticos, especialmente los organizados en torno a la etnicidad y la nacionalidad” (Payne, 2008:90)), ganaron centralidad en el análisis de las estructuras sociales¹⁶.

De manera general, Max Weber – teniendo el contexto alemán del pasaje del siglo XIX para el XX -, en su formulación multidimensional de los espacios ocupados por los sujetos en las sociedades, hizo la famosa distinción entre las tres dimensiones de la sociedad: el orden económico, representado por las clases; el orden social, representado por el *status* o estamento (*stand*); y el orden político, representado por el partido (Weber, 1944, cap. 4). Cada una de estas dimensiones tiene una estratificación particular: la económica, representada por los rendimientos y por los bienes y servicios del que dispone un sujeto; la social, representada por el prestigio y honor del que disfruta; y la política, representada por el poder que sostiene. El orden económico, que en última instancia fundamenta la división de clases marxista, no sería más que uno de los aspectos de la estructura social¹⁷. Direccionado por esta idea, teóricos como T. H. Marshall han defendido que en la sociedad moderna, el *status* sería el elemento

¹⁵ Por estratificación social se entiende los procesos mediante los cuales los individuos, familias y grupos sociales son jerarquizados en una escala, unos en los escalones superiores y otros en los inferiores. Según Davis y Moore (1945), las estratificaciones son universales y representan la distribución desigual de los derechos y obligaciones en una sociedad. Según los mismos autores, las sociedades tienen la necesidad de situar y motivar a los individuos en la estructura social, y la base para eso es constituida por el prestigio diferencial de las diversas posiciones en la sociedad.

¹⁶ Ya nos conviene decir que el análisis de las estructuras de clase y de las estratificaciones es un instrumento metodológico que fue desarrollado por sociólogos de los países occidentales en el estudio de sus propias sociedades. Son pocos los esfuerzos sistematizados para aplicar estos conceptos en el estudio de las sociedades no occidentales y en los países “subdesarrollados”. Por otro lado, aún en los países industriales, el análisis de clases se han limitado con frecuencia al marco social industrial y urbano. Según Parkin (1980) la teoría de la estratificación, de manera general, no tiene historia en el sentido de un cuerpo acumulativo de conocimiento que evidencia un patrón de evolución, aunque si tiene una gran diversidad, de una condición primitiva para otra más sofisticada. “*Seria apenas um pouco exagerado dizer que a maioria daquilo que hoje passa como teoria de classe ou estratificação tem suas origens quase exclusivamente nos escritos de Marx e Engels, Max Weber e da escola de Mosca e Pareto*” (p.780).

¹⁷ Desde que Max Weber distinguió las dimensiones económicas, políticas y sociales, ciertos autores solo reconocen en el concepto de clase una base económica, y esta generalmente es la posición que se atribuye, equivocadamente, al marxismo. De cualquier manera, hay que señalar que la concepción que tenía Weber del orden económico no corresponde a la de Marx.

primordial en la estratificación social, ya que con el aumento de la movilidad social, el criterio económico perdió fuerza. (Stavenhagen, 1970).

La teoría weberiana gana una mayor centralidad mundial en el contexto norteamericano del post-guerra, cuando se cuestiona la existencia de clases como entidades reales o como producto de la fantasía estadística. De acuerdo con Parkin (1980), eso ocurre porque, según los defensores de la segunda interpretación, la distribución de recompensas en la sociedad norteamericana parecía seguir una línea más o menos sin interrupciones, de modo que cualquier decisión de imponer puntos de separaciones entre una y otra clase, parecía un procedimiento sin sentido y arbitrario. La defensa teórica de los EE.UU. como una sociedad sin clases se basaba no solo en la invisibilidad de cualquier separación social, pero también en la suposición de que los criterios por los cuales los individuos y grupos podrían ser clasificados en la jerarquía de las recompensas eran demasiado numerosos y diversos para formar un patrón coherente de clase. Se sugirió que camadas claramente definidas, tal como las clases de Marx, solo ocurrirían en las sociedades en las que los criterios de posición eran rigurosamente limitados, como en el caso de los sistemas feudales

Suponemos¹⁸ que esta defensa de la teoría weberiana y de una sociedad sin clases, *entre otros factores*, puede ser explicada, en términos estadísticos, por la modificación de la estructura de empleos en esta sociedad, desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX. De acuerdo con Cardoso (1982), estudios como de Kuznets y, posteriormente, de Victor Fuchs, autor del libro *The Service Economy* (1968), proponen una interpretación que señala haber pasado una revolución en lo que dice respecto a las ocupaciones y a los papeles de los servicios en la economía norteamericana. Esta revolución dice al respecto básicamente a la dramática caída del empleo en el sector primario, que no fue absorbida por el secundario, pero si por el terciario. Entre 1947 e 1967 el empleo en los Estados Unidos creció de 57 millones a 74 millones y este incremento fue absorbido por los servicios. Más allá de eso, resaltamos la imagen que logra construir los EE.UU. de una sociedad sin clases, y de la importancia de eso para su hegemonía en el escenario geopolítico internacional¹⁹.

¹⁸ No tenemos la pretensión de establecer una relación determinista entre el cambio de la estructura de empleos con la defensa de la teoría weberiana o la no utilización de la marxista en los EUA. Este estudio por si solo podría ser el tema de una disertación, y aunque sea de gran relevancia para el presente trabajo, este no es nuestro objeto central de estudio. Resaltamos que no encontramos este interesante estudio relacional en nuestras investigaciones.

¹⁹ En el sentido de lo que presentaremos en el capítulo cuatro, resaltamos la importancia de la construcción discursiva de una sociedad sin clase para legitimar las intervenciones norteamericanas en los

Fuchs (1968) nos dice que:

“o incremento do emprego no campo da educação entre 1950 y 1960 foi maior do que o número total dos empregados em aço, cobre e indústrias de alumínio em cada ano. O incremento do emprego no campo da saúde entre 1950 e 1960 foi maior do que o total do número de empregados na indústria automotriz em cada ano. O incremento do emprego nas firmas financeiras entre 1950 e 1960 foi maior do que o total do emprego em mineração em 1960” (Apud Cardoso, 1982:08).

Haciendo una comparación en la distribución de empleos en los EE.UU. entre 1870 y 1970, se puede decir que:

-el sector extractivo pasó del 52,% al 28,9% en 1920 y 50 años después fue de apenas 4,5%;

-el sector de la industria de transformación, sector secundario, en el mismo período, subió del 23, 5% al 32,9% pero en seguida se estanco hasta 1970 alrededor del 33,1%;

-mientras tanto, el sector terciario absorbió proporcionalmente todo lo que decreció en el primario²⁰.

También nos conviene llamar la atención sobre las alteraciones en el componente ocupacional: la proporción de trabajadores “*white-collar*”, termino utilizado en oposición a los “*blue-collar*”²¹, creció en los EE.UU. del 18% al 49% entre 1900 y 1970, y la proporción de mujeres en la fuerza de trabajo creció, en el mismo período, del 2,4% al 43,4% (Apud Cardoso, 1982:08).

países que viven bajo “regímenes dictatoriales” – lo que genera guerra (que fomenta el mercado bélico, una de las bases de la economía norteamericana), nuevos territorios de explotación de riquezas y ventas de productos norteamericanos (generalmente los países dictatoriales que sufren intervenciones norteamericanas son ricos en petróleo), y neutraliza potenciales enemigos (los llamados “terroristas”).

²⁰ “Dentro del sector terciario, los servicios domésticos bajaron de 7,4% para 1,7% en cien años. Los servicios distributivos (transporte, comunicación, ventas a precios populares con excepción de bebidas y alimentación) crecieron significativamente entre 1920 y 1970, especialmente debido al sistema de transporte que se expandió y también por el desarrollo tecnológico. El comercio creció despacio pero constantemente, doblando el número de empleos en cien años. Lo sector productivo (financias, seguros, ingeniería, abogacía, y servicios de negocios) crecieron lentamente hasta 1910, pero después saltaron del 2,8% al 8,2% del total de la fuerza de trabajo de los servicios personales (el servicio doméstico sufrió una drástica reducción). Los servicios sociales (salud, educación, bien-estar social y gobierno) saltaron del 3,7% en 1970 al 2 1,9% en 1980, siendo UE los educacionales crecieron, solamente entre 1950 y 1970, del 3,8% al 8,6% mientras que la burocracia estatal creció apenas del 3,7% al 4,6%” (Cardoso, 1982:09. mi traducción)

²¹ Los *wite-collar* refiérense a los trabajadores no manuales (empleados, directivos y profesionales) y los *blue-collar* a los trabajadores manuales.

Cuadro 1 - Distribución porcentual de la fuerza de trabajo en los EE.UU. por sectores industriales y por grupos industriales intermediarios: 1920 – 1970²²

Este cuadro ocupacional muestra bien el rechazo de la teoría marxista para explicar la dinámica entre clases, en la medida en que Marx y, principalmente, Engels, proponía la creciente polarización de la sociedad entre detentores de los medios de producción y proletariados, clase responsable – “agentes históricos” - por los cambios en la estructura de poder. En este momento ya no se podrían clasificar las ocupaciones laborales de la manera marxista. Un ejemplo de eso es la imposibilidad de clasificación de trabajadores *wite-collar* y *blue-collar* en las categorías de capitalistas y proletariado.

Sobre eso, Cardoso (1982) nos dice:

“concretamente isso quer dizer que os assalariados do setor terciário – categoria numericamente dominante – não devem ser categorizados como se constituíssem uma pequena burguesia, nem pode-se imaginar – dadas as peculiaridades técnicas e organizativas da produção moderna – que o corte entre assalariados wite-collar e blue-collar esteja dado de antemão, sendo os últimos proletários e os primeiros pequenos burgueses. Num certo sentido, segmentos dos wite-collar na indústria e no terciário produtivo podem ser proletários; mas para alcançar esta identidade é preciso considerar a representação que eles formam sobre suas funções na sociedade e a própria ação política prática eu desempenham, sem deter a análise no nível das simples relações de produção” (p. 27).

Payne (2002) identifica la discusión con respecto de la emergencia de nuevos trabajadores *wite-collar*, que no se ajustan claramente a las simples polaridades de clases, como parte de un cuerpo sustancial de trabajos empíricos y teóricos que ha intentado rescatar el análisis de clase marxista de los límites del modelo de dos clases²³.

²² Todos los cuadros se encuentran en el anexo, al final de este trabajo.

²³ Para Nico Poulantzas (1975), “los trabajadores de cuello blanco (*wite-collar*), cuyo trabajo consiste en la distribución y circulación de mercancías más que en su producción, constituyen una nueva pequeña burguesía cuya posición de clase se basa en criterios ideológicos, pero también económicos. Sin embargo, al ubicar este grupo del lado capitalista del “problema de los límites”, Poulantzas destruye la clase trabajadora, cuyo pequeño número no parece adecuado para llevar a cabo la tarea de construir una revolución” (Apud Payne, 2002:90).

Ya Erik Olin Wright (1985), aborta la cuestión de esta clase de trabajadores, intentando conservar los criterios de explotación y apropiación como partes esenciales de la taxonomía de clase. “Wright introdujo la noción de ubicación de clase contradictorias para explicar a los trabajadores *wite-collar* como ocupantes de posiciones tanto en la clase capitalista como en la clase trabajadora. Definió también las relaciones de clase mediadas, donde un individuo puede ocupar una posición de clase como resultado de su propia proveniencia, pero puede estar vinculado a otra por matrimonio, y ubicaciones de clase

Delante de estos análisis que intentaban dar cuenta de nuevas clases y nuevas relaciones sociales y de trabajo, empezaron a surgir nuevas teorías, nuevas variables. Así, para el análisis de esta nueva clase trabajadora, numerosos factores entrarían en escena. El hecho de que estos criterios de posición son independientes entre sí (educación, renta, ocupación, religión, etnicidad, etc.), significa que los individuos podrían ser clasificados bien en una dimensión y mal en otras. Las teorías llamadas de teorías de la estratificación social ganan fuerza. En el lugar de un modelo estructurado de desigualdad, surgió un cuadro de posiciones sociales altamente fragmentado, constituido de agregados poco consistentes de individuos que tenían en común apenas un índice semejante a las medidas estadísticas de posición. Así, cada individuo era clasificado en este sistema de estratificación como el soma de sus “altos” y “bajos” *status*. Este abordaje multidimensional de origen weberiano es visto allí como un desplazamiento del determinismo económico de Marx, atribuyendo mayor énfasis al papel de los factores de *status* que operan independiente de clase y diluyen sus efectos sociales²⁴.

Bourdieu (2009) - autor que ya utilizamos, principalmente en los pie de pagina , para hacer críticas a la teoría marxista clásica - desarrolla una teoría multiestratificada de los campos sociales - siguiendo los pasos de un análisis weberiano de la multidimensionalidad del análisis de clase, sin desconsiderar totalmente la influencia de una base económica -, donde los individuos y grupos de individuos tendrían su posición en el espacio social determinado por sus posiciones relativas en distintos campos sociales²⁵ delimitados por las propiedades que actúan en el universo determinado. Esas

temporarias, que entrañan cambios en la naturaleza del trabajo de un individuo durante su carrera (Apud Payne, 2002:90-91).

²⁴ En este sentido, Bourdieu, en la célebre formulación del “*habitus*” - siguiendo la línea weberiana en cuanto a la concepción de estratificación social, pero sin perder conexión con Marx respecto de la importancia predominante de la base económica y su peso mayor en la dinámica con la superestructura - , concibe la formación de las identidades de los sujetos como siendo constituida por una base en gran parte determinada por las condiciones objetivas del contexto social (principalmente en cuanto a su dimensión económica), pero también por la visión de mundo, determinada por la posibilidad de significación y explicitación de categorías, antes implícitas, del mundo social. Esta esfera simbólica, independiente del contexto económico estructural, es donde se localizan las luchas por la legitimidad de las categorías que componen una visión de mundo, medidas por el capital social. Por lo tanto, esta esfera, en última instancia, puede modificar las bases económicas que abastecen una parte importante de las categorías que componen la identidad de los sujetos. O sea, existe una relación dialéctica allí. Este argumento diluye más aún el determinismo marxista en cuanto a los factores económicos.

²⁵ Según Bourdieu (2009), “*Pode-se descrever o campo social como um espaço multidimensional de posições tal que qualquer posição atual pode ser definida em função de um sistema multidimensional de coordenadas cujos valores correspondem aos valores das diferentes variáveis pertinentes: os agentes distribuem-se assim nele, na primeira dimensão, segundo o volume global de capital que possuem e, na segunda dimensão, segundo a composição do seu capital – quer dizer, segundo o peso relativo das diferentes espécies no conjunto das suas posses*” (p. 135).

propiedades actuantes son las diferentes especies de poder o de capital que ocurren en los diferentes campos. El capital puede existir en el estado objetivado, en forma de propiedades materiales o, en el caso del capital cultural, en el estado incorporado, garantido, algunas veces, jurídicamente (títulos académicos, de nobleza, etc.). El capital representa un poder sobre un campo y en un preciso momento, y sobre el producto acumulado por el trabajo pasado (en particular sobre el conjunto de los instrumentos de producción), luego sobre los mecanismos que contribuyen para asegurar la producción de una categoría de bienes. Las especies de capital son también los poderes que definen las probabilidades de logro en un campo determinado. Por lo tanto, de forma resumida, la posición de un individuo en el espacio social es definida, según Bourdieu, por la posición que este ocupa en los diferentes campos, o sea, en la distribución de poderes que actúan en cada una de ellos, sea, sobretodo, el capital económico – en sus distintas especies -, el capital cultural (título escolar), el capital social (título de nobleza) y el capital simbólico, generalmente llamado de prestigio, reputación, fama, etc., que corresponde a la forma percibida y reconocida como legítima de las diferentes especies de capital. Es este capital, mejor explicado en los pie de pagina 8 y 19, lo que está en el centro de las disputas políticas por la visión de mundo legítima, o sea, por la significación y explicitación de categorías fundamentales del mundo social. Es esta lucha que Bourdieu considera el marco que delimita clase, más que la posición de los sujetos en el sistema de producción material.

Entretanto, de manera general, las teorías basadas en la valoración de factores abstractos como el *status*, suscita la duda sobre cuales serían las bases del prestigio de las posiciones sociales ocupadas por los individuos en una sociedad: el prestigio puede tratarse de un juicio externo, referente al investigador; puede ser el prestigio que el propio sujeto se atribuye, a su posición; del prestigio que un individuo le atribuye a la posición de otro, o, aún, del prestigio de una determinada posición, cuya valoración es aceptada por todos en la sociedad. Además, según Sztompka (1998), siendo la teoría de Weber considerada como marco de la separación o fragmentación de una serie de variables fundidas en el concepto de clase de Marx, la enumeración de algunos elementos clasificatorios de *status* en la lista del investigador, podría ser defendido como un procedimiento perfectamente de acuerdo con el propio raciocinio de Weber.

Históricamente, en la teoría de la estratificación social, la variable de criterios para el establecimiento del prestigio, que como vimos posibilita una gran parcialidad, una gran influencia de presupuestos subjetivos, generó teorías infructíferas para este

campo, como las formuladas por la escuela sociológica de W. Lloyd Warner²⁶. Por otro lado, desplazamos el problema si partimos del principio de que la estratificación social esta basada en criterios objetivos, reales, y no solamente en concepciones subjetivas. El problema sería entonces conocer estos criterios. Davis y Moore (1945), dentro de una visión más funcionalista, buscan determinar las distintas posiciones ocupadas por los sujetos dentro de una jerarquía en las estructuras sociales de acuerdo con la importancia de dicha posición, o sea, su función, entrenamiento o talento necesario para ocuparla. Religión, gobierno, riqueza, propiedad y trabajo, y el conocimiento técnico, serían las funciones principales con respecto de las cuales se establecen las estratificaciones. En las investigaciones empíricas, los índices para el establecimiento de sistemas de estratificación, serían basados en los siguientes criterios: nivel de renta, origen de la renta, riqueza, educación, prestigio de la ocupación, el área residencial, la raza o etnia y otros criterios secundarios. Estos criterios podrían, según estos autores, ser tomados aisladamente o de manera combinada. Uno de estos criterios, sería, obviamente, insuficiente para componer una estratificación social correspondiente a la realidad social. Por eso, es cada vez más común la elaboración de índices múltiples, producto de cálculos estadísticos, configurando los sistemas multiestratificados.

Según Stavenhagen, (1970), de cualquier manera, este sistema de clasificación no está libre de problemas metodológicos, de la parcialidad de los criterios, las unidades de medida, entre otros. De manera puntual, podemos encontrar los siguientes problemas: al considerar los diferentes criterios de estratificación, es necesario distinguir claramente entre aquellos cuantitativos y los cualitativos. Estos, a su vez, pueden ser basados en criterios objetivos (tales como la posesión o no de ciertos bienes, el desempeño de funciones de dirección o subalternas, etc.) y los criterios que, aún que objetivos, están basados en evaluaciones subjetivas, tales como el prestigio de ciertas ocupaciones o de los distintos grupos raciales o étnicos. Otro problema se refiere a la validez del universo social en que tal estratificación es elaborada. Los estudios empíricos generalmente toman como universo una determinada comunidad, pero las comunidades no son representativas de la sociedad en general. El tercer problema es la unidad de estratificación: el individuo o un grupo social. Con frecuencia el estudio de la

²⁶ Según Stavenhagen (1970), la escuela de W. Lloyd Warner, que estudió la estratificación en las pequeñas ciudades típicas de los Estados Unidos, ha sido ampliamente criticada por la falta de claridad, de criterios objetivos, en el establecimiento de los diferentes aspectos del “prestigio” como base de la estratificación. En el famoso esquema de las cinco clases sociales, su propia opinión y la de sus informantes sobre el prestigio predomina sobre el prestigio de los sujetos de la sociedad estudiada.

estratificación no es más que una búsqueda por el *status* individual, en este sentido, se habla con frecuencia de sistemas de *status* y no de sistemas de estratificación. Estos estudios, por la dificultad de abarcar todos los sujetos, y por la multiplicidad de categorías que genera, no logra trazar un sistema de estratificación sólido y representativo de una sociedad, mucho menos material teórico para estudios en esa área. Se hace necesaria la existencia objetiva, jerarquizada, de una serie de categorías más o menos homogéneas²⁷. Ponemos en relieve que en general se suele llamar a los individuos que integran estas categorías – que poseen en común ciertos índices de estratificación, indicadores de su posición social - de estratos, camadas o clase²⁸. Es justamente allí donde esta la confusión entre las teorías de estratificación y la marxista. La mayor movilidad social que esta en el centro de la primera teoría - elaborada en un contexto social donde se creía que las sociedades occidentales eran igualitarias, donde todos los individuos tenían la misma oportunidad matemática de ascender en la escala social – hizo creer, a veces, que el pasaje de una clase para otra en la estructura social, sustituiría los “conflictos” entre las clases.

Según Stavenhagen, (1970) con relación al potencial explicativo de la primera para la comprensión de las estructuras de una sociedad, “se argumenta que los estudios de estratificación no van más allá del nivel de la experiencia, que se trata de simples descripciones estadísticas, que conducen a los estereotipo y no a la comprensión de las estructuras (Touraine, 1951). La falta de de un análisis dinámico de las tensiones y procesos, así como de una perspectiva histórica para un análisis que comprenda el factor de procesos y de cambio social, son también apuntados como críticas” (p.284).

De manera general podemos decir que para que el fenómeno de la estratificación adquiera este espacio dinámico y estructural, es necesario que sea relacionado al análisis de la estructura de clase. De hecho, si consideramos que las oposiciones de clase en las sociedades son asimétricas, que delante de los que poseen poder, los medios de producción y las riquezas se encuentran los que no las poseen; que los que no trabajan con sus medios de producción emplean el trabajo asalariado de otros; que unos están “arriba” y otros “abajo”, es fácil percibir que las distintas posiciones ocupadas por las

²⁷ Se trata de categorías estadísticas (personas que tienen en común un número determinado de características mensurables, o sea, un *status* en común), o agrupamientos de personas caracterizadas por una conducta semejante, o por actitudes y opiniones comunes, o por cierto grado de interacción y asociación mutuas (Stavenhagen, 1970).

²⁸ En casi la totalidad de la literatura sociológica contemporánea, el concepto de clases sociales tienen esta significación: agrupamientos discretos jerarquizados en un sistema de estratificación (Stavenhagen, 1970).

clases en la sociedad representan efectivamente una estratificación. Stavenhagen (1970) defiende que la jerarquización que se forma en la sociedad agrupan sus extremos, o clases o bloques de clase en oposición, y en el medio las camadas o estratos intermediarios (p.291). De esta manera, las características específicas de cada sistema de estratificación dependen directamente del contenido específico de las relaciones y de las oposiciones entre las clases. Las estratificaciones están basadas en las relaciones de clase y tienden reflejarlas. Aunque a primera vista consideremos estratificaciones que no están asentadas en las relaciones de clase (categorías ocupacionales de prestigio, jerarquías basadas en criterios raciales o étnico), si nos profundizamos hasta las raíces de estas estratificaciones llegaremos a las situaciones de clase, en su sentido económico.

“As estratificações representam, na maioria das vezes, o que poderíamos chamar de cristalizações ou projeções sociais, freqüentemente também jurídicas e, em todos os casos, psicológicas, de certas relações sociais de produção representadas pelas relações de classes. Nessas cristalizações sociais intervêm outros fatores secundários e acessórios (por exemplo, religiosos, étnicos), que reforçam a estratificação, e que têm ao mesmo tempo a função sociológica de “libertá-la” de seus vínculos com a base econômica; em outras palavras, têm a função de mantê-la em vigor ainda que mude sua base econômica. Conseqüentemente, as estratificações podem ser consideradas também como justificações ou racionalizações do sistema econômico existente, ou seja, como ideologias” (Stavenhagen, 1970:292).

Antes de seguir con nuestro planteo, debemos hacer un breve paréntesis para profundizar sobre los significados del término “ideología”, que tanto aparece en este trabajo. Aunque esta última definición, arriba, también se relacione directamente con la concepción marxista, debemos decir que hay otras concepciones para este término. Payne (2002) simplificando drásticamente, las concepciones del término, ya sean marxistas o no, nos presentan cuatro parámetros amplios y no excluyentes: a) la epistemología negativa – referente a la ideología como tipo de pensamiento distorsionado o falso (por ejemplo, la “conciencia” de los sujetos humanos en la sociedad capitalista) -, característica de las principales teorías propuestas por Marx y Engels; b) la socialmente relativa – referente a la ideología como conjunto de opiniones, creencias, actitudes (por ejemplo, la “visión de mundo” de un grupo o clase social) -, si bien está presente en el Prefacio de Marx de 1859, puede considerarse sustancialmente

como una innovación posterior a Marx, presente en el marxismo hegeliano de Lukács y en la crítica de Manheim del *parti pris* del materialismo histórico; c) la restringida – referente a la “ideología teórica” (un sistema de ideas más o menos consciente) –, que abarca las dos anteriores y predominó en las controversias filosófico-políticas hasta la década de 1960; d) la expandida – referente a la “ideología práctica” (un modo más o menos consciente de conducta habitual) –, fue iniciada por Marx, desarrollada por Gramsci y elaborada por Althusser, y suministró la definición admitida – y sujeta al debate crítico – en gran parte de la Teoría Cultural a partir de entonces. (Todo el desarrollo de este breve resumen está presente en Payne, 2002:393-398).

Como se puede ver las definiciones son múltiples y no se restringen a autores específicos, ya que un mismo autor la utiliza con distintas concepciones a lo largo de sus obras. En líneas generales, dentro de las utilizaciones más recurrentes del término, se puede decir que la ideología tiene dos concepciones: la neutra y la crítica. En el sentido común, la ideología es sinónimo de ideario, refiriéndose a un contenido neutro del conjunto de ideas, de doctrinas o de visiones de mundo de un individuo o grupo. Ya el uso de la ideología bajo la concepción crítica, este término puede ser considerado como un instrumento de dominación que actúa por medio del convencimiento (persuasión o disuasión, pero no por la fuerza física) de forma prescriptiva, alienando la conciencia humana. Dentro de esta concepción crítica, la principal divergencia conceptual está en la necesidad o no de que un fenómeno, para que sea ideológico, necesariamente tenga de ser ilusorio, “mascarador” de la realidad y productor de falsa conciencia. La principal convergencia conceptual, está en el pre-requisito de que para que un fenómeno sea ideológico, él necesariamente deberá colaborar en la creación y/o manutención de las relaciones de dominación.

Aunque en este primer capítulo nos referimos a la ideología bajo las concepciones marxistas, por su amplia gama de significados, debemos definirla cada vez que la utilizamos. Ya en el capítulo dos, cuando trataremos los paradigmas de los movimientos sociales, nos referiremos a ideología dentro de un sentido más común, puestos en la acción: “*A ideologia de um movimento corresponde ao conjunto de crenças, valores e ideais que fundamentam suas reivindicações*” (Gohn, 1997:258). En el capítulo cuatro, plantearemos las críticas que hacen Žižek, Jamenson y Gruner a las ideologías “post”, y nos detendremos más en este polémico término.

Nos conviene llamar la atención sobre la relación dialéctica entre la estratificación y las relaciones de clase. La primera, como un fenómeno de la superestructura y como producto de ciertas relaciones de clase, actúan, a su vez, sobre aquellas relaciones. No constituyen solamente su reflejo pasivo. En los sistemas de estratificación que permiten la movilidad social entre los estratos, esta tiene la doble función de reducir las oposiciones más agudas entre las clases y de reforzar la propia estratificación. La estratificación social ejerce un papel conservador en la sociedad, mientras que las oposiciones y los conflictos de clase constituyen, por excelencia, un fenómeno de orden dinámica.

De acuerdo con Stavenhagen (1970), en la medida que las relaciones entre clases se modifican – debido a la dinámica de las oposiciones entre clases, las luchas y conflictos de clases – las estratificaciones se transforman en fósiles de las relaciones de clase en las cuales se basaron anteriormente. De cualquier manera, tarde o temprano, se desarrolla un nuevo sistema de estratificación que corresponde a la estructura de clases existente. Eso puede explicar la coexistencia de múltiples sistemas de estratificación social en una sociedad, mientras que solamente una estructura de clases es posible dentro de un sistema socio-económico determinado.

De hecho, Weber consideraba los grupos de *status* como formaciones sociales que surgían dentro de amplias categorías de clase; nunca los consideró como equivalentes a la clase, al contrario de lo que hizo algunos de sus seguidores²⁹. De manera general, concordando con gran parte de la literatura contemporánea sobre estratificación y clases sociales, podemos decir que las principales ideas de Weber sufrieron una rara metamorfosis en su proceso de incorporación en la teoría norteamericana de la estratificación: “*É um Weber totalmente desmarxializado e adaptado para assumir os deveres de defensor ideológico da sociedade sem classes do capitalismo americano*” (Parkin, 1980:787).

Le fue atribuida la función de abanderado del movimiento contra el materialismo, el determinismo económico, la interpretación de clase, u otro termino que significara marxismo en esa época. Eso ayudaba a reforzar la apariencia de que la realidad norteamericana era compuesta de una sociedad en la cual la propiedad fue aniquilada, las clases fueron mezcladas y el Estado suprimido.

²⁹ En los estudios de Warner, los grupos de *status* fueran constituidos en el vacío total de la dimensión de clase, de modo que, en el lugar de ser tratados como un perfeccionamiento del análisis de clase, tenían la pretensión de ser un sustituto de ella (Parkin, 1980).

Según Stravenhagen (1970), dentro de la tradición europea, al revés, nunca fue un problema la cuestión de clases considerada como realmente existente. No hubo ninguna tendencia perceptible de confundir la definición de clase con la de *status*, ni tampoco sería posible afirmar que hubiera controversia sobre el número de clases sociales definidas convencionalmente. El consenso predominante fue como un modelo dicotómico sería el recurso más provechoso para el análisis de las relaciones de clase. Las discordancias se centraron en la elección de los criterios por los cuales la línea de separación es revelada. Aunque conservando el esquema dualista del conflicto de clases de Marx, la mayoría de los teóricos sociales consideró necesario sustituir a los protagonistas originales por un par distinto.

Pensando en la distribución de la fuerza de trabajo en los sectores productivos, podemos suponer³⁰ que la persistencia de un modelo marxista en Europa, si comparamos su vigencia en los EE.UU., *entre otros factores*, como consecuencia de la estabilidad del número de trabajadores industriales en diversos países europeos por mayor tiempo.

Cuadro 3 – De la distribución porcentual de la fuerza de trabajo por sectores de la industria entre 1920 y 1960 (7 países)³¹.

No obstante, Singelmann (1974:247) afirma: “*os serviços sociais e os serviços de produção foram os dois setores de mais rápida expansão. Não só aumentaram sua participação no emprego total da força de trabalho, senão que cresceram mais rapidamente do eu a força de trabalho do setor não-extrativo*”. (Apud Cardoso, 1982:12).

De esta manera, los datos recientes muestran que nuevas transformaciones tecnológicas refuerzan la tendencia al declive del empleo industrial y la expansión del terciario también en los países europeos. De cualquier manera, en este continente hubo una mayor estabilidad en la estadística de trabajadores industriales si los comparamos con los EE.UU.

Cuadro 2 - Del crecimiento medio del empleo anual (países del mercado común, 1965-1975)³².

³⁰ De la misma manera que planteamos sobre el carácter suposicional de nuestra relación en el caso de los EUA, debemos decir que nuestra suposición de la estabilidad del número de trabajadores europeos como uno de los factores que explica la mayor aceptación de la teoría marxista en este continente, no está basada en un estudio comprometido, ya que tal estudio sería por sí solo una tesis de maestría. De hecho, aunque esto sea de nuestro interés, este no es nuestro objeto específico de estudio.

³¹ Todos los cuadros se encuentran en el anexo, al final de este trabajo.

³² Todos los cuadros se encuentran en el anexo, al final de este trabajo.

La primera objeción a las categorías marxista, representadas por el capital y el trabajo, tuvo un doble aspecto. El primero se refiere al desarrollo de la empresa moderna y de la separación entre propiedad y control. Surgieron teorías³³ que afirmaban que el primado de la autoridad gerencial, en oposición al simple derecho de propiedad, como elemento básico de la dominación de clase. La segunda objeción, más o menos relacionada a la primera pero independiente de ella, se refiere a la categoría general de “trabajo”. Esta sería demasiado amplia para registrar las variaciones en la posición de mercado y de las posibilidades de vida de aquellos que venden su trabajo: *“Essa definição católica não só minimiza diferenças importantes na política e ideologia dos profissionais não-operários, de um lado, e dos trabalhadores industriais, do outro, mas também tem uma curiosa semelhança com a familiar pretensão conservadora de que hoje todos nós somos classe operária.”*(Parkin, 1980:788).

De manera general, podemos decir que las objeciones a la teoría marxista de clase surgió principalmente de su inhabilidad para manejar la realidad europea, de su limitación para explicar el surgimiento de grupos no-operarios intermediarios que, aunque compartían ciertas condiciones con los trabajadores asalariados “tradicionales”, no obstante disfrutaban de ventajas concretas y no concretas suficientes para impedir cualquier establecimiento de una identidad común. Fue, por lo tanto, el rápido crecimiento del sector no-operario de los trabajadores que, en la opinión de la mayoría de los críticos, deshabilitó la tesis de la polarización de Marx, y con eso la teoría general de transformación de clase que de ella derivaba. El espacio generado entre la burguesía y el operario, en vez de tornarse cada vez más inhabitable por las fuerzas centrífugas del conflicto de clases que lanzaban todas las camadas intermediarias para los polos, afirmación que hace parte de la base de la dicotomía conflictiva entre clases de Marx (desarrollado en el principio de la página 04 de este capítulo), se mostró no solo un espacio confortable para los nuevos grupos que allí se fijaron definitivamente, como además extendió sus fronteras hacia los dos grandes campos polarizados, o sea, burguesía y operarios. Delante de esta realidad, surgieron distintas propuestas teóricas que buscaban reaccionar en contra de la inadecuación de la distinción clásica entre

³³ Según Parkin (1980), Ralf Dahrendorf, en su obra *Class and Class Conflict in Industrial Society* (1959), presenta una crítica a Marx, al sugerir que él había confundido la parte con el todo, al no ver que la propiedad era apenas una forma específica de autoridad; la propia autoridad sería la forma genérica de la dominación de clase y la fuente de conflicto. El antagonismo entre clases en el industrialismo moderno surge, según Dahrendorf, no de la mala distribución de recursos y oportunidades, sino debido a la incompatibilidad de intereses entre aquellos que mandan y los que obedecen (Ver Parkin, 1980: 791-802).

capital y trabajo como la primera fuente de conflicto y separación de las clases. Parkin (1980) nos presenta un cuadro detallado del trayecto de diversas teorías que buscaron alterar el par central de la teoría marxista: posee o no posee de autoridad, clases políticas y masas, trabajo manual y no-manual, son algunas de las teorías presentadas³⁴.

De cualquier manera, es evidente que estas teorías están asentadas en bases marxistas y en posteriores elementos weberianos, además, por supuesto, de contribuciones de los propios teóricos que las formularon. Payne (2008) nos dice que gran parte del discurso teórico sobre las clases durante el siglo XX han enfrentado dos problemáticas vinculadas entre sí: “la taxonomía’ de clase y la teleología de la lucha de clase. El debate taxonómico ha sido vinculado a las categorías de la economía política, centrándose en la clasificación funcional de las nuevas clases medias, mientras que los estudios preocupados por la teleología de clase han planteado las cuestiones de la acción, la cultura y la conciencia, alejándose bastante de la economía política marxista. Sin embargo, no importa cuán lejos *El Capital* se haya instalado en el debate, las concepciones originales de Marx siguen definiendo la forma y la lógica de la discusión.”(p.90).

De manera general se podría decir que la tarea del pensamiento del siglo XX en torno de la clase ha constituido en la rehabilitación, elaboración, deconstrucción y reformulación de la construcción original de clase por parte de Marx (pues para criticar las concepciones de clase marxista, hay que ubicarse en el espacio que Marx constituyó), y posteriormente de la teoría de la estratificación de Weber. Aunque teóricamente, a lo largo de la historia, es común poner estas dos teorías en oposición, referenciada por el lugar subordinado asignado al análisis económico por Weber, contrastante con la posición que Marx y los neomarxistas³⁵ han acordado a la clase económica, según Payne (2009), no se debería sobreestimar las diferencias entre las taxonomías marxistas y weberianas de clase: “los neoweberianos reconocen la importancia de las definiciones de clase basadas en la producción económica, mientras que los neomarxistas reconocen en el rol desempeñado por el status, el partido y la nación dentro de la formación de clase. En este sentido Parkin (1979) comentó: “dentro de todo neomarxista parece existir una lucha weberiana por libertarse” (Apud Payne, 2009:90).

³⁴ Ver Parkin (1980: 784-819).

³⁵ Gyorgy Lukács (1885-1972), Karl Korsch (1896-1961), Ernst Bloch (1885-1977), y Antonio Gramsci (1891 – 1937) son algunos de los más conocidos. Los neomarxistas más directamente involucrados en teorías de movimientos sociales, que serán tratados en el capítulo 2.

1.3 - La cuestión de la clase en América Latina.

1.3.1- Un breve aporte desde las reflexiones del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos – transfondo para las teorías de clase en América Latina.

La cuestión de clase en América Latina está íntimamente ligada al proceso de colonización y a sus posteriores consecuencias. La conformación de lo que podríamos llamar de clases urbanas, durante el período de los populismos latinoamericanos, tanto como la actual estructura socioeconómica, encuentra sus raíces en las relaciones sociales coloniales. En el interior de estas relaciones, destacamos la producción de narrativas, que de hecho no debe ser desvinculada de los propios procesos de dominación, como veremos abajo. La popularidad del dicho “un pueblo es su historia” nos debe llevar a analizar bien cual es esta historia y por quien fue, y es, contada.

Las narrativas, base para la propia producción teórica – que, como veremos en el capítulo 3, es cargada de legitimidad, constituyendo fuente de “verdad”, tanto para la hipotética imparcialidad científica, cuanto para la construcción de identidad de los sujetos nacionales – debe ser analizada bajo estas herencias, tan presentes, de las relaciones coloniales. En este sentido, la historia de Latinoamérica³⁶, se confunde con la historia de sus colonizadores, ya que estos, o sus descendientes, concomitantemente con la dominación que ejercieron, escribían, literalmente, sobre la historia latinoamericana, protagonizada, evidentemente, por ellos mismos, y nombrada como la historia oficial³⁷. La vigencia de esta colonización del conocimiento sigue perpetuada por gran parte de las instituciones escolares y universitarias privadas y públicas. Además, ahora basado en el contexto brasileño, acusamos también la falta en el currículo oficial escolar de cualquier tipo de estudio, con alguna profundidad, sobre otros países latinoamericanos.

Si la falta de documentación de los pueblos subalternos³⁸, producidos por ellos mismos³⁹, dificulta el proyecto de recuperación de la “conciencia subalterna”, ya que la

³⁶ El propio término “Latinoamérica” expresa la colonización del lenguaje, además del conocimiento - ya que este está basado en las categorías de lenguaje. Se nombra a una comunidad de países por la lengua colonial impuesta como oficial en los países de esta comunidad.

³⁷ Hasta los días de hoy, el currículo escolar de gran parte de los países latinoamericanos está basado en la historia de los colonizadores. Destacamos que la documentación oral - en muchos casos, es la única fuente de conocimiento de las poblaciones subalternas - nunca fue considerada legítima.

³⁸ Según Bidaseca (2010), refiriéndose al concepto de Estudios Subalternos, el término “subalterno” nombra al que posee un atributo general de subordinación, tanto si se manifiesta en términos de clase, casta, edad, sexo, oficio o cualquier otro modo” (p.95).

³⁹ Podemos ubicar algunas razones de la falta de documentación de los pueblos subalternos latinoamericanos: el “analfabetismo formal”, ya que el oficial era lo de origen europea; la

única fuente son los archivos y las narraciones de la historiografía de la elite, como denuncia Gayatri Spivak (Bidaseca, 2010), creemos que en la actualidad, el creciente número de investigaciones y producción de conocimiento sobre los pueblos y sujetos subalternos debe ser considerado como relevante para un cambio de esta hegemonía colonial del conocimiento.

La explícita dominación (mediante la esclavitud, muerte o exclusión) de los pueblos originarios, sumados a los esclavos traídos de África, en el período de los Imperios europeos, se perpetuó en el período de las independencias coloniales. Toda posibilidad de resistencia al dominio imperial fue vista bajo la denominación de manifestación nacionalista. De este modo, nos dice Bidaseca (2010), “el nacionalismo aparece siempre como la única forma de oposición al imperio, y se ignoran las otras historias y las otras formas de resistencia que no están encabezadas y dirigidas por la elite nacionalista local, por el grupo dominante nativo” (p.95). O sea, el término “nación”, “atado al protagonismo de las elites criollas en su afán de dominar o administrar a otros grupos sociales, ha oscurecido desde el comienzo la presencia y realidad de los sujetos subalternos en la historia latinoamericana” (Manifiesto del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos, 1988:23. Apud Bidaseca 2010: 112). Según esta misma autora, Mallon (1995) señalaba que la crítica a la homogenización elitista del término “nación”, se basaba en comprender la nación como creación de la elite y, además, a la concepción de subalterno como un sujeto migrante⁴⁰, cambiante, cuya identidad era variada y situacional, por lo cual no debía limitarse a privilegiar grupos subalternos particulares (obreros, campesinos, hombres) sino tener acceso al vasto (y móvil) conjunto de las masas.

Todo este planteo apunta para una importante teoría que debe servir de trasfondo para todas las discusiones teóricas presentadas en este capítulo, las teorías del colonialismo interno⁴¹ en el contexto latinoamericano, que busca analogía entre las

desconsideración de otras fuentes de documentación, como la tradición oral y los dibujos; la destrucción, en primer lugar durante el período colonial, posteriormente por los descendientes coloniales de registros diversos de las poblaciones subalternas.

⁴⁰ “Al ser un espacio de contraposición y colisión, la nación contiene múltiples fracturas de lengua, raza, etnia, género, clase, y las tensiones resultantes entre asimilación (debilitamiento de las diferencias étnicas, homogenización) y confrontación (resistencia pasiva, insurgencia, manifestaciones de protesta, terrorismo. El subalterno aparece entonces como un sujeto migrante, tanto en sus propias representaciones culturales como en la naturaleza cambiante de sus pactos con el estado-nación” (Bidaseca, 2010:112).

⁴¹ Según Casanova (2007), los primeros aportes del colonialismo interno se encuentran presente en la obra de Lenin: “*Em 1914, Lênin se interessou em expor a solução do problema das nacionalidades e das etnias oprimidas do Estado zarista para o momento em que triunfasse a revolução bolchevique. Nesse ano escreveu “Sobre o direito das nações à autodeterminação”;* em 1916 escreveu especificamente sobre

relaciones de dominación del Imperio con las colonia y, contemporáneamente, del Estado-nación con los subalternos. Casanova (2007) nos dice que: “La definición del colonialismo interno está originalmente ligada a fenómenos de conquista, en que las poblaciones de nativos no son exterminadas y forman parte, primero, del Estado colonizador y, después, del Estado que adquiere una independencia formal, o que inicia un proceso de liberación, de transición al socialismo o de recolonización y regreso al capitalismo neoliberal” (p.03). Así, los pueblos, minorías o naciones colonizados por el Estado-nación sufren condiciones semejantes a las que los caracterizan en el colonialismo y el neocolonialismo a nivel internacional: habitan en un territorio sin gobierno propio; se encuentran en situación de desigualdad frente a las elites de las etnias dominantes y de las clases que las integran; su administración y responsabilidad jurídico-política conciernen a las etnias dominantes, a las burguesías y oligarquías del gobierno central o a los aliados y subordinados del mismo; sus habitantes no participan en los más altos cargos políticos y militares del gobierno central, salvo en condición de “asimilados”; los derechos de sus habitantes y su situación económica, política, social y cultural son regulados e impuestos por el gobierno central; en general, los colonizados en el interior de un Estado-nación pertenecen a una “raza” distinta a la que domina en el gobierno nacional, que es considerada “inferior” o, a lo sumo, es convertida en un símbolo “liberador” que forma parte de la demagogia estatal; la mayoría de los colonizados pertenece a una cultura distinta y habla una lengua distinta de la “nacional”. “Si, como afirmara Marx, “un país se enriquece a expensas de otro país” al igual que “una clase se enriquece a expensas de otra clase”, en muchos estados-nación que provienen de la conquista de territorios, llámense Imperios o Repúblicas, a esas dos formas de enriquecimiento se añaden las del colonialismo interno” (Marx, 1963: 155, Tomo I. Apud Casanova, 2007:03).

El Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos (que propusieron las críticas arriba y utilizadores de la teorización sobre los colonialismos internos en los países latinoamericanos), fundado a comienzos de la década del noventa por investigadores pertenecientes a las universidades norteamericanas (John Beverley, Robert Carr, Ileana Rodríguez, José Rabasa y Javier Senjínés) tenía, justamente el propósito de combatir esta homogenización discriminatoria, heredada por los medios

“*A revolução socialista e o direito das nações à autodeterminação*” (Lênin, 1985. Apud Casanova, 2007:104).

académicos, nombrada de “Latinoamericanismo”⁴², en el contexto específico de la sociedad norteamericana.

De cualquier manera, los miembros de este Grupo, considerando los aportes de las teorías del Grupo de Estudios Subalternos (Said, Bhabha, Spivak y Guha), buscaba la denuncia y superación de narrativas sobre Latinoamérica basadas en una serie de representaciones literarias, filosóficas y sociológicas que ocultan las diferencias⁴³, lo que lógicamente no se restringe a un contexto específico. Así el proyecto teórico-político del grupo estaba dirigido “hacia la deconstrucción de tales epistemologías y hacia la apertura de nuevos espacios de acción política (Baverley 1996:275). Se busca articular una crítica de las estrategias epistemológicas de subalternización desarrolladas por la modernidad para, de este modo, recortar la maleza, encontrar un camino hacia el *locus enunciation* desde el que los sujetos subalternos articulen sus propias representaciones” (Castro Gómez, 1998. Apud Bidaseca, 2010:109). Son resaltados tres periodos donde se puede percibir la emergencia de los Estudios Latinoamericanos y el problema de la conceptualización de la subalternidad⁴⁴.

Consideramos este aporte inicial importante porque él nos servirá de base para pensar diversos puntos centrales de aquí en adelante, tales como las conformaciones de la estructura socioeconómica en Latinoamérica y la polémica en cuanto a la existencias de clases o no; la tesis de la existencia de dos clases en Latinoamérica (una dominada, otra dominante), ya presente en el período populista que sigue abajo; las teorías desarrollistas (cepalinas), de la dependencia y la de la marginalidad. Trataremos estos temas, así como de la relación entre producción de conocimiento y formación de identidades particulares y colectivas, más adelante.

⁴² Según el Manifiesto (1998:01), “los *Latin American Studies* han operado tradicionalmente como discursos inscriptos en una racionalidad burocrática-académica que homogeniza las diferencias sociales, económicas, políticas y sexuales de las sociedades latinoamericanas. El Latinoamericanismo, esto es, el conjunto de representaciones teóricas sobre América Latina producido desde las ciencias humanas y sociales, es identificado como un mecanismo disciplinario que juega en concordancia con los intereses imperialistas de la política exterior norteamericana.” (Apud Bidaseca, 2010:108).

⁴³ Se debe decir, por lo tanto, que los límites de la historiografía elitista en relación con el subalterno, denunciado por el Grupo de India hacia 1980, habían sido trabajados por los latinoamericanos desde hacía más de dos décadas, 1960.

⁴⁴ La primera etapa (1960-1968) referente a revolución mexicana, protagonizada por indígenas y mestizos (no solo como soldados, sino como líderes y estrategas) y al posterior bloqueo a nivel económico, político y cultural – a favor de la emergente clase mestiza, alta o media; la segunda etapa (1968-1979) referente a la crisis del modelo protagónico de la revolución cubana, con el colapso de la guerrilla de Che Guevara en Bolivia, principalmente por la falta de apoyo de la población campesina de lengua Aymará, en la cual la revolución buscaba fuerza de resistencia y complicidad; y la tercera etapa (años 80) referente a la revolución nicaragüense y a la importante difusión teórica y práctica de la Teología de la Liberación. (Ver Bidaseca, 2010:110-112).

De cualquier manera, debemos elegir un momento histórico para plantear de forma más responsable la configuración de la estructura de clases (acordándonos de la polémica presente en este último término para la realidad de América Latina).

1.3.2 – La cuestión de clase en América Latina a partir de los Populismos.

Para una mejor comprensión de las estructuras de clase así como del contexto de acción de los movimientos sociales en los tiempos actuales en Latinoamérica, debemos hacer un análisis asentado en un anclaje histórico. La comprensión de los procesos sociales, económicos y políticos en la primera mitad del siglo XX deben estar siempre presentes, aunque como transfondo, para la comprensión de aquellos elementos de la actualidad.

Siguiendo la línea de raciocinio de Calderón y Jelin (1987), consideraremos lo que se llamó populismo⁴⁵ (la revolución Mexicana y luego Cárdenas, Vargas en Brasil, Haya de la Torre en Perú, Perón en Argentina, la revolución bolivariana de 1952) como el marco inicial fundamental para la comprensión de nuestro referido objeto de estudio. En este marco señalamos algunas presencias importantes y algunos vacíos que claman por ser llenados en el estudio de las clases subalternas y los movimientos sociales.

Este momento político latinoamericano en los principales países de la región estuvo basado en la descomposición de la dominación oligárquica ligada a un modelo de organización económico y social agro-minero exportador, dejando un vacío que creó el espacio para el surgimiento y consolidación de nuevas fuerzas económicas, sociales y políticas: la urbanización y las migraciones internas, la industrialización, la creación de un mercado interno, la modernización, el desarrollo de grupos y clases basados en los intereses urbanos y su creciente papel en el rumbo político son las características de este período, destacados por Calderón y Jelin (1987:06).

El desarrollo industrial fue conformando nuevos sectores sociales nacionales. La nueva conformación social, respuesta de la crisis de dominación oligárquica que desplazó un gran contingente de la población hacia los incipientes centros urbanos, exigió del llamado populismo para atender a los intereses de las incipientes clases: como

⁴⁵ Un modelo político donde las clases sociales emergentes ligadas al proceso de industrialización (tanto la burguesías nacionales modernizante como sectores populares especialmente urbanos) encontraron – o mejor dicho conformaron, aunque con diferentes grados de poder y de influencia en el producto final – un estado en régimen que pudiera dar respuesta política, económica y social, a las crisis de la dominación oligárquica (Weffort, 1973, Laclau, 1977. Apud Calderón y Jelin, 1987:08).

combinar burguesías industriales débiles, las clases trabajadoras urbanas que no contaban con los canales institucionalizados para la expresión de sus intereses y los sectores medios en ascenso, fue el desafío de este momento político.

Se debe llamar la atención para la mediación promovida por el Estado en este proceso. Este se presentó como un actor social fundamental para la conformación de los intereses económicos y para la consolidación de los actores socio-políticos. El surgimiento del Estado en esta consolidación se dio principalmente porque la burguesía industrial mostraba debilidad para establecerse en la escena social y política sin recurrir a alianzas con las elites agro-exportadoras. Así el Estado intervenía para la preservación y promoción de sus intereses. “Parecía un dilema sin salida: La burguesía industrial no lograba constituirse como clase en el campo de las relaciones de producción; era necesario primero lograr un espacio político en el seno del estado para desde allí abrir el espacio económico requerido para desarrollar su acción” (Calderón y Jelin, 1987:07). En este sentido podemos decir que el Estado fue desde muy temprano un productor de sociedad, además de su producto.

Las consecuencias de esta intervención estatal se reflejaron en la lentitud del proceso de formación de clases sociales, en su manifestación como fuerzas sociales, en su presencia – con autonomía e identidad clara – en el escenario de la historia, y en la manifestación de conflictos sociales dirigidos hacia adentro del estado mucho más que en el contexto de la sociedad (Calderón y Jelin, 1987).

Los detalles, interpretaciones y análisis crítico de este momento político no nos cabe en este trabajo, estamos más bien preocupados en percibir la relación entre el populismo y la formación de clases sociales, específicamente con la que protagonizarán los movimientos sociales más importantes en este período, o sea las clases sociales subalternas emergentes (en este sentido, coincidimos con la línea de investigación de Calderón y Jelin, 1987).

De manera general, el proyecto industrializador, ocurrido en gran parte de los países Latino Americanos⁴⁶, y protagonizado por las nuevas clases dominantes, involucró el crecimiento de los sectores populares urbanos. Por el hecho de que este nuevo sector urbano estuviera concentrado en áreas urbanas y por que trajeron consigo la marca de una ruptura con las formas tradicionales de relaciones de dominación, fueron movilizados en términos políticos y participaron, con significativa relevancia,

⁴⁶ Jelin (1987:13 – 16) detalla el “proyecto industrializador” en Brasil, Argentina y México.

aunque con papeles subordinados, en las alianzas políticas gobernantes. El logro de tener atendidas las reivindicaciones de carácter laboral, en gran parte institucionalizadas mediante leyes laborales, se debió por un lado a una respuesta genuina a las demandas originadas en las necesidades de la población trabajadora, pero, y en nuestra opinión, más que nada, como parte de un proceso de negociación política dirigida a obtener el apoyo de los sectores populares (los más numerosos y potencialmente críticos) y, fundamentalmente, como forma de control social, mecanismo elaborado para incrementar la disciplina, el control y la predictibilidad de la fuerza de trabajo. Como veremos más adelante, tan pronto el estado populista tuvo su soberanía estabilizada, reveló su identidad autoritaria, muchas veces de carácter fascista, y empezó utilizar a las organizaciones obreras, que les fueron útiles a lo largo de su fortalecimiento, como masa de maniobra política. Después cualquier modo de indagar, cuestionar o protestar con el gobierno instituido, sería duramente reprimido. De hecho, muchos autores identifican el populismo en Latino America como un movimiento político con gran influencia ideológica - además de financiamientos – norteamericanos, siendo parte de un proyecto que abriría las puertas hacia gobiernos, ahora sí, declaradamente autoritarios y represivos – contando en algunos casos con apoyo de las fuerzas armadas estratégicas norteamericanas, como la C.I.A - a cualquier movimiento o manifestación (desde grupos hasta individuos) con ideas que cuestionaban de alguna manera el *status quo*, clasificadas como ideas socialistas, comunistas o de izquierda. Gran parte de los países Latinoamericanos hasta hoy ocupan un papel subordinado a este país por sus deudas financieras. Además, durante la dictadura, importantes empresas estatales fueron vendidas (privatizadas) a los EE.UU. por bajo precio.

Debemos resaltar que ni todos los movimientos sociales apoyaron al populismo, ni todos fueron posteriores masas de maniobra. Hubo manifestaciones de descontento y oposición, testimonios de la existencia de movimientos espontáneos o alternativos de la clase obrera. Según Calderón y Jelin (1987), estas protestas se manifestaron de dos formas: primero, algunas organizaciones obreras independientes o alternativas habían sobrevivido, ligadas a los partidos políticos minoritarios u opositores, en forma legal o no. Estas organizaciones estaban listas para entrar en acción tan pronto la escena política mostrara la menor señal de apertura, o cuando el control sobre las organizaciones populares se debilitara⁴⁷. Otra forma de organización se refiere a los

⁴⁷ Ejemplos se este tipo son la emergencia y desarrollo de organizaciones obreras en Brasil durante la democratización de 1945-46 (Weffort, 1973); resurgimiento de organizaciones obreras antiperonistas en

movimientos espontáneos de la base, no necesariamente ligados a organizaciones alternativas⁴⁸.

Aunque nos referimos predominantemente a las clases subalternas urbanas, debemos resaltar que en varios países latinoamericanos el campesinado cumplió un papel político fundamental tanto en las luchas por la distribución o recuperación de tierras, como en la redefinición de relaciones entre la sociedad, partido y Estado⁴⁹. Calderón y Jelin (1987) resaltan la lucha campesina contra el sistema de dominación oligárquica, donde fueron insertadas propuestas de demandas de acceso a la tierra, derecho a la ciudadanía política, reivindicación de participación social, y la afirmación étnica cultural sea por vía de los ejidos, las comunidades o de los sindicatos campesinos (p. 19). Si por un lado la acción campesina – que combinaba orientaciones de transformación de relaciones de clase, de autonomía e identidad nacional y de afirmación étnico cultural –, en este momento histórico, produjo importantes transformaciones societales (reformas agrarias, voto universal, reconocimiento ciudadano y proliferación de importantes núcleos organizativos del campesinado, sobre todo sindicatos), por otro lado culminó en la subordinación de este sector poblacional al Estado populista y a la creación de un nuevo sistema de intermediación y cooptación (sindicatos) sin precedentes.

De manera general, la relación entre el populismo con los sectores subalternos emergente fue caracterizada, más allá de todo, por la ambigüedad. Estos sectores encontraron allí un medio de expresión y de reivindicación de demandas e insatisfacciones. A lo largo de este proceso, de hecho, obtuvieron diversos derechos ciudadanos, tanto políticos como sociales y fueron atendidos en diversas demandas. Por otro lado, justamente por la relación de confianza que fue establecida por tantos logros políticos y sociales, este mismo sector fue utilizado como clientela de apoyo sujeta a diversas manipulaciones, entre ellas, la creación de normas laborales necesarias para el

la Argentina de 1955 (Senen Gonzáles, 1971); y los esfuerzos por desarrollar organizaciones obreras autónomas de la CMT en México en 1948 y 1958 (Alonso, 1972; Pellicer de Brody y Reyna, 1978) (Calderón y Jelin, 1987:17).

⁴⁸ En Argentina se puede observar un aumento considerable en las movilizaciones y huelgas durante los últimos tres años de gobierno peronista, entre 1952 y 1955 (Doyon, 1975); lo mismo ocurrió en Brasil en 1945-46, concentrándose en San Pablo en 1953 (Moises, 1978); y finalmente, hubo una movilización espontánea considerable en México en 1958 (Alonso, 1972). (Calderón y Jelin, 1987: 17).

⁴⁹ Se destaca la lucha campesina en México y Bolivia. En México, el período de lucha (1910 – 1914) se inicia con un conflictivo y burocrático proceso político y legal de adquisición de tierras que recién se consolida hacia mediados de la década del treinta. En Bolivia la ley de reforma agraria de agosto de 1953 marca un doble hito: el de una larga y combinada lucha (1937-1953) por el acceso legal a la propiedad de la tierra, su distribución y la aceptación de la organización sindical (...), consolidado 25 años después. (Dandler, 1983; Antezama, 1968. Apud Calderón y Jelin, 1987:19).

desarrollo capitalista y para el control social, tal como el constante contacto entre estado y sindicatos de los trabajadores (ya que en algunos países como Brasil, habían amenazas de desborde social, de revueltas y de revolución).

En un momento posterior, con la estabilización del estado, ya consolidado, con mayor autonomía del pueblo, de los trabajadores – elemento central para el éxito del populismo -, se empezó a hacer más claramente maniobras políticas a través de estos. La adopción de esta actitud tuvo consecuencias históricas y estructurales que condicionaron el desarrollo posterior de la posición de los sectores subordinados frente al estado, como veremos más adelante.

Aunque la diversidad de las relaciones establecidas entre sectores subalternos y sectores dominantes no permita una visualización clara de las posiciones de ambos, se ha afirmado que la incapacidad de protegerse de las manipulaciones populistas, impidió la formación sólida y el desarrollo de una clase social de trabajadores.

La discusión conceptual de clase y de pueblo es invocada por Calderón y Jelin (1987) para entender la conformación estructural de los sectores subalternos en este momento histórico: ellos defienden la utilización del término “pueblo” para este momento de la historia social de Latinoamérica, ya que se trata de un actor amorfo, difuso, heterogéneo internamente, ligados a ámbitos políticos-ideológicos y de relaciones sociales más que a formas de inserción de un modo de producción.

“En síntesis, se trata de una relación de incorporación de los sectores subalternos de maneras múltiples, y no como actores diferenciados y autónomos (como clase social): tanto como actor en la producción (de ahí la relación entre el populismo y el crecimiento y reconocimiento del ámbito sindical); como consumidor de servicios del estado (expansión de la ciudadanía por vía de los derechos sociales), como clientela política de líderes carismáticos, en una relación directa líder-masa, sin organizaciones intermedias o mediadoras. Todo eso de manera contradictoria y ambigua” (Calderón y Jelin, 1987: 12).

1.3.3 - Los debates teóricos sobre la estructura socioeconómica en América Latina.

En líneas generales, el análisis interpretativo de las ciencias sociales con relación a este período, hasta hace poco tiempo, variaban entre visiones economicistas – clases que se desarrollan en la esfera productiva y que luego consiguen la hegemonía política -, y visiones politicistas – reino de las ideas y voluntades, de proyectos ideológicos que, desde ese plano influyen y transforman las relaciones económicas (Calderón y Jelin, 1987).

Una primera línea de interpretación al respecto de los procesos histórico-culturales en Latinoamérica, dominante durante los años 50 y 60, tenía su foco en la economía, en la expansión industrial. Esta puede ser llamada de teoría de la modernización y estaba anclada en la CEPAL (Comisión Económica para el Desarrollo de la América Latina). Partía de análisis comparativos entre los procesos históricos ocurridos en los países de industrialización avanzada y la América Latina. Ella llevó a abordajes evolucionistas y etapistas, y luego a diagnósticos equivocados (Gohn, 1997). En esta perspectiva, las transformaciones sociales son vistas como la extensión gradual al conjunto de la población de las características modernas asociadas con la industrialización. La modernización social sería la condición para, la consecuencia de las transformaciones económicas (Calderón y Jelin, 1987). Este modelo de modernización tenía una característica fundamental: el resultado final, el punto de llegada, que para algunos sería una sociedad industrial organizada e integrada en el nivel del estado nacional, “con clases bien conformadas que podían ir diluyéndose progresivamente en una sociedad de masa”; y para otros sería la revolución y el pasaje a una organización social socialista. Esta visión, en cuanto al punto de llegada, no influyó solo a analistas y teóricos de los movimientos sociales de la época, sino que influenciaron a los propios actores: “Tanto las propuestas desarrollistas como los movimientos de liberación nacional y los proyectos clasistas tenían formulaciones ideológicas globales, orientadas por una noción de progreso dirigido hacia una totalidad identificable” (Calderón y Jelin, 1987:09).

Esta teoría, también llamada de la “Teoría de la Sociedad Dual”, según Bidaseca (2010), enfatizaba la falta de integración y el atraso de distintas zonas nacionales, y concebía el progreso susceptible de alcanzarse gracias al crecimiento económico capitalista. Es una hipótesis del cambio social unilateral: “sociedad tradicional” a la

“sociedad moderna”, donde en esta transición, se visualizan los obstáculos que se deben eliminar.

La “cuestión de la marginalidad social” fue tratada como un problema cultural que debería ser reabsorbido por intermedio de procesos de educación formal o con el tiempo – cuando el país se desarrollase o el llamado “pastel” económico hubiera crecido (Gohn, 1997:212. mi traducción).

La visión cepalina estaba, entonces, basada en un paradigma dualista de interpretación de la realidad social: un lado moderno y el otro atrasado. Se pensaba en proceso de integración social latinoamericana basado en la participación social de los individuos aisladamente. Destacamos que los trabajos y estudios en este período se focalizaban, en su mayoría, en los estudios sobre las elites y su composición, así como en los procesos de desarrollo económico, las estructuras del Estado y en los partidos políticos. (Gohn, 1997).

En cuanto a la formación de nuevas clases sociales, el Estado debería tener un papel central, ya que estas clases eran concebidas como producto de transformaciones en la estructura productiva protagonizada por él: “De hecho, el pensamiento cepalino es una propuesta de planificación económica cuya realización invoca una intervención estatal”(CEPAL, 1969, Apud Carderón y Jelin: 1987:09).

A partir de los años 70, en el período post-populista, ocurrirán cambios fundamentales en la estructura social y en los movimientos sociales urbanos. La expansión del sector industrial llevó a la heterogeneización de las fuerzas productivas, que, como veremos más adelante, influyó en la creación de clases intermedias y a la nueva configuración de los movimientos sociales. Simultáneamente, bajo el régimen militar, ocurrieron cambios políticos hacia el autoritarismo. No había lugar para tolerancias, y las luchas pasaron a ser más violentas⁵⁰.

Ante la rigidez y la violencia del modelo político vigente, sumado a la reciente consolidación de una clase media, se percibe en América Latina, la pérdida de proyección histórica de los movimientos sociales de orientación totalizante, dirigidos hacia transformaciones clasistas acabadas. Es instituida una nueva forma de sociabilidad, una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las practicas sociales se incluyen junto a, y en directa

⁵⁰ El movimiento estudiantil y obrero de México en 1968, la ola de huelgas y movilizaciones de masas en Brasil (Weffort, 197dis) y el Cordobazo en la Argentina (Delich, 1974) fueron ejemplos de movilizaciones con alto grado de participación espontánea de amplios sectores de la población urbana. En todos estos casos, la reacción gubernamental inmediata fue la represión (Calderón y Jelin, 1987:18).

interpretación con lo ideológico y lo institucional-político: “Lo que ocurre es un traslado de lo público a lo social. Lo público es reinterpretado como público consumidor (...) la constitución del sujeto ya no remite al ciudadano, sino al consumidor (...) El ámbito privado deja de ser una protección de la individualidad y es incorporado a la publicidad del mercado” (Lechner, 1982:21,23. Apud Calderón y Jelin, 1987: 27). No nos debemos olvidar de otro factor que alteró sustancialmente el paradigma de las clases sociales y de los movimientos sociales, referente a las transformaciones de las condiciones de vida de los propios investigadores. Estos, como sujetos sociales, incorporaran en sus propios pensamientos la cotidianeidad:

“El desplazamiento del ámbito público y la trivialidad del discurso político oficial dirigen la atención hacia la vida cotidiana (...) En la medida en que la rutinas – lo normal y lo natural – se vuelven problemáticas, aumenta la complejidad del diario vivir...La pérdida de certidumbre y el incremento de las decisiones obligadas se suman y generan una experiencia dolorosa” (Lechner, 1982:24. Apud Calderón y Jelin, 1987:27).

Así, ya en los primeros años de la década de 70, se desplazan los estudios de conceptualizaciones estructural-totalizante de las clases sociales a los estudios de actores específicos y problemáticas sectoriales⁵¹. Retomaremos la discusión específica sobre los movimientos sociales en el próximo capítulo. Nos detendremos ahora en el análisis de la nueva configuración de las estructuras de clase a partir de los años 70⁵².

El continente latinoamericano a partir de esta década ha experimentado significativas transformaciones económico-sociales que alteraron el cuadro de sus sociedades, dándoles un aspecto de modernidad – eso no quiere decir que se haya logrado un cambio en cuanto a la situación de la pobreza absoluta y relativa de gran parte de la población de estas sociedades. Tales transformaciones son relativas a la elevación de las tasas de crecimiento económico, de urbanización (con disminución de la población rural), de escolarización e industrialización; predominancia del sector

⁵¹ Calderón y Jelin (1987) nos recuerda la publicación de un libro que reflejó este momento de transición. “Las clases sociales en América Latina”, patrocinado por la UNAM (1973), con ensayos teóricos de Nico Poulantzas, Alain Touraine y Florestan Fernandes. Este libro buscaba plantear la temática de las clases sociales de manera universalista a partir de un diálogo entre europeos y latinoamericanos dentro de una perspectiva marxista.

En mi investigación bibliográfica, no pude encontrar este libro. Según informaciones no oficiales, este material fue censurado por la dictadura y no volvió a ser publicado.

⁵² Como ya hemos dicho en la introducción de este trabajo, hacemos la separación entre el análisis de la estructura de clase y de los movimientos sociales latinoamericanos con fines de un mejor análisis de las particularidades de cada uno. Concordamos con los teóricos que dicen que los dos análisis nunca pueden ser disociados.

industrial delante del sector rural; alteración en la estructura de empleos – disminución del sector primario, aumento del secundario y terciario; transformación en el estilo de vida y consumo de gran parte de la población – orientada por la tendencia consumista de bienes característicos de las sociedades capitalistas modernas, etc.

Buscando explicar mejor, de manera más empírica, la discusión teórica sobre las clases sociales, abortada en el capítulo anterior - sobre una supuesta inadecuación de la teoría marxista para explicar las estructuras de clases, la movilidad social y la dinámica entre los sectores productivos en la modernidad -, profundizaremos en datos relevantes sobre las fuerzas productivas en distintos países latinoamericanos. Por detrás de los trabajos de los sociólogos en busca de una teoría que refleje mejor la dinámica de las sociedades contemporáneas, y por la construcción, en última instancia, de una imagen de la sociedad, hubo un intenso trabajo analítico y empírico que muestra la dirección de los cambios ocurridos en la estructura de las sociedades industriales⁵³.

Antes que nada, debemos decir que gran parte de los países latinoamericanos se industrializaron en el marco de la internacionalización de la economía y del predominio de la acumulación oligárquica. Según Ianni (1990), desde los años sesenta, en Latinoamérica se desarrolló una articulación y dinamización recíproca entre los sectores productivos nacionales, extranjeros y estatales. Con la peculiaridad de que el sector estatal, como buena parte del conjunto de aparatos del Estado, pasan a actuar de modo de dinamizar, inducir o diversificar la reproducción del capital en los sectores privados. De acuerdo con Peter Evans (1980:255), “*No México, como no Brasil, as alianças entre multinacionais e um pequeno número dos maiores grupos econômicos estão aumentando. Em ambos os países, o Estado e as empresas de propriedade do Estado estão envolvidas de maneira fundamental*”. (Apud Ianni, 1990:35). De manera general, en la mayoría de los países, el desarrollo de la industria y de la agricultura corresponde a nuevas articulaciones con el capital extranjero. Si por un lado es verdad que algunos países de América Latina están intensificando sus exportaciones, por el otro lado eso viene junto con la consolidación de multinacionales en los sistemas económicos de diversos países y con gran parte del lucro enviado hacia el exterior. Al mismo tiempo esto habla de la fragilidad de las burguesías regionales, ya que dependen de la asociación o subordinación al capital extranjero. Con relación a las consecuencias de este cuadro para los trabajadores de estos países, Burbach y Flynn (1982: 134, 135)

⁵³ Todos los datos presentados fueron retirados del artículo de F.H Cardoso (1982).

nos dicen que: *“Para os trabalhadores latino-americanos, essa situação tem conseqüências devastadoras. As burguesias da região, para continuarem competitivas no mercado mundial, devem reprimir a classe trabalhadora e manter os salários no mínimo possível”*. (Apud Ianni, 1990:34)

Según los estudios producidos por Cardoso (1982), hasta los años setenta, las tendencias dominantes en la estructura de empleo en América Latina podrían resumirse de la siguiente manera:

- el sector primario de la economía decrecía rápidamente;
- el sector secundario no absorbía esta declinación. Más bien, se mostraba estancado proporcionalmente;
- el sector terciario crecía aceleradamente.
- tendencia al crecimiento mayor de las ocupaciones no-manuales comparado a las manuales.

Estudios posteriores, como los de Paul Singer (1971, Apud Cardoso, 1982:17), permiten hacer algunas correcciones sobre el estancamiento relativo del secundario, cuyo crecimiento, en verdad, se acentuó en las décadas de 60 y 70 debido a las altas tasas de crecimiento industrial y a la implantación tanto de la industria automotriz como de los sectores de producción de bienes de consumo durables. Los mismos estudios muestran también que el sector terciario, desmembrado, acusa la presencia y expansión del sector de servicios de producción y de consumo modernos. No se debe, como se imagina, que la expansión del sector terciario sea debido a un puro *“inchaço”*.

Cuadro 5 - De las tasas medias anuales de crecimiento del empleo por sectores económicos de algunos países de América Latina: 1960-1970⁵⁴.

De acuerdo con este cuadro, se puede decir que la mano de obra empleada en el secundario aumentó de 23,5 a 26, 2% en el total de la población ocupada.

“El examen de la estructura del empleo e un nivel de desagregación más amplia lleva a la conclusión de que la manufactura creció a tasas anuales más altas que los servicios (excluidos el comercio y los servicios básicos como transporte y electricidad) en seis de los diez países que analiza Kirsch (1973) durante los años sesenta. Tal parecería que durante la última década el sector manufacturero fue capaz de absorber un grueso contingente de mano de obra, sobre todo en países como Brasil, Chile, México, Perú y Venezuela, mientras

⁵⁴ Todos los cuadros se encuentran en el anexo, al final de este trabajo.

que el crecimiento del terciario probablemente estuvo ligado a la expansión de aquellas ramas complementarias a la industrialización” (Muñoz y Oliveira, 1979, Apud Cardoso, 1982:16).

La tendencia señalada por Cardoso (1982) en cuanto al crecimiento de los trabajadores no manuales se confirmó en el período de 1960 a 1970:

Cuadro 6 - De la distribución ocupacional de la PEA (población en edad activa) en algunos países de la América Latina: 1960-1970⁵⁵.

En tanto, se debe hacer la consideración que los procesos de tercerización no ocurren en América Latina, ni en Brasil o México, de la misma forma ni con la misma intensidad que en Norteamérica, Europa, Japón y gran parte de los países de la OCDE. Los “servicios personales”, por ejemplo, aunque con tendencia decreciente, tienen fuertes contingentes de servicios domésticos (Cardoso, 1982).

Otra consideración importante que se debe hacer, especialmente cuando se analiza el conjunto de la estructura de empleos de estos países, es que parte considerable del PEA permanece en el campo (ejemplo: México, 32, 9 en 1970; Brasil, 44,3 en Brasil) y aunque crezcan bastante los sectores de la industria de transformaciones y los servicios de alta productividad (Brasil, entre 1950 y 1970, el sector secundario se expandió a tasas del 4% anuales y la industria a una tasa del 3,6%), las actividades de baja productividad crecieron 3,6% al año en este período, siendo que el sector del servicio doméstico remunerado creció aún más: 5,2% al año. Se suma a eso que la estructura de empleo de estos países acusa la presencia de formas de organizaciones productivas que suponen relaciones sociales de producción basadas ora en el trabajo familiar, ora en la existencia de trabajadores por cuenta propia y de pequeños vendedores de servicios, tanto en el campo como en la ciudad.

En resumen, Cardoso (1982) nos dice que:

“se é certo que a internacionalização da produção torna semelhante certos aspectos da estrutura de emprego tanto dos países centrais como dos periféricos, ela não elimina as diferenças contextuais. A interpretação deve ressaltar, por tanto, ambos os aspectos, sem esconder que a linha de força das mudanças decorre da internacionalização da produção” (p. 19).

Así, Cardoso, en los años 70, propuso una teoría que reemplazaría el paradigma etapista-dualista de la teoría de la modernización cepalina y el determinismo de la teoría

⁵⁵ Todos los cuadros se encuentran en el anexo, al final de este trabajo.

del imperialismo, donde toda la realidad social era interpretada como mera consecuencia de las directrices económicas de los países dominantes. Cardoso, junto con Falleto, llamó la atención sobre las especificidades de América Latina, argumentando que en ella, el desarrollo debería ser visto en el contexto de la dinámica global de la economía. Esta teoría fue llamada teoría de la dependencia. La teoría de la dependencia influyó en otra teoría, que buscaba entender la condición de privaciones variadas en que se encontraban diversos individuos dentro del sistema capitalista. Esta fue llamada teoría de la marginalidad.

Kowarick (1975), uno de los principales formuladores de esta teoría, después de hacer un balance de las variaciones de abordajes de esta teoría, muestra que esta noción dice al respecto de los diversos fenómenos que significan una forma de exclusión de los beneficios posibles en las sociedades urbano-industriales, o sea, baja calidad de las viviendas, habitación, ciudadanía, etc. La marginalidad es definida en negativo en relación a los valores dominantes, o sea, como carencias en relación a la inserción en el mercado de trabajo, a la protección social, a la habitación, al acceso a la vivienda, etc. (Fassin, 1996. Apud Leal, 2004). En líneas generales, la teoría de la marginalización puede ser leída de dos formas: una que apunta a la falta de integración de los individuos en alguna dimensión de la vida social. Visión que concibe la marginalidad como una forma específica de incorporación social, comprendiendo las formas más precarias de inserción. Sus indicadores empíricos serían, según Pereira (1984), la renta-trabajo mínima, expresando las bajas oportunidades de trabajos (asalariados o no), y los indicadores secundarios que se relacionarían con consumo: bajas condiciones de vivienda, higiene, alimentación, acceso a la salud, escuela, etc. (Apud Leal, 2004)).

Otra lectura, presente en los trabajos de Paoli (1974) y en los de Kowarick (1975) se refiere a la marginalidad como tipo de explotación de la fuerza de trabajo necesaria por el capital en las economías dependientes. La situación de la marginalidad es explicada, según Paoli, por los niveles de participación económica y cultural, el marginal sería un tipo humano cuyo papel es la de sombra en relación a las estructuras fundamentales de la sociedad en que se inserta – en este caso, las formas capitalistas periféricas (Leal, 2004)

En esta segunda idea se hace clara la influencia de la teoría de la dependencia sobre la teoría de la marginalidad. La búsqueda de especificidad llevó a la profundización del análisis: los marginales eran productos del propio modelo capitalista implantado en los países subdesarrollados; el problema no era integrarlos o no – como

afirmaba la teoría de la modernización al respecto de la marginalidad – pero sí entenderlos dentro de la lógica del propio proceso de acumulación global, ya que ellos – personas alejadas del mercado formal de trabajo, actuando junto a los sectores de servicios – tendrían una función, un papel estratégico para esta misma acumulación. La marginalidad pasó a ser analizada a partir de entonces no solo como resultado de procesos de exclusión, sino más bien sería una condición previa a la acumulación, desempeñando lo que se llamó el ejército industrial de reserva. Finalmente, se debe resaltar que el campo tendría un papel fundamental en este proceso, siendo un local, por excelencia, donde se mantenía sujetos para reposición continuamente de los trabajadores urbanos o para complementar los ciclos de producción en las ciudades por medio de expedientes en la economía informal que abarataba los costos de la propia reproducción de la fuerza de trabajo (Gohn, 1997:213, 214. mi traducción).

Entretanto, había una polémica sobre la visión que concebía esta masa de población marginal como un ejército industrial de reserva. Según Leguizamón (2007), el debate entre los teóricos de la dependencia, en cuanto al vínculo entre la producción de la pobreza y el proceso de mano-de-obra excedente, luego de ser verificada la persistencia de esta mano-de-obra fluctuante⁵⁶ o inestable, se refiere a las posibilidades de aplicar o no la ley de la superpoblación relativa de Karl Marx al caso del desarrollo del capitalismo en América Latina. Esta discusión estaba vinculada a la cuestión sobre la posibilidad de la población excedente poder ser considerada una reversa y/o un colchón de mano-de-obra y, por tanto, si es posible utilizar el concepto de ejército industrial de reserva para explicar lo que, en aquel momento, se denominaba como marginalidad. Un grupo de autores se contraponen a esta teoría, afirmando que el proceso de producción de ciertos sectores productivos y el uso del capital intensivo ocasiona el aumento de la población excedente, sin que se cumplan las funciones del ejército industrial de reserva. Esta sería una condición típica del capitalismo dependiente. Tal producción teórica es representada por José Nun (1970,2001) y por Aníbal Quijano (1971,1973). Estos autores desarrollan la categoría de “masa o polo marginal” para explicar la población excedente que no consigue insertarse de manera estable y continua en el mercado de trabajo. Para Nun (1972), la causa de la marginalización no se debe a una variable externa, a la dependencia económica, sino al mecanismo de acumulación capitalista como factor central y unificador. Este autor

⁵⁶ Según Gunder Frank (1976b, p. 250), la mano-de-obra que no consigue insertarse de manera estable en la economía urbana es llamada de “población fluctuante”, en referencia a los múltiples empleos que poseen (Leguizamón, 2007:103)

reformula el concepto de “ejército de reserva”, justificando que, dado que el desarrollo de la tecnología y el aumento de la composición orgánica del capital requieren menor cantidad de mano-de-obra, gran parte de la población excedente queda sin posibilidades de ser incorporada al sector capitalista hegemónico, inclusive en los ciclos de expansión. Nun concluye que no se puede hablar de reserva de mano de obra ya que, al no tener incidencia en la baja de salarios en la industria moderna, no cumpliría una baja de los salarios del sector que trabaja en el centro de las actividades industriales. Estos trabajadores no se constituirían concurrencia real, en la medida en que no poseerían niveles relativamente altos de educación, ni tampoco habilidades. Eso les negaría su función de colchón de mano-de-obra, ya que las necesidades de la industria moderna son de menor cantidad de fuerza de trabajo.

José Nun debatió más tarde con Cardoso (1972), que sustentaba que era necesario mantener el concepto de ejército industrial de reserva. La posición de Cardoso se basaba en lo estudios realizados por sociólogos en Brasil, principalmente del CEBRAP, mostrando empíricamente que el crecimiento económico del llamado *boom* brasileño de la época, había generado nuevos empleos y reducido la mano de obra excedente.

Este proceso, luego se revertió. Las Ciencias Sociales latinoamericanas, en los años 80 y 90, siguieron preocupadas en entender la producción acelerada y continua de la pobreza, utilizándose, ahora, de un nuevo concepto, el de sector informal. Este nuevo abordaje abortó esta problemática vinculándola no a la marginalidad de los trabajadores pobres de la ciudad, sino a la informalidad de su inserción en el trabajo. Algunos autores, comprobaban, que estos trabajadores tenían un inserción laboral intermitente, inestable y discontinúa en el mercado laboral, que realizaban trabajos de baja productividad (vinculados a los llamados sectores “atrasados” de la economía”) y lo hacían, generalmente, bajo relaciones de ilegalidad en los contratos de trabajo (Tokman, 1987, 1999. Apud Laguizán, 2007:105). Otros investigadores le dieron menos énfasis a las características de los empleos y más a las relaciones de producción en que se insertarían: como trabajadores independientes o economías denominadas familiares o de pequeña escala, en las cuales no existía el objetivo del lucro o la acumulación, pero si de producción del grupo doméstico (Portes, 1987,1990; Castells. Apud Laguizán, 2007:105). En todo caso, debemos decir que estos trabajadores no poseían protección social.

El protagonismo de grandes movimientos políticos hasta los años 60 y la persistencia y resurgimiento de la producción campesina en la agricultura en diversas formaciones sociales capitalistas en la década de 70, llevaron a la teorización de especificidades de la producción de este actor social, también llamado *clase*

*incómoda*⁵⁷ (Bidaseca, 2005). Las dos principales líneas de teorización se polarizaban entre las posiciones “campesinistas”⁵⁸ y “descampesinistas”⁵⁹ o “proletaristas”. Entre los defensores de la primera línea en América Latina, Claude Servolin (1979) junto con Kostas Vergopoulos defendieron la idea de considerar el sector campesino como un “modo de producción” con una lógica diferente de la capitalista y, al mismo tiempo, funcional para su manutención. Aún de acuerdo con Bidaseca (2005), este razonamiento está basado en la siguiente teoría:

“la tierra es el único medio de producción agrícola basado en el principio de limitud (es limitada pues no es producto del trabajo humano aunque se la trata como si lo fuera, como una mercancía). Por esta característica y por la capacidad, poder de la clase terrateniente, esta se apropia de una sobreganancia: renta. La tasa de ganancia industrial a causa de ello resulta perjudicada y rebajada. Por todo esto, la presencia del campesinado (sin poder para reclamar renta) resulta funcional al capitalismo en su conjunto. Se le deja al campesinado lo necesario para su reproducción y se logran alimentos baratos para la reproducción de la fuerza de trabajo del sistema” (p.31).

Los descampesinistas, al revés, sustentaban que bajo un sistema hegemónico capitalista, el futuro de los campesinos estaría destinado a la incorporación al sistema por medio de su proletarización, o a lo largo de los años a su desaparición. Según Bidaseca (2005), en América Latina, Roger Bartra (1980) fue quien más defendió esta posición

⁵⁷ Según Bidaseca (2005), “las corrientes más ortodoxas del marxismo tenían una relación difícil con este actor que aparecía como una rémora del feudalismo. La condición de poseer o controlar la tierra y sus apegos a tradiciones culturales contribuyeron a esta situación y a la denominación de *clase incómoda por Theodor Shanin*”. (p. 31). Marx (1951), en base al campesinado francés, resaltó la falta de relación entre campesinos en iguales condiciones de trabajo. “Su modo de producción los aísla en vez de crear condiciones mutuas entre ellos...En la medida en que sólo existe una interconexión local entre estos campesinos pequeños propietarios, la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional ni ninguna organización política, no constituyen clase” (p.303. Apud Bidaseca, 2005:32). Ellos conformarían una “clase en sí” y no una “clase para sí”, ya que serían incapaces de representarse a sí mismos, a hacer valer su causa.

⁵⁸ De acuerdo con Feder, el primer grupo corresponde a aquellos autores para quienes la agricultura capitalista necesita explotar a un sector numeroso de minifundistas, ya sea mediante la apropiación del excedente que se origina en sus parcelas, ya sea mediante la explotación directa de la mano de obra barata que por definición sobre en las parcelas, razón por la cual esta agricultura procurará regenerar continuamente al sector minifundista allí donde el proceso de expansión capitalista en la agricultura tienda a eliminarlo. De esta forma, se sostiene la tesis de la permanencia e incluso fortalecimiento, de la pequeña producción familiar.

⁵⁹ Los descampesinistas, por el contrario, retoman la tesis leninista sobre la descomposición del campesinado, lo que lleva a sostener que los minifundistas están en vías de desaparición y que su eliminación o extinción supone su transformación en asalariado sin tierra, es decir, en un proletario rural en sentido estricto, por ello puede decirse que los descampesinistas pertenecen a la escuela de los proletaristas.

Esta postura converge con la “Teoría del Desarrollo” - cuyos exponentes son Gino Germani, Hoselitz, entre otros -, que, a su vez, está fundamentada en el mercado y la actividad comercial. En esta teoría, América Latina es vista como una sociedad en transición, en la que se evidencia en dualismo estructural: dos o más “sectores o sub sociedades” casi feudales en sus características socioeconómicas. La existencia de grupos “marginales” que están fuera de la sociedad capitalista y se resisten a ser integrados, son considerados, por estos teóricos, como la única “solución” al subdesarrollo de la zona que genera atraso y pobreza rural. La única salida es la mercantilización de la economía rural (Bidaseca, 2010).

La teorización de una supuesta polarización entre las clases sociales defendida por corrientes más ortodoxas del marxismo - ya desafiada por el surgimiento de una clase media urbana, como ya vimos – encontró en el campesinado otra barrera para su sustentación. Aunque haya pérdidas de especificidades del modo de producción campesina por su integración a la producción específicamente capitalista⁶⁰– lo que ocurre en la mayoría de los casos, ya que son pocos los casos de una actividad campesina autónoma, llamada por Luis Llambí (1981) de reproducción simple -, estaríamos en la presencia de una “híbrides” de modo de producción que no sería ni completamente campesina ni completamente capitalista. Además del tradicional “campesino”, esta teorización llevó a una nueva categoría de producción similar a los “*farmers*”⁶¹ (Archetti y Stolen, 1974. Apud Bidaseca, 2005:32). Cabe mencionar que los chacareros, también llamados colonos en Argentina, representan un importante sector de clase media rural con peso histórico sin parangón en otros países de América Latina, cuyo comportamiento político en función de esa particular ubicación en la

⁶⁰ Lenin (1975; 1977) delineó la incorporación del modo de producción campesina al capitalismo de dos formas (teoría de la “diferenciación social del campesinado”): la disolución de la unidad productiva que conduce a la proletarización (reproducción incompleta), y la “capitalización” de la unidad por un proceso de acumulación que puede suponer la incorporación de la fuerza de trabajo familiar o asalariada (reproducción ampliada) (Bidaseca, 2005: 32).

⁶¹ Este actor tiene su correspondiente en América Latina en el modelo de una agricultura familiar. Según Archetti (1975), “las similitudes más importantes residen en que ambos basan la producción en la utilización de la mano de obra familiar y que organizan la producción y consumo a través de redes familiares y la residencia. Ello, junto a la propiedad privada de la tierra, otorga a los *farmers* autonomía y flexibilidad para conducir el proceso laboral como el control directo sobre el producto de su trabajo. La primera gran diferencia está en las relaciones de producción dominantes en la sociedad más amplia (Archetti y Stolen, 1975). Mientras un bajo nivel de división del trabajo, industrialización y desarrollo capitalista de la economía nacional parece ser una condición de supervivencia de la economía campesina, en estas condiciones, sostienen los autores, una economía *farmer* es impensable. Los *farmers* están altamente integrados dentro de una sociedad industrializada caracterizada por un alto nivel de división del trabajo y relaciones capitalistas de producción e intercambio”. (Bidaseca, 2005: 34).

estructura de clases, habilitó a Karina Bidaseca a ensayar su caracterización en términos de lo que la autora denomina “identidad intersticial”:

“(…) por sus formas borrosas y discontinuas de expresión en la arena pública. Unas veces en nombre de la nación; otras en nombre de sí mismos. El sujeto colono en la Argentina corresponde a una identidad intersticial: no es una cosa ni la otra; ni es campesino ni es farmer; siempre se ubica en una posición de estar en el medio de, o si se quiere en un no lugar” (2009: 22).

De cualquier modo, cuanto a la conformación de clase de este actor colectivo, diversos autores – entre ellos Hobsbawm⁶², Wolf⁶³ y Alavi⁶⁴ han compartido una formulación al respecto de la “baja claridad” de este actor – principalmente se compara con las clases obreras, sujetos históricos para los marxistas -, afirmación formulada inicialmente por Theodor Shanin (1979)⁶⁵, pero ya presente, de manera más radical, en las formulaciones de Marx. Ambos autores, respecto del comportamiento político, han enfatizado la necesidad de exterioridad, la falta de autonomía y la carencia de representación (Bidaseca, 2005:3 5).

Edward P. Thompson⁶⁶, al hacer una crítica a la noción economicista de clase, aunque dentro del marco marxista, adopta una perspectiva más antropológica para

⁶² De acuerdo con Bidaseca (2005), este autor, en su obra *Los campesinos y la política* (1976), relaciona a los campesinos con sociedades más amplias de las que forman parte, tanto los que son sus superiores o explotadores económicos, sociales y políticos como los que no lo son (obreros) y con instituciones o unidades sociales más amplias (Estado, gobierno).

De cualquier manera concibe como plenamente posible una “conciencia de clase” campesina en la medida que la diferenciación dentro del campesinado es secundaria frente al interés común de ellos contra otros grupos.

⁶³ Según Bidaseca (2005), este autor, en su obra *Las luchas campesinas del siglo XX* (1972), habla de las dificultades del campesinado para pasar del reconocimiento pasivo de los males a la participación política, ya que el trabajo campesino es realizado casi individualmente, habiendo, además, competencia por los recursos disponibles en la comunidad.

Para este autor, los únicos campesinos que tienen cierta influencia interna son los campesinos medios. Estos están constituidos por la población que tiene asegurada el acceso a la tierra y la cultiva con el trabajo familiar. La posesión de recursos propios proporciona a sus propietarios la libertad mínima necesaria para desafiar a su señor. Además, estos campesinos tienden enviar sus hijos para estudiar en las ciudades, los cuales pueden tener contacto con el medio revolucionario del movimiento obrero urbano, y luego pasar tales ideales para su familia campesina.

⁶⁴ Hamza Alavi en su obra *Las clases campesinas y las lealtades primordiales* (1976) dice que el pasaje de *clase en sí* para *clase para sí*, está mediatizado, en el campesinado, por diversos factores que comprenden las formas de organización social y las instituciones preexistentes que engloban las *lealtades primordiales* – parentesco, identidad étnica, etc.

⁶⁵ Para este autor, “la segmentación vertical del campesinado en comunidades, clases y en grupos locales y la diferenciación de intereses dentro de estas mismas comunidades han propiciado las dificultades de cristalización de los objetivos y símbolos nacionales y del desarrollo el liderazgo y la organización nacional, que a su vez, ha generado un escaso carácter de clase” (Bidaseca, 2005:3 5)

⁶⁶ Este historiador inglés especializado en conflictos del siglo XVIII hacía una crítica al historicismo elitista, principalmente el parisino, y proponía un método más antropológico, dando espacio para la voz subordinada y para los elementos que constituían su cultura. Fue autor de obras como *La formación social de la clase obrera en Inglaterra* (1963) y *Costumbres en común* (1995) (Bidaseca, 2005).

conceptualizar clase social, concebida no como una categoría sociológica, pero más bien como un constructor histórico:

“Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredades o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales” (p.XIV. Apud Bidaseca 2005: 3 9).

James Scott⁶⁷ nos apunta que una revuelta no ocurre sino sólo excepcionalmente en la vida de un campesino o trabajador rural. Este autor nos dice que las manifestaciones más comunes asumen la forma cotidiana de resistencia. Estas se refieren a todo acto de resistencia que requiere poca o ninguna coordinación y que evita la confrontación directa: sabotaje, violencia menuda, habladurías, chismes maliciosos. Para conceptualizar la dinámica de dominación y resistencia hace uso de los términos *public transcript* y *hidden transcript*⁶⁸. Para captar esta dinámica, este autor nos dice ser necesaria variadas técnicas metodológicas (canciones populares, fuentes policiales u judiciales, creencias, rituales) y métodos (etnografía, crítica literaria, análisis del discurso) (Bidaseca, 2005)

Estas metodologías de análisis nos parecen importantes herramientas para los estudios más recientes de las acciones colectivas de este actor en América Latina, en la medida en que sus acciones empiezan ganar intersección con otras acciones colectivas, de carácter menos totalizante (como una acción protagonizada por una clase, en búsqueda de revoluciones estructurales). Según Calderón y Jelin, un hecho que se destaca a partir de los 80 a ser resaltado:

“ (...) es la presencia, en varios países de la región (América Latina), de organizaciones campesinas que van más allá de sus demandas clasistas y que a

⁶⁷ Este antropólogo se dedicó a estudiar las sociedades campesinas de Indonesia. Sus dos principales obras son *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (1985) y *Domination and Arts of Resistance: Hidden Transcripts* (1990). (Bidaseca, 2005).

⁶⁸ Serían tres las formas de *hidden transcript*: especificidad, es decir, son específicas según el sitio social y los actores particulares; implica no sólo discursos sino también prácticas (para los campesinos, por ejemplo, las invasiones o ocupaciones de tierra, los robos, la intencionalidad del trabajo mal efectuado, etc; y, finalmente, la caracterización de la frontera entre *public transcript* y la *hidden transcript* como una zona de lucha constante entre grupos dominantes y subordinados (Bidaseca, 2005: 40).

un mismo tiempo se estructuran en el rechazo a prácticas discriminatorias raciales, revalorizando a través de su memoria histórica prácticas vernáculas, para finalmente proyectarse como fuerzas culturales alternativas en las sociedades capitalistas criollo-mestizas(...) Por otra parte, se destacan las demandas étnico-culturales, por una incorporación ciudadana y nacional a partir del reconocimiento de la identidad de los propios grupos discriminados” (Calderón y Jelin, 1987: 3 1).

Así, los nuevos paradigmas disponibles para analizar los cambios sociales apuntaban para nuevas maneras que los sujetos se constituyeron en las relaciones entre si mismos y hacia nuevas formas de comportamiento político-social. O sea, América Latina también ha vivenciado, tanto en el campo como en la ciudad –comprendidos como locus y campos de análisis ínter penetrados de la vida social-, a lo que nos referíamos en el capítulo anterior: la validez de modelos tradicionales de explicación de la realidad sufrieron un gran cuestionamiento, generando lo que ha llamado “crisis de los paradigmas”. Esta crisis, ya sabemos, dice al respecto principalmente del paradigma marxista, considerado inadecuado para explicar las actuales transformaciones que han pasado los países latinoamericanos, principalmente en lo que se refiere a las clases sociales. En América Latina, surgen distintas propuestas, desde las que reconocen la necesidad de rever algunos presupuestos marxistas, hasta las que proponen al abandono del concepto de clase social.

Los análisis del movimiento obrero - lo que Marx vislumbraba como ser agente histórico del cambio estructural (de clase) en la sociedad -, en los años 80 en América Latina apuntaban para dos desafíos centrales a ser enfrentados por este movimiento: el enfrentamiento de la crisis económica y el desafío de los procesos de transición y consolidación de la democracia. Las tensiones entre un sindicalismo de confrontación o de concertación parecen ser en este momento el eje de los dilemas del movimiento obrero frente a la crisis (Comisión de Movimientos Laborales, 1986. Apud Calderón y Jelin, 1987: 24).

Los estudios sobre el movimiento laboral y otros movimientos urbanos aumentaron sustancialmente en este período. Fueron incluidos nuevos actores colectivos: las mujeres, los jóvenes, los derechos humanos, los movimientos regionales, etc. Se percibe también momentos de intersección entre ellos. Acompañando esta tendencia, en el plano analítico, la transformación de estos estudios han sido en la

dirección de incorporar dimensiones culturales y sociales al análisis de los movimientos, antes tan centrados en la primacía de lo político o lo económico.

Así, en líneas generales, los estudios han señalado las transformaciones en las estructuras sociales relacionándolas con nuevas formas de configuración de los actores colectivos, atribuidas a la formación de una nueva clase intermedia, en el plano social, y a la pérdida de horizontes totalizante, principalmente cuanto a la dimensión de clase (nuestro objeto específico de estudio), en la esfera ideológica, apuntando para su reemplazo por una multiplicación de nuevas prácticas colectivas segmentadas.

Hubo un interesante debate desarrollado entre los años 60-70, con gran relevancia para América Latina, en cuanto a la cuestión de las clases sociales, con participación de grandes nombre como los de Thompson, Touraine, Bourdieu, Poulantzas, Laclau, entre otros. Parte de estas teorías, así como sus críticas y posicionamientos en cuanto al marco de la teoría marxista de clase, ya lo vimos en la primera parte de este trabajo.

Touraine y Laclau, cada uno a su manera (perspectivas que vamos a plantear en el próximo capítulo), critican la centralidad que Marx atribuye a la situación de clase, ya sea en la busca del “sujeto histórico”, perspectiva de Touraine, o en la crítica a la centralidad de poder que Marx atribuye al Estado, perspectiva de Laclau. Ambos autores desplazan la centralidad de clase hacia los movimientos sociales. Estas perspectivas ganan resonancia en el contexto latinoamericano.

Pero antes de adentrarnos en las especificidades de tales teorías, para una mejor comprensión de lo que se entiende por movimientos sociales en América Latina, nos detendremos a las teorías claves que influenciaron la comprensión de movimientos sociales en este continente. Nos referimos a las teorías sobre movimientos sociales surgidas en los Estados Unidos y Europa en los años de 1970 y consolidadas en la década de 1980 y 1990.

Cap. 2 - Teorías de los Movimientos Sociales.

Como sostuve al final del primer capítulo, grandes teóricos consideran los movimientos sociales como importantes - para algunos fundamentales o también determinantes – en el desarrollo de la modernidad, tanto la primera, como así la llamada post-modernidad⁶⁹. Touraine, por ejemplo, concibe los movimientos sociales no apenas como actores colectivos y luchas sociales que buscan transformar la sociedad, sus formas de organizaciones económicas, políticas o culturales. Estos serían más bien los elementos que actúan en la producción de la sociedad, luchando por su renovación y transformación constantes (Apud Sell, 2006).

Sztompka (1998) nos plantea sobre algunas características, desde la modernidad clásica hasta la contemporánea, que propiciaron el surgimiento de los movimientos sociales: la concentración física decurrente de la urbanización – llamada cuestión de Durkheim; la atomización y aislamiento recurrente de la alienación, soledad en la modernidad – llamada cuestión de Tonnies; el crecimiento de la desigualdad social y verticalización de las jerarquías sociales – llamadas cuestión de Marx; la democratización del sistema político que abre espacio para la acción colectiva de amplias masas – llamada cuestión de Weber; la creencia que el cambio social depende de la acción de los individuos, visto como elemento que controla y manipula la realidad – llamada cuestión de Simon y Comte; el aumento del nivel cultural y educacional; la aparición y multiplicación de los medios de comunicación de masa.

Muchos son los autores que conciben los movimientos sociales como agentes productores de cambios sociales. Sztompka (1998), que define los movimientos sociales como *“coletivos fracamente organizados que atuam juntos de maneira não-institucionalizada para produzir alguma mudança na sociedade”* (Sztompka, 1998:465), nos presenta algunas definiciones de autores que nos llaman atención para esta dimensión especial de los movimientos sociales: *“um dos principias meios pelos quais as sociedades modernas são reformadas”* (Blumer, 1951:154); *“criadores de mudanças sociais”* (Killian, 1964:426); *“atores históricos”* (Touraine, 1997:298); *“agentes de transformação da vida política”* o *“portadores de projetos históricos”*

⁶⁹ Sobre esta relación, Sztompka (1998) hace algunas citas: *“As sociedades altamente modernizadas têm tendência de se tornarem sociedades em movimento”* (Neidhardt y Rucht, 1991:449); *“Os movimentos sociais são um aspecto central daquilo que denominamos modernidade. São uma característica definidora da política e da sociedade moderna”* (Eyerman y Jamison, 1991:53); *“Os movimentos sociais estão ligados às profundas mudanças estruturais identificadas como modernizadoras nas esferas do ‘sistema’ y do ‘mundo vivo’”* (Rucht, 1998:324).

(Eyerman e Jamison, 1991:26); “*agentes primários de mudança social*” (Adamson y Borgos, 1984:12) (Apud Sztompka, 1998:463).

Este autor sigue presentando algunas definiciones clásicas:

“*Iniciativas coletivas que visam estabelecer uma nova ordem de vida*” (Blumer, 1951:199); “*Iniciativas coletivas que visam realizar mudanças na ordem social*” (Lang y Lang, 1961:507); “*Ação coletiva relativamente continua visando promover ou impedir mudanças na sociedade ou grupo a que pertencem os participantes*” (Turner y Killian, 1972:246); “*Esforço coletivo para controlar ou alterar o curso da mudança*” (Lauer, 1976:xiv);

Definiciones contemporâneas:

“*Expressão de uma preferência por mudança por parte dos membros da sociedade ou, mais especificamente, “tentativas coletivas de expressar descontentamento e insatisfação e, ou promover ou resistir a mudanças”* (Zald y Berger, 1978:841).

“*Formas mais ou menos organizadas de ação coletiva voltadas para mudança social*”, o más precisamente, “*grupos de indivíduos reunidos com o propósito comum de expressar publicamente um descontentamento subjetivamente sentido e modificar as bases sociais e políticas desse descontentamento, tal como percebidas*” (Eyerman y Jamison, 1982:03).

Definiciones más contextualizadas y descriptiva:

“*Tipos específicos de grupos asociados para a ação; duram mais e são mais integrados do que as turbas, massas e multidões e menos organizadas do que os clubes políticos e outras associações*” (Rudolph Herberle in Banks, 1972:08);

“*Uma série contínua de interações entre detentores do poder e pessoas que reconhecidamente falam em nome de algum segmento destituído de representação formal, no curso da qual são feitas exigências de mudança na distribuição ou exercício do poder, apoiadas por demonstrações públicas de apoio*” (Tilly, 1979:12).

Una discusión transversal posible en todas estas definiciones se refiere al potencial de cambio social de los movimientos – que implica un juicio de valor en cuanto a sus efectos en la sociedad (positivos o negativos, relevantes o irrelevantes, introduciendo algo nuevo o siendo un obstáculo o un bloqueo a algún cambio) -, al tipo de movimiento, o a su “carácter” – definidos como reformistas (tratan de modificar algunos aspectos de la sociedad sin tocar el núcleo de su estructura institucional) y los radicales (tratan cambios que alcanzan a las bases de la organización social), y a su origen o *status* causal – como causa última del cambio, donde se encuentra una

“estructura de oportunidades” favorables, o ser considerados como meros efectos, epifenómenos o síntomas del proceso que se desdobra con impulso y momento propios. Es justamente sobre esta última discusión que aparecen los marcos de las teorías que vamos presentar más abajo.

Aún sobre esta discusión, podemos decir que diferentes movimientos predominan en épocas históricas diferentes. La gran mayoría de los autores suelen hacer una división (lo que no significa posicionarse en uno de los extremos) entre viejos movimientos sociales y nuevos movimientos sociales (que no se refiere solamente a la corriente teórica europea de los nuevos movimientos sociales, que veremos adelante). Los primeros se refieren a los movimientos que dominaron las primeras fases de la modernidad, y se concentraban en los intereses económicos. Sus miembros eran generalmente reclutados en las clases sociales más bajas y organizadas de manera rígida y centralizada. Los movimientos sindicalistas, operarios y campesinos son ejemplos clásicos. El modelo marxista de análisis es el más adecuado para este momento.

Se suele decir que con el desarrollo de la modernidad, estos movimientos se volvieron poco a poco obsoletos. Hace algunas décadas – la fase tardía de la modernidad, o post-modernidad – las sociedades capitalistas más desarrolladas presenciaron la aparición de otro tipo de movimiento social. Estos se enfocaban en nuevas cuestiones, nuevos intereses, nuevos frentes de conflicto. La modernidad había traído la política, la economía, la tecnología, y la burocracia para todas las esferas de la vida de los sujetos. La preocupación de los llamados nuevos movimientos sociales, delante de esta situación, era con la calidad de vida, con la identidad colectiva, con la ampliación del espacio vital, con la supremacía de la sociedad civil y, en general, con los valores post-materiales, no económicos.

Buscando definir los nuevos movimientos sociales, Sztompka (1998:478) cita algunos autores:

“Em contraste com o velho movimento operário, os novos movimentos sociais não articulam primariamente demandas econômicas, antes se preocupam com questões culturais ligadas à autonomia individual e aos riscos novos e invisíveis que afetam as pessoas de maneira mais ou menos similar, independente de sua posição social” (Kriesi, 1989:1079); *“Seus simpatizantes não estão relacionados a nenhuma classe específica, mas atravessam as tradicionais divisões de classe representando questões de interesse vital dos membros de classe distintas. Em termos de composição de classe, eles só se destacam pela maior representação dos estratos mais qualificados e das*

classes médias, quem sabe devido à sua maior sensibilidade e consciência, à maior disponibilidade de recursos discricionários como tempo livre, dinheiro e energia” (Kriesi, 1989:1085-9). Además, según el propio Sztompka, “*os novos movimentos sociais são em geral descentralizados, assumindo a forma de redes amplas e relativamente livres, em vez de organizações hierárquicas rígidas”* (p.478).

Otra importante discusión en el marco introductorio de la presentación de las teorías que presentamos abajo, se refiere a la definición de movimientos sociales delante de otras formas de acción colectiva.

De acuerdo con Bidaseca (2005), Melucci (1984) concibe dos niveles de acción colectiva para después definir movimientos sociales, entendiendo los últimos como pertenecientes a los primeros. Nos dice que: “Una acción colectiva implica la existencia de una lucha entre dos actores por la apropiación y orientación de los valores sociales y los recursos”(p.202) y, en un segundo nivel, “la acción colectiva también incluye todo tipo de conductas que transgreden las normas que han sido institucionalizadas en roles sociales; aquellas que exceden las reglas del sistema político y/o atacan la estructura de una sociedad basada en relaciones de clase” (p202) (Apud Bidaseca, 2005:08). En seguida el autor denomina acción basada en conflictos a la primera categoría y movimiento social aquella acción colectiva que cumple con ambas condiciones, incluyendo aún tres dimensiones que lo “sustentan”: la solidaridad – que en última instancia permite el desarrollo de la identidad colectiva por la constitución de un “nosotros” frente a “ellos”, y la “visualización” de un campo de disputa -, el desarrollo de un conflicto y la ruptura del límite del sistema donde ocurre la acción. El movimiento social, como se ha dicho, se relaciona con un campo conflictual que incluye aún las protestas – puntos de visibilidad o “irrupción conflictiva” de un campo conflictivo antes latente⁷⁰.

Otra concepción de esta diferenciación, basada en los trabajos de Oberschall, dice con respecto a la “consistencia” y “durabilidad” de las acciones. De acuerdo con Gohn (1997), este autor diferencia entre comportamiento colectivo y movimientos sociales:

⁷⁰ Mientras para Melucci los movimientos sociales incluyen momentos de latencia y de visibilidad, para Tilly las acciones colectivas sería el término que incluye más que protestas y rebeliones, engloba también peticiones, marchas, manifestaciones colectivas, etc. “Toda ocasião na qual um conjunto de pessoas confiam e aplicam recursos, incluindo seus próprios esforços, para fins comuns” (Tilly, 1981:17. Apud Gohn, 1997:66).

“O comportamento coletivo refere-se ao espectro do comportamento da multidão desde grevistas em piquetes, manifestações e concentrações públicas, manifestações coletivas de cidadãos exercendo pacificamente seus direitos constitucionais de reunião, petições ao governo, até ações potencialmente destrutivas, de revoluções populares (...) os comportamentos coletivos são episódicos, não ocorrem com frequência e são incomuns. Atraem a curiosidade, provocam comentários, condenação, apoio, etc. Já os movimentos sociais são, em larga escala, esforços coletivos em busca de mudanças ou para resistir a elas. Eles alteram a vida das pessoas”(Gohn, 1997:62).

Hecha esta breve introducción, pasaremos ahora a la presentación de las teorías de los movimientos sociales más significativos, siempre atentos a su abordaje (o, a la falta de abordaje) en cuanto a la dimensión de clase. Será pues esta una importante base para entender el origen y el desarrollo del actual paradigma latinoamericano.

2. 1- El paradigma Norteamericano.

2.1.1 - Teorías clásicas sobre las acciones colectivas.

Concebimos como abordaje clásica sobre los movimientos sociales, la corriente, predominantemente desarrollada en Norteamérica, que predominó como fuente de explicación de las acciones colectivas hasta la década de 60 del siglo pasado⁷¹. Aunque hubieron diferentes énfasis, que llevaron a la separación de cinco grandes líneas de pensamiento, de manera general el núcleo articulador de los análisis es la teoría de la acción social y la búsqueda por la comprensión de los comportamientos colectivos. Estos comportamientos, a su vez, eran analizados según un enfoque psicosocial. Según Gohn (1997), el énfasis en la acción institucional, contrapuesta a la no-institucional, también era una preocupación prioritaria que segmentaba dos tipos básicos de acción: el comportamiento institucional y el comportamiento no-institucional.

Otra característica de las acciones colectivas, de acuerdo con este paradigma, se refiere a la no existencia de un norte basado en las normas sociales existentes. Al revés se basaban en situaciones indefinidas o desestructuradas, entendidas como quiebres del

⁷¹ Ambas las terminologías - teoría clásica de la acción colectiva y teoría clásica de los movimientos sociales – suelen ser utilizadas y están correctas, ya que su aplicación varía de acuerdo con los autores de las cinco diferentes líneas, más adelante planteadas superficialmente, de esta escuela.

orden vigente. Estos comportamientos colectivos, que justamente caracterizaban a los movimientos sociales, eran considerados como fruto de tensiones sociales, descontentos y frustraciones, procesos que ocurrirían antes que los órganos de control social actuaran, restaurando el orden antiguo o creando uno nuevo que absorbería los reclamos generadores de estas “agitaciones” colectivas. La separación extrema entre el orden establecido y la acción colectiva, generaba la idea, por parte de estas últimas, de anomalía social, que amenazaba un quiebre del orden vigente. A su vez, los movimientos, vistos como consecuencia de transiciones sociales, surgían como respuestas a los rápidos cambios sociales y a la desorganización subsecuente. El surgimiento, desarrollo y propagación de estos movimientos ocurrirían por medio de un proceso de comunicación a través de contactos, rumores y reacciones circulares que dirigían las ideas y los temores. De manera directa, la visión clásica veía la adhesión a los movimientos como respuestas ciegas e irracionales de los individuos desubicados por el proceso de cambio social que generaba la sociedad industrial.

Era hegemónica la concepción del sistema político como una sociedad abierta a todos, plural y permeable. Cohen y Arato (1992) destacan que el abordaje clásico trabajaba con una concepción de democracia elitista y plural en la que se observaban elecciones libres, competición y participación activa de minorías por medio de los partidos y grupos de interés. Así, los movimientos sociales no tenían capacidad de influenciar aquellos sistemas debido a sus características espontáneas y explosivas. Más bien, el abordaje clásico los consideraba como expresiones antidemocráticas y amenazadoras para el consenso que debería existir en la sociedad.

Aunque, Gohn (1997) nos alerte sobre la dificultad de clasificación de diferentes líneas dentro de esta escuela, buscando sistematizar la producción de la misma, esta autora (p.25, 26) propone el siguiente agrupamiento⁷²:

- Escuela de Chicago y algunos interaccionistas simbólicos del inicio de este siglo. Como producto de esta corriente tenemos la primera teoría sobre los movimientos sociales, en el trabajo de Herbert Blumer (1949); Aunque Gohn no lo cite, George Herbert Mead, autor norteamericano oriundo de esta escuela, atribuía a la

⁷² Los parámetros adoptados por Gohn (1997) para diferenciar corrientes teóricas no está basada en el tiempo, ya que las teorías coexistieron. Fueron basadas en los énfasis específicos de cada una de ellas.

complementación de la psicología social con el interaccionismo simbólico la razón que lleva los humanos a que cooperaren unos con los otros⁷³.

- La segunda corriente se desarrolla a lo largo de los años 40 y 50, con las teorías sobre la sociedad de masas de Eric Fromm (1941), Hoffer (1951) – también militante de movimiento social – y K. Kornhauser (1959). Este último ejerció una fuerte influencia sobre algunas producciones posteriores; él caracterizaba los movimientos como formas irracionales de comportamientos o los consideraba antimodernos;

- La tercera corriente predominó hasta los años 50 con un fuerte énfasis en las variables políticas y está presente en los trabajos de S. Lipset (1950) y Heberle (1951). Esta articulaba las clases y relaciones sociales de producción en la búsqueda de entendimiento tanto de los movimientos revolucionarios como en la movilización partidaria, del comportamiento delante del voto y del poder político de los diferentes grupos y clases sociales. Ella generó la segunda gran teoría específica sobre los movimientos sociales, expresada en los trabajos de Heberle;

- La cuarta corriente fue una combinación de las teorías de la Escuela de Chicago con la teoría de la acción social de Parsons y se hizo presente en los trabajos de Goffman (1959), Turner y Killian (1957), N. Smelser (1962) y David Aberle (1966). Ellos analizaran desde formas elementales del comportamiento colectivo hasta la construcción de las acciones colectivas en gran escala, retomando el approach psicosocial y dejando de lado los vínculos entre estructuralistas y la política, que tuvo un alto costo a la corriente anterior. La tercera gran teoría sobre los movimientos sociales en el abordaje de las clásicos esta basada en esta corriente, en los trabajos de Smelser;

- La última corriente del abordaje clásico, denominada organizacional-institucional, está representada por los trabajos de Gusfield (1955) y Selznick (1952). Tuvo gran influencia en las teorías que sustituyeron el paradigma clásico, pero no generó, en su época, ninguna teoría específica sobre los movimientos sociales. En los años 90 fue retomada por algunos investigadores de los movimientos sociales, entre ellos el propio Gusfield.

⁷³ La cita a seguir contribuye para el esclarecimiento de la utilización de esta metodología, de esta escuela que unifica las Ciencias Sociales y la psicología: “A mente é concebida por Mead como um processo que se manifesta sempre que o indivíduo interage consigo próprio usando símbolos significantes. Esta significância ou sentido é também social em sua origem [...]. Da mesma forma a mente é social tanto em sua origem como em sua função, pois ela surge do processo social de comunicação (Haguete, 2005, p. 27. Apud Junior 2007:67).

No nos detenemos mucho en las teorías clásicas de las acciones colectivas por considerar baja su relevancia para la comprensión del paradigma teórico latinoamericano, nuestro foco privilegiado de atención. De hecho el grado de exploración de las teorías sobre los movimientos sociales estará basado en su relevancia para este contexto.

2.1.2 -Teoría de la Movilización de Recursos (MR).

El contexto sociopolítico norteamericano a partir de los años 60 llevó al surgimiento de una nueva teoría interpretativa de los movimientos sociales, la llamada Movilización de Recursos – escuela que predominó por casi dos décadas la mayoría de los estudios hechos sobre los movimientos sociales en los EE.UU. Resaltamos la participación de miembros de las clases medias de la población norteamericana en los movimientos sociales (por derechos civiles, contra la guerra del Vietnam, los diversos feminismos, etc) como elemento fundamental en la formulación de esta teoría así como el rechazo por el paradigma anterior. Se altera la visión de los movimientos sociales como acciones colectivas protagonizadas por las clases subalternas, privados de participación política y cultural. De cierta manera esta teoría busca explicar y legitimar los procesos de movilización y acción de esta clase.

Maria da Glória Gohn (1997), cita a la autora Margit Mayer (1991:182), refiriéndose a su hipótesis sugestiva sobre el éxito del paradigma de la MR en los EE.UU:

“esta teoría surgiu numa certa conjuntura histórica e representa a racionalização teórica de contradições historicamente determinadas e sua práxis correspondente. Em outras palavras, a MR emergiu de um esforço para analisar os movimentos sociais dos anos 60 e, como consequência, refletiu suas condições de emergência, dinâmica, desenvolvimento, estrutura de organização etc., em contraste com as abordagens clássicas que procuravam explicar os movimentos de massa dos anos vinte e trinta, os quais eram totalmente diferentes dos tipos de movimentos dos anos 60” (p.50).

La inhabilidad del paradigma clásico para abortar los movimientos de los años 60 (en gran parte iniciados en los años 50), empezó un proceso de rechazamiento por el énfasis que el paradigma tradicional daba a los sentimientos y resentimientos de los grupos colectivos y por el *approach* predominantemente psicosocial, centrado en las

condiciones de privación material y cultural de los individuos. Fue rechazado también el papel de la creencia compartida y el de la identidad personal, ambos tratados por el paradigma tradicional - analizados bajo el prisma del comportamiento irracional de las masas, sinónimo de un alto grado de patología social.

Otra alteración central entre las dos teorías, relacionadas al propio cambio de origen de los movimientos sociales, se refiere a la visión en gran parte difundida de las acciones colectivas como manifestaciones no-institucionales, desorganizadas⁷⁴ y fruto de sentimientos, descontentos y quiebre de normas, todos de origen personal.

Es justamente preguntándose por la motivación, por los posibles intereses de los individuos para organizarse en grupos de acciones colectivas que el economista y cientista social Mancur Olson (1965) empieza su teoría. Este autor percibe una semejanza entre las motivaciones para las acciones individuales y las colectivas: “Se espera que esos grupos [de acción colectiva] actúen en favor de sus intereses comunes, así como se espera que los individuos actúen en nombre de sus intereses personales” (p.11 Apud Guissarri 2004:10). Dentro de un análisis organizativo que concebía la acción colectiva como parte del sistema capitalista regido por intereses básicamente financieros - aspecto que queda claro por las comparaciones que hace entre empresas y acciones colectivas – llega a la conclusión que los individuos se unen cuando existe mayor posibilidad de alcanzaren un objetivo (generalmente de fondo económico):

“Es obvio que no tiene objeto tener una organización cuando la acción individual no organizada puede servir a los intereses de la persona igual o mejor que la organización. No tendría caso, por ejemplo, formar una organización simplemente para jugar solitarios. Pero cuando cierto número de personas tienen un interés común o colectivo (cuando comparten un propósito u objetivo único), la acción individual no organizada, como luego veremos, no será capaz de favorecer en absoluto ese interés común o no podrá favorecerlo adecuadamente”(p.17. Apud Guissarri 2004:10).

⁷⁴ Con relación a este punto, Cohen (1985) acusa un error en la teoría de Olson, cuando este caracteriza aquellos que se movilizan en las acciones colectivas como individuos desorganizados, porque ellos se organizan en grupos de solidaridad (Apud Gohn, 1997:56). Más tarde, Charles Tilly, haciendo una revisión de su teoría de MR, ahora en comunicación con la corriente europea de los Nuevos Movimientos Sociales, incluye la cuestión de la solidaridad, particularmente la solidaridad comunal, como factor de movilización de los movimientos sociales.

Melucci (1984) también reconoció la importancia de la solidaridad para los movimientos sociales. Esta sería “la capacidad de los actores de compartir una identidad colectiva, es decir, la capacidad de reconocerse y ser reconocido como parte de la misma unidad”. Por tanto, la solidaridad, junto con el desarrollo de un conflicto y la ruptura del límite del sistema donde ocurre la acción, serían las condiciones para el surgimiento del movimiento social. (Apud Bidaseca 2005:08).

Es pues, a partir de este punto que los movimientos sociales pasan a ser estudiados como grupos de interés.

La nueva teoría, buscando explicar los movimientos de la época, encuadró las acciones colectivas en explicaciones “comportamentalistas” y organizacionales, teniendo la lógica economicista como su base, rechazando, al mismo tiempo el énfasis anterior dado por los paradigmas clásicos a los sentimientos, descontentos y quiebres de normas, todos de origen personal.

Aunque haya incorporado temas, problemas y críticas que no venían siendo contemplados, mantuvo su explicación principal: los movimientos sociales son abordados como grupos de interés. Como tales, son vistos como organizaciones y analizados bajo la óptica de la burocracia de una institución. Las herramientas básicas utilizadas en este abordaje provienen de la economía. Después, los movimientos sociales eran explicados más en el ámbito organizacional de lo que en el ámbito individual.

Por lo tanto, el énfasis central de esta teoría, y que de hecho se refiere o más bien nomina esta corriente teórica, se refiere al origen de los movimientos sociales. Estos surgirían cuando los recursos (humanos, financieros y de infra-estructura variada) fuesen viables. Los movimientos también estructuran su cotidiano, o sea, se organizan, según el stock de recursos que posean, siendo los principales los recursos económicos, humanos y de comunicación.

El utilitarismo de esta visión, pone en relieve la visión economicista de la formulación de estrategias y de la acción, basada en una lógica racional que busca alcanzar metas y objetivos, evaluando costos y beneficios de las acciones. Por lo tanto en la MR los movimientos son analizados de la misma manera que los partidos, “lobbies” y los grupos de interés, disputando, inclusive, un mismo público consumidor, adeptos y financiadores. Se llega al extremo de concebir las protestas políticas y las manifestaciones en general como un recurso como cualquier otro, que pueden ser negociados en un mercado de bienes políticos, donde todos tienen sus acciones basadas en cálculos de costos y beneficios: “*Demandatários e seus adversários trocam bens num mercado de barganhas, num processo em eu todos os atores agem racionalmente, segundo cálculos de custos e benefícios*” (Gohn, 1997: 51). Así, de manera general, podemos decir que los pioneros de la MR concebían los movimientos sociales en términos de un sector de mercado libre, en competencia con otros grupos, en un mercado abierto de grupos e ideas.

Según Zald y McCarthy (1977 y 1973) – los autores más importantes de la primera fase de la M.R -, basados en la comparación de las acciones colectivas y otras organizaciones formales como las empresas, por ejemplo, concebían los movimientos propicios al suceso como aquellos estructurados en una organización formal jerárquica: los líderes eran los organizadores – profesionales con dedicación exclusiva y con capacidad para la movilización efectiva de los soportes externos. Los grupos además de estar en competencia por la adhesión de sus clientelas y las atenciones de las agencias gubernamentales, estarían comprometidos con la disputa por la manipulación de imágenes por medios de comunicación de masa. El estímulo que generaba, además de sus miembros, los agentes gubernamentales, entidades particulares y muchas organizaciones interesadas en la “promoción del producto objeto de la demanda del movimiento”, generó la categoría “organización de movimientos sociales”⁷⁵.

En cuanto al contexto que propiciaba el surgimiento de los movimientos, o sea en cuanto a la movilización de la base, podemos decir que una vez más predomina la visión economicista. Las bases demandantes serían apenas un recurso más disponible en el mercado. Las estrategias de movilización de los recursos financieros junto a las bases (los sujetos de las demandas o simpatizantes), serían cuidadosamente planeadas, basada en un modelo empresarial de administración. Las estrategias aisladas de movilización de recursos fueron profesionalizadas⁷⁶.

Estos autores clasificaron a los movimientos sociales en dos categorías amplias: de consenso y de conflicto. Los primeros no contestaban al orden o al *status quo* vigente, buscaban apenas alargar algunas fronteras dentro de sus objetivos. Los segundos objetivaban cambios sociales – movimiento feministas, de los trabajadores, de personas pobres, por los derechos civiles. Los movimientos de consenso no producirían las mismas movilizaciones que los de conflicto, entretanto podrían obtener más éxito, ya que había mayor posibilidad de aceptación de la sociedad y luego por la movilización de apoyo para la obtención de recursos financieros.

⁷⁵ Para haber un movimiento social no basta una causa y un mensaje atractivo, nos dice Oberschall. Él afirma que es necesario marcos referenciales significativos. Los mensajes deben ser comunicativos, los asuntos de interés público, ideas, símbolos y palabras-claves deben ser creados. Hay necesidad de un cuerpo de activistas, de fondos suficientes, cartas, listas de nombres y direcciones de los miembros potenciales; es necesario preparar cuadros, financiamientos, informaciones al respecto de las políticas y prioridades públicas, etc (...) debe haber, por lo tanto, una jerarquía interna con diferentes cargos y funciones (Gohn, 1997:63).

⁷⁶ El correo, la mala derecha, los eventos, la utilización de una red de infra-estructura de apoyo – escuelas, iglesias, sindicatos, asociaciones, etc – serían instrumentos básicos para viabilizar la movilización.

Se debe reforzar que esta teoría tuvo éxito en un contexto de surgimiento de movimientos protagonizados por personas de la clase media (tales como los movimientos analizados por McCarthy y Zald: la NAACP – Asociación Nacional para el Desarrollo de Personas Negras; Unión Americana para las Libertades Civiles; NOW – Organización de Mujeres; entre otros). Fueron estos movimientos que sirvieron de base para los análisis de los estudiosos defensores de la MR. O sea, los movimientos protagonizados por sujetos en posición de subordinación no desaparecieron. Entretanto el surgimiento de los primeros movimientos desplazaron la atención hacia la formulación de la teoría de la MR. A su vez, estos movimientos promovieron campañas nacionales y utilizaron las técnicas más avanzadas disponibles en términos de herramientas tecnológicas, contacto con la prensa y con la propia población, obtención de recursos financieros. Se suma a eso que fueron hechos recortes y seleccionando datos que favorecieron la confirmación de sus hipótesis.

Se llega así a la alteración de la visión social más amplia de los movimientos sociales. Los nuevos grupos y movimientos, considerados como poseedores de racionalidad, al revés de aquellas acciones colectivas protagonizadas en su mayoría por una población excluida del acceso a los bienes materiales y a la cultura, eran compatibles con el juego democrático y lo reforzaba. No representarían un peligro para la democracia, al revés, eran una señal de su vitalidad. “Dejase la visión de la sociedad civil como una pesadilla, un espacio de la sociedad de las masas irracionales que el abordaje tradicional describía” (Gohn, 1997:55. mi traducción).

Nos parece claro, tanto en la formulación como en la aceptación de esta teoría, la influencia de un factor de clase (el interés de la clase media en el éxito de esta teoría en la medida que esta legitimaría sus intereses particulares), así como de un sistema capitalista que lo incorpora a su dinámica, y por supuesto, en su lógica de mercado a los movimientos sociales. De manera general, en sintonía con las críticas a este paradigma teórico, acusamos en la MR la exclusión de la problemática de las clases sociales, del sistema de dominación y de las formas de reproducción del capital y de la fuerza de trabajo. Además, la teoría que le dio origen – la teoría de elección racional – está basada en un modelo de las ciencias naturales, tratando al individuo como seres abstractos, universalizando la experiencia de un tipo particular de ser humano: la raza blanca, las camadas medias de la población, en países de capitalismo avanzado del occidente.

Segundo Gohn (1997), una importante crítica a la MR es hecha por Margit Mayer (1992): ella nos dice que en esta teoría, la sociedad es vista no como una

organización compuesta por clases sociales y sus relaciones, así como una formación estática de las elites y las no-elites, relativamente homogéneas, en que hay grupos incluidos y excluidos. Así, el objetivo de los excluidos sería luchar por su inclusión. Luego, se presupone una sociedad abierta, en que los diferentes grupos tendrían suceso conforme su grado de organización.

La MR simplemente silencia el papel de las normas, creencias y emociones en los comportamientos colectivos o en la sociedad de masa, enfoque que predominaba en la tradición anterior. Tampoco trata, como apunta Jean Cohen (1985), de las normas, valores, ideologías, proyectos, cultura e identidad de los grupos sociales estudiados⁷⁷.

Más allá del olvido de las emociones de los individuos en situación de subordinación, Piven y Cloward (1992, Apud Gohn, 1997:56), acusan un error de la teoría de M.R al mirar los comportamientos convencionales y los de protestas, sin comprender sus diferencias. Su visión institucional de todos los fenómenos colectivos sociales tendió a normar la protesta colectiva, olvidándose de las diferencias entre los modos de acciones legales, o sea, los permitidos, y los no permitidos por el orden establecido, o sea, por la ley. Como resultado, el impacto de las acciones colectivas también son normados por esta corriente teórica, así como otras formas convencionales de organización, reduciendo las protestas políticas de las camadas populares a manifestaciones irracionales y apolíticas. Los autores destacaban que las protestas contra la política formal, las personas buscan el quiebre con las reglas definidas, los modos permitidos de acción política⁷⁸. Esta crítica fue dirigida principalmente a la obra de Tilly.

Esta teoría fue adecuada para los movimientos estudiados en las décadas de 60 y 70 en la sociedad norteamericana porque el sistema de creencias de estos movimientos no eran más que extensiones de conceptos básicos del liberalismo y de las leyes civiles universales. Eso quiere decir que los valores por los cuales luchaban ya eran valores consagrados en la sociedad local y no necesitaban mayores explicaciones. De acuerdo con Mayer, las categorías y modos de interpretaciones en cuanto a la organización y

⁷⁷ Tilly (1978) y McAdam (1982) contribuirán para la incorporación de las ideologías como elementos importantes de los movimientos sociales en el paradigma norteamericano (Gohn, 1997:54-55).

⁷⁸ Posteriormente, Oberschall buscará entender las causas de las acciones colectivas de protestas, aun las más destructivas y violentas, con base en la MR, y, específicamente, dentro de la lógica de costo y beneficio. Gohn (1997) refiriéndose a este autor nos dice: “los comportamientos colectivos serían adaptativos y normativos. Las elecciones ocurren no apenas en función de criterios individuales, ellas son influenciadas por las decisiones de otros y resulta de allí el carácter colectivo de la acción. Esto significa que los costos y beneficios que otros están evaluando influyen mi decisión (...) la diferencia es que en una protesta la elección de costos y beneficios es diferente de aquellas hechas en otras situaciones (p.62).

movilización de los MR, si son aplicadas a otros contextos históricos, no se muestran adecuados. Diversos movimientos actuales, ya sea en Norteamérica o no, no pueden encontrar lugar en el esquema interpretativo de la MR. Los movimientos por la paz, los ecológicos, lo de las mujeres, lo de las minorías étnicas, son basados en un sistema descentralizado de gestión, formado por grupos de afinidades y solidariedades, y ocupan un lugar construido por ellos mismos. Todos poseen un sistema de creencias e ideologías que desempeñan una fuerte función en el proceso de movilización, y sus participantes están dispuestos a enfrentar a las autoridades legales, aquellas que detentan la legitimidad del uso de la violencia, para defender sus ideales y las modificaciones propuestas para el sistema. Vemos que ninguna de estas características es parte del paradigma de la MR.

Por fin, Mayer destaca aún que la construcción de nuevos canales y nuevas arenas del sistema político vigente, para estabilizar, como conquista, o desestabilizar, como política de desestructuración, tampoco es considerado en la MR, así como no son analizados los partidos políticos y los conflictos ideológicos. De manera general el proceso de construcción de ideología así como su defensa colectiva; el desarrollo de procesos políticos así como de las oportunidades políticas, ya no más centralizadas; y un análisis de interpretación de discursos, símbolos, ideas basadas en la cultura, ahora vista como un proceso, fue lo que sirvió de base para el desarrollo de la corriente teórica que actualizó (no utilizamos la palabra reemplazó) la teoría de MR, que de hecho no consideraba estos factores. Esta sería la teoría de la Movilización Política.

2.1.3 - Teoría de la Movilización Política (MP).

La búsqueda de las teorías de los movimientos sociales para explicar la vida práctica, cotidiana de estos movimientos, llevó, en los años 70 en los EE.UU., a una fuerte crítica en cuanto al utilitarismo y el individualismo metodológico, típicos de la MR. La lógica que relacionaba estos aspectos organizativos, principalmente vinculados a la esfera económica, parecían ser insuficiente para explicar el surgimiento y la dinámica de los movimientos dentro de este contexto.

A lo largo de la década de 80, hubo debates entre los teóricos de la MR y los teóricos de los NMS⁷⁹. Las lecturas críticas en cuanto a la MR de autores como Cohen (1985)⁸⁰, además de los trabajos de Gamson⁸¹, Snow⁸², Morris⁸³, Taylor, McAdam⁸⁴, Klandermans⁸⁵, Tarrow, etc, fueron esenciales para creación de esta nueva teoría. Tal vez este último sea el autor más significativo en el marco de creación de la MP: al indagar sobre las motivaciones de los individuos para se movilizaran y sobre como los

⁷⁹ Este debate ocurrió por medio de artículos y *papers* discutidos en congresos. Se destaca la conferencia realizada en 1988 en la Universidad de Michigan, de la cual resultó el libro *Frontiers in Social Movement Theory*, 1992, organizada por A. Morris y C.M. Mueller (Gohn, 1997).

⁸⁰ Cohen contribuyó para este debate porque, además de las críticas a la MR, mostró las diferencias y las semejanzas entre esta abordaje y la de los NMS, abriendo camino para la MR para buscar en aquel abordaje las formas y herramientas para superar el economicismo y la visión racional estratégica típicas de su formulación.

⁸¹ Gamson, junto con McAdam, Taylor y otros, procuró articular las dimensiones de los individuos, el sistema cultural y, en algunos casos, la carrera organizacional de los movimientos. Gamson defendía que la centralidad del proceso de identidad podía ser incorporado en la MR. Este autor dice que desde su punto de vista de análisis de los movimientos sociales deben ser interdisciplinarios. Su interés sería comprender el porque de la centralidad de las relaciones sociales en el desarrollo de la identidad colectiva.

Entretanto su mayor contribución al debate teórico fue mostrar la importancia de los medios de comunicación y de la prensa en la movilización de las personas de la sociedad contemporánea (Gohn, 1997).

⁸² Snow (1986, 1992) fue uno de los principales defensores de la tesis del movimiento cíclico – que veremos adelante –, en el cual diversos elementos ocultos a la teoría de la MR entran en escena. Este autor, junto con Benford, Ferree y Muller (1985), Gamson (1982) fueron importantes en la introducción de recursos interpretativos y elementos idealizados en el análisis de la MR.

⁸³ Morris (1992) retomó la cuestión del proceso de formación de la conciencia política utilizando algunas concepciones de Gramsci. Al analizar las cuestiones de raza y género en Norteamérica, buscó comprender la conciencia de oposición procurando introducir las acciones colectivas en sus determinaciones estructurales y culturales. Él buscaba un cuadro explicativo de cómo ocurre la interacción en el interior de los movimientos, como los estímulos y las inhibiciones son generadas (Gohn, 1997).

⁸⁴ Según Bidaseca (2005), McAdam, influido por las interpretaciones marxistas acerca de la transformación subjetiva de la conciencia como proceso crucial en la generación de insurgencia, destaca un factor – ignorado por los estudios clásicos y por la escuela de movilización de recursos – fundamental para comprender el origen de la acción colectiva: la “liberación cognitiva”. Para este autor, las desigualdades sociales pueden ser constantes, pero la percepción colectiva de la mutabilidad y legitimidad de esas condiciones varían todo el tiempo. Este proceso de liberación cognitiva, aunque subjetivo, alcanzaría su plenitud bajo condiciones de fortalecimiento de redes interpersonales y fuerte integración social. “Antes que la protesta colectiva pueda surgir, la gente debe definir colectivamente sus situaciones como injustas y pasibles de ser cambiadas a través de la acción grupal” (McAdam, 1982. Apud Bidaseca, 2005:13).

⁸⁵ Klandermans y Tarrow (1988), hicieron un análisis comparativo entre MR y NMS enfatizando el proceso de movilización como un posible puente entre las dos teorías. La preocupación de ambos fue entender como el cambio estructural es transformado en acción colectiva.

Klandermans hace críticas tanto a la teoría de los NMS – al decir que esta intentó descubrir el origen de las demandas, pero no comprendió que los cambios estructurales no generaron automáticamente movimientos sociales – y la teoría de MR – al decir que esta no contempló el hecho que de por sí solo la presencia de una organización del movimiento no genera los descontentos y ni convence a las personas a que participen de sus acciones.

Este autor elaboró un nuevo concepto que ayudó a concretizar la teoría de MP. El concepto de campo multiorganizacional (los múltiples sectores sociales que emergen durante un proceso de confrontamiento) enfatizaba el aspecto del constructivismo social, buscando como ocurre en el proceso de construcción de significados sociales – basados en el nivel del discurso público, la comunicación persuasiva durante las movilizaciones y el surgimiento de la propia conciencia (Gohn, 1997).

líderes formularon los mensajes ideológicos de los movimientos, observó que los movimientos construyeron repertorios fijos de símbolos e imágenes en la cultura política de este movimiento – en esta construcción se destacó el papel de los líderes como fabricantes de símbolos y significados que construyeron la identidad colectiva⁸⁶. Esta construcción ocurre por medio de luchas y, por lo tanto, la cultura política no es un repertorio heredado del pasado sino algo construido en el proceso social – esta lucha por recursos pero también por significados (en este momento amplía el espectro de análisis de la MR, yendo más allá de los incentivos microeconómicos). Esta lucha, que es inclusive interna a los movimientos, genera nuevos marcos significativos, nuevos *frames*⁸⁷. Es justamente en este momento de lucha, que los análisis empíricos deben ser realizados. Solo allí se puede entender los movimientos sociales, su proceso de movilización, sus símbolos y significados. Tarrow llamó este momento de ciclos de protestas⁸⁸, y observó que estos ciclos coinciden con las innovaciones políticas. A partir de allí, pasó a estudiar estos momentos y fundamentó el concepto de oportunidades políticas, transformándolo en el eje central de la teoría de MP. Tarrow concluye que la generalización del conflicto dentro de un ciclo de protestas ocurre cuando las oportunidades políticas son abiertas.

Este autor, haciendo uso del concepto de “*frames*” establece un importante marco de mediación entre el paradigma de la MR y lo de los NMS. Según Bidaseca (2005:06), Tarrow (1992:176)) analiza los conceptos de “mentalidades sociales” – “valores popularmente sostenidos” – y de “cultura política” – referente a los “puntos más claramente moldeados de interés acerca de las relaciones sociales y políticas,

⁸⁶ Eso porque las practicas sancionadas culturalmente por la sociedad, o sea, los potenciales participantes y participantes de los movimientos, que revelarían su cultura política, llevan apenas al encuentro de rituales y modelos repetidos convencionalmente. Luego, Tarrow hace críticas a la identidad colectiva de un movimiento. Afirma que los estudiosos de los NMS centran sus análisis en los discursos y marcos de significados que vinculan a los miembros de los movimientos a las redes de movimientos sociales. El paradigma de los NMS estaría preocupado con los mensajes ideológicos y no con el modo por el cual los líderes construyen estos mensajes, y que significados les atribuye (Gohn, 1997).

⁸⁷ Se trata de cuadros estructurales que dan apoyo y sustentación a las acciones al expresar los significados atribuidos a aquellas acciones colectivas por un movimiento o grupo social, y al ser utilizados de forma estratégica para crear un conjunto de representaciones que expresen aquellos significados. De forma simplificada se refiere a los marcos referenciales significativos y estratégicos de la acción colectiva. Este término fue utilizado por diversos autores y se tornó un punto clave en las formulaciones de la MP, con diferentes nombres y funciones.

⁸⁸ Los ciclos de protestas pueden ser definidos como la fase de conflictos y disputas intensificadas en los sistemas sociales, incluyendo: rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados hacia los menos movilizados, momento estimulante de innovaciones en las formas de disputa, nuevos *frames* de acción colectiva, combinaciones de formas de participación organizadas o no, y secuencia de internaciones intensificadas entre los desafiantes (militantes de los movimientos) y las autoridades, que pueden resultar en revoluciones (Tarrow, 1994:153. Apud Gohn, 1997:96. mi traducción)

sistemas que contiene tanto elementos de soporte como de oposición” –, llegando a la conclusión de que los dos términos son complementares para el análisis de la acción colectiva. Si por un lado “las mentalidades sociales no pueden impulsar por sí mismas una acción colectiva, ya que ellas son interpretaciones pasivas del status quo aisladas de la agencia”, por otro lado “la cultura política, si bien es organizada alrededor de puntos comunes de consenso y de definiciones de situaciones, ella es rara vez suficiente unívoca o aislada de los símbolos que sostienen el sistema que provee de una firma base para la acción colectiva contra él. A lo sumo, la cultura política provee a los líderes de un reservorio de símbolos con los cuales construir un marco cognitivo para la acción colectiva” (Tarrow, 1992. Apud Bidaseca, 2005:06). Es justamente en este “medio camino” que Tarrow introduce el concepto de *frames*:

“Si bien ambos quedan a medio camino para explicar el surgimiento de una acción colectiva, un marco que motive la participación de una acción, es decir, que justifique que las personas salgan de su habitual pasividad, deberá sacar provecho de la existencia de una cultura política de oposición (...) de esta manera, el concepto de “marco” al poseer una mayor flexibilidad nos permite comprender las acciones colectivas en su interacción con la cultura política de una sociedad” (Barbetta y Bidaseca. Apud Bidaseca, 2005:06).

El dialogo entre la MR y los NMS, tan importante para el surgimiento de la MP, hizo que las dos teorías se desarrollasen. Se puede decir que la primera teoría se desarrolló en varias direcciones. Pero si por un lado la MR tuvo esquemas estructurales-económicos y fue incorporando de a poco elementos microsociales, la teoría de los NMS, que hablaba de lo microsocietal también empezó modificarse, y de a poco incorporó un análisis más macro – en el plan de conyunturas políticas.

Fue por este diálogo que la MP incluyó la identidad y la solidaridad, que pasaron a ser vistas como incentivos propositivos (creados por los grupos como resultado de sus actuaciones y utilizados como recurso estratégico en las acciones de negociación), tan importantes cuanto los llamados incentivos selectivos (seleccionados por un grupo en función de sus intereses económicos, referente al paradigma de la MR). Por otro lado, se reafirma la importancia de la posición estructural de los individuos en el proceso de elección y se continua priorizando la indagación de las razones de movilización de los actores sociales, atribuyendo poca atención al modo como los actores se movilizan - al revés de los NMS, que siempre se preocupan con este problema.

Se mantiene también, en la MP, el análisis de los movimientos sociales como un proceso y no como un fenómeno aislado – concepción ya presente en la MR. Además, unen estas dos teorías, la búsqueda por elementos y conceptos no marxistas para explicar las acciones colectivas que ocurren en las sociedades occidentales avanzadas. Pero si estos elementos son formas empíricas observables o construcciones teóricas analíticas, también son desacuerdos existentes tanto entre los dos paradigmas como en el interior de cada uno de ellos.

La MP pasó a destacar, ampliando (pero no rechazando) el enfoque explicativo de la MR, el desarrollo de procesos dinámicos políticos y culturales en los movimientos sociales. Dicho de modo más específico, se pasó a enfatizar las estructuras de las oportunidades políticas, el grado de organización de los grupos demandantes – así como los procesos de su movilización -, los marcos socio-culturales de gran relevancia (también llamados *frames*), y a aplicarse el análisis cultural en la interpretación de los discursos de los actores de los movimientos – donde se podía rastrear el lenguaje, las ideas, los símbolos, las ideologías, las prácticas de resistencia cultural como componentes de los conflictos.

La concepción de cultura adoptada en esta teoría se refiere a la cultura como proceso y no como sistema. Según Fantasía e Hirsch (1995), “la cultura es vista asociada a la cultura de los grupos organizados que crean espacios propios, por medio de prácticas culturales, incorporando sus ideologías y sus creencias” (Apud Gohn, 1997:75. mi traducción). Ella es vista como siendo creada y recreada a partir de un conjunto de representaciones en medio de la dinámica de las acciones colectivas, llevando a la formación de consciencia colectiva. Luego, las representaciones no son las ideas del individuo o grupos persiguiendo sus intereses, más bien son los vehículos de procesos fundamentales en los cuales los símbolos públicamente compartidos construyen grupos sociales (Durkheim, 1965. Apud Gohn, 1997:72)⁸⁹. Dentro de esta lógica, de la cultura como un proceso, autores como Tilly introducirán una perspectiva histórica de análisis⁹⁰, como ya se ha dicho.

⁸⁹ De hecho el abordaje de cultura está más cerca de la concepción de Durkheim, en sus teorías de la acción social de la cultura, de que cualquier otro teórico. Durkheim afirma que la cultura es construida por representaciones y no por ideas, como dijo Weber. O sea, mientras la perspectiva weberiana toma el individuo como unidad de análisis, la perspectiva durkheimiana toma el grupo y el proceso que él construye.

⁹⁰ Estas perspectivas históricas están basadas principalmente en las obras de historiadores ingleses: E. Hobsbawm, G. Rudé y E.P Thompson.

Así como en la MR, existe un esfuerzo para entender las motivaciones de los individuos como parte de la explicación de las acciones colectivas. Acá, el análisis de las acciones colectivas buscará las representaciones de los individuos sobre determinado objeto por el cual se lucha, cuestiona, etc., a partir de los códigos y significados existentes en el medio social. Estos códigos y significados llegan hasta el contexto social por medio de sus prácticas sociales, originada en el interior de los individuos, en sus representaciones mentales⁹¹. Además los estudios de los contextos sociales podían explicar las motivaciones de los actores de las acciones colectivas⁹². Tarrow (1994) afirma que los autores que más avanzaron en la creación de nuevos marcos explicativos, destacaron la primacía del contexto político (Apud Gohn, 1997).

Como consecuencia de esta primacía del contexto político sobre los demás, puede que pocos teóricos de la MP pensaron los movimientos ligados a los procesos de cambio social, prefiriendo tratarlos dentro de marcos teóricos dados por la acción de los grupos de intereses en un campo de disputa por el poder. Los cambios sociales son destacados cuando se refieren a cambios institucionales. Así, la dimensión de *praxis* de la cultura, como fuerza social transformadora, constituyente de nuevas identidades sociales, no es trabajada – es más bien trabajada por teóricos más próximos de la teoría de los NMS (como Taylor y Whirttier).

Los nuevos métodos reflejaban el cambio de los objetos abordados, o mejor, las relecturas que se pretendía hacer. Diversos movimientos (movimiento de los derechos civiles, de las mujeres, contra guerra y armas) tuvieron una relectura a partir del marco teórico de la MP⁹³. Otros movimientos surgieron y pasaron ser estudiados bajo este mismo marco: movimientos ecológicos, minorías nacionalistas, medicina alternativa, derecho de los animales, Nueva Era, nuevos movimientos religiosos, etc.

Pero si por un lado los nuevos métodos reflejaban la lectura que se pretendía hacer, por otro lado los movimientos que surgían, cobraban inserción en el universo

⁹¹ Weber y Parsons fueron rescatados parcialmente por medio del abordaje de Geertz, que define el objeto del análisis cultural a partir del estudio de las prácticas culturales (Gohn, 1997).

⁹² Dentro de esta dinámica, Bourdieu y Foucault son fuentes de referencias a respecto de las prácticas culturales. Eso porque los *frames* de acciones colectivas – término que veremos en breve – incorporan el plan simbólico, con origen en símbolos y creencias preexistentes vigentes, que ocurren al largo de las luchas de los movimientos. Estos valores constituyen lo que Bourdieu denominó de capital cultural del grupo, traducido en el concepto de *habitus* – explicado en el primer capítulo (Gohn, 1997:73. mi traducción).

⁹³ Algunos autores que habían producido bajo el marco de la MR reformularon o ampliaron sus abordajes en dirección a aspectos políticos-culturales. Entre ellos: Gamson (1988, 1992, 1995), Tilly (1994, 1995, 1996), McAdams (1996), Snow y Benford (1988 y 1992), Jenkins (1985), Gusfield (1996), Oberschall (1993), Della Porta (1996) y McCarthy (1996) (Apud Gohn, 1997:71).

cultural y simbólico característico de la cotidianeidad, ahora entendido como esfera fundamental de conflictos estructurales, dentro de una dimensión política. Nos cabe la pregunta si los movimientos empiezan a cobrar inserción en un mundo cotidiano, o si tal reivindicación siempre estuvo presente y solo ahora había una teoría capaz de considerar en su formulación los aspectos culturales y simbólicos que comprenden tal cotidianeidad

Según Gohn (1997), pasó a imperar entre los movimientos la política de los “políticamente correcto”. Por ejemplo los conflictos raciales (conflicto dentro de una esfera macro, estructural), los negros exigían dejar de ser llamados de “blacks” y pasaron a ser llamados como “afro-american”⁹⁴ (conflicto micro, relativo a una esfera de lenguaje, o sea, a una esfera simbólica y cultural, pero que “carga” con el peso de un conflicto más amplio, estructural). Lo “políticamente correcto” también fue una bandera importante levantada por el movimiento de gays y lesbianas⁹⁵. Se percibe también que la politización internacional de diversos movimientos⁹⁶, así como la intersección entre ellos⁹⁷.

De cualquier manera, además del lenguaje y de lo simbólico, vistos bajo el prisma político, esta teoría se centró también en explicaciones macro más allá de las que no pueden ser explicadas por variables económicas. Se argumentó, con base en investigaciones empíricas, que otros factores macro estructurales facilitarían el surgimiento de protestas colectivas, y se presentarían como recursos potenciales para movilizaciones, tales como: nivel de organización de un grupo en estado de carencia y la realidad política de confrontación puesta por los líderes desafiantes.

Otra fuente fundamental de recurso reconocidas por la MP- recuperada de la teoría clásica, y posteriormente rechazada por los teóricos de la MR – se refiere a las protestas, descontentos, resentimientos y otras formas de carencia existentes en una

⁹⁴ Resaltamos, aunque no basados en una investigación formal, la perpetuación de términos peyorativos relativos a la cuestión racial en Latinoamérica. En Brasil, por ejemplo, expresiones como “a situação está preta”, o “cabelo ruim” como sinónimo de pelo de negro son comunes. En Argentina se suele llamar a la empleada doméstica de “mucama”, y una situación donde hay confusión de “quilombo”. Además, en los dos países se nombra como “negro” o “preto” a los afro-descendientes.

⁹⁵ Hasta hoy, en el contexto latinoamericano que conozco, “gay” es una expresión utilizada peyorativamente para distintas situaciones, no solo las que ponen en cuestión la elección sexual de una persona.

⁹⁶ El movimiento ecológico, en la figura de organizaciones como Greenpeace, Rainforesy, etc, creció, se diversificó y ganó proyección mundial. Ya los sectores del feminismo radical, se basaron en conferencias internacionales para componer su agenda.

⁹⁷ El movimiento feminista, por ejemplo, empieza con una intersección entre el movimiento negro - ya que las mujeres negras son las que más sufren con las opresiones de un sistema machista y patriarcal -, y el movimiento de los derechos humanos – en relación al aborto -, con el movimiento de gays y lesbianas – ya que son mujeres en busca de derechos por su opción sexual.

comunidad. Así, las tácticas no-convencionales pasaron a ser vistas como conteniendo algo positivo para el entendimiento del cambio social. Eso es porque las protestas, por ejemplo, son construidas socialmente y como tal generan energías nuevas. Hay necesidad de un intenso compromiso (personal y colectivo) para que un objetivo logre su meta (Gohn, 1997:71.mi traducción). La MP reintroduce la psicología social como parte de la comprensión de los comportamientos colectivos⁹⁸ - como ya hemos detallado en el pie de pagina 22 referente a McAdam. Los descontentos, los valores y las ideologías fueron rescatados por una mirada que busca entender las identidades colectivas de los grupos y la interacción con su cultura⁹⁹. Las reglas de interacción social fueron nuevamente enfatizadas y el interaccionismo simbólico de Goffman¹⁰⁰ fue recuperado¹⁰¹.

Se debe poner en relieve que el énfasis en la movilización de recursos (dentro de una visión sistémica) en esta teoría siguió vigente. Lo que cambió fue el determinismo de los recursos económicos. Las oportunidades políticas, los símbolos y códigos construidos en el proceso de movilización son vistos como recursos, instrumentos, medios para ciertos fines, en un ambiente donde se tienen oportunidades y oposiciones. La cuestión de la racionalidad instrumental de los actores, por lo tanto, no es abandonada, sino más bien es introducida en un campo de disputa con variables más amplias que la racionalidad económica pura.

Lo que pasa es visto como el factor de estímulo para el surgimiento y acción de los movimientos sociales es la oportunidad política, más específicamente en el momento en que hubiese debilitamiento de las elites¹⁰². Esta concepción deja claro que la MP, en general, concibe dinamismo apenas a uno de los polos de la sociedad – mirada en términos sistémicos -, referente al polo de las elites dominantes, donde se

⁹⁸ Gohn (1997) nos dice que tres elementos fueron nuevamente trabajados: la reconceptualización de la figura del actor; las micro relaciones sociales generadas por el contacto personal directo; la búsqueda de especificación para los elementos generados dentro de una cultura sociopolítica con determinados significados.

⁹⁹ En este sentido la teoría de la MP se aproxima una vez más de la teoría de los NMS.

¹⁰⁰ Irving Goffman desarrolló una sociología de la vida cotidiana donde busca mostrar la naturaleza tenue de la vida social. La vida es vista como un drama donde hombres y mujeres luchan para crear o proyectar una imagen adecuada de sus “yos” para los otros.

¹⁰¹ Los interaccionistas sufrieron diversas críticas en los años 60 y 70 por el tratamiento que le dieron a la cuestión de la objetividad y racionalidad. Entretanto ya en la formulación de la MP y, principalmente en los años 90, el énfasis que le daban a la subjetividad fueron retomados como pistas para el entendimiento de las acciones de los individuos, para el entendimiento de sus elecciones y opciones de grupos sociales de dentro de una trama de relaciones sociales y contextos de oportunidades políticas (Gohn, 1997).

¹⁰² Encontramos acá una influencia de Gramsci, en el sentido de la importancia que este autor atribuía a las crisis de la hegemonía de clases dirigentes como espacio de oportunidad para construcción de contra-hegemonías. Resaltase que la MP no trabajo, con el concepto de “clases”.

actúa por medio de políticas públicas u otros mecanismos políticos-institucionales de la sociedad política. O sea, la sociedad civil no es vista por si sola como un polo de fuerza y de dinámicas capaces de cambiar la sociedad. En este sentido no trabaja debidamente con los proyectos políticos-ideológicos de los diferentes grupos sociales y sus situaciones en el proceso de producción de bienes sociales, económicos y simbólicos-culturales de la sociedad.

El estudio de los movimientos sociales ignora su potencial para cambios sociales y enfatiza apenas las condiciones estructurales formales de su alcance. Este estudio se queda reducido al estudio de tentativas colectivas de grupos en la defensa de posiciones preestablecidas de poder (defensivas u ofensivas), establecidas, a su vez, por el sistema dominante.

Gohn (1997) nos dice que prefiera utilizar el término “movilización política” y no “teoría de la organización política” – término creado por McAdam (1982) y posteriormente utilizada por Goodwin (1996) -, justamente por que esta teoría hace una análisis restricta en términos políticos, no captando de hecho la política como un todo, como un proceso que involucra la sociedad política o civil, fijándose más en las oportunidades políticas de la sociedad política, no percibiendo el dinamismo de la sociedad civil (p.76). Siguiendo esta línea crítica cuanto a limitada capacidad de esta teoría para abortar la complejidad y el carácter multidimensional de los movimientos sociales – y, al mismo tiempo, nos aproximando de nuestro objeto de estudio -, apuntamos en la teoría de MP la despreocupación, o mismo el olvido, por un análisis de de los factores de clase transversal a los movimientos estudiados. Si por un lado, tanto la dimensión política de los contextos en que actúan los actores y como se movilizan, como las estructuras de oportunidades políticas producidas o apropiadas por estos mismos actores fueran recatados del paradigma marxista, por otro lado estos elementos fueran codificados y utilizados de otra forma:

“las condiciones estructurales – vista como oportunidades políticas – son analizadas por la MP de forma despolitizada, del punto de vista de los intereses políticos, proyectos y fuerzas sociales involucradas. Todos los actores son competidores en un mismo escenario, sin que haya contradicción de intereses, porque el análisis no aborta la problemática de las clases sociales” (Gohn, 1997:77. mi traducción).

Acusamos que la MP no superó el problema del reduccionismo y del utilitarismo, presentes en las anteriores formulaciones teóricas norteamericanas, con

relación a los conflictos sociales. No es hecha una separación, por ejemplo, entre el contenido político de los discursos de los movimientos sociales – las oportunidades políticas – y los proyectos de carácter económicos que pueden estar involucrados allí. Así, cuando la cuestión económica sale a la superficie, es de forma utilitarista. Los conflictos sociales nunca son abordados porque no se trabaja con las categorías de clases sociales y sus intereses contradictorios.

En cuanto a la insuficiencia del concepto de “oportunidades políticas” para un análisis político más completo de los movimientos sociales – relaciones y estructuras de poder, fuerza social de sus redes articularias, diferentes intereses sociopolíticos y económicos-culturales, etc – Gohn (1997) hace una curiosa relación: “Si Marx afirmó que por medio de la praxis los hombres hacen la historia en determinadas condiciones, la teoría de la Movilización Política trabaja apenas con la búsqueda de las “determinadas condiciones”. La praxis del hombre no es investigada. Apenas se busca las condiciones que determinaron la emergencia de un movimiento dado . El “porque” de aquella acción en si misma no es investigada” (p.114).

2.2 - El Paradigma Europeo.

Si el paradigma norteamericano tenía más o menos la misma base para la sustentación de sus teorías, no podemos decir lo mismo de los otros dos paradigmas europeos. Aunque algunos autores hicieron uso de premisas del otro paradigma, al cual teóricamente no pertenecían, los fundamentos básicos – uno basado en relecturas del marxismo, otro basado justamente en el desplazamiento o abandono de categorías centrales marxistas – no fueron abandonados.

Así, podemos distinguir dos grandes líneas de abordaje europeo a partir de los años 60: la corriente neomarxista y la culturalista-accionalista, que se consagró bajo el nombre de teoría de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS).

Ya podemos destacar algunos autores fundamentales en los dos abordajes. En la corriente neomarxista se destacan las teorías de los historiadores ingleses Hobsbawm, Rude y Thompson, y en la teoría histórico-estructural representada por los trabajos de Castells, Borja, Lojkin (en los años 70 y 80). En la corriente de los NMS se destacan cuatro líneas: la histórico-política (representada por Claus Offe), la psicosocial (representada por Melucci), la postestructuralista (representada por Laclau y Mouffe) y

la accionista (representada por Touraine)¹⁰³. Estas clasificaciones cambian por la intersección que tienen las teorías de estos autores y por las categorías clasificatorias de los investigadores.

Desde ya debemos señalar que existe un mayor grado de aproximación entre las corrientes de abordaje neomarxista de lo que en las de los NMS¹⁰⁴. Los primeros hacen una revisión de la teoría marxista, sin llevar a cabo una ruptura total con varios de sus postulados básicos. Los últimos son ambiguos¹⁰⁵.

Hechas estas breves aclaraciones, pasamos a la presentación de estas dos escuelas europeas, de gran relevancia para nuestro objeto.

2.2.2 - Teoría Marxista.

Antes de entrar en el análisis del paradigma marxista contemporáneo sobre los movimientos sociales, creemos pertinente abordar lo importante de los movimientos dentro del marxismo de una manera general, incluyendo el llamado marxismo clásico. De manera general, el análisis de los movimientos sociales bajo el prisma del marxismo se refiere a las luchas sociales vueltas para la transformación de las condiciones existentes en la realidad social, de carencias económicas y/u opresión sociopolítica y cultural – esta última mejor tratada por los neomarxistas. O sea, más allá del estudio de las revoluciones, o de los análisis del movimiento operario, se trata de los procesos de luchas históricas de las clases sociales y camadas sociales en situación de subordinación.

Según Gohn, el paradigma marxista clásico se divide en dos grandes corrientes. Una se conecta con la primera fase de producción de Marx, referentes a sus estudios sobre conciencia, alienación e ideología, que generó una tradición histórica humanista que tuvo continuidad en los trabajos de Rosa Luxemburgo, Gramsci, Lukacs y la Escuela de Frankfurt después de la Segunda Guerra Mundial. Esta será justamente la base teórica en la que apoyarán los análisis contemporáneos sobre los movimientos sociales, que veremos enseguida.

¹⁰³ Algunos analistas agrupan los trabajos de Castells, Touraine, Laclau y Offe bajo el rótulo de neomarxistas.

¹⁰⁴ Por ejemplo: mientras Touraine utiliza un análisis macrosocietal, Melucci trabaja con estructuras micro, y Offe utiliza categorías neomarxista y critica los abordajes micro

¹⁰⁵ Touraine hace uso de categorías marxistas, pero con otro abordaje; Melucci tiene premisas totalmente distintas de las marxistas y Offe cuestiona la validez de la utilización de algunos pronósticos realizados por Marx, defendiendo la necesidad de sus actualizaciones, pero sin negar la validez de las categorías básicas.

La otra corriente, se refiere a los trabajos de Marx después de 1850, donde plantea sobre el desarrollo del capital, utilizando los famosos conceptos de formación social, fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructura, ideología, determinación en última instancia, sobre valía. Este marxismo que podemos llamar, además de clásico, de ortodoxo, privilegia los factores económicos, macro estructurales de la sociedad. El conflicto entre capital y trabajo genera la lucha de clases, motor de la historia, de todas las historias. En este proceso, el sujeto histórico, los proletarios, desempeñan un papel central, papel explicado por su posición frente al proceso de producción y por las propias contradicciones inminentes del capitalismo. Ellos, junto con el partido político tendrían la misión de transformar a la sociedad de las desigualdades, la capitalista, en otra, sin opresión ni oprimidos, la socialista. Esta misión ocurriría por la lucha y la victoria de esta clase sobre la clase dominante, la burguesía propietaria de los medios de producción.

Marx no se preocupó en crear una teoría específica de los movimientos sociales, tampoco sobre la clase operaria o Estado. Estos términos estaban implícitos o explícitos en su teoría más general centrada en la producción de mercancía y la división del trabajo que eso demandaba.

A través de la noción de *praxis* política podemos rastrear su entendimiento de los movimientos sociales: la *praxis* política surge como una articulación entre la *praxis* teórica¹⁰⁶ y la *praxis* productiva¹⁰⁷, mediada por condiciones estructurales de desarrollo del proceso social. La *praxis* política puede llegar hasta la *praxis* significativa, referente a la *praxis* transformadora de lo social. Esta última debe direccionar en el sentido de la emancipación económica de las clases trabajadoras, razón por la cual todo movimiento debe estar subordinado. Esta relación queda clara en su discurso en la Internacional de los Trabajadores (1864): “*Daqui se depreende que todas las luchas no seio do estado, a luta entre a democracia, a aristocracia e a monarquia, a luta pelo directo do voto etc., são apenas formas ilusórias que encobrem as lutas efetivas das diferentes classes entre si*” (Apud Gohn, 1997:179).

Según Marx, todos los esfuerzos tendientes a obtener esta finalidad fracasaron hasta el momento por falta de solidaridad entre los sectores del trabajo de cada país y por la ausencia de un vínculo fraternal entre las clases trabajadoras de los diferentes

¹⁰⁶ La *praxis* teórica es aquella que posibilita la crítica, la interpretación y la elaboración de proyectos de transformación significativos (Gohn, 1997:176).

¹⁰⁷ La *praxis* fruto de la actividad productiva es la más importante en el mundo social. Ella tiene su base fundamental en el mundo del trabajo (Gohn, 1997:176).

países. Marx concibe la solidaridad no como un don natural, immanente a la naturaleza humana, esta sería más bien una relación social a ser construida en el interior de las unidades productivas, a partir de las experiencias compartidas, orientadas por un mismo interés y con un objetivo dado: la emancipación trabajadora. Acá vemos una vez más como Marx trabaja los términos y conceptos alrededor de la propuesta de cambio estructural de la sociedad.

Lenin, también focalizado en la transformación estructural de la sociedad, también se plantea sobre la importancia de los movimientos sociales y de las vanguardias. Preconiza sobre la necesidad de vanguardias políticas que actúen junto a las masas en el sentido de llevarlas a desarrollar una conciencia social revolucionaria. El correspondiente de vanguardia en el mundo práctico serían los partidos comunistas, que estaban compuestos por las elites de las vanguardias operarias e intelectuales. En su obra “*Que Hacer?*” ofrece una guía práctica de cómo movilizar y conectar a los grupos operarios. Deberían existir organizaciones barriales secretas y conspirativas, responsables por la agitación política y organización revolucionaria para la consolidación de la lucha económica¹⁰⁸.

Trotsky, al plantear sobre el carácter de no automaticidad de la historia, defiende una visión parecida a la de Lenin sobre la importancia de una dirección política para los proletarios. Esta concepción, a nuestro ver paternalista, queda clara en las propias palabras de Trotsky (1931):

“É necessário utilizar as condições favoráveis de uma crise revolucionária para mobilizar as massas tomando como ponto de partida o nível dado de sua ‘maturidade’, é necessário empurrá-los adiante, ensinar-lhes a dar-se conta que o inimigo está carregado de contradições, de que por trás de sua fachada onipotente reina o pânico” (Apud Gohn, 1997:183)¹⁰⁹.

¹⁰⁸ Sobre eso, el próprio Lênin (1974) nos dice: “*Um pequeno núcleo compacto de operários, os mais seguros, os mais experimentados e os mais firmes; um núcleo de homens de confiança nos principais bairros ligados segundo todas as regras de ação conspirativa mais estrita; a organização dos revolucionários poderá perfeitamente perfeitamente, com o mais amplo apoio da massa e sem regulamentação alguma, realizar todas as funções que incumbem a uma organização profissional*” (Apud Gohn, 1997:180,181).

¹⁰⁹ Las condiciones políticas de crisis, son concebidas como una especie de recurso para la movilización política también para Trotsky. Pero, si para el paradigma de la MP las oportunidades eran abiertas por la elite política, detentora del poder, en Trotsky, el partido, los operarios y los intelectuales son los que deben estar permanentemente generando oportunidades políticas por medio del continuo cuestionamiento y lucha contra el poder económico de la burguesía, representada por los poderes estatales (Gohn, 1997:184).

Esta visión paternalista, que concibe la importancia “educacional” de una elite intelectual como fundamental para la orientación del movimiento proletario es rechazada por Mao Tsé-Tung en su libro “Sobre las Contradicciones” (1974, Apud Gohn, 1997). Este decía que para conocer directamente tal fenómeno o coyuntura de fenómenos, es preciso participar personalmente en la lucha práctica. Así, los conocimientos auténticos vienen de la experiencia directa. Aunque los conocimientos aparentemente no derivados de una práctica, que nos llegan de manera indirecta (la mayoría de los conocimientos son de esta naturaleza), en última instancia nacieron de la experiencia directa. El énfasis en la importancia de la práctica de los individuos, como punto de partida para el conocimiento transformador será uno de los fundamentos básicos de la importancia cotidiana en los movimientos sociales, particularmente de carácter popular. Dos importantes reflexiones son resaltadas en la teoría de Mao Tsé-tung: su búsqueda de articulación entre la participación de los individuos en los acontecimientos de su tiempo y la reflexión sobre estos mismos acontecimientos en búsqueda de la producción de conceptos teóricos que expliquen las contradicciones existentes y la formación de teorías; apelo para que la militancia en los movimientos tengan realmente una acción vuelta hacia las mudanzas transformadoras y no apenas para denuncias de la situación de opresión

Rosa Luxemburgo, más alineada con Mao Tsé-tung que con Lenin y Trotsky, le atribuye la centralidad a las experiencias empíricas para la creación de una consciencia revolucionaria. El socialismo solo puede nacer de la experiencia que genera conciencia en las masas. Dentro de un idealismo en cuanto a las masas, Rosa creía en la espontaneidad de la movilización y de la acción.

En su libro “*Greve de massas, partidos e sindicatos*” (1976. Apud Gohn, 1997), esta autora decía que es en el sufrimiento y en la conciencia, en la repulsa por la explotación y humillación de los pueblos y del hombre, que reside la dinámica de la revolución, y no en la demostración sobre la inevitabilidad del socialismo. Al contraponer la capacidad de las masas para comprender las contradicciones del orden existente a la necesidad de sindicatos y partidos para imponer directrices para la acción de los movimientos sociales, esta autora provee un cuadro analítico que sustentará la importancia de la acción de masas expresándose por medio de movimientos sociales auto-organizados, lo que se aleja de la concepción institucionalista marxista hasta el momento.

Gramsci es otro intelectual fundamental para la base teórica en la que se apoyan las teorías neomarxistas de los movimientos sociales, inclusive en el contexto Latinoamericano¹¹⁰. Transitando en la línea que veníamos abordando, Gramsci también destaca la autonomía de los movimientos sociales de una dirigencia externa. Los elementos producidos y articulados por las masas – por la cultura popular, por el folklore y reivindicaciones de masas urbanas – estos estarían fragmentados y dispersos en el cotidiano de los individuos, expresados en representaciones y en la *praxis*, basado en el sentido común, y estos elementos contendrían el germen de la posibilidad de cambio social, por su utilización para politizar y formar una conciencia de las masas¹¹¹.

De la misma manera que están fragmentados y dispersos los elementos en el medio social y en sus *praxis*, Gramsci también concibe de manera no centralizada la presencia del Estado en la sociedad. La noción de Estado ampliado inaugura una concepción amplia y simbólica de presencia del poder estatal, ya no más solamente centralizados en órganos de poder, esfera gubernamental, o sea, en lo que él llama sociedad política. De esta manera el Estado incluiría a la sociedad civil y a la política. Además, los cambios sociales – o, en su extremo, la toma del poder por una nueva clase – deben ser vistos como un proceso gradual que puede empezar por la propia sociedad civil (parte del Estado), en sus valores y prácticas, por el desarrollo de una contra-hegemonía sobre el orden hegemónico. Pero también es importante la conquista de espacios políticos dentro de los órganos estatales, así como su democratización. La lucha entre sociedad civil y sociedad política (de hecho más próxima del poder estatal), es una lucha dialéctica, conflictiva y contradictoria. Es donde ocurre la articulación y embates entre la manutención de las condiciones estructurales y la movilización para transformación coyunturales – que pueden llegar a cambiar las estructuras. Este rescate de la política y de las coyunturas específicas, rechazaban los análisis mecanicistas y deterministas de la historia¹¹².

¹¹⁰ Gohn (1997:188) nos habla que este autor es el que más contribuyó para los análisis de las luchas y movimientos populares urbanos realizados en América Latina en las décadas de 70 y 80. Fue él quien hizo el puente posible para comprensión de la realidad: la articulación entre los análisis estructurales y coyunturales. Él rescató la política y las coyunturas específicas, abriendo el camino para la no reproducción de análisis mecanicista y determinista de la historia. En esta discusión, como veremos más adelante, nos plantea la importancia de los intelectuales orgánicos, concepto importante para las teorías de los movimientos sociales latinoamericanos.

¹¹¹ Se resalta la importancia de los intelectuales orgánicos, término que ya veremos, en este proceso.

¹¹² Un conocido e influyente texto de Norberto Bobbio, “Gramsci e la concezione della società civile”, de 1969, presentó una lectura de la noción de sociedad civil en Gramsci según la cual ésta sería una parte de las superestructuras, de modo que habría una diferencia fundamental con respecto al uso del mismo término en Hegel y principalmente en Marx, para quien la sociedad civil estaría identificada con la

La autonomía del movimiento popular en relación al Estado, para no caer autonomismo anarquista, debería hacer uso de los intelectuales orgánicos, o sea, de los sujetos que, basados en las experiencias y en los contextos específicos de su crecimiento, consiguen articular aquellos elementos potenciales, fragmentados y dispersos, para la creación de una conciencia y movilización de masas.

Según Simionatto (2009), en el “Cuadernos del Cárcer”, Gramsci relaciona dialécticamente conceptos como los de Estado, sociedad civil, hegemonía, cultura, filosofía de la praxis al concepto de subalterno, como veremos mas abajo. Sugiere, en el estudio de las clases subalternas, la observación de una serie de mediaciones, tales como sus relaciones con el “desarrollo de las transformaciones económicas”; su “adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes”; a las “luchas por la influencia sobre los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias”; a la formación de “nuevos partidos de los grupos dominantes, para mantener el consenso y el control de los grupos sociales subalternos”; a la caracterización de las reivindicaciones de los grupos subalternos y “las formas que afirman la autonomía” (Gramsci, 2002:140. Apud Simionatto, 2009. mi traducción).

Gramsci, más allá de los análisis de la categoría “subalterno” que describen las condiciones de vida de los grupos y camadas de clase en situaciones de explotación o destituidos de los medios suficientes para una vida digna, trata en esta categoría de forma a recuperar los procesos de dominación presentes en la sociedad, develando “las operaciones político-culturales de la hegemonía que esconden, suprimen, cancelan o marginalizan la historia de los subalternos” (Buttigieg, 1999:30. Apud Simionatto, 2009. mi traducción).

Uno de los espacios de expresión de la dominación estaría en el propio Estado, lugar de “unidad histórica de las clases dirigentes”, el Estado “es, esencialmente, la historia de los Estados y de los grupos de Estados”, creados a partir del Estado burgués, estableciendo una unidad no apenas en el plan jurídico-formal, sino ideológicamente proyectada para toda la sociedad. Es esta unidad que configura, para Gramsci, como “el resultado de las relaciones orgánicas entre Estados o sociedad política y ‘sociedad

infraestructura. Esta interpretación, en rigor, ubica a Gramsci en el campo teórico del liberalismo y por eso mismo tuvo una gran repercusión en la disputa hegemónica, contribuyendo para hacer del teórico marxista un autor casi inocuo desde ese punto de vista. De hecho, Bobbio fue un autor importante en la inducción de la llamada crisis del marxismo en Italia a fines de los años 70 a los años 80.

civil””, y solo podrán ser unificadas cuando ambas puedan tornarse Estado (Gramsci, 2002:139. Apud Simionatto, 2009. mi traducción).

Para Gramsci (2002:135) “los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, así cuando se rebelan e ‘insurgen’: solo la victoria ‘permanente’ rompe, y no inmediatamente, la subordinación. Se verifica, en su proceso histórico, que “en la realidad, aun cuando parecen victoriosos, los grupos subalternos están apenas en estado de defensa, en alerta” (Apud Simionatto, 2009. mi traducción)

La vida estatal es concebida por Gramsci (2000^a:42) de modo dinámico y procesual, “como continua formación y superación de equilibrios inestables (...) entre los intereses del grupo fundamental y los intereses de los grupos subordinados”. Esto significa que los intereses del grupo dominante y de los grupos dominados “se implican recíprocamente (...) horizontal y verticalmente”, de acuerdo con la organización económica y política de cada Estado-nación. Para Gramsci (1977:303), el Estado “anula muchas autonomías de las clases subalternas”, ya que, al mismo tiempo en que suprime algunas “formas de autonomía de clase, se empeña en incorporarlas en la actividad estatal: esto es, la centralidad de toda la vida nacional en manos de las clases dominantes”, y en este proceso, se torna indistinta las diferencias de clase, aumentando la subalternidad. Esta manera de actuar del Estado se reviste de un gran poder desmovilizador, en la medida en que bloquea las iniciativas de la sociedad civil en la articulación de intereses y propuestas hacia las luchas por la superación entre gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos (Simonatto, 2009:41).

La sociedad civil sería incorporada a la esfera estatal a través de diferentes mecanismos, especialmente en la formación de la opinión pública como estrategia de fortalecimiento de la hegemonía política por parte del Estado en asuntos de sus intereses. El Estado, antes del proceso de inclusión de la opinión pública sobre algún asunto, busca manipular, según Gramsci, los medios de opinión pública que ejercen influencia en la sociedad civil: periódicos, partidos, parlamento, televisión, etc, educando en sentido común. Las clases subalternas, a este proceso, no tendrían condiciones de superar sus “niveles” de subalternidad hasta “salir de la fase económica-corporativa para elevarse a la fase de la hegemonía político-intelectual en la sociedad civil y tornarse dominante en la sociedad política” (Gramsci, 1997:460. Apud Simonatto, 2009:42). Además, la historia episódica y fragmentada de las clases subalternas, recurre a una concepción de mundo permeada de sentidos comunes y de

folclore, impidiéndoles llegar a elaboraciones críticas sobre formas de cooptación y a situaciones de explotación a las que son sometidas constantemente.

La superación de la condición de subalternidad se basa, según Gramsci, en la construcción de nuevos modos de pensar, la elaboración de una concepción del mundo coherente y crítica, necesaria para suplantar el sentido común y tornarse clases subalternas capaces de producir contra-hegemonía, proceso que ocurrirá por medio de la filosofía de la praxis, o sea, el marxismo.

En esta dirección, Gramsci define la hegemonía como “dirección política, intelectual y moral”. Dentro de una concepción relacional, debemos destacar el aspecto propiamente político – que consiste en la capacidad que tiene una clase dominante de articular con sus intereses los de otros grupos -, y el aspecto de dirección intelectual y moral – que indica las condiciones ideológicas que deben ser cumplidas para que sea posible la constitución de dicha voluntad colectiva. Para este autor, la ideología constituye un todo orgánico que unifica en torno a ciertos principios articuladores un “bloque histórico” y las prácticas productoras de subjetividades en el proceso de transformación social. Los hombres tomarían consciencia de sí y de sus tareas en el contexto de una determinada concepción de mundo, y toda posibilidad de transformar la sociedad pasaría necesariamente por la modificación de esta concepción del mundo. Esta concepción de ideología buscaría superar la distinción entre base-superestructura.

De cualquier manera, Gramsci fundamenta en la autonomía de los movimientos sociales una dirigencia externa, anclados en elementos de la “cultura popular” dispersos en el cotidiano y en la concepción de Estado que incluye a la sociedad civil, los elementos posibles para cambios sociales.

Estos conceptos y concepciones de Gramsci sirvieron de base para las teorías de los movimientos sociales neomarxistas que veremos más abajo, así como para diversos autores latinoamericanos, como Santos, Calderón, Gohn, etc, como veremos en el capítulo 3.

*Los historiadores Ingleses

Comenzamos por la corriente dentro del paradigma neomarxista, más utilizada como fuentes de análisis y metodologías de los movimientos sociales contemporáneos, referente a la corriente de historiadores ingleses. Al hacer una relectura del marxismo más ortodoxo, desplazan el eje de las determinaciones exclusivamente económicas para

otros campos de la vida social, como la cultura y la política Eric Hobsbawm y E.P. Thompson son los nombres destacados en esta corriente.

Hobsbawm inaugura una propuesta metodológica preocupada por las condiciones concretas de la vida de las clases trabajadoras, de sus luchas y proyectos. En su libro “La era del capital” (1975) - al concebir la conciencia común de los trabajadores del siglo XIX más allá de polarización social (basado en el modelo marxista que postulaba la tendencia a la formación de dos clases sociales antagónicas) de la época, le atribuye importancia al estilo de vida común, donde el espacio de la taberna era central. Este estudio dejó huellas para la construcción de la categoría de movimientos sociales, así como para su abordaje metodológico. Siguiendo la línea de Hobsbawm, Thompson – que a partir de la década de 50 hace estudios históricos sobre las clases trabajadoras inglesas –adopta una metodología que busca concebir la experiencia de los sujetos no apenas como ideas, sino también como sentimientos, valores, conciencia, o sea, experiencias acumuladas que se sedimentan¹¹³. En su obra “La historia desde abajo” ¹¹⁴(1966), este autor hace un quiebre con la tradición historiográfica hegemónica, enfatizando las opiniones de la gente corriente o de las “personas sin historia” y sus experiencias de cambio social¹¹⁵. Según Burke (1994), ha ocurrido un desplazamiento del ideal de la “voz de la Historia a la heteroglosia, definida como un conjunto de voces diversas y opuestas” (p.18. Apud Bidaseca, 2005:03). Estas experiencias están fundamentalmente ancladas en la lucha de clase, pero la clase no se detiene al determinismo económico - como se puede deducir de la metodología propuesta para el estudio de los sujetos sociales -, ella se define en el propio trayecto de las luchas, así como en la conciencia de clase¹¹⁶. O sea, no hay un proyecto político previamente demarcado, este se construye en la *praxis*. De allí saca la importancia de estudiar el cotidiano de las camadas populares, en el sentido de captar como es vivenciado: como las situaciones de carencia son vivenciadas, como el sentimiento de

¹¹³ Según Thompson, “*pela experiência os homens se tornam sujeitos, experimentam situações e relações produtivas como necessidades e interesses, como antagonismos. Eles tratam essa experiência em sua consciência e cultura e não apenas a introjetam. Ela não tem um caráter só acumulativo. Ela é fundamentalmente qualitativa*” (Apud Gohn, 1997:204).

¹¹⁴ Publicado en *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966.

¹¹⁵ Bidaseca (2005) resalta aún la importancia del historiador Giovanni Levi y los escritos sobre los que denominó la “microhistoria”, enfatizando “la libertad de elección de la gente corriente, sus estrategias, su capacidad para sacar partido a las inconsecuencias e incoherencias de los sistemas sociales y políticos, para descubrir rendijas por donde introducirse o intersticios donde sobrevivir” (citado por Burke, 1994:32. Apud Bidaseca, 2005:02).

¹¹⁶ Se puede percibir que no se ignoran las condiciones materiales objetivas, ellas son cruciales, pero sin un poder de determinación exclusivo y final. La clase se construye en la lucha, de allí la importancia del concepto de experiencia.

injusticia y exclusión son expresados, etc. Además, el campo de fuerzas no estaría formado por los factores económicos que determinan las posiciones de los sujetos en el proceso de producción, sino fundamentalmente por procesos de luchas políticas y culturales. Para posicionamientos concisos en este campo de fuerzas, se torna importante la unificación de las experiencias, construyendo una cultura política que proyecta la lucha en un escenario más amplio.

Hobsbawm en su libro “La era de los extremos” (1995) destaca el declive del movimiento operario después de 1960 y el surgimiento de nuevas fuerzas sociales que reivindicaban un nuevo lugar en la izquierda. Este cambio de organización (basados en una horizontalidad, lo que excluye dirección partidaria, y en una “espontaneidad” de los movimientos), lucha (que incluye dimensiones políticas, del simbólico, del lenguaje, de los hábitos, del cotidiano) y horizonte (desplazando el horizonte de clase para un horizonte de las políticas de identidad), rechaza las viejas formas de hacer política de izquierda – destacando que pocas revoluciones sociales actuales fueran hechas desde la base -, es interpretada como reflejo de un cambio cultural. Hobsbawm los interpreta como movimientos nostálgicos

“que buscavam recuperar uma hipotética era passada de ordem e segurança, sem problemas. Tais movimentos eram mais gritos de socorro que portadores de programas-gritos pedindo um pouco de ‘comunidade’ a que pertencer num mundo anômico; um pouco de família a que pertencer num mundo de seres socialmente isolados. Um pouco de refúgio na selva” (Hobsbawm, 1995:334-335).

De manera general, hasta esta corriente de historiadores que le atribuían a la cultura política y a las experiencias de los movimientos sociales un papel tan importante en cuanto a los factores económicos en el desarrollo de los procesos sociales e históricos, la problemática de clase es utilizada para reflejar sobre el origen de los participantes, los intereses de los movimientos y el programa ideológico que fundamenta sus acciones. Pero en el paradigma neomarxista se cambia definitivamente la concepción en cuanto al origen de los movimientos sociales. Ellos ya no son vistos como surgiendo de la nada, como consecuencia de un movimiento histórico determinado. Ellos no existen a priori, se constituyen movimiento por la acción práctica de los hombres en la historia: son organizaciones de ciudadanos, de consumidores, de usuarios de bienes y servicios que actúan junto a las bases sociales movilizadas por problemas decurrentes de sus intereses cotidianos. De cualquier forma los temas que

serán destacados por la mayoría de los estudiosos marxistas tienen como punto de partida cuestiones estructurales para el entendimiento de conflictos sociales. Elementos culturales, identitario, simbólico, discursivo, etc., son acusados como fallas de la teoría de *approach* marxista¹¹⁷.

*Los Histórico-Estructurales

Castells, después de fundamentar su teoría de la separación de los movimientos sociales de los ámbitos estatales, vuelve a la concepción gramsciana de que la sociedad civil no se opone al estado, sino está articulada a él.

Así, si en un primer momento Castells trató a los movimientos sociales, focalizando los urbanos, dentro de una determinación estructural del problema que reivindicaban, y a través de una metodología que relacionaba el movimiento social a la problemática económica y política del capitalismo, reflejado en una crisis urbana. Según Gohn (1997), esta metodología debería partir de la observación concreta relacionada a las contradicciones estructurales del capitalismo; la expresión estructural del movimiento en el medio urbano; al proceso político más general del país en los últimos años. Eso es porque el crecimiento y el desarrollo de los movimientos sociales urbanos pasarían de sus condiciones basadas en la evolución contradictoria de los elementos que configuran la sociedad capitalista, o sea, el capital monopolista en defensa de sus intereses, la lucha política de clase y el Estado. Esta concepción metodológica de análisis presente en su obra “Luchas urbanas e poder político”, traducidas para el castellano como “Movimientos sociales urbanos” (1973)– basadas en observaciones de los procesos de resistencia contra proyectos de renovación urbana en París, políticas municipales en Montreal, protestas ecológicas en los EUA y movimientos de moradores en Chile – sirvieron de base teórica de innumerables investigaciones sobre lo movimientos populares urbanos en toda Latino America.

La problemática de de los movimientos sociales centradas por un lado en los análisis de los procesos sociales de cambio y de los modos de consumo colectivo, y por otro en las articulaciones entre nuevas contradicciones sociales capitalistas, donde el factor económico tienen primacía, aún están presentes en su obra “*A Questão Urbana*” (1975). En el prefacio el autor nos dice:

¹¹⁷ Assies (1990) destaca que elementos como socialización, proceso educativo, interacción social, autoconciencia, no-conciencia, identidades colectivas e individuales basadas en factores de género, preferencias sexuales, etnicidad, etc permanecieran ajenos a las principales corrientes marxistas de análisis y reflexión (Apud Gohn, 1997:174).

“Não há transformações qualitativas da estrutura urbana que não sejam produzidas por uma articulação de movimentos sociais urbanos por outros movimentos, em particular (em nossas sociedades) por movimentos operários e pela luta política de classe.”

En los años 80, Castells se aleja del referencial marxista estructural y pasa a recibir influencias de Touraine. En su obra *“The city and the grassroots”* empieza a concebir los movimientos sociales no más como elementos de transformaciones estructurales, sino como formas de resistencias y diagnosticadoras de necesidades colectivas. Por lo tanto, los movimientos sociales deberían ser agentes formuladores de cambios a ser implementados por el Estado, por medio de instrumentos “institucionalizadores”¹¹⁸. De poco a poco, Castells empieza a apuntar a una interdependencia entre movimientos sociales y Estado, a la sujeción de los movimientos a un clientelismo político en cambio de demandas inmediatas. Así, si por un lado los cambios sociales no serían posible sin la presión de los movimientos, tampoco habría posibilidad de sobrevivencia de los movimientos sin los instrumentos técnicos institucionales.

Gohn (1997) relaciona este cambio de posición teórica del autor a la transición histórica y política que ocurrió entre las décadas de 70 – donde los movimientos representan una esperanza de cambio contra la espoliación e imperialismo de un capitalismo voraz que se manifiesta a través de regimenes autoritarios - y 80. De cualquier forma, la dialéctica entre sociedad civil y sociedad política, postulada por Gramsci, también se muestra presente en este análisis, ya que Castells dice que aunque no se tenga logrado la autonomía de los nuevos sujetos históricos, el estado autoritario respondió a las presiones populares, llegándose a la redemocratización. La lógica de Castells se resume en un simple esquema donde la presión popular lleva a cambios institucionales y, consecuentemente, a reformas urbanas. En este punto, es clara la semejanza entre esta teoría y la de MP. O sea, las reivindicaciones de los movimientos sociales dependen de la abertura de una elite política que acoge las demandas de los movimientos.

¹¹⁸ Este autor concibe tres tipos básicos de manifestaciones de movimientos sociales urbanos: sindicales – alrededor de consumo colectivo, tales como infra-estructura urbana y cuestiones vinculadas a la tierra; comunitarios – en búsqueda de identidades culturales y autonomía de las culturas locales, basados étnicamente u originados históricamente; movimientos de ciudadanos – los que objetivan el aumento del poder local, descentralización de las áreas de vecindad y auto-administración urbana.

El actual contexto de globalización y de la crisis de las instituciones del estado-nación y de la sociedad civil constituida en torno al estado, impide la debida atención del Estado para con los movimientos sociales, generando así, el desarrollo de las identidades como principios constitutivos de la acción social en los tiempo contemporáneos. En su obra de 1999, “Globalización, Identidad y Estado en Latino América”, Castells:

“Mi hipótesis, apoyada en la observación de movimientos sociales y expresiones identitaria en todo el mundo, es que este desarrollo es consecuencia de la globalización y de la crisis de las instituciones del estado-nación y de la sociedad civil constituida en torno al estado. Explico. La globalización desborda la capacidad de gestión de los estados-nación. No los invalida totalmente, pero los obliga a orientar su política en torno a la adaptación de los sistemas instrumentales de sus piases hacia la navegación en los flujos globales. Al hacerlo, los estados tienen que sacrificar intereses de sectores hasta entonces protegidos por el (...) Cuando el estado tiene que atender, prioritariamente, a la dinámica de flujos globales su acción hacia la sociedad civil se torna secundaria y por consiguiente el principio de ciudadanía emite un significado cada vez mas débil hacia los ciudadanos. En esas condiciones, los sectores golpeados por los ajustes que impone la globalización buscan principios alternativos de sentido y legitimidad. En esa búsqueda la gente se hace consciente del déficit democrático que existe tras el andamiaje institucional e ideológico del sistema político” (p.6,7).

Dentro del marco de la separación entre estado y nación, el surgimiento de las identidades¹¹⁹ como principios constitutivos de la acción social, corroerían el principio fundamental de la ciudadanía, sobre el cual se basa el estado-nación constituido en la modernidad:

“Si la identidad fundamental es la religiosa o la nación como entidad histórica, ser ciudadano es aun una fuente de derechos, pero ya no de sentido. El laicismo y el individualismo de la democracia liberal, como construcción racional y abstracta emanante del contrato social, deja de ser el principio de pertenencia y, por tanto, el principio de legitimidad. El poder de la identidad destruye la

¹¹⁹ Este autor define identidad con las palabras a seguir: “Identidad, en términos sociológicos, es el proceso por el cual los actores sociales van construyendo el sentido de su acción atendiendo a un atributo cultural (o conjunto articulado de atributos culturales) al que se da prioridad sobre otras fuentes posibles de sentido de la acción” (Castells, 1999:05).

legitimidad del estado como fuente de sentido. Sometido a las presiones contradictorias de la globalización y las identidades culturales comunitarias, el estado-nación soberano y la sociedad civil constituida en torno a el, entran en un proceso de declive histórico que pareciera ser irreversible” (Castells, 1999:08).

Otro autor neomarxista que siguió los estudios de los movimientos sociales urbanos¹²⁰ es Jordi Borja. Este autor tuvo influencia en América Latina, principalmente durante el período de dictadura militar, al concebir como unos de las fuentes generadoras de los movimientos sociales urbanos al conflicto entre Estado y los capitalistas privados en relación a la reproducción de los medios de producción para la vida cotidiana – reflejada en los elementos de Infra-estructura, costos de la reproducción de la fuerza de trabajo, uso de las tierras urbanas, políticas urbanas, etc. En este conflicto, el papel de los técnicos del aparato estatal sería mucho importante, como elemento agravante de las contradicciones alrededor del Estado y sus relaciones con las poblaciones demandatárias¹²¹.

Dentro del paradigma neomarxistas de los movimientos sociales urbanos, uno de los autores más vinculados con el marxismo ortodoxo, fue Jean Lojkin. A partir de una noción de urbano como un local decisivo de la lucha de clases y de las esferas de vida de los sujetos urbanos como reflejo de sus posiciones en la división del trabajo, él entendía a los movimientos sociales urbanos como lugar de descomposición de la hegemonía dominante, como el más alto grado de expresión de la lucha de clases. El ámbito político es visto como el local donde se efectúa la transición de un modo de producción hacia otro, donde la lucha es llevada hasta el fin (Lojkin, 1980:291. Apud Gohn, 1997:198). Pero la potencialidad de los movimientos estaba en su capacidad de diferenciarse de los papeles y funciones por los cuales la clase dominante garantiza la subordinación y la dependencia de las clases dominadas. Contra la espontaneidad de los movimientos, defiende que el alcance político de una lucha depende de la asociación de

¹²⁰ Bajo un prisma histórico-estructural, este autor definió a los movimientos sociales urbanos como *“ações coletivas da população enquanto usuárias da cidade, quer dizer, de habitações e serviços, ações destinadas a evitar a degradação de suas condições de vida, a obter a adequação destas às novas necessidades ou a perseguir um maior nível de equipamento. Estas ações dão lugar a efeitos urbanos (modificação da relação equipamento-população) e políticos (modificações da relação da população com o poder no sistema urbano) específicos, que podem chegar a modificar a lógica do desenvolvimento urbano”* (Borja, 1975:12. Apud Gohn, 1997:196).

¹²¹ Este autor destacaba la no neutralidad y la racionalidad parcial de los técnicos, fundamentando planes entre alas de izquierda comprometidas en las luchas por la redemocratización.

la base social de un movimiento a una organización capaz de aglutinar las reivindicaciones y poner en acción el movimiento.

Abriendo el camino para nuestra presentación del otro paradigma europeo, Laclau y Mouffe, teóricos tradicionalmente clasificados como neomarxista, atribuyen el surgimiento de los nuevos movimientos sociales a algo más que una nostalgia. Este autor localiza en 3 factores básicamente, las transformaciones sociales que propiciaron el surgimiento de estos nuevos movimientos y que fueron por él concretizados.

La primera dice respecto a los cambios de identidad de los agentes. Antes del siglo XX, lo que daba unidad a un movimiento, lo que los unía en una organización, así como lo que delimitaba un adversario, estaba basado en las posiciones de los sujetos en el proceso de producción¹²². En la contemporaneidad, vemos al sujeto ocupando locales diferentes en el interior de una estructura, donde se forman distintos discursos. No existiría ninguna relación previa y necesaria entre el discurso que forman el trabajador, por ejemplo, en tanto militante o agente técnico en el local de trabajo, y los discursos que determinan su actitud con relación a la política, a la violencia racial, al sexismo u otras esferas (Laclau y Mouffe, 1985:04. mi traducción). Esta autonomización de las esferas de vida de los sujetos, lleva a su comprensión teórica como un ser descentralizado, destotalizado. Entendemos que viene de allí las dos otras modificaciones sociales que propiciaron el surgimiento de los nuevos movimientos y que estos ayudaran concretizar.

En la visión de Laclau y Mouffe (1985), la sociedad no debe ser entendida como un espacio suturado¹²³. Toda la estructura discursiva es el resultado de una práctica articuladora que organiza y constituye las relaciones sociales. Los antagonismos sociales y la dislocación impiden el cierre de toda estructura. Las prácticas articuladoras

¹²² Laclau nos dice que en el siglo XIX, la prioridad de las relaciones de producción era debida a la larga jornada de trabajo en las fábricas y el acceso limitado de los trabajadores a los bienes de consumo y a la participación en general, como resultado de los bajos ingresos. La transformación de estas condiciones en el siglo XX, debilitó los lazos entre varias identidades del trabajador, como productor, consumidor, agente político etc., significando una insuficiencia de categoría como “clase trabajadora”, “pequeño-burgués” para clasificar los grupos de acción, o el término “lucha de clase” para nombrar la propia lucha, el campo de conflicto.

¹²³ Según Giacaglia (2002), la categoría de “sutura” proviene del psicoanálisis lacaniano, donde designa la relación del sujeto a la cadena de su discurso, y nombra no sólo una estructura de falta, sino también la disponibilidad del sujeto, un cierto cierre. Laclau y Mouffe (1985) extienden el concepto de sutura al campo de la política, subrayando este doble movimiento. Las prácticas hegemónicas son suturantes en la medida que su campo de acción está determinado por la apertura de lo social, por el carácter finalmente no-fijo de todo significante. Esta falta originaria es precisamente lo que las prácticas hegemónicas intentan llenar.

hegemónicas definen su identidad por oposición a las prácticas articuladoras antagónicas. El antagonismo descubre los límites de toda objetividad, en tanto nunca está plenamente constituida. La sociedad no se presenta como un orden objetivo y armónico, sino como un conjunto de fuerzas divergentes en conflicto, impidiendo la conformación de identidades plenas. Desde esta perspectiva, la categoría de “hegemonía” constituye un valioso y fundamental punto de partida dentro del discurso contemporáneo para pensar lo político¹²⁴, en tanto significa la articulación contingente de elementos en torno a las luchas de los agentes sociales concretos dentro de configuraciones sociales específicas.

Según Giacaglia (2002), la hegemonía, entendida en el sentido gramsciano como articulación, amplía el campo de la contingencia histórica en el ámbito de las relaciones sociales, en tanto distintos “elementos” o “tareas” sociales pierden la conexión esencial que los caracterizaba en la concepción etapista, y su sentido va a depender ahora de articulaciones desprovistas de la garantía que otorgan las leyes de la historia, careciendo así de toda identidad al margen de su relación con la fuerza que los hegemoniza.

Laclau y Mouffe, retomando la concepción gramsciana de hegemonía, definida en el capítulo uno, identifican un límite: si los diversos elementos sociales tienen una identidad tan sólo relacional, lograda a través de la acción de prácticas articuladoras, tiene que haber siempre “un” principio unificante en toda formación hegemónica, y este debe ser referido a una clase fundamental – que no sería resultado contingente de la lucha hegemónica, sino el marco estructural necesario dentro del cual toda lucha hegemónica tiene lugar. Es decir, que la hegemonía de la clase no es enteramente práctica y resultante de la lucha, sino que tiene en su última instancia un fundamento ontológico. Luego la lucha y la victoria de la clase obrera depende más bien de su capacidad de liderazgo hegemónico, ya que una falla obrera significaría la vuelta de un patrón de hegemonía burguesa.

De cualquier forma, la política basada en Gramsci, concebida por estos autores como articulación¹²⁵, hace frente al reduccionismo de clase del marxismo clásico, en la medida en que la unidad y homogeneidad misma de los sujetos de clase se disgrega en su conjunto de posiciones precariamente integradas.

¹²⁴ A partir de la teoría gramsciana de la hegemonía, estos autores conciben la política como articulación y aceptan la complejidad social como condición de la lucha política, compatible con la pluralidad de los sujetos históricos.

¹²⁵ Articulación debe ser entendida, según Giacaglia (2002), como una práctica que establece relaciones entre elementos de tal manera que la identidad de los mismos es modificada como resultado de la práctica articuladora.

La hegemonía definida como el logro de un liderazgo moral, intelectual y político, a través de la expansión de un discurso que fija un significado parcial alrededor de puntos nodales, involucra más que un consenso pasivo y acciones legítimas, envuelve la expansión de un particular discurso de normas, valores, puntos de vista y percepciones, a través de re descripciones persuasivas (Giacaglia, 2002). La lógica de la hegemonía constituye una lógica de la articulación y de la contingencia

La segunda modificación dice respecto al tipo de conflicto. Si todos los procesos revolucionarios y las formas de organización, antes del siglo XX, luchaban por un cambio estructural dentro de una lógica gradual de fases a ser conquistadas. Así, nos dicen los autores, de la misma forma que una determinada posición del sujeto no provee automáticamente ninguna determinación necesaria de otras posiciones, se torna imposible relacionar cada posición individual con una sucesión racional y necesaria de estadios. Adicionamos a esto que el triunfo y persistencia del capitalismo, así como la complejidad de las clases sociales, generó una desilusión de ideologías que propagaban el cambio estructural y progresivo de la sociedad.

La tercera gran modificación deriva de la segunda y luego de la primera. Dice respecto al espacio político. Dentro de la concepción tradicional del marxismo, basada en la homogeneidad y en una división diacrónica de los sujetos, los campos políticos, culturales, simbólicos, etc., deberían estas ser un reflejo del campo económico, o sea, de la posición ocupada delante de los medios de producción. Como vimos, este contexto donde la centralidad analítica económica determina posiciones, ya no es más posible. Los espacios políticos son tan fragmentados como así las posiciones ocupadas por un sujeto: familia, trabajo, actividades de ocio, grupos de amigos, grupos de personas desconocidas, etc. Todas estas esferas en la modernidad ganan un sentido, un discurso político que no establece relación determinada y estable con las otras¹²⁶. Es justamente en este momento en que el imaginario político pierde el horizonte que atribuye significado a las diversas manifestaciones, dándoles una totalidad delante de este horizonte. En el caso marxista, este horizonte era la revolución de la clase proletaria. Ya en los nuevos movimientos sociales, cada lucha alcanza el objetivo de construirse como

¹²⁶ Los autores nos dicen que en el siglo XIX, las luchas sociales no conducían tanto a una proliferación de espacios políticos y a una politización de cada antagonismo social, pero, al revés, la construcción de formas de permitir acceso de estos antagonismos a un espacio político relativamente unificado. En las últimas década, en contraste, la multiplicación de puntos de ruptura que han acompañado la creciente burocratización de la vida social y la comodidad de las sociedades industriales avanzadas han llevado la proliferación de antagonismos, pero cada uno de ellos tiende a crear su propio espacio y a politizar un área específica de las relaciones sociales (Laclau y Mouffe, 1985:05).

una batalla de posiciones retirando de si misma su carácter único y diferencial. No existe una totalidad que las unan en un único horizonte.

Volveremos a estos autores en sus planteos sobre los nuevos movimientos sociales en América Latina, así como a sus posicionamientos delante de los mismos.

Si por un lado Laclau y Mouffe son tradicionalmente clasificados como neomarxistas, aunque hagan críticas centrales a la teoría marxista que le dio origen y traten predominantemente los nuevos movimientos sociales, lo que los aproxima de la teoría de los nuevos movimientos sociales, el sociólogo francés Alain Touraine, tradicionalmente clasificado como un teórico de los nuevos movimientos sociales, desarrolla una línea propia donde considera lógicas marxistas centrales para la formulación de sus teorías sobre los movimientos sociales. Si por un lado este autor parte de una radical crítica a las teorías sociológicas que afirman que el comportamiento del individuo está predeterminado por las estructuras sociales, rechazando el papel del proletariado, o de una clase o grupo social específico como “los actores históricos” - ya que los movimientos sociales tendrían este papel -, destacando el lugar central de la acción individual y colectiva para la construcción de la sociedad, por otro lado adopta el modelo marxista de la dinámica histórica y social, de la superación de los momentos históricos:

“ação conflitante de agentes das classes sociais lutando pelo controle do sistema de ação histórica(...)os movimentos sociais pertencem aos processos pelos quais uma sociedade produz sua organização a partir de seu sistema de ação histórica passando através dos conflitos de classes e das transformações políticas” (Touraine, 1973:335).

Aunque utilice modelos marxista, se debe aclarar definitivamente que el término “clase” y “acción histórica” tienen otros significados para este autor. El concepto de sistema de acción histórica se refiere al conjunto de orientaciones que abarcaría el trabajo creador, la acumulación y el modelo cultural sobre el cual los actores sociales se enfrentarían por la disputa de su conducción. Además, el concepto de clase social no podría privilegiar únicamente la esfera de la producción y del trabajo, una vez que el sistema de acción histórica vigente en estas sociedades sería definido, no por la producción, pero sí por la capacidad creadora, por el conocimiento científico. De esta forma, utiliza el concepto de clases sociales como un instrumento analítico cuya actualización en la realidad concreta se verifica a través de la actuación de los

movimientos sociales, debiendo ser entendido no como un concepto económico, sino principalmente en términos de aspectos culturales y simbólicos.

Touraine armó un esquema de clasificación de los movimientos sociales relacionando los tipos de conflicto con los tipos de acción colectiva: concibe al conflicto de clases referente a una acción colectiva histórica; el conflicto de resistencia a la autoridad referente a la acción direccionada a sistemas organizacionales; y el conflicto de presión sobre el sistema institucional como referente a la acción direccionada a sistemas institucionales. Estos niveles pueden mezclarse, y tan importante será el movimiento en cuanto a su capacidad de generar crisis en estos niveles. De hecho, si las acciones fueran direccionadas apenas a algún de estos niveles (luchando por una manifestación interna de una determinada organización, sin cuestionar la estructura de poder, o sea, el orden social – en el caso del nivel organizacional –, o una lucha por ejercer influencia, mejoramiento de posiciones, o grupo de presión por algún interés puntual – en el caso del nivel institucional), ni siquiera, según el autor, podrán ser clasificados como movimientos sociales. Eso es porque los movimientos sociales están basados en tres principios: identidad, oposición y totalidad. En la conceptualización de estos tres factores, percibimos la fuerte influencia marxista.

El principio de identidad, nunca definido por la observación inmediata, se define durante el conflicto, con la visualización de un adversario y el reconocimiento del objetivo de la lucha¹²⁷. Es pues en este momento que surge la conciencia de la identidad, que es parte de la definición de una clase o de una fuerza social de clase.

El principio de oposición organiza un movimiento, aunque su puesta en acción no presupone la identificación de un adversario. Cualquiera que sea el lugar donde aparezca, el conflicto es siempre vivido por el movimiento social como un conflicto de clases, lo que no significa decir que el movimiento social lucha por intereses económicos, ya que este autor defiende que un movimiento que no pone el conflicto en el nivel cultural, no es un movimiento¹²⁸. Se percibe que la concepción de clase social

¹²⁷ Acá percibimos la influencia marxista en cuanto al principio de relacionalidad (tratado detalladamente en el primer capítulo) y antagonismo que define los actores y las clases en la estructura social.

¹²⁸ Según Touraine, aún el movimiento operário no puede ser reducido a un conflicto de intereses económicos o una relación a la proletarización: “*Ele (el movimiento operario) é animado por uma imagem da ‘civilização’ industrial, pela idéia de um progresso das forças de produção utilizadas para o bem de todos, o que é bem diferente da utopia igualitarista simples, pouco preocupada com as condições do crescimento*” (Touraine, 1973:348).

de este autor no esta determinada por la posición de los sujetos delante de los medios de producción¹²⁹. Eso porque todo movimiento social debe tener el principio de totalidad.

Aunque un movimiento social nunca sea puro, o sea, en él se mezclan conductas organizacionales e institucionales, todo movimiento debe tener un principio de totalidad, definido como el esfuerzo de controlar y orientar a los agentes sociales cuya función es asegurar la existencia de uno de los elementos del sistema de acción histórica. A su vez, el campo de acción histórica se refiere a las interacciones del actor colectivo considerado, su adversario y las expresiones relativamente autónomas del sistema de acción histórica, en particular, del modelo cultural. Además, los movimientos sociales más importantes son los que cuestionan la orientación general del sistema de acción histórica, o sea, la acción conjunta de su adversario. Los intereses defendidos por los movimientos sociales son los de una clase involucrada en la lucha por la dominación de una historicidad, por lo tanto de un modelo cultural, de una forma de movilización, de un tipo de jerarquización, de una forma de necesidades.

Así, resalta Laranjeiras (1990), las clases sociales para Touraine serían definidas como agente sociales que luchan por el control de la historia, o sea, en función de la capacidad de una sociedad a transformarse. La definición de la clase como agente se daría en función de su relación con el sistema de acción histórica. En este sentido, ni todos los actores sociales podrían ser considerados como constituyendo clases sociales, sino apenas aquellos cuyo conflicto estuviera relacionado al sistema de acción histórica. Esto se referiría al campo histórico común en torno al cual se verifica el conflicto de clases, lo cual, a su vez, por eso mismo no se confundiría con otros conflictos secundarios – así llamados por no estar directamente relacionados a la superación del sistema de acción histórica.

De cualquier manera, Touraine defiende un análisis de los movimientos sociales que traten complementariamente las observaciones de las conductas sociales – orientaciones de los actores, sus acciones y reivindicaciones –, y las que tratan del sistema de las relaciones sociales y económicas – la naturaleza de la acumulación y de la dominación económica:

“Não se pode estabelecer a existência de um sistema de ação histórica e das relações de classes unicamente a partir das condutas sociais e dos movimentos

¹²⁹ Los actores no son determinados por una estructura social y esta también no es el resultado de las intenciones de los actores. estructura y acción, según Touraine, no pueden ser disociadas, ya que deben ser expresas, ambos, en términos de relación social.

sociais; não se pode também conceber que um tipo de historicidade e de relações de classes não se traduza por uma certa consciência de classe, portanto por movimentos sociais” (Touraine, 1973:354).

Así, nos dice Touraine, el análisis de un tipo de conductas colectivas y el análisis socio-histórico de las relaciones de producción y de dominación, deben conducir al encuentro de la unidad de explicación sociológica, ya que sería imposible considerar como distintas dos ordenes de hechos sociales que serian unos objetivos, y otros subjetivos. Los economistas estudiando los primeros, mientras que la tarea específica de la Sociología sería describir las opiniones, las actitudes, las ideologías. Luego las relaciones económicas, de clase, son inseparables del contenido del sistema de acción histórica, ya que este último no puede ser definido sin recurrir a un tipo de acumulación, del trabajo sobre trabajo y son referencia al modelo cultural (Touraine, 1973).

Concordamos con la posición analítica de Touraine en cuanto al estudio de los movimientos sociales y volveremos a este autor a lo largo de nuestro planteo sobre los nuevos movimientos sociales y sobre el “paradigma” teórico latinoamericano. Pero antes, nos detendremos en el paradigma teórico mas destacado en la actualidad de los movimientos sociales y que se suele nombrar con el propio nombre de su objeto de estudio, el paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS).

2.2.2 - Teoría de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS).

Esta teoría surge a partir de los años 60 en Europa y se basa fundamentalmente en la inadecuación del paradigma tradicional marxista para analizar los movimientos sociales europeos surgidos a partir del referido período. La elaboración teórica de este paradigma estuvo basada en la revitalización de teorías de acción social a partir de matrices fundamentales como la weberiana¹³⁰, durkhemiana¹³¹ y parsoniana¹³², además

¹³⁰ Referente a su formulación multidimensional de los espacios ocupados por los sujetos en las sociedades, donde se distinguen las dimensiones de orden económico, representado por las clases; del orden social, representado por el *status* o estamento (*stand*); y el orden político, representado por el partido. Esta teoría trasladó el análisis de clase de la esfera de la producción (del determinismo económico marxista clásico) a la del consumo, centrándose en los conflictos entre los grupos que comparten los mismos estándares materiales de vida, y que por lo tanto están diferenciados sobre la base de las relaciones de mercado y las oportunidades de vida - discusión planteada en el primer capítulo de este trabajo.

¹³¹ Referente a su concepción relacional de la cultura, vista como un proceso y no como una estructura heredada. Es justamente en su proceso de creación y recreación, a partir de un conjunto de representaciones en medio a la dinámica de las acciones colectivas, que la consciencia colectiva es formada - discusión ya planteada en el tópico sobre el paradigma de la MP.

del constante diálogo y reconceptualización de ideas neomarxistas¹³³. Este paradigma bebió aún en la aguas de la Escuela de Frankfurt¹³⁴, en las distintas teorías de los llamados nuevos idealista contemporáneos – Michael Foucault¹³⁵, Feliz Guatarri¹³⁶-, y en la microsociología¹³⁷ y en el interaccionismo simbólico¹³⁸. Bidaseca (2005) destaca también que el giro lingüístico implementado por la Filosofía ha influido decisivamente en las teorías modernas, de modo que dos conceptos, la acción y el discurso, se han vuelto esenciales para comprender ciertos procesos¹³⁹.

¹³² Referente a sus formulaciones sobre la acción colectiva, bajo algún grado de funcionalismo, donde se relaciona las estructuras sociales con las acciones humanas, concebidas como voluntarias, intencionales y cargadas de simbolismo. Su concepción de “sistemas abiertos” atribuía al sistema de acción social importancia fundamental, ya que este debería incluir análisis del comportamiento de los miembros de una acción social; la personalidad de los miembros; la concepción de la sociedad como una organización social multi-relacionada; y la cultura de esta sociedad. Así, dentro de una concepción físico-orgánica de la dinámica social, el estudio de este sistema es lo que más tiene que decir sobre a sociedad y sus sujetos, ya que es lo que más se relaciona con los otros sistemas sociales.

¹³³ Como ya vimos, diversos teóricos de los NMS no dejaron de pensar en las estructuras sociales. Aunque la estructura económica no sea visto con el grado de determinismo que el marxismo adopta, siguió siendo una de las esferas de análisis, a veces resaltadas, en el entendimiento de la dinámica de las acciones colectivas dentro del paradigma referido.

¹³⁴ Habermas, uno de sus miembros más destacados, atribuía gran importancia al lenguaje en sus teorías: la articulación que hace entre teorías fundadas en el discurso y las estructuras sociales; el concepto de “mundo de vida”, dividido en estructuras de cultura, sociedad y personalidad, referente a elementos tradicionales implícitos en el lenguaje y en la cultura de los sujetos y que dice al respecto de los procesos de internalización y compartimiento de una cultura, así como posibles formas de articulación de acciones colectivas. En este sentido, Habermas teoriza sobre la importancia del papel asumido por los movimientos sociales como elementos dinámicos en el proceso de aprehensión y formación de identidad social. Además atribuye importancia a su papel como creador de espacios públicos en la sociedad (temas que veremos adelante), y como indicadores del potencial de crisis del capitalismo tardío. Pero, según Gohn (1997), en entrevista concedida al periódico brasileño “*Folha de São Paulo*”, se declaró decepcionado con los movimientos sociales contemporáneos, demostrando temor de que podrán desarrollarse también en direcciones adversas a los caminos de la libertad, ya que no tienen proyectos universalistas y operan a partir de demandas específicas.

¹³⁵ Ocupa un lugar central, ya que inauguró una concepción teórica fundada en el discurso de los agentes sociales, concibiendo en campo discursivo y simbólico como forma de lucha contra todas las formas de opresión. En sincronía con esa concepción, teorizó también sobre la fragmentación y penetración de las relaciones de poder en las esferas cotidianas de la vida de los sujetos.

¹³⁶ Autor que colocó la subjetividad en el centro de las cuestiones políticas y sociales contemporáneas – lo que no era muy común en la tradicional filosófica. De manera general, destacó el primado de la subjetividad de los individuos y el papel de los agentes sociales en sus luchas cotidianas sobre el papel determinante de procesos objetivos y estructurales. Estudió los movimientos llamados alternativos o adeptos de la contra-cultura de masa, poniendo en relieve el potencial de intervención analítica de los movimientos, más allá de la búsqueda de consenso o nuevas formas cristalizadas de organización.

¹³⁷ Estas teorías, desarrolladas en el siglo XX por una descreencia en los procesos históricos de los regimenes no-capitalistas – enfatiza la autonomía, libertad y en la creencia de que las estructuras extra-individuales existen en la sociedad pero no tienen existencia autónoma de los individuos: serían producidas por él. De manera general, resalta la subjetividad delante de las estructuras sociales y la fragmentación y dilución de la política en las esferas de vida de los sujetos.

¹³⁸ Teoría, ya vista en el planteo sobre la MP, que atribuye importancia fundamental a las esferas subjetivas, discursivas y simbólicas de las interacciones entre los sujetos, y a la construcción de imágenes de sí delante otros.

¹³⁹ Esta autora cita a Hannah Arendt, en su obra “La condición humana” (1998), cuando dice que “mediante la acción y el discurso los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano. Esta cualidad reveladora pasa a primer plano cuando las personas están con otras, ni a favor ni en contra. La acción necesita para su plena

Así, percibimos que las novedades de este paradigma se encuentran más en la composición, en la forma de organización y en la disposición de instrumentos conceptuales, algunos nuevos, otros reelaborados.

De manera general, este paradigma apunta para una nueva forma de hacer política, básicamente a partir de la sociedad civil, refiriéndose no apenas a la política oficial o estatal. Al negarse el poder de las determinaciones macroestructurales, valorizándose los hechos micro, del cotidiano, se resalta el potencial, en el presente, de los movimientos de cambiar la sociedad, ya que esta fuerza de cambio está localizada en los propios sujetos y no en la lucha recurrente de las contradicciones sociales.

En cuanto a la influencia externa, social, sobre la organización y multiplicación de los llamados nuevos movimientos sociales, así como de este paradigma, que también lleva este nombre, se suele atribuir importancia a la crisis de credibilidad de los canales convencionales de participación en las democracias occidentales y al propio triunfo y permanencia del capitalismo.

Si dentro de la visión clásica marxista los movimientos sociales se referían básicamente al conflicto de clases, el adjetivo que nomina esta escuela, “nuevos”, se refiere justamente a su no claridad en cuanto a una base clasista, verificada en los “viejos” movimientos operarios o campesinos. Así, esta escuela no tienen ningún interés particular en estos movimientos. Están más bien preocupados con las categorías empíricas contemporáneas – desde discursos y sus significados simbólicos hasta nuevas formas de reivindicación colectivas. De manera general, se puede decir que el paradigma de los NMS se detuvieron, dentro de un *approach* más constructivista, al estudio de los movimientos de estudiantes, de mujeres, *gays*, lésbicas y en todo el universo de las cuestiones de género, de las minorías raciales y culturales. O sea, el objeto de estudio de este paradigma no es el mismo que el del paradigma marxista o de sus derivados.

Se resalta, entretanto, que el “nuevo” que nomina esta escuela no surge con un mismo significado en todos lugares del mundo. Se refiere a distintos momentos de los movimientos sociales: si en Europa el término “nuevo” surge como una contraposición al “antiguo” movimiento de la clase trabajadora, en América Latina este término, en el momento de su surgimiento, se refiere más a los movimientos que no estaban

aparición de la brillantez de la gloria, sólo posible en la esfera pública” (p.2002. Apud Bidaseca, 2005:09).

involucrados con los esquemas políticos populistas, en el juego de favores y en las relaciones clientelistas.

Se puede percibir, más claramente en el contexto europeo, un rechazo por el “sujeto histórico” marxista, ya predeterminado, configurado básicamente por las contradicciones del capitalismo y representante de una “consciencia auténtica”, en general vinculada a un partido de “vanguardia” - estos movimientos recusan la política de cooperación entre agencias estatales, sindicatos o partidos, y están más preocupados en asegurar derechos sociales, ya existentes o no, para su público. Los sujetos que componen los movimientos sociales estudiados por los NMS, vistos como actores sociales (término “equivalente” a lo que sería el “sujeto histórico” marxista), para un análisis debido, deben ser concebidos como parte de un colectivo difuso y no jerarquizado. En relación a su “lucha”, al revés del sujeto histórico marxista – que como el propio término afirma, sería un elemento transformador de la historia, responsable por el (y no por “un”) cambio estructural de (y no “en”) la sociedad –, la lucha de los actores sociales de los NMS, en general, se refieren a luchas contra las discriminaciones de acceso a los bienes de la modernidad y, al mismo tiempo, a sus efectos nocivos, a partir de la fundamentación de sus acciones en valores tradicionales, solidarios y comunitarios. En este sentido, Santos (2001) llama la atención a la importancia de los nuevos movimientos sociales en la denuncia de los excesos de regulación de la modernidad. Tales excesos alcanzan mucho más allá de las esferas de la producción material o de las condiciones estructurales de la división social en clases que esta genera. O sea, la denuncia no se refiere solo al modo como se trabaja y produce, sino también el modo como se descansa y vive; la pobreza y las asimetrías de las relaciones sociales son la otra fase de la alienación y del desequilibrio interior de los individuos, y, finalmente, esa forma de opresión no alcanzan específicamente a una clase social y sí a grupos sociales transclasistas o incluso a la sociedad en su todo¹⁴⁰. “Mientras más fuerte fue en el pasado la vivencia social de la dominación en las relaciones de producción, más intenso será ahora su carácter socialmente difuso” (Santos, 2001: 03).

Se debe destacar que al mismo tiempo que estos movimientos luchan contra la discriminación a los bienes de la modernidad, hacen uso de sus herramientas, como la prensa y los referidos medios de comunicación de masa, hacia la movilización por

¹⁴⁰ Boaventura de Souza Santos nos dice que “la plusvalía puede ser sexual, étnica, religiosa, generacional, política, cultural; puede tener lugar en el hábito (y no en el acto) de consumo; puede tener lugar en las relaciones desiguales entre grupos de presión, partidos o movimientos políticos que deciden al armamento y el desarme, la guerra, la paz” (Santos, 2001:03).

cambios en los valores dominantes y alteración de las situaciones de discriminaciones, principalmente dentro de instituciones de la propia sociedad civil.

La concepción del sujeto histórico marxista refleja la visión dualista de la sociedad, donde los sujetos condensan todas las esferas de sus vida en sus posiciones ocupadas delante de los medios de producción. El campo político “sería” (ya que el término campo político no es utilizado en las formulaciones marxistas clásicas) visto como el campo de conflicto entre clases. En este sentido, percibimos otro cambio fundamental inaugurado por la teoría de los NMS. El análisis político es totalmente redefinido. Al mismo tiempo que gana centralidad en los análisis, es concebido de manera descentralizada. Deja de ser un nivel en una escala “macro”, donde hay jerarquías y determinaciones, y pasa ser una dimensión de la vida social, abarcando todas las practicas sociales. O sea, la dimensión política es utilizada principalmente en el ámbito de las relaciones microsociales y culturales, al revés del paradigma marxista clásico y del paradigma norteamericano – que trata la política más en el nivel “macro” de las instituciones de poder en la sociedad, principalmente aquellas relacionadas con los aparatos estatales. Como fue dicho por Laclau en nuestro planteo arriba, esta perspectiva abrió posibilidades para pensar la cuestión del poder en la esfera pública de la sociedad civil, en los términos de Foucault, y no apenas en la esfera pública de la sociedad política.

Como vimos en la presentación de Laclau, considerar la fragmentación de la esfera política, ahora considerada como parte de todas las esferas de la vida de un sujeto moderno – todas concebidas de manera autónoma a las demás, con discursos diferentes – lleva a una nueva concepción del propio sujeto moderno, inclusive para las Ciencias Sociales: la categoría “sujeto”, como unidad racional y transparente que transmite un significado homogéneo para el campo total de la conducta del individuo, siendo fuente de sus acciones, fue deshecha¹⁴¹. En el siglo XIX, las luchas sociales no conducían a la proliferación de espacios políticos y a una politización de cada antagonismo social, más bien, conducía a la construcción de formas de permitir acceso de estos antagonismos a un espacio político relativamente unificado. Según este mismo autor, los momentos de

¹⁴¹ La psicoanálisis demuestra que, lejos de organizar se alrededor de la transparencia de un ego, la personalidad se estructura en varios niveles, fuera de la concientización y de la racionalidad de los agentes. Laclau (1985) nos dice que desde sus primordios, el marxismo fue forzado a reconocer la asimetría fundamental entre la concientización efectiva de los agentes y la que debería corresponder a ellos, de acuerdo con sus intereses históricos – aunque la reacción descubierta], al revés de conducir a una critica del racionalismo implícito en la noción de “intereses”, hubiera sido, al revés, una reafirmación de estos últimos, a través de la distinción de “en si-para si” (Laclau, 1985:03. mi traducción).

crisis en el sistema político fueron momentos en que los nuevos antagonismos sociales entraron en choque directo con los espacios políticos tradicionales. En las últimas décadas, en contraste, la multiplicación de puntos de ruptura que acompañan la creciente burocratización de la vida social y la “comodificación” de las sociedades industriales avanzadas tienen como consecuencia la proliferación de los antagonismos: así, los movimientos sociales contemporáneos tienden a crear sus propios espacios y a politizar un área específica de las relaciones sociales.

Eso nos lleva pensar en otra importante modificación, referente al “imaginario político”¹⁴². Si antes este imaginario político se reflejaba en el horizonte totalizador de una lucha de clases, en los nuevos movimientos sociales, el momento de totalización, de la dimensión del horizonte del imaginario político, no está más constituido como un “modelo total” de la sociedad, más bien se restringe a ciertas exigencias y ciertas relaciones específicas¹⁴³. Santos (2001) nos llama la atención hacia la desvulgarización del sentido común y vulgar del día a día – tanto en público como privado, tanto el productivo como reproductivo – que pasan a ser espacios de oportunidades de inversión y protagonismo personal y de grupo. Sería justamente allí que se establece una nueva relación entre subjetividad y ciudadanía.

Como quedo dicho en la introducción de este tópico, existen puntos de intersección, o al menos de influencia, entre los dos paradigmas (autores de la teoría de los NMS que utilizan premisas de los neomarxistas), reflejados en algunas categorías – tales como consciencia, ideología (que influyó mucho la fundamentación del concepto de “cultura” de los NMS, como veremos adelante), luchas sociales y solidaridad en la acción colectiva –, enfatizadas en diferentes grados y, a veces, desde otra perspectiva, por estos paradigmas. Se puede decir que el marxismo clásico fue definitivamente rechazado por los teóricos de los NMS porque tratan la acción colectiva apenas en el nivel de las estructuras, de las acciones de clase, trabajando en un universo de cuestiones que priorizan los análisis macro de la sociedad. Por eso, las bases marxistas – donde, en última instancia, se apoyan los neomarxistas – no pueden superar los límites de los conflictos sociales basados en clase y explicar, de manera

¹⁴² Laclau (1985) define el imaginario político como un conjunto de significados que, en el ámbito de un determinado complejo ideológico-discursivo, operan como un horizonte, o sea, como el momento de totalización equivalente de varias confrontaciones y luchas parciales (p. 07. mi traducción).

¹⁴³ Laclau (1985) defiende que allí está el potencial democrático de los nuevos movimientos sociales. En su exigencias implícitas de una visión indeterminada y radicalmente abierta de la sociedad, en la medida en que cada forma social “global” representa solamente el resultado contingente del juego entre las pluralidades en el espacio, y no una categoría básica, que determinaría el significado y los límites de cada uno de estos espacios. (p.08. mi traducción).

“completa”, las acciones que se advienen de otros campos, tales como el político y fundamentalmente, el cultural. Subjuzgar estos campos al dominio económico, según los teóricos de los NMS, mataría lo que existe de innovador en estos movimientos: el retorno y la recreación del actor, la posibilidad de cambio a partir del individuo, independiente de los condicionamientos de las estructuras.

Si por un lado el marxismo tuvo una gran utilidad del paradigma de los NMS por medio de términos adoptados y redefinidos, otros términos fueron inaugurados por este paradigma. Por ejemplo “identidad colectiva”, término central para la propia definición de NMS. De hecho, concordamos con Foweraker (1995), cuando este defiende que la identidad es el término que define los NMS, ya que estos movimientos crecen en función de la defensa de esta identidad; sus miembros se definen a través de ella; las acciones son hechas en función de ella; y las fronteras de un movimiento frente a otras acciones colectivas u organizaciones están basadas en ella. O sea, la estrategia de un movimiento esta orientada por su identidad, luego, sin este término no se podría lograr un análisis debido de los movimientos seleccionados. Según Jean Cohen (1992), sin el entendimiento del proceso que genera contenido para la identidad, mostrando como es formada la pasión que motiva los diferentes actores sociales, sería difícil explicar la dinámica de los movimientos sociales.

La concepción de identidad colectiva para este paradigma es dinámica, generada en el proceso de los movimientos sociales, inclusive a través de los conflictos internos a él. Se enfatiza la identidad colectiva creada por los grupos y no la identidad social creada por estructuras sociales que configuran ciertas características de los sujetos: “los actores producen acción colectiva, en las palabras de Melucci, porque son capaces de se autodefinirse, a si mismos y a su relacionamiento con el medio ambiente” (Gohn, 1997:123. mi traducción). Ya Taylos y Wittier (1992) afirman que la preocupación con la identidad colectiva ocurre por el creciente aumento de la fragmentación y pluralidad de la realidad social en la modernidad, siendo por lo tanto cuasi una estrategia para construir una unidad posible (Gohn, 1997).

Talvez sea justamente por eso que la identidad colectiva sea el factor determinante de los NMS, ocupando centralidad en las explicaciones de los NMS, además de diferenciar este paradigma de los demás: al mismo tiempo en que genera el marco diferencial frente al paradigma marxista clásico, que adopta esta última concepción determinista de estructura social, establece un marco distintivo en cuanto al

paradigma norteamericano, que concibe la racionalidad instrumental o estratégica en primer plano¹⁴⁴.

Melucci, teórico que más uso hizo del término identidad colectiva, hace un análisis que niega no apenas la validez de un abordaje estructural y la existencia de determinaciones y contradicciones que generan antagonismos y demarcan movimientos, pero también los análisis funcionalistas, que atribuyen total autonomía a los sujetos. “*Os movimentos sociais são vistos como fenômenos simultaneamente discursivos e políticos, localizados na fronteira entre as referências da vida pessoal e a política*” (Melucci, 1994^a:185. Apud. Gohn, 1997:160). Se atribuye a este autor el mérito de haber establecido una conexión entre un análisis de la subjetividad de los sujetos con un análisis de las condiciones político-ideológicas de un determinado contexto histórico, reflejado también las relaciones entre movimientos sociales y necesidades individuales en las sociedades contemporáneas.

Este autor, al revés de Touraine, que enfatiza los sistemas macrosociales, propone un análisis de los movimientos sociales centrada más en un plan micro, en la acción de los individuos, con un enfoque más psicosocial. Experiencias corporales, emocionales y afectivas también construyen un universo simbólico de representaciones de los individuos, y, según él autor, pueden tornar se elementos legítimos del proceso por medio del cual la realidad es construida.

La idea de la identidad colectiva concebida como una construcción presente en el dinamismo del movimiento social - tanto interna como externamente -, esta basada en la propia concepción de cultura que este paradigma tiene. Los teóricos de los NMS negaron la visión funcionalista de la cultura como un conjunto fijo y predeterminado de normas y valores heredados del pasado.

Otra conceptualización importante de identidad colectiva se refiere a la dimensión discursiva y política. Bidaseca (2005) presenta un recorrido teórico que enfatiza estas dimensiones. El momento que implica la conformación de un “nosotros”,

¹⁴⁴ Melucci critica las dos orientaciones tradicionales de los estudios de la acción colectiva: “Algunas veces se hace hincapié en el mismo hecho de la acción colectiva que aparece, de esta forma, como acción sin actor, una suma accidental de acontecimientos individuales (...) Otro punto de vista tradicional ha buscado en los fundamentos objetivos del fenómeno observado en la estructura social y ha deducido la acción del análisis de las condiciones sociales que los actores parecen tener en común. Aquí nos encontramos con un actor sin acción, ya que el espacio entre las condiciones objetivas y las conductas colectivas empíricamente observadas se prueban imposible salvar. El viejo problema de Marx (cómo pasar de la clase en sí a la clase para sí, de las condiciones de clase a la acción de clase) permanece sin resolver, como trans fondo.” (1994:153, 154. Apud Bidaseca, 2005:05).

con un nombre representando un proyecto¹⁴⁵, es cuando un grupo de personas se percibe como colectivo capaz de inscribir sus reclamos en un universo de significados públicos y hacer oír su voz, reclamando para sí la parte que le corresponde. En este momento nace la identidad colectiva, donde los actores son conducidos a la construcción de una interpretación alternativa de la realidad a partir de la cual ésta se presenta como contingente y pasible de transformación. Según esta misma autora, en el proceso de constitución de la identidad colectiva dos dimensiones se imbrican: “la primera aduce a la constitución de un nuevo espacio alternativo en el cual se constituyen nuevos lenguajes, se establece códigos, se sintetizan otros símbolos; la dimensión política es la síntesis del grupo, su capacidad de proyección de ese espacio.” (Bidaseca, 2005:11).

Claus Offe, priorizando un análisis más político, haciendo articulaciones entre el campo político y sociocultural, propone un abordaje histórico que busque los elementos políticos claves para, desde allí, entender el paradigma teórico hegemónico que explique la sociedad. Según Gohn (1997), este autor, tomando Alemania como unidad de estudio, analizó las teorías conservadoras que tomaron en cuenta para el debate internacional de fines de los años 70 y 80 que analizaban la naturaleza de la crisis y del desarrollo capitalista. Adoptando los procedimientos del análisis dialéctico, buscó la génesis de los problemas en las alteraciones de las relaciones sociales, procurando ver las transformaciones y los reflejos en las necesidades materiales y simbólicas de la sociedad.

Utiliza a Habermas – sobre la profundización e irreversibilidad de las formas de dominación y privación del mundo contemporáneos, ya no están centralizados en una clase específica, están dispersos en el tiempo y espacio, en una variedad de formas – y en Foucault – en cuanto a la naturaleza dispersa del poder – llegando a la conclusión de la inadecuación del paradigma tradicional marxista para analizar los conflictos y las estructuras institucionales específicas. En este escenario, surgen los “nuevos movimientos sociales”, cuyo modo de actuar políticamente aparece como una respuesta racional a un conjunto específico de problemas y a la incapacidad de las estructuras tradicionales de contestar positivamente a las nuevas demandas políticas.

El cambio en el eje de las demandas de la economía para otro más cultural se refleja en la propia organización de los movimientos sociales estudiados por la teoría de

¹⁴⁵ Según Bidaseca (2005), el filósofo Heidegger en “El Ser y el Tiempo” afirma que “lo que primero que entendemos en un discurso no es a otra persona sino un proyecto, es decir, el esbozo de un nuevo ser en el mundo (citado por Ricoeur. Apud Bidaseca, 2005:10).

los NMS, haciendo con que ellos se presentasen más descentralizados, sin jerarquías internas (o con menor grado), con estructuras colegiadas, siendo más participativos, abiertos, espontáneos y fluidos. Gohn (1997) nos dice que en estos movimientos, ya no hay lugar para “viejos” líderes oligárquicos, que se destacan por su oratoria, por su carisma y poder sobre los liderados. Eso se refleja también en la forma de acción de los movimientos que pasan a actuar más como redes con cambios de informaciones y cooperación en eventos y campañas. Los movimientos sociales no serían entidades que se mueven con la unidad de objetivos a ellos atribuidos por algunos ideológicos, son más bien sistemas de acciones, redes complejas entre los diferentes niveles y significados de la acción social.

Pero, sobre este cambio de organización, de aparición, de los “nuevos movimientos sociales”, son puntos de críticas en cuanto a su paradigma teórico explicativo. Melucci concibe los movimientos sociales con menos formas organizacionales y más construcciones analíticas de manera que un movimiento, como una organización, podrá desaparecer o disminuir, pero seguirá existiendo en la sociedad por medio de las representaciones que creó y que pasando a mediar o servir de parámetro para las relaciones sociales cotidianas¹⁴⁶.

Respecto a la desaparición de diversos grupos y movimientos formalizados como instituciones que desaparecieron, dejando viva las representaciones en el imaginario de las personas, grupos y otras instituciones, Gohn (1997) nos plantea una serie de preguntas relevantes: si los movimientos no son formas observables en este momento histórico, si no son fenómenos que puedan ser tratados como objetos empíricos, como podemos concluir que seguirán produciendo nuevos códigos? Anteriormente a eso, como fue el proceso de producción de los códigos presentes en el imaginario social y subjetivo? Sin base militante, con una dirección, seguirán los movimientos como representaciones simbólicas, a partir de códigos heredados? Como ellos se recrean?

¹⁴⁶ Según Johnston, Laraña y Gusfield (1994), investigadores europeos y americanos demostraron que algunos de los movimientos abordados por los NMS – de jóvenes, de mujeres (sufragistas), por la paz, de estudiantes, religioso, etc, ya estaban ocurriendo en el inicio del siglo pasado. Sostentan, por lo tanto, que “una de las contribuciones del abordaje contemporánea de los NMS fue haber llamado la atención para el significado de los cambios morfológicos en la estructura y en la acción de los movimientos, relacionándolas con transformaciones estructurales en la sociedad como un todo. Los cambios serían por lo tanto fuente de los movimientos. El concepto de NMS sería difícil de elaborar por tratar se más de una forma de abordaje que de una teoría propiamente dicha” (Johnston, Laraña y Gusfield. Apud Gohn, 1997:125. mi traducción).

La teoría de los NMS utilizó el binomio causa-efecto sin entrar en el mérito del conjunto de procesos que configuran los movimientos como tales. Apuntamos para la falta de consistencia de los conceptos que fundamentan tal paradigma, que parece más preocupado con la demarcación de fronteras en relación al pasado –tanto en la sociedad civil como en la política – y con diagnósticos de las manifestaciones contemporáneas que generan movimientos.

“Da política se extraiu a questão da ideologia, tomada como conjunto de representações que configuram uma visão de mundo; mas o caráter dessas representações coletivas, como parte de projetos políticos mais abrangentes, não foi tratado. Ou seja, são análises de conteúdo em que há recortes de certos aspectos da realidade que poderão não ter correspondência com formas empíricas num certo momento histórico.” (Gohn, 2005:129).

Si por un lado muchos autores resaltan el carácter transformador de los “nuevos movimientos sociales”, dentro de una nueva lógica de las relaciones sociales, por otro no los conciben como alternativas concretas de poder. En América Latina, se percibe que varios movimientos populares, de mujeres, raciales, etc, no diseccionaran sus luchas en dirección al poder estatal, a la sociedad política, porque la propia sociedad civil estaba controlada por el poder estatal. Así, aliarse a partidos políticos acabó siendo una alternativa para alcanzar a la sociedad política, para cambiar leyes y algunas estructuras de organización de la sociedad. O sea, el mensaje de los discursos y códigos culturales no fueron suficientes.

Cap.3 – El Paradigma Latinoamericano.

Podemos decir que nos encontramos actualmente bajo la influencia mayoritaria de este último paradigma, correspondiente a la verificación en la realidad del protagonismo de los llamados nuevos movimientos. Lo que trataremos de hacer en este capítulo, es llamar atención para diferencias fundamentales, tanto del contexto como de las formas particulares que tomaron los movimientos sociales latinoamericanos contemporáneos en relación a los europeos, reflejando, en el ámbito teórico, la búsqueda por un paradigma propio, que debe incluir nociones marxistas centrales, como la dimensión de clase. Estamos basados en los planteos de Alvarez, Sonia; Escobar, Arturo; Dagnino, Evelina; Calderón, Fernando; Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo;

Jacobi, Pedro; Laclau, E; Laranjeira, Sonia; Santos, Boaventura de Souza; Stratta, Fernando y Barrera, Marcelo; Hellman, Judith.

Concientes de que hablar de un paradigma teórico latinoamericano sobre los movimientos sociales todavía parece más un posicionamiento estratégico de que real, nos alineamos con la actitud de afirmación de una postura teórica, que considere las particularidades de esta región así como generalizaciones responsables. En este sentido, defendemos que hablar de un pasado en común, compartir experiencias y apuntar soluciones de acuerdo con demandas más generales convergen, en última instancia, hacia el fortalecimiento de los movimientos sociales latinoamericanos

El otro punto central de este capítulo, que se relaciona al punto pasado, dice al respecto de la influencia que el ámbito de la producción de conocimiento ejerce sobre el ámbito de la acción práctica de los movimientos sociales, así como la necesidad de que la vía contraria sea recíproca, o sea, de que el ámbito de la realidad vivencial de estos movimientos puedan ser el principal referencial para la producción teórica. Este posicionamiento nos lleva a reflexiones críticas en cuanto al histórico de producción teórica sobre los movimientos sociales en AL

Dicho esto, pasamos al histórico de producción académica sobre los MS en AL, y llegamos al planteo sobre la necesidad de superación de paradigmas excluyentes para la formación de un paradigma propio.

Según Laranjeiras (1990), se ha insistido mucho en la expresión “crisis de los paradigmas” para caracterizar la situación actual de las Ciencias Sociales Latinoamericanas. Concordando con Gohn (1997), creemos que hablar de un paradigma teórico latinoamericano sobre los movimientos sociales todavía parece más un posicionamiento estratégico de que real. Pero este posicionamiento nos parece interesante como una actitud de afirmación de una postura teórica auténtica, que considere las particularidades de esta comunidad – más allá de las influencias de paradigmas importados¹⁴⁷ -, así como generalizaciones responsables.

Nos parece interesante la postura afirmativa teórica de un paradigma latinoamericano en el sentido de hablar de un pasado en común, compartir experiencias

¹⁴⁷ Al largo de nuestra investigación percibimos aún una falta de atención en explicitar sobre cuales nuevos movimientos sociales están siendo tratados. No hay una diferenciación clara cuando se habla de formulaciones teóricas en general, contexto de surgimiento, forma de organización y características específicas entre los nuevos movimientos europeos y los latinoamericanos.

y apuntar soluciones de acuerdo con demandas más generales. Creemos que estas actitudes convergen, en última instancia, para el fortalecimiento de los movimientos sociales latinoamericanos como actores sociales en búsqueda de cambios sociales democráticos. Además, ya sabemos que la academia es el lugar privilegiado de producción de conocimientos - que influencia en la formación de ciudadanos – y el lugar donde se genera un importante tipo de capital – como vimos en el planteo sobre Bourdieu en el primer capítulo. Sabemos que el grado de diferencia y particularidad entre los países es muy grande, y que hay que tener cuidado en las generalizaciones. De cualquier manera creemos que lo que hay en común supera en mucho lo que hay de diferencia.

Aunque se produzca poca teorización comparado con la cantidad de manifestaciones de acción social¹⁴⁸, ya es posible identificar un cuerpo de autores con producciones consistentes sobre contextos locales y nacionales en este campo. Pocos autores entretanto se atreven a hacer planteos hacia “generalizaciones latinoamericanas”, configurando lo que sería el surgimiento de un paradigma propio: “En los últimos años, numerosos estudios han ido contribuyendo, desde distintos ángulos, a la comprensión de este fenómeno. Sin embargo, lo que todavía no hay es una interpretación globalizante, unificada, de esta realidad segmentada y plural” (Calderón y Jelin, 1987:39).

Resaltamos que los estudios desarrollados sobre el tema se restringen básicamente a algunos institutos de investigaciones u ONGs. En las universidades, los programas de postgraduación son el ámbito básico de producción. Según Gohn (1997), estos programas son relativamente recientes o inexistentes en la gran mayoría de los países latinos. Apenas Brasil, México, Argentina y Chile tienen alguna tradición firme en esta área. En estos países, se debe destacar que este campo de investigación y producción inclusive generó identidad entre los investigadores, que pasaron a definirse no más como sociólogos, politólogos, etc, sino como investigadores de movimientos sociales.

Burgwal (1990) hizo un relevamiento bibliográfico sobre la producción teórica de los movimientos sociales en América Latina y encontró alrededor de quinientos títulos entre los estudios, tesis y libros. En esta producción, nos dice, predominan los estudios de naturaleza europeo. En la década de 1970, la marxista-estructuralista,

¹⁴⁸ Sobre eso, Foweraker (1995) nos dice que: “*mobilizações massivas têm ocorrido na América Latina, mas pouca teorização sobre os movimentos tem sido feitas*” (p.01, Apud Gohn, 1997: 211).

principalmente de Castells; en los años 80, la de los Nuevos Movimientos Sociales en sus distintas versiones. Podemos decir que estas últimas son las que predominan hasta los días de hoy.

En los años 70 y 80, en algunos países latinoamericanos – los mismos que ya tenían centros de estudios con alguna tradición firmada en el campo de estudio de los movimientos sociales – buscando entender los procesos de acción colectiva, principalmente de los movimientos populares¹⁴⁹, predominantes en Latinoamérica, y deseosos de participar de alguna manera contra el régimen militar, elaboraron estudios haciendo uso de la teoría europea. La teoría de la dependencia, ya vista en el capítulo

¹⁴⁹ Camacho (1987), buscando hacer una diferenciación de movimientos sociales de movimientos populares, nos dice que los primeros se refieren a dinámicas generadas por la sociedad civil y que se orientan hacia la defensa de intereses específicos. Su acción se dirige hacia el cuestionamiento, sea de modo fragmentario o absoluto, de las estructuras de dominación prevalecientes. Los movimientos sociales pueden aún manifestarse de dos formas: aquellos que representan intereses hegemónicos, y los que expresan intereses de los grupos populares. Sería justamente entre estas dos fronteras (fragmentario-absoluto y hegemónicos-populares) donde se configura el movimiento popular. Este se refiere a los movimientos de carácter absoluto y popular. Sus actores, el pueblo, está constituido, según Marx, por aquellos sectores de la sociedad que sufren dominación y explotación (citado por Camacho y Menjívar). La explotación se refiere al campo de la producción y la dominación al campo de la ideología. En esta concepción, el concepto de pueblo se refiere a una realidad diferente de aquella referente a clase. Entretanto la dinámica del pueblo en movimiento, o sea, de los movimientos populares, no puede ser entendida sin referencia a la clase (Camacho, 1987). Trataremos la dimensión de clase en el final del capítulo.

Esta definición puede ser ubicada en la dimensión de “resistencia” en el seno de las “culturas populares”. Retomando la línea desarrollada inicialmente por Bajtin – “La Cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais”, y posteriormente por muchos otros autores - entre ellos Stuart Hall – Notas sobre la desconstrucción de lo popular -, los estudios de la cultura popular suele introducir, de manera explícita o no, la noción de “resistencia”. Buscando aclarar, así como desmitificar el término “resistencia”, Hall (1984), en primer lugar, nos dice que cualquier estudio sobre la cultura popular debe considerar que, en el contexto histórico de desarrollo del capitalismo industrial, siempre hubo una lucha más o menos continua en torno de la cultura de los trabajadores, de las clases trabajadoras y de los pobres. No perdiendo de vista el campo donde se desarrollan las luchas entre clases, este autor desmitifica algunas lecturas, llega a la conclusión de que la concepción central para entender el concepto de “resistencia” debe considerar las relaciones que colocan la cultura popular en tensión continua - de relacionamiento, influencia o antagonismo - con la cultura dominante.

Bajo el término de movimiento populares, Warren (1987), teniendo en cuenta el caso brasileño, destaca la “parcela de los movimientos sociales urbanos propiamente dichos, los CEBs (Comunidades Eclesiais de Base) organizadas a partir de adeptos de la iglesia católica), el nuevo sindicalismo urbano y más recientemente también rural, el movimiento feminista, el movimiento ecológico, el movimiento pacifista en etapa de organización, sectores de jóvenes y otros” (1987:41).

La enumeración de Karner (1987) para el conjunto de Latinoamérica es aún más heterogénea, incluyendo el movimiento obrero democrático y popular surgido en Brasil – que dio origen a unos de los más importantes partidos políticos en la actualidad, el partido de los trabajadores (PT), liderado por el actual presidente, Lula; el Sandinismo que surgió en Nicaragua como un gran movimiento social de carácter pluriclasista y pluriideológico; las diferentes formas que asumen las luchas populares en Perú, tanto a nivel de los barrios (“pueblos jóvenes”) como a nivel regional (Frentes Regionales para la Defensa de los Intereses del Pueblo); las nuevas experiencias de “paros cívicos nacionales”, con la participación de sindicatos, partidos políticos y organizaciones populares (grupos eclesíasticos de base, comités de mujeres, grupos estudiantiles culturales, etc) en Ecuador, en Colombia y en Perú; los movimientos de invasiones en São Paulo; las invasiones masivas de tierra por los campesinos de México y otros países; los intentos de autogestión en los tugurios de las grandes ciudades como Caracas, Lima y São Paulo; los comités de defensa de los Derechos humanos y las Asociaciones de Familiares de Presos y Desaparecidos.

dos, era utilizada para componer el escenario sociohistórico explicativo anterior al surgimiento de aquellos movimientos. Pero esta teoría no se desarrolló en dirección a explicar la sociedad civil, porque estaba centrada más en las explicaciones de los modelos institucionales, en nivel macro, de desarrollo de la sociedad con un todo, implementado por las políticas estatales. Y los movimientos no se encuadraban exactamente en los caminos de la institucionalidad existente. Calderón (1987) nos dice aún que hubo versiones de la llamada “escuela de la dependencia”. Nociones como “*desenvolvimento do sub-desenvolvimento*” (Gunder Frank), “*dependencia e marginalidade*” (Quijano-Wefort), “*condição dependente*” (Santos), “*subimperialismo e formas subordinadas de acumulação do capital*” (Marini), constituyeron análisis críticos a las teorías anteriores, a partir de las estructuras latinoamericanas, tal como las teorías conocidas como las “*teorías desenvolvimentistas*”¹⁵⁰, elaboradas principalmente en la década de 50 y en los inicios de los años 60. Pero estas teorías estudiaron poco los movimientos sociales, concibiéndolos como reflejos voluntaristas o como acciones determinadas, ya sea por el orden económico o estatal, o por la acción partidaria¹⁵¹.

¹⁵⁰ Según Calderón (1987), estas teorías se concentraron en los procesos de modernización, industrialización y aculturación. “*Seu interesse fundamental gravitava em torno da evolução da sociedade tradicional para a sociedade moderna, expressa através de um contínuo social; nela, a noção de mudança supunha da secularização crescente, com conflitos e assincronias das estruturas sociais e políticas. Assim, o desenvolvimento era concebido como o destino lúcido de ação racional vitoriosa*” (p.192).

¹⁵¹ Calderón (1987) nos dice que en estas teorías, el Estado era visto como el productor de la sociedad y las elites o burguesías dependientes, como fuerzas malignas mantenedoras del orden social dependiente; en varias de estas versiones la función del proletariado era la de cumplir sus metas históricas preestablecidas, y los movimientos sociales era concebidos de manera subordinada a los partidos políticos.

Entretanto, debemos resaltar la excepción de algunos estudios de autores como Quijano (2000). Este autor, al hablar de las movilizaciones campesinas en Latinoamérica, identifica en los años 30 de este siglo el marco para el proceso de lo que llamó de politización de los movimientos campesinos latinoamericanos. Este concepto de “politización” es usado para caracterizar la tendencia de todo movimiento social, “cuyos objetivos manifiestos, modelos ideológicos, sistemas de organización y liderazgo y métodos de acción están enderezados a la modificación parcial o total de los aspectos básicos de la estructura de poder social en la cual emergen, por la modificación de los factores económicos, sociales y políticos fundamentales que están implicados en la situación” (p. 173). En líneas generales, este proceso de politización puede ser visualizado en la división que hace al autor en tres fases: Agrarismo reformista – característica de las movilizaciones campesinas a partir de los años 30. “Bajo esta denominación se incluye a todos los movimientos campesinos de Latinoamérica que se proponen, como objetivo de mayor alcance, la modificación de algunos aspectos parciales de la situación social en que participa el campesinado y la eliminación de algunos de los efectos más opresivos de la estructura de poder imperante en la sub sociedad campesina, sin poner en cuestión la naturaleza más profunda del sistema de dominación social” (p.173). Notablemente en su generalidad, estos movimientos campesinos se desarrollaron por la sistemática acción agitadora de los partidos políticos reformistas que se desarrollaron en la misma época, y debido a eso, fundamentalmente, se convirtieron posteriormente en efectivos sostenes políticos de la acción de estos partidos. Esta parece haber sido la variante más extendida del agrarismo reformista hasta antes de los años 50. Entretanto, hay otra forma de agrarismo reformista, más característica de los años recientes. Al revés de la primera, que utilizaba huelgas como manera de conseguir reivindicaciones puntuales, articuladas en los sindicatos de partidos políticos, esta segunda consiste en una ampliación de los alcances de los objetivos anteriores y en una profundización de la naturaleza de los cambios implicados en esos objetivos. En la nueva situación, el campesinado ya no se contiene en la consecución de mejoramientos en el régimen de trabajo, el alza de salarios y otros beneficios sociales que levanten el nivel general de

Calderón y Jelin (1987), detallando lo que ya había constatado Burgwal, nos dicen que a partir de los setenta dos líneas de desarrollo pueden ser destacadas en América Latina: los estudios sobre el movimiento obrero, cuyo eje articulador fue el Grupo de trabajo sobre Movimientos Laborales de CLACSO, creado en 1972, y los estudios sobre movimientos urbanos, basados principalmente en Castells, ya estudiado en el capítulo dos. Este autor, dentro de una perspectiva marxista estructuralista, busca una visión integral entre estructura y práctica social urbana, criticando el enfoque funcionalista de la sociología urbana de la Escuela de Chicago. Él introduce una línea de estudios que pretende reconocer y visualizar el nuevo actor social urbano, los pobladores o “marginales”¹⁵². Estos análisis, así como los de sus seguidores, rompen con las visiones monopólicas preexistentes en torno al movimiento obrero y campesino en la región.

Sus trabajos sobre urbanización dependiente y política urbana, respecto del monopolio estatal en la reproducción de la fuerza de trabajo urbana, dieron origen a una nueva forma de visualización latinoamericana de las oposiciones entre estado y sociedad. Además, la teoría de Castells era también una guía para la acción práctica, focalizando la sociedad civil y atribuir a los movimientos el papel de elementos estratégicos de una redemocratización del Estado y de la sociedad en general. Su base teórica servía más como una guía de orientación político-estratégico para las acciones futuras de que un referencial explicativo del pasado inmediato. En un primer momento, los estudios se quedaban más en el plano descriptivo. La visibilidad aparente de los datos que se recogían y se registraban ya era una gran novedad y lo que más se

la vida del trabajador campesino; mucho más característicamente se propone la modificación de los sistemas de tenencia de la tierra, aunque, en la mayoría de los casos, los otros aspectos fundamentales de la estructura más profunda de poder en la subsociedad campesina no son puestos en cuestión. En sus niveles más desarrollados, esta variante tiende a confundirse con la tendencia revolucionaria de los movimientos campesinos; Agrarismo revolucionario – corresponde a los niveles más desarrollados de agrarismo reformista revolucionario, no solamente porque sus métodos de acción, su tipo de organización y sus finalidades de cambio pueden eventualmente conducirla a eso, sino, especialmente, porque comienza a participar en un modelo ideológico totalizador para interpretar la situación social del campesino. Estrictamente, ésta es la manifestación más característica del agrarismo reformista contemporáneo; Bandolerismo político – caracterizado por la lucha armada, hasta el momento la única tendencia caracterizable bajo esta denominación ha aparecido en un solo país, Colombia, a partir de 1948 en el campo. Aún basados en Quijano (2000), debemos llamar la atención sobre las formas contemporáneas de movilización campesina, caracterizadas por la extensión geográfica y social de la participación de la población campesina en la movilización y el desarrollo de una esfera relativamente autónoma de iniciativa y de acción campesina, y, consecuentemente, la emergencia de un liderazgo, en gran parte independiente, de afiliación y de vinculación político –partidaria, y por los intentos de coordinación y de centralización. Inclusive, desde este punto de vista, el marco de referencia más apropiado para dar cuenta de la significación sociológica de este proceso, es la teoría de las clases sociales y de la lucha de clases, derivada de Marx, nos dice Quijano (2000).

¹⁵² Este término se refiere a un nuevo actor social que con cierta especificidad actúa en la escena urbana y reivindica nuevos órdenes de organización socio espacial. Según Calderón y Jelin (1987), varios estudios empíricos sobre movimientos urbanos, especialmente sobre los pobladores en Chile, detectaron la existencia de este actor social.

destacaba. El registro de los discursos de los actores también ocupaba una posición central. Los puntos acá citados están desarrollados en el segundo capítulo (p.81-84).

Según Gohn (1997), otros dos factores deben ser considerados como fundamentales para la influencia teórica europea, dentro del paradigma marxista, sobre las incipientes producciones teóricas latinoamericanas sobre los movimientos sociales en el referido período: estas producciones estaban bastante permeadas por presupuestos ideológicos que derivaban de matrices político-pragmáticas de partidos políticos. Esto ocurrió porque muchos movimientos sociales de fines de los años 70 e inicio de los 80 eran expresiones políticas de fuerzas políticas nacionales orientadas principalmente por la nueva izquierda, referenciados en los partidos comunistas y socialistas europeos.

El otro factor se refiere a la predominancia del paradigma marxista, inclusive los abordajes más ortodoxos, en los medios académicos latinoamericanos en los años 70 – que como vimos, es el *locus* privilegiado de producción de estudios sobre los movimientos sociales - y por los proyectos concretos de lucha para la redemocratización en aquél período, elaborados por la izquierda. De hecho, gran parte de los científicos sociales del período estaban alineados en luchas sociales concretas. Luego, la teorización y el delineamiento de las acciones necesarias en las luchas sociales cotidianas se confundieron¹⁵³. Esta confusión lleva consigo el peligro de no considerar el contexto donde surgen y se desarrollan los movimientos sociales¹⁵⁴. Intentaremos delimitar algunas diferencias contextuales (ya lo hemos visto detalladamente en el capítulo uno, principalmente en cuanto al ámbito económico), teóricas y de los propios movimientos entre los contextos europeos y latinoamericanos.

¹⁵³ De esto resultó una cierta rigidez del pensamiento, que, pretendiendo ser crítico, y se volvió algunas veces dogmático: *“Esta rigidez decorria da separação entre o fluxo dos acontecimentos onde se inseria o fenômeno a ser estudado e os caminhos que a reflexão tomava, baseado em procedimentos predeterminados. A razão não operava com a liberdade necessária para captar os ecos e ressonâncias que os fenômenos provocavam na realidade social. A poderosa influencia ideológica também fazia com que aqueles ecos tivessem de ser postos de lado, abstraídos, pois eram ruídos que perturbavam a busca das grandes determinações dos fenômenos”* (Gohn, 1997:217).

Haber (1996) destaca que la literatura que analizó a los movimientos sociales latinoamericanos en el período de transición del régimen militar hasta la democracia, fue extremadamente optimista sobre las habilidades de los movimientos en crear espacios en la política. Estos estudios le habrían dado más atención al proceso de construcción de la identidad política en los años 70-80 y menos a la frustración en el final de los años 80 y 90. No tuvieron relevancia los procesos institucionales de relación con el Estado, partidos, sindicatos y estructuras del poder. Eso porque muchos de los trabajos publicados fuerpn realizados por activistas o ex-militantes de los propios movimientos, que utilizaron el paradigma marxista.

¹⁵⁴ Acusamos, en el principio de este capítulo, sobre la no diferenciación en las formulaciones teóricas de varios autores latinoamericanos en cuanto a los movimientos, contextos sociales y producciones teóricas referentes a Europa de las referentes a América Latina.

Como vimos en el primer capítulo, la estructura social de Europa, Latinoamérica y América del Norte se diferencian substancialmente. Comparadas entre si, la latinoamericana ciertamente ocuparía la posición más diferencial, o sea, seguramente hay mayor semejanza entre las estructuras europeas y norteamericanas de que estas mismas en relación a la comunidad Latinoamericana. Así, la correspondencia de la estructura de clase europea, base contextual para las elaboraciones marxistas, y la estructura de clases en Latinoamérica, puede ser cuestionada, así como la existencia de una clase obrera, sujeto histórico marxista.

En el documento elaborado por el Cemarx¹⁵⁵, afirma que las estructuras sociales en los países latinoamericanos desde sus independencias fueron distintas a la de los países europeos. Esta diferencia estaría basada, según este documento, en el hecho que en estos países nunca hubo un sector industrial desarrollado vinculado con la economía nacional. Solo hubo, y hay, sectores altamente desarrollados del capital internacional, que son como islas aisladas en el mar de la economía nacional. Eso influenciaría mucho en la constitución de una clase revolucionaria, en el sentido marxista, bien como en la convicción ideológica para luchas de emancipación. De hecho, la clase obrera latinoamericana, desde después de la segunda guerra mundial, es un grupo social con condiciones de vida mucho mejores que gran parte del pueblo – los sindicatos se desarrollaron como sectores privilegiados de la sociedad que cooperan con los gobiernos, inclusive los de derecha. Nunca la clase obrera formó la mayoría del pueblo trabajando en los países latinoamericanos, con la excepción de algunas regiones aisladas. Así, este documento concluye que:

“a pesar de sus posiciones sociales y económicas diferentes, este grupo difuso forma una clase por su dependencia de la clase propietaria. Eso difiere profundamente de la definición de clase marxista-leninistas. Lo que coincide es la posición en el mercado de trabajo como subalterno y explotado. Estas capas son la base de los grandes movimientos sociales, que se componen de clases diferentes” (Cemarx, p.07).

De acuerdo con Calderón (1987), la propia existencia de clase puede ser cuestionada en América Latina:

“vários estudos concretos provaram que não existem classes puras na América Latina plenamente constituídas; que aos sujeitos sociais são atribuídas

¹⁵⁵ Centro de Estudios Marxista. Coloquio Marx y Engels. GT5 – Relaciones de clase en el capitalismo contemporáneo (Sin otra referencia bibliográfica).

múltiplas posições, correspondentes a diferentes camadas sociais, que se ordenam e hierarquizam conforme os conflitos e lutas sociais, culturais e étnicas vividas” (p.194).

Se debe aclarar aún que en los propios países desarrollados la clase obrera, hace mucho, que ya no piensa movilizarse por una revolución. Touraine, al referirse a los “viejos” movimientos sociales, nos dice que, con el desarrollo del capitalismo, el movimiento operario acabó por transformarse en un “grupo de presión”. En vez de luchar por las transformaciones de la sociedad, él se adaptó al capitalismo y pasó a restringir su lucha por mejoras salariales (Apud Sell, 2006)

La relación entre las clases sociales y el Estado siempre estuvo basada en una relación que impidió la formación de movimientos sociales clasistas de manera autónoma. La propia conformación de clases sociales urbanas, durante el populismo, contó con fuerte influencia del Estado en la conformación de las clases sociales en Latinoamérica, como ya hemos visto en el primer capítulo. Así, históricamente, la mayoría de las manifestaciones colectivas, inclusive las que tenían carácter clasista, debían pasar por la esfera estatal, generando una falta de autonomía de estos movimientos que impedía su potencial transformador. Touraine (1989), dentro de su perspectiva de los movimientos sociales – que deben ser distinguidos de otras formas de acción colectiva que buscan obtener beneficios del Estado o también reivindicar sus derechos; que actúen en la “producción de la sociedad”, por su renovación constante -, concluye que en Latinoamérica no existen movimientos sociales, ya que a pesar de las luchas colectivas, los movimientos sociales no son independientes del Estado y constituyen respuestas a los estímulos del poder gubernamental. Aunque concordemos con este autor, principalmente si considerados los movimientos sociales anteriores a los 80, plantearemos mas adelante la formación de un paradigma teórico latinoamericano de los movimientos sociales, que tiene como referencia los movimientos cada vez más autónomos de las instituciones estatales.

Siguiendo con los paralelos contextuales – fundamentales para formulación de teorías – entre Europa y Latinoamérica, Hellman (1988) y Karner (1987) nos alertan sobre algunas similitudes entre los nuevos movimientos sociales europeos y latinoamericanos referentes a la diferenciación explícita de estos movimientos de los sistemas (partidos políticos y sindicatos), por concentrarse más en la esfera del consumo que en el de la producción, así como una desconfianza de los primeros hacia los partidos y formaciones políticas de izquierda tradicional, que históricamente se

vinculaban a movimientos sociales¹⁵⁶. Warren (1987) postula otra semejanza, más general, referente al fenómeno de internacionalización de una cultura crítica en los nuevos movimientos sociales, presentes principalmente en los movimientos ecológicos, pacifistas y feministas. Este pensamiento crítico sería construido a partir de la insatisfacción en cuanto a las formas de opresión y autoritarismo, tanto del capitalismo como de las tentativas para su superación – socialismo “real”. Sería justamente esta crítica, que denomina como “hecho cultural”, lo que caracterizaría estos movimientos como siendo “nuevos”¹⁵⁷. Karner (1987) nos habla aún de una semejanza más general entre los nuevos movimientos sociales: la idea de no querer postergar para un futuro distante el sueño de una sociedad libre y humana, pero sí realizarla en la práctica de la lucha cotidiana por la sobrevivencia.

En cuanto a las diferencias, seguramente más fundamentales para nuestro análisis que las semejanzas, en primer lugar destacaremos que en Europa, los nuevos movimientos sociales constituyen principalmente una respuesta a las contradicciones presentes en una sociedad post-industrial – donde los participantes de estos movimientos luchan por superar el vacío generado por la satisfacción de demandas materiales sin un correspondiente sentido de plena realización personal. Ya en América Latina, estos movimientos *surgen*¹⁵⁸ claramente como una respuesta a las demandas materiales primordiales – donde los participantes pueden desfrutar de un mayor sentido de realización personal por su compromiso en los movimientos, aunque estos sean para la satisfacción de necesidades básicas. Warren (1987) nos dice que mientras en este último contexto, los movimientos se vuelven para satisfacción de necesidades básicas, tales como derechos básicos a la ciudadanía, en el contexto europeo, reivindicaciones de este tipo serían consideradas como antiguas.

Karner (1987) se detiene más específicamente en el desarrollo tecnológico capitalista y en sus consecuencias para los países desarrollados y los subdesarrollados o

¹⁵⁶ “Los participantes de los movimientos consideran a menudo que los partidos políticos y los sindicatos están interesados en el éxito de los nuevos movimientos sociales en la medida en que pueden manipularlos para sus propios fines partidistas. Los activistas de los movimientos acusan a los partidos y sindicatos de arrebatarles su apoyo popular, sofocando la fuerza de los movimientos a fin de reforzar las vacilantes posiciones de las fuerzas de la izquierda tradicional” (Hellman, 1988:62).

¹⁵⁷ Warren (1987) pone bastante énfasis en la influencia de las teorías anarquistas en el surgimiento de los nuevos movimientos sociales. En cuanto a esta cultura crítica de que nos habla, identifica principios que se remontan al anarquismo, tales como democracia de base, libre organización, autogestión, derecho a la diversidad y respecto a la individualidad, identidad local y regional, y noción de libertad individual.

¹⁵⁸ Subrayamos el término “surgen” porque si por un lado los nuevos movimientos sociales latinoamericanos surgen en un contexto de reivindicación de demandas básicas, situados en la esfera económica, en la actualidad muchos de ellos ya tienen sus luchas localizadas en esferas culturales.

en desarrollo¹⁵⁹. Este desarrollo, que fortalece y acelera la división del trabajo predominante y la relación de explotación, en los países desarrollados encuentran su expresión en formas específicas de desempleo o exclusión del trabajo, en procesos de marginalización voluntaria, o sea de personas que no se adecuan a las exigencias de renta de la sociedad industrial y buscan posibilidades de vida alternativa. Ya en los países en desarrollo, este proceso ocasiona una miseria incomparablemente mayor, tanto del punto de vista cualitativo como cuantitativo, miseria que se manifiesta en la marginalidad y en el empobrecimiento absoluto.

Según esta autora, los proletarios en los países desarrollados obtienen, a pesar de la explotación, un precio por su mercancía que les asegura su reproducción material, mientras que en los países en desarrollo o subdesarrollados, los vendedores de la fuerza de trabajo se encuentran en una situación cualitativamente diferente:

“Em consequência do excesso de oferta e da limitada capacidade de absorção de um mercado de trabalho deformado, logram somente vender sua força de trabalho de forma esporádica – com o que não logram garantir sua reprodução, ou logram de modo insuficiente” (p.21).

Este proceso de pauperización viene acompañado del surgimiento de formas de trabajo de subsistencia, que raramente asumen el carácter de productoras de plusvalía.

Sintetizando estas diferencias fundamentales, Santos (2001) nos alerta sobre la insuficiencia del término “nuevos movimientos sociales”, ya que este abarca realidades sociológicas extremadamente distintas: “si en los países centrales la enumeración de los nuevos movimientos sociales incluye típicamente los movimientos ecológicos, feministas, pacifistas, antirraciales, de consumidores y de autoayuda, la enumeración en América Latina – donde también es corriente la designación de movimientos populares o nuevos movimientos populares para diferenciar su base social que es característica de los movimientos de los países centrales (la nueva clase media) – es bastante más heterogénea”.

Un claro ejemplo que sintetiza la no especificación de que movimiento y de que contexto social es tratado, puede ser visto en la definición de Sell (2006). Este autor nos dice que:

¹⁵⁹ Aunque consideremos los términos “desarrollados” y “subdesarrollados” como inadecuados como sinónimos de los países europeos y latinoamericanos, respectivamente, consideramos el planteo de la autora válido como una de las diferencias contextuales centrales entre Europa y Latinoamérica.

“o grande problema não é mais a exploração econômica, mas o controle que a comunicação assume sobre os modos de vida e pensamento dos indivíduos. Para reagir diante desta situação, surgem então os ‘novos movimentos sociais’ que buscam recolocar os recursos tecnológicos modernos a serviço da sociedade e dos sujeitos. Portanto na era pós-industrial, os movimentos sociais deslocam sua luta da esfera econômica para a esfera cultural”(p.191).

Aunque concordamos que el control de la información es en la actualidad uno de, sino el más importante medio que los actores capitalistas utilizan para mantener su posición hegemónica, además un cuadro de exclusión y explotación social, y que las herramientas como Internet son fundamentales para diversos movimientos sociales latinoamericanos – como veremos más adelante con Gohn (1997) -, atribuir el surgimiento de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos al actual control de la información, no nos parece una hipótesis muy asertada, primero por la falta de precisión del contexto y de los detalles de este proceso, y segundo, y más fundamental, porque muchos de estos movimientos latinoamericanos aún luchan por necesidades y derechos básicos. Aunque estos movimientos en la actualidad no puedan ya configurar una mayoría, sin duda debemos considerarlos si queremos construir un paradigma propio para Latinoamérica.

Otra diferencia fundamental dice con respecto al público participante y organizador de los nuevos movimientos sociales. Según Hellman (1988), Frank y Fuentes distinguen entre movimientos del norte y del sur a partir de su base social: clase media en movimientos de Norteamérica y Europa y clases populares¹⁶⁰ en América Latina. Así vemos que, mientras los participantes en los movimientos del norte hayan escrito sobre sí mismos, los trabajos teóricos sobre los nuevos movimientos sociales Latinoamericanos fueron producto de la observación (mayormente participativa y solidaria) de analistas externos al movimiento y, a menudo, extraños al medio en el que se desarrollaron, en gran medida extranjeros¹⁶¹.

¹⁶⁰ Buscando no entrar en la polémica discusión de lo que es “clase popular” – discusión ya planteada en el primer capítulo, en la parte de “La cuestión de clases en América Latina”, referente a la inadecuación de la noción marxista de clase para Latinoamérica, bien como la mayor adecuación de términos como “pueblo” o “clases populares” - adoptaremos por clase popular el público que compone los movimientos populares, definido por Camacho (1987), como ya fue presentado en el capítulo uno.

¹⁶¹ Con relación a la producción de conocimiento sobre los movimientos, percibimos allí una diferenciación, dentro del contexto latinoamericano, entre los movimientos “tradicionales”, de influencia marxista, y los nuevos movimientos sociales. Como hemos dicho, la producción teórica referente a los primeros fueron hechas en gran medida por los propios militantes – muchos de ellos académicos y/o participantes de partidos políticos. Ya en estos últimos, la producción teórica viene principalmente de personas extrañas al medio en que se desarrollan los movimientos.

Esta distancia del contexto social donde surge un movimiento – y por lo tanto una cierta ignorancia de las reales dificultades encontradas por tal movimiento –, mezclado a un contacto directo con los participantes por la metodología de estudio – lo que involucra una carga emocional y mayor posibilidad de influencia –, sumando a la idealización que muchos estudiosos de los nuevos movimientos sociales tienen cuanto a su carácter de autonomía, termina por generar un fetichismo por la autonomía y la no diferenciación por las formas de asociación hechas a menudo entre movimientos y sistemas institucionales. Dadas las preferencias de los investigadores por movimientos completamente autónomos, pequeños, débiles, aislados y poco poderosos, todas las formas de asociación o cambio estructural del movimiento suelen ser vistos bajo el mismo rótulo de cooptación política y muerte del movimiento. Según Hellman (1988), estos investigadores no reconocen ninguna diferencia fundamental entre desmovilización a través de cooptación – tal como el parcial o total cumplimiento de las demandas del movimiento por alguna agencia estatal –, adherencia a una figura populista carismática basada en lealtades personales y la fase de aprendizaje política.

Esta cuestión suscita algunas reflexiones sociales e ideológicas necesarias: la falta de acceso a una educación formal por parte de los participantes de estos movimientos, así como la falta de espacios que valoricen los discursos de sus participantes; la influencia de teorías, basada en una realidad otra, directamente sobre los movimientos – por el contacto directo entre investigadores y movimiento –, y sobre el “sentido colectivo” generado y ampliamente difundido en toda la sociedad, por la legitimidad que tienen las producciones académicas; la diseminación de una idealización retrógrada que prefiere ver los movimientos en situaciones puras, no contaminadas, aisladas, débiles pero auténticas¹⁶², de lo que los movimientos asociados a otras esferas o dentro de espacios institucionales (como si en este proceso desapareciese el contenido popular de los movimientos), aunque eso genere un mayor alcance de beneficios para el público del movimiento y para la población en general. Acusamos allí la perversidad de tales producciones, típica de la posición cómoda que ocupan los académicos no involucrados en las reales dificultades que encuentran los movimientos en la búsqueda de la satisfacción de sus demandas. Dejemos en claro que esta crítica no significa que defendemos la institucionalización, la cooptación, o algún

¹⁶² Esta búsqueda de los investigadores, externos al medio investigado, por el “objeto social” no contaminado, auténtico, nos remite los primeros contactos de los antropólogos europeos con los llamados pueblos originarios de las Américas (tal como el mito del “buen salvaje”).

tipo de incorporación institucional acrítica de los movimientos. Pero nos parece que debe ser aprovechado, mediante negociaciones paritarias, los espacios institucionales, gubernamentales o no, conquistados por arduas luchas de movimientos anteriores. Muchas veces estos espacios dejan de ser utilizados por esta imagen propagada de lo que debería ser un auténtico movimiento social.

Volviendo a las particularidades del contexto latinoamericano, los cambios económicos y sociales, como ya vimos, iniciados en los años 60 y concretizados, no sin graves consecuencias, en los 80 y 90, en gran parte de los países latinoamericanos, surtieron efectos sobre la forma y contenido de los movimientos sociales de esta región, y consecuentemente sobre las formulaciones teóricas que tenían como objeto estos movimientos. Nos referimos a las alianzas hechas a partir de los años 60 entre países latinoamericanos y el capital internacional, lo que llevó a cambios en el modelo económico y en el modelo político en las próximas décadas.

Se puede considerar que los grupos de transformaciones que vamos a ver, como factores fundamentales en este cambio (los factores que no están detallados en los pie de pagina, ya fueron planteados en el primer capítulo en el tópico sobre la estructura socioeconómica en América Latina): elevación de la tasa de crecimiento económico, de urbanización (lo que significa disminución de la población rural), de escolarización e industrialización; alteración en la distribución de la población entre los sectores de actividad económica; alteración en la estructura de empleos; transformaciones en el estilo de vida y consumo de gran parte de la población; brutal transnacionalización de la economía¹⁶³ – en términos productivos, distributivos y de consumo –, los cambios en la estructura agraria¹⁶⁴; implicancias socioculturales resultado de los períodos de políticas autoritarias en varios países¹⁶⁵; cambio de relaciones entre partidos políticos y

¹⁶³ Si en los años 70, como vimos en el primer capítulo, la economía tuvo un crecimiento sustancial, eso no se hizo sin consecuencias. El proceso de transnacionalización de la economía ha cambiado los patrones de interdependencia entre los países centrales y los periféricos. “La actual crisis y los procesos de reestructuración capitalista no hacen más que profundizar las brechas entre el mundo del norte e los pueblos del sur. Los impactos de la revolución tecnológica, del sistema financiero internacional y de la nueva lógica del capital tienden a procesos de concentración del poder inédito hasta entonces” (Calderón y Jelín, 1987:36).

¹⁶⁴ Cambios tales como “el desarrollo industrial en varias esferas de la agricultura, la mercantilización de la economía campesina y los procesos de diferenciación campesina nos indican las radicales modificaciones y transformaciones sufridas por la relación Hacienda-comunidad, Hacienda-minifundios” (Calderón y Jelín, 1987:37).

¹⁶⁵ Estas políticas generaron la destrucción o limitación del sistema político y de los derechos ciudadanos, promoviendo la valorización de las relaciones primarias y de los ámbitos de vida microsocial, por un lado, y un alto grado de incomunicación en el interior de la trama de las relaciones sociales y entre la sociedad y los partidos políticos, que por motivos represivos u otros, se fueron distanciando de la vida

movimientos sociales¹⁶⁶. En cuanto a este último punto, según Hellman (1988), muchos autores afirman que en América Latina los nuevos movimientos sociales surgieron como un intento de llenar el vacío creado por la supresión de los partidos de izquierda y por la represión de otras formas legítimas de organización y representación popular¹⁶⁷.

Jacobi (1987) arma un interesante esquema en el cual identifica fracturas en el modelo social imperante, a partir de 1945, a partir de las cuales los nuevos movimientos sociales surgen. Primero identifica una ruptura cultural: el progreso del capital, con su secuela de industrialización y urbanización, particularmente durante el período mencionado, creó el escenario en el que aparece la crisis de la familia, de las parejas, de las relaciones entre padres e hijos, de la dupla jornada de trabajo de las mujeres, y de la pérdida de la fe en las creencias tradicionalmente inexorables. En cuanto a este trauma social, los movimientos feministas¹⁶⁸ y de la juventud¹⁶⁹ estuvieron destacados, siendo

cotidiana. Precisamente cuando se abren los procesos de transición y de revalorización democráticas, la vuelta a lo público se realiza sobre estas bases (Calderón y Jelín, 1987:38).

¹⁶⁶ Si en el pasado había predominio de modelos partidarios clasistas o populistas, donde se buscaba dirigir y representar a la mayoría de la población y orientar su conducta, ya en los años 80 los estudios de caso de movimientos sociales Latinoamericanos señalan repetidas veces que éstos cuestionan esa relación dependiente y subordinada frente a los partidos políticos. Se suma a eso que las demandas ciudadanas se modificaron y esta modificación no fue acompañada por los partidos, y que la propia organización jerárquica de los partidos, no pueden reflejar la pluralidad de identidades o la heterogeneidad de las demandas sociales.

¹⁶⁷ La propia Hellman (1988) nos dice que mientras en Latinoamérica esta relación es válida, en Europa los nuevos movimientos sociales se expandieron más rápidamente durante el período en que los partidos y los sindicatos de izquierda formalmente organizados se fortalecieron y aumentaron su apoyo electoral e influencia política.

¹⁶⁸ Este movimiento actuó por dos objetivos distintos: el primero se relaciona a la lucha de las mujeres por la igualdad frente a los hombres, en las esferas de trabajo y de la política, eliminando las discriminaciones. En este terreno, los precedentes más antiguos se mezclan con las luchas operarias por la reducción de la jornada de trabajo y con las múltiples manifestaciones por el derecho de voto (sufragio universal); en el segundo momento, el feminismo se orientó para al auto-reconocimiento y para la auto-definición. Ya no se trataba apenas de igualar las condiciones entre hombre y mujeres, sino de conquistar la autonomía, la libertad de decisión para sí propias. Jacobi (1987) destaca, en cuanto a este punto, el excepcional trabajo de Annie Leclerc (*Parole de Femme*, Paris, Grasset et Fasquelle, 1974).

Gohn (1997) destaca que en los movimientos populares, más “clásicos”, las investigaciones no han enfatizado suficientemente el papel de las mujeres en las acciones colectivas, bajo el foco de las cuestiones de género. Estas investigaciones centran su foco de análisis en las demandas de los movimientos en sí y no analizan los conflictos que aquellas mujeres vivencian en su cotidiano, tanto en el universo doméstico y del trabajo, como en el propio ejercicio del acto de participar, o de relacionarse en el interior de los movimientos, delante de una sociedad en que imperan los valores machistas.

Ya en los nuevos movimientos sociales, Hellman (1998) nos dice que para muchos investigadores detectan la alta representación de las mujeres, tanto en las bases como en el liderazgo de estos grupos. Cuestiona que es difícil saber si los nuevos movimientos sociales son más democráticos porque incluyen más mujeres o si atraen más mujeres porque son menos jerárquicos. En cualquier caso, la participación de esta población, claramente ausente de las tradicionales organizaciones políticas, es una característica común de los nuevos movimientos y una gran parte de lo que les caracteriza como “nuevos”.

¹⁶⁹ Ligado al cuestionamiento del papel de la educación y de la autoridad, surge con gran fuerza el movimiento de la juventud. La convergencia de un proceso de politización con la quiebra de la legitimidad de las instituciones de enseñanza y la inestabilidad creciente de los nexos sociales e interpersonales hicieron emerger entre los jóvenes respuestas políticas y culturales. Este también era el período de los festivales de *rock*, el movimiento *hippie*, el movimiento negro (Poder Negro), etc.

también los primeros a buscar respuestas delante del desmoronamiento de los valores culturales y morales del período anterior. El otro punto de agotamiento de la sociedad en este período se refiere a la ruptura del modelo estatal – la crisis económica y la complejidad de la sociedad señalaron los límites para el funcionamiento del Estado interventor y desarrollista, tanto en su versión keynesiana desarrollada como en su forma populista y cepalina – referente a tres puntos centrales: ineficiencia administrativa¹⁷⁰, incapacidad para prestar servicios¹⁷¹ y deterioro de la legitimidad¹⁷². El tercer espacio de agotamiento es nombrado por este autor de ruptura del modelo de desarrollo – desarrollo que era defendido, tanto por teóricos del capitalismo como por los clásicos marxistas, por supuesto, de maneras distintas. Resaltamos las dos corrientes teóricas porque este agotamiento se reflejará en el ámbito teórico, como veremos más abajo, en estas dos corrientes. El ideal de desarrollo, formulado desde el siglo XVIII, encuentra su gloria en el post-Segunda Guerra – el crecimiento económico, el bien-estar material, la reproducción y el consumo de los países centrales, justificaban la euforia y la confianza en el desarrollo, simbolizado por el *america way of life*, modelo económico y cultural ampliamente exportado para el mundo occidental. Como sabemos, este modelo de desarrollo no tardó a presentar sus limitaciones, referentes a su sustentabilidad interna (económica), como referentes al medio ambiente. En este sentido Jacobí (1987) nos dice que los movimientos ecológicos, cooperativistas, pacifistas y antinucleares surgidos en las metrópolis, no son apenas una reacción al desencanto con el desarrollo y sus consecuencias, son también un esfuerzo de la sociedad para conquistar una nueva forma de vida¹⁷³.

Alrededor de mediados de los años 80, los nuevos movimientos inauguraron una nueva relación entre sociedad civil y Estado y pasaron a ser actores centrales en el proceso de democratización – no solo política, sino más bien de las diversas esferas que

¹⁷⁰ En los países industrializados de América Latina, los aparatos del Estado más clásicamente burocráticos, o aquellos en que los conflictos burocracia-tecnocracia están circunstancialmente definidos por una hegemonía de criterios burocráticos-populistas, son incapaces de seguir el ritmo de las demandas sociales. de este modo se produce un efecto de “camara lenta”. El centralismo desmedido en la toma de decisiones revela un Estado desfasado de la sociedad.

¹⁷¹ En las áreas latinoamericanas, de servicios como teléfonos, limpieza pública, agua, electricidad, protección personal, salud, educación, transporte y comercialización de alimentos para los sectores de baja renta – servicios que el Estado debería garantizar – son de baja calidad, insuficientes e, inclusive, inexistentes.

¹⁷² Como ya vimos arriba – y aún veremos más adelante – tanto los aparatos del Estado como los partidos políticos y sindicatos pierden en buena proporción la credibilidad que tenían en las últimas décadas.

¹⁷³ Según Jacobí (1987), estos movimientos rescatan parte de una tradición anarquista del siglo XIX, reactualiza el movimiento hippie y comunitario de los años 60, recibe en su interior la heterodoxia marxista y los cristianos de base, explora tecnologías y energías alternativas, y revisa críticamente las relaciones tradicionales de poder.

componen la vida de los sujetos modernos, todas vistas como esferas politizadas¹⁷⁴. Calderón (1987) nos dice que los estudios realizados en toda la extensión de América Latina, nuevos conflictos nacionales, de clase, regionales, urbanos, de género, étnicos, sobre la violencia revolucionaria, el feminismo, la juventud, la burocracia, etc. comienzan a levantar, en su propia lógica, formas de identidad y conflicto, que ultrapasan tanto las visiones unidireccionales, economicistas y tecnocráticas de la crisis, como así las simples estadísticas partidarias. Los nuevos movimientos, con mayor o menor intensidad, apuntan hacia la emergencia de un nuevo orden democrático, y la elaboración de nuevas formas de pensar la sociedad, la política y el desarrollo.

Con la sustitución de los regimenes militares por regimenes civiles, en proceso negociados en los parlamentos o por vía electoral, los movimientos crecieron en número, forma de actuación y origen, y lograron visibilidad en sus luchas por la redemocratización o por causas específicas. La cultura política latinoamericana se transformó en este periodo, basado en una nueva visión de derechos sociales colectivos y de la ciudadanía colectiva de grupos sociales oprimidos y/o discriminados¹⁷⁵. Los pequeños espacios culturales y cotidianos de resistencia, ganan importancia central. Formas sociales colectivistas, de autogestión, solidaridad, autonomía, son términos que caracterizan las nuevas formas de organización, configurando el sistema de oposición que, según Calderón (1987) podrá viabilizar la reconstrucción de los sujetos históricos:

“ Com a crise dos modos de industrialização e do sistema cultural que os acompanha, os novos comportamientos dos antigos e dos recentes atores sociais estão se redefinido, sob várias formas, as suas mútuas interações, bem como as suas relações com o Estado e a política. Nesse sentido, talvez não seja demais a hipótese de que os movimentos sociais, na sua diversidade e complexidade, são os portadores de uma nova ordem social” (Calderón, 1987:196) .

Se percibe una clara modificación en la relación de los movimientos sociales con los partidos políticos. Hellman (1988), refiriéndose a una “nueva” relación entre nuevos

¹⁷⁴ Hacemos referencia a Laclau (1985), ya tratado en el capítulo dos, cuando nos plantea acerca de una nueva concepción de sujeto en la modernidad. Este sujeto ya no sería una fuente que daría un significado al mundo. *“Vemos cada posição de sujeito ocupando locais diferentes no interior de uma estrutura”* (p.04). Eso, refleja la fragmentación de las esferas de vida de los sujetos, que a su vez genera la fragmentación de las luchas sociales – ya no más concebidas de manera gradual y progresiva – y de la política – que no más reflejan únicamente la esfera económica.

¹⁷⁵ Según Gohn (1997) eso se dio por una larga experiencia de resistencia y de oposición a las formas de dominación, con ruptura – entre algunos sectores sociales – de la clásica cultura política de aceptación de la dominación, de cambio de favores, de espera e inmovilidad de la sociedad delante de un Estado concebido como todopoderoso.

movimientos sociales latinoamericanos y partidos políticos, nos dice que a menudo, activistas de movimientos sociales que participan en una coalición electoral progresista pueden ejercer un grado importante de influencia en sus nuevos aliados, estimulando nuevos conceptos, proporcionando nuevas maneras de entender los problemas sociales y proponiendo nuevas soluciones a esos problemas¹⁷⁶.

Warren (1987), sobre esta relación, ha concebido los nuevos movimientos sociales como importantes actores en la transición hacia formas más amplias de expresión popular o de conquista del espacio político¹⁷⁷. De acuerdo con esta autora, teniendo en mente la fecha en que escribía, la autonomía de los nuevos movimientos sociales con respecto a los partidos políticos es una situación transitoria. Delante de la realidad de elecciones directas, buscando retener apoyo de los grupos de base que conforman la alianza electoral, los “nuevos” partidos de izquierda deben incorporar las demandas de esos movimientos en un programa radical de cambio. El establecimiento de esta nueva relación crea una nueva cultura política, con mayor espacio para las voces oprimidas y marginalizadas, donde el viejo modelo de autoritarismo puede ser quebrado.

En el mismo sentido, Alvarez (1989) sugiere la posibilidad de que los nuevos movimientos sociales de base puedan promover una cultura política que fortalezca la democracia, impulsando o extendiendo los parámetros de la política democrática y abriendo el camino hacia el desarrollo de vínculos efectivos, superadores del clientelismo tradicional entre activistas de los movimientos y partidos políticos. Percibimos, en el presente, que la relación de dependencia entre movimientos sociales y partidos políticos es reformulada de manera invertida: si antes esta dependencia se refería a los movimientos, que necesitaban de aparatos del Estado para llegar a algún logro de sus luchas (y que en la práctica, muchas veces acababan sirviendo apenas como masa de maniobra política), en la actualidad, en esta relación, los partidos ocupan una posición de mayor dependencia delante de los nuevos movimientos sociales, aunque debemos resaltar que las luchas de los nuevos movimientos sociales aún tienden a dirigirse al ámbito estatal, tal como veremos en el planteo de Santos más adelante. La capacidad de los nuevos movimientos sociales para movilizar sectores dinámicos y

¹⁷⁶ De cualquier manera esta autora nos recuerda que “algunos analistas insisten en ver la incorporación de movimientos sociales autónomos en movimientos políticos de mayor alcance como un hecho que inevitablemente representa la pérdida de una auténtica voz popular. Pero los que mantienen esta postura no han entendido que el encuentro entre movimientos y partidos es un proceso dialéctico a través del cual, tanto el movimiento como el partido, experimentan en proceso de cambio, ya sea el partido en cuestión uno pequeño, situado precariamente en el coalición de izquierda, o uno con las proporciones del Partido Comunista Italiano, con 1,8 millones de miembros” (Hellman, 1988:65).

¹⁷⁷ Esta autora cita como ejemplo los movimientos sociales brasileños durante las elecciones de 1986.

crecientes de la población¹⁷⁸, tradicionalmente ignorados por los partidos políticos o antagónicos a las formas tradicionales de organización de los partidos, ha forzado a los partidos a ser permeables a las luchas de los nuevos movimientos, con la esperanza de alcanzar a aquellos sectores de la población cuya relevancia política ya no puede ser ignorada.

Fernando Calderón, a mediados de los años 80, hizo una investigación latinoamericana sobre los movimientos sociales, a través de CLACSO, que indicó que en el período de dictaduras, quienes más resistencia oponían y más iniciativas desplegaban en contra del autoritarismo y el terrorismo de estado, eran una variada gama de movimientos¹⁷⁹. Según Garcés (2003), casi contemporáneamente a este estudio de CLACSO, se realizó un seminario en Chile sobre los movimientos sociales, donde se indicaba que declinaban los movimientos históricos tradicionales, el movimiento obrero y la alianza considerada siempre estratégica por la izquierda: la alianza obrero-campesino. “Declinaban también, agreguemos, los proyectos globales de transformación que animaban a estos movimientos” (p.04).

De manera muy resumida – ya que el planteo sobre el contexto socio-económico latinoamericano a lo largo de este período fue detallado en el capítulo uno -, se puede decir que los nuevos actores en escena y la complejidad de las formas de relaciones sociales, típicas de la modernidad, llevaron, a una pérdida de horizontes totalizante y a una crisis de la historicidad industrialista y su sustitución por una multiplicación de prácticas colectivas segmentadas¹⁸⁰. Esto se dirige, en relación al campo de las acciones colectivas, a la multiplicación de nuevos movimientos sociales¹⁸¹, ahora tan

¹⁷⁸ Si por un lado los nuevos movimientos sociales presentan un gran grado de autonomía por la fragmentación de las esferas de los sujetos modernos, por otro lado existe la tendencia opuesta, o sea, de práctica articuladora que se vale de las herramientas modernas (Internet, televisión, radio, impresos, etc) para generar una estructura discursiva unificada. Eso, evidentemente, aumenta el público de los movimientos sociales.

¹⁷⁹ Desde las Madres de la Plaza de Mayo, pasando por las Comunidades cristianas en Brasil, los movimientos Indígenas del Ecuador, los “paros cívicos” en Colombia, las Protestas Nacionales en Chile, movimientos juveniles de variado origen, como los rockeros argentinos, etc

¹⁸⁰ Calderón y Jelin (1987) nos dicen que “la caída del presidente Allende simboliza, quizás con mayor fuerza que otros procesos políticos de la región, la pérdida de proyección histórica de los movimientos de orientación industrial totalizante (...) paralelamente, es posible distinguir en los últimos quince años, la emergencia de nuevos actores sociales y nuevas prácticas colectivas, tanto en el seno de los movimientos sociales clásicos (obrero-campesino), como en el desarrollo de nuevos movimientos de género, generacionales, urbanos, étnicos, de derechos humanos, etc., que no llegan a plantearse metas ni acciones holística” (p.04).

¹⁸¹ Calderón y Jelin (1987) cuestionan hasta que punto estos movimientos son realmente nuevos, o sea, si se trata de una “nueva realidad” o si la vida social siempre fue así, y sólo nosotros, ciegos por el peso de los paradigmas dominantes, no lo estábamos viendo. Garcés, en el mismo sentido, nos habla que los historiadores son fundamentales para responder a esta pregunta y nos recuerda que en América Latina siempre hubo movimientos sociales de este carácter: “desde los movimientos indígenas que resistieron a

fragmentados como las esferas de los individuos modernos. Sintetizando los planteos presentados en este trabajo sobre las novedades que introducen los nuevos movimientos sociales latinoamericanos- en cuanto a los cambios contextuales, contenidos, organización y formas de relación con las instituciones estatales –, Calderón y Jelin (1987) nos dicen que:

“la pérdida de las orientaciones totalizantes, la descomposición del modelo nacional-estatal industrialista, las múltiples transformaciones socioculturales internas y externas a la región y los procesos de diferenciación social que los acompañaran, además de las nuevas connotaciones particularistas de la acción colectiva y el creciente distanciamiento entre movimientos sociales, partidos y Estado, constituyen los rasgos básicos sobre los cuales se desarrollaran las tensiones y las búsquedas de los nuevos movimientos sociales” (p.39).

Estos cambios, referentes al ámbito de las Ciencias Sociales, se refieren principalmente a la insuficiencia del paradigma clásico marxista y a su concepto de clases sociales para dar cuenta de un análisis de la complejidad actual¹⁸². En cuanto a esta última esfera, referente a la academia, se percibe aún la inclusión de distintos aportes teóricos, como ya hemos detallado en el capítulo dos. Pero un importante aporte teórico aún no tratado por nosotros, es el anarquismo. Aunque este haya sido limitado como fenómeno político e histórico limitado, Warren (1987) nos dice que como conjunto de ideas y manifestaciones culturales, el anarquismo expresaba y sigue expresando, a través de sus ramificaciones contemporáneas, críticas al centralismo burocrático, al autoritarismo y totalitarismo del marxismo-leninismo y al dogmatismo revolucionario antidemocrático, presentes en los movimientos sociales tradicionales. Estas ideas se encuentran presentes en los nuevos movimientos sociales, tanto latinoamericanos, como europeos.

A partir de los ochenta, los nuevos movimientos sociales se van desarrollando en medio de profundos cambios del sistema capitalista mundial, fenómeno conocido como “globalización neoliberal”. Se suma a eso que el socialismo como “sistema alternativo

la invasión española y portuguesa, pasando por los movimientos migratorios que prácticamente refundaron un país como Argentina a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, hasta los movimientos políticos y religiosos de raíz campesina como el de Canudos, en el nordeste de Brasil” (Garcés, 2003:06).

¹⁸² Laclau (1986) para justificar la inadecuación del concepto de clase, apunta hacia lo que considera ser las formas radicalmente nuevas asumidas por el conflicto social en las dos últimas décadas. La referida novedad estaría precisamente en la ruptura que se habría establecido, de un lado, con la idea de sociedad como unidad-totalidad social racional e inteligible y, por otro, con la idea de identidad de los agentes sociales en una supuesta unidad entre las posiciones que ocupan, generadas en la estructura social.

de sociedad” ha vivido sus mayores retrocesos con el derrumbe de los socialismos del este europeo, al fines de los 80. Ciertamente eso influenció mucho en América Latina,

“que cerró el ciclo de las dictaduras del cono sur y abrió paso a los ajustes y transformaciones que le impuso el denominado ‘Consenso de Washignton’¹⁸³ en los años 90, transformaciones que han comprometido tanto la organización económica de nuestras sociedades como las tradicionales funciones del Estado, lanzando al desempleo miles de latinoamericanos, ensanchando la brecha entre ricos y pobres e informalizando la economía y la subsistencia popular” (Garcés, 2003).

Sintetizamos algunas características fundamentales del panorama del capitalismo en los años 90 en los países latinoamericanos: nueva división internacional del trabajo; las fronteras nacionales perdieron su importancia y la producción industrial pasó a ser hecha de forma fragmentada, con ocurrencia de procesos productivos en que las ventajas fiscales y económicas de modo general eran más propicias a la acumulación; la economía formal declinó y la informal creció, los sindicatos perdieron poder de forma generalizada, el desempleo pasó a ser una realidad tanto en los países donde históricamente siempre existió, el llamado “Tercer Mundo”, como en el “Primer Mundo”.

Delante de este contexto - transformaciones de la relación entre sociedad y Estado -, los nuevos movimientos juegan un papel decisivo, en búsqueda de posibles planes democráticos. Según Escobar, Alvarez y Dagnino (2001),

“las políticas neoliberales han introducido en nuevo tipo de relación entre el Estado y la sociedad civil y han provocado el surgimiento de una definición del ámbito de lo político y sus participantes que se basa en una concepción minimalista tanto del Estado como de la democracia (...) Desde este punto de vista, los ciudadanos tienen que seguir avanzando por sus propios recursos privados, y la ciudadanía se equipara cada vez más con la integración individual al mercado” (p.17).

Ante este cuadro, en América Latina, los nuevos movimientos sociales serían justamente la forma de organización que refleja una concepción alternativa de esta ciudadanía, ya que estos movimientos luchan por la democracia no solo en el ámbito político, sino también por prácticas económicas, sociales y culturales que podrían

¹⁸³ Conjunto de medidas formuladas en noviembre de 1989 por economistas de instituciones financieras basadas en Washigton D.C, como FMI, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, fundamentados en el texto del economista John Williamson, del *Internacional Institute for Economy*, y que se volvió la política oficial del Fondo Monetario Internacional (FMI) en 1990, cuando pasó a ser “recetado” para promover el “ajuste macroeconómico” de los países en desarrollo que pasaban por dificultades.

engendrar un ordenamiento democrático de la sociedad como un todo¹⁸⁴. Los nuevos movimientos sociales en Latinoamérica han logrado transformar sus agendas en políticas públicas y expandir las fronteras de la política institucional y atribuir nuevos significados a nociones heredadas, tales como desarrollo y ciudadano¹⁸⁵. Ya en los años 90, los nuevos movimientos sociales fueron fundamentales en diversos cambios históricos en distintos países latinoamericanos: el levantamiento zapatista en la selva de Lacandona, en 1994, que hizo visible la demanda como fenómeno político e histórico limitado, Warren (1987) de indígenas y campesinos cuando en México se oponía a la vigencia de los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos¹⁸⁶; las movilizaciones indígenas en el Ecuador, que además de haber derribado a más de un presidente, influyó en la reforma de la Constitución en 1998, planteando la cuestión de un “Estado plurinacional”¹⁸⁷; las movilizaciones de campesinos e indígenas en Bolivia, que les ha permitido alcanzar nuevos liderazgos gubernamentales, inclusive con un presidente indígena en el comando del país¹⁸⁸; el desarrollo, desde los años 80, de un partido político fundado por trabajadores, en gran parte metalúrgicos, en Brasil, el PT, que ha elegido líderes gubernamentales en todos los niveles, inclusive con la doble elección de la presidencia nacional a Lula¹⁸⁹; los diversos movimientos sociales que recorren la historia social argentina de los 90, el movimiento piquetero, y principalmente la movilización del año 2001¹⁹⁰.

Pero el grado de autonomía de los movimientos en relación a “instituciones gubernamentales”, ligado históricamente a la fragmentación de las esferas de los sujetos

¹⁸⁴ Escoba, Alvarez y Dagnino (2001) nos dicen que esta concepción nueva y amplia permite reconocer que el proceso de construcción de la democracia no es homogéneo, sino más bien internamente discontinuo y desigual: diferentes esferas y dimensiones tienen ritmos de cambio diferentes, lo cual lleva a algunos analistas a argumentar que este proceso es inherentemente “disyuntivo” (p.18).

¹⁸⁵ El término “desarrollo” amplía significativamente su léxico al ponerse en pauta la democracia de género, racial o ecológica, como factores importantes para el desarrollo de una sociedad, descentralizando la noción de desarrollo como sinónimo de prosperidad económica. Luego la noción de ciudadanos también sufre una expansión, ya que la representación y participación política, por ejemplo en estos movimientos, empiezan a formar parte del cotidiano subjetivo y colectivo de los sujetos.

¹⁸⁶ Ver Casanova, P. : “Causas de la rebelión en Chiapas”, 1966; “Caminemos juntos” (2005); las páginas web <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=25907>, <http://www.cedoz.org/site/content.php?doc=736&cat=79>, http://zapatuga.blogspot.com/2004_01_01_archive.html

¹⁸⁷ Ver Dévalos, P. : “Plurinacionalidad y poder político en el movimiento indígena ecuatoriano”. In OSAL número 09, 2003. Buenos Aires.

¹⁸⁸ Ver Slater, D. : “Repensando las espacialidades de los movimientos sociales – Cuestiones de frontera, cultura y política en tiempo globales”, In Alvarez, Dagnino y Escobar (citado en la bibliografía de este trabajo); Rivera, S. : “Las Fronteras de la Coca”, 2003. Ed. Ediciones Aruwiwiri. Bolivia, La Paz: IDISUMSA.

¹⁸⁹ Ver Paraná, D. “A A História de Lula: O Filho do Brasil”, 2003. Ed. Objetiva, São Paulo, Brasil.

¹⁹⁰ Ver Cap 4 del libro compilado por: Seoane, J. “Movimientos Sociales y Conflicto en América Latina”, 2003, CLACSO, Buenos Aires, Argentina.

y, consecuentemente, las luchas políticas, no refleja solamente la caída de las luchas totalizantes y de los movimientos de carácter clasista. El neoliberalismo, que avanzó sobre América Latina a partir de los 80 y que se consolidó en los 90, solidificó una nueva forma de regulación, protagonizada por el mercado. La “globalización neoliberal” logró la naturalización de las relaciones de mercado en el cotidiano de los sujetos modernos. De acuerdo con Torres¹⁹¹

“en la sociedad neoliberal el núcleo generador es el mercado, al que debe subordinarse el resto de las relaciones económicas, sociales y políticas, una visión cuyo único objetivo es reproducir permanentemente el capitalismo y excluir toda acción social de los actores” (p.03).

Pero Santos (2001) plantea que esta realidad hizo posible la aparente contradicción de vivir la hegemonía del mercado y luchar contra ella y contra sus consecuencias en los distintos ámbitos de la vida.

Eso queda claro en el hecho de que el propio estímulo a las políticas económicas neoliberales han estimulado el sector informal de la economía y llevado al surgimiento de extensas redes productivas comunitarias en los países latinoamericanos, ámbito donde surgen movimientos sociales que luchan contra los excesos de regulación de esta “globalización neoliberal”. Más fuertemente en los años 90, el llamado sector terciario en América Latina presencia las acciones de las ONGs, que generalmente desarrollan proyectos junto a las poblaciones que demandan bienes y servicios, las organizadas en movimientos sociales. Considerando que las ONGs necesitan recursos de diferentes sectores públicos y privados para llevar a cabo los proyectos, bajo la lógica neoliberal de este período, sus acciones colectivas de presión y reivindicación - antes presente en la mayoría de los movimientos sociales - se convierten en acciones centradas hacia la obtención de resultados – que obviamente deben convergir con los intereses de sus financistas. De cualquier manera, en los 90 se presencia en América Latina una sustancial caída en el número de ONGs y de movilizaciones cotidianas y actos de protestas públicas. Gohn (1997) explica este hecho por las alteraciones en las políticas de cooperación internacional con el cambio de coyuntura política del este europeo (caída del socialismo “real”).

Así, las agendas de las instituciones internacionales dejaron de priorizar el desarrollo de proyectos en América Latina – por considéralos, o más bien con la

¹⁹¹ Sin fecha de publicación.

justificación que la transición hacia la democracia ya estaba completa en esta comunidad. En el lugar de los auxilios o subsidios económicos, pasan a abastecer apenas el soporte técnico para los movimientos y las ONGs. Ahora estos deben demandar subsidios financieros a sus gobiernos nacionales y, fundamentalmente, generar fondos propios. Los movimientos y ONGs que sobrevivieron tuvieron que capacitarse para nuevas coyunturas en términos de infraestructura y usos de los medios de comunicación modernos como Internet. De acuerdo con Sell (2006), el control de la información – dominada claramente por actores capitalistas – asume importancia fundamental sobre los modos de vida y pensamiento de los individuos en la dominación social actual. Para reaccionar ante de esta situación, los nuevos movimientos sociales deben buscar recolocar los recursos tecnológicos modernos al servicio de los sujetos.

Como el neoliberalismo también estipula la minimización de la intervención estatal, el debate sobre los nuevos movimientos sociales vuelve hacia términos como institucionalización, regulación y autonomía, emancipación; ciudadanía y subjetividad; democracia representativa y democracia participativa. Santos (2001) trabaja estos términos haciendo un planteo epistemológico, sobre origen, carácter, formas de acciones y organizaciones de estos nuevos movimientos - planteos inseparables de reflexiones sobre el contexto socio-económico más amplio, o sea, el marco capitalista y neoliberal de las relaciones sociales.

De acuerdo con Santos (2001), el debate en torno a los nuevos movimientos sociales debe ser analizado en torno a dos polos estructurantes: la relación entre regulación y emancipación, y la relación entre subjetividad y ciudadanía. Con relación al primer polo, Santos, define la mayor novedad de los nuevos movimientos:

“La novedad más grande de los nuevos movimientos sociales reside en que constituyen tanto una crítica a la regulación social capitalista, como una crítica a la emancipación social socialista tal como fue definida por el marxismo” (2001:178).

Según este autor, los nuevos movimientos sociales al mismo tiempo que son responsables por identificar nuevas formas de opresión que sobrepasan las relaciones producción y ni siquiera son específicas de ellas (como las guerras, la polución, el machismo, el racismo o el productivismo), abogan por un nuevo paradigma social que se basaría menos en la riqueza material y el bienestar - pasando cualquier delimitación de clase -, y más en la cultura y la calidad de vida, inaugurando así una inédita denuncia de los excesos de regulación en la modernidad – que yendo más allá de los modos de

producción, denuncia también el modo como se descansa y vive¹⁹². Por lo tanto, la propuesta, al revés de los paradigmas estructuralistas marxistas que visa la transformación estructural de la sociedad, es transformar lo cotidiano de las víctimas de la opresión y manipulación aquí y ahora, y no en un futuro lejano, cuando se supondría que habría una plena consciencia de clase (en sí y para sí)¹⁹³.

La otra forma de concebir la relación de regulación-emancipación, según este mismo autor, es a través del fenómeno aparentemente contradictorio de globalización-regulación, tanto en el nivel de la regulación como en el nivel de la emancipación. Ubicando su planteo en la lógica y en la historicidad de las relaciones de producción, Santos (2001) nos dice que a nivel de la regulación, esta relación ocurre por

“la creciente promiscuidad entre producción y reproducción social”, plasmado en la realidad por la mezcla entre tiempo vital y tiempo de trabajo productivo, lo que descaracteriza las relaciones sociales de la producción como campo privilegiado de dominación y jerarquización social; “y el relativo vacío simbólico así creado lo llenan las relaciones sociales de reproducción social (en la familia y en los espacios públicos) y por las relaciones sociales en la producción (relaciones en el proceso de trabajo productivo asalariado entre trabajadores, hombres y mujeres, blancos y negros, jóvenes y adultos, católicos y protestantes, hindúes y musulmanes, chiitas y sunitas)” (p.179).

Así, la difusión social de la producción en la actualidad, al mismo tiempo que se descentraliza, no correspondiendo únicamente a la explotación a través de la plusvalía económica, hace posible que la lógica de esta se difunda socialmente en todos los sectores de la vida social, y por esa vía, se globalice: “mientras más fue en el pasado la vivencia social de la dominación en las relaciones de producción, más intenso será ahora su carácter socialmente difuso” (Santos, 2001:179). Según este mismo autor, en

¹⁹² Evidentemente que este planteo de Santos implica en la denuncia de las teorías marxistas – “lo que es visto por estos como factor de emancipación (el bienestar material, el desarrollo tecnológico de las fuerzas productivas) se transforma en los nuevos movimientos sociales, en factor de regulación” -, al movimiento obrero tradicional – que conciben la preconstitución estructural de los grupos y movimientos de emancipación, además de, en los países centrales han estado muy involucrados en la regulación social fordista en el segundo período del desarrollo capitalista -, así como la crítica al llamado “socialismo real” (Santos, 2001:178).

¹⁹³ En este sentido – de la acción de los sujetos, organizados en movimientos sociales, más allá de predeterminaciones estructurales – Touraine (1994) nos dice que la “emancipación del sujeto se da por su conciencia que se opone a representaciones y normas impuestas por el orden social y cultural que lo encasilla en el cumplimiento de deberes sociales; se transforma en actor cuando se inserta en las relaciones sociales y las transforma, sin identificarse nunca con algún grupo o colectividad de forma permanente, pues, éstas son una posibilidad entre muchas que tiene, y debe oponerse a toda formas de dependencia; el actor no es aquel que obra solo con arreglo al lugar que ocupa en la organización social, sino que está modificando su ambiente natural material social en el cual está colocado” (p. 41. Apud Shell, 2006:190).

el campo de los nuevos movimientos sociales, América Latina sobresale en forma destacada del resto de los países periféricos y semiperiféricos¹⁹⁴.

Este proceso de globalización en el campo de la regulación también es un proceso de localización en la medida en que, “como formas de intersubjetividad, las relaciones sociales *de reproducción* y las relaciones sociales *en la producción*, son mucho más concretas e inmediatas que las relaciones sociales *de producción*” (Santos, 2001:179. es algo que destaco).

Una vez liberada la envoltura estructural de las relaciones sociales de producción, el fenómeno de globalización-localización pasa a ocurrir también en el nivel de la emancipación, ya que la tarea de descubrir las opresiones y las luchas contra ellas se vuelve una tarea sin fin. “Los valores, la cultura y la calidad de vida, en nombre de los cuales se lucha son, por sí mismos, maximalistas y globalizantes, no susceptibles de finalización y poco inclinados hacia negociaciones y el pragmatismo” (p.179).

Acercamos a esta última relación (globalización-localización a nivel de la emancipación) que las luchas de los nuevos movimientos sociales, aunque surjan en contextos específicos, al defender parcelas históricamente oprimidas o marginalizadas de la población (negros, mujeres, indígenas, *moradores de favelas*) tienden a pasar las fronteras donde surgieron para unirse a otros movimientos - ya que existe intersecciones entre ellos (por ejemplo el movimiento negro y el movimiento feminista, o este último y el movimiento gay, o el movimiento negro y el de habitantes de favelas, del *hip-hop*, de los remanentes de esclavos -*quilombolas*, etc.) - y entre movimientos con la “misma lucha” pero de otras regiones, haciendo uso, inclusive, de “herramientas globalizantes” como Internet, el radio, impresos, etc. Resaltamos el potencial de construcción de estas formas de redes en América Latina, ya que las luchas de los movimientos de los países de esta comunidad presentan fuertes semejanzas - tema que veremos mas adelante en el planteo sobre los factores que deben ser considerados para la consolidación de un paradigma de los movimientos sociales latinoamericanos. Gohn (1997) nos dice que a partir de la década de 90, los movimientos que no se articularon en redes nacionales o regionales, se debilitaron.

El segundo polo estructurante de los debates sobre los nuevos movimientos sociales se refiere a la relación entre subjetividad y ciudadanía. Santos (2001), que nos dice

¹⁹⁴ Aunque el autor no explique el porque del énfasis de este proceso en Latinoamérica en relación a países periféricos y semiperiféricos, suponemos se refiere a que en estos últimos el marco de las relaciones de producción - donde, posteriormente, ocurre “la creciente promiscuidad” entre el tiempo vital y el tiempo de trabajo - no está bien consolidado.

dudar en que los nuevos movimientos sociales en el actual momento puedan ser explicados en su totalidad por una teoría unitaria, busca una postura crítica y no partidaria de los que afirman que los nuevos movimientos sociales representan la afirmación de la subjetividad frente a la ciudadanía – de formas organizativas representativas de la “democracia participativa” frente a la “democracia representativa”.

En cuanto a los actores de estos movimientos, si por un lado los defensores de esta última concepción dicen que los protagonistas de estos movimientos no son la clase social son, más bien, “grupos sociales, a veces mayores, a veces menores que las clases, con contornos más o menos definidos en función de intereses colectivos, a veces muy localizados pero potencialmente universales” (p.180), Santos, basado en Calderón y Jelin (1987), nos recuerda en América Latina es muy probable que un movimiento de orientación clasista esté acompañado de juicios étnicos y sexuales, que lo diferencian y lo asimilan a otros movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas.

En cuanto a la afirmación de que la emancipación por el cual luchan los nuevos movimientos sociales no es política, sino ante todo personal, social y cultural, Santos (2001), en sincronía con Laclau (ya presentado sobre este punto), nos dice que la novedad de estos movimientos es justamente la ampliación de la política hasta más allá del marco liberal de la distinción entre estado y sociedad civil. Inclusive dice que:

“la politización de lo social, de lo cultural, e incluso de lo personal, abre un inmenso campo para el ejercicio de la ciudadanía y revela, al mismo tiempo, las limitaciones de la ciudadanía de extracción liberal, incluso de la ciudadanía social, circunscrita al marco del estado y de lo político por él constituido” (p.181)¹⁹⁵.

En cuanto a la afirmación de que los nuevos movimientos sociales tienen lugar en el marco de la sociedad civil y no en el marco del estado y, en relación con el estado mantienen una distancia calculada, simétrica a la que mantienen con los partidos y con los sindicatos tradicionales, Santos dice que la distancia entre estos movimientos y el Estado es más aparente de que real, ya que “las reivindicaciones globales-locales siempre acaban por traducirse en una exigencia hecha al Estado y en los términos en que el Estado se siente ante la contingencia política de tener que darles respuesta” (p.180). Gohn (1997) nos dice que el pasado colonial-imperial, a la subsecuente

¹⁹⁵ Esta ampliación de la política, lleva inclusive a los nuevos movimientos a concebir las contradicciones y las oscilaciones periódicas entre el principio del estado y el principio del mercado como siendo más aparentes que reales, “en la medida en que el tránsito histórico del capitalismo se hace de una interpenetración siempre creciente entre los principios, una interpenetración que subvierte y oculta la exterioridad formal del estado y de la política frente a las relaciones sociales de producción” (Santos, 2001:181).

república de los coroneles y después de los líderes populistas llevaron al desarrollo de una cultura política en la sociedad latinoamericana en que se observa una naturalización de las relaciones sociales entre los ciudadanos (o no ciudadanos) y el Estado. O sea, históricamente, la relación de dominación expresa en términos del clientelismo y paternalismo pasó a ser la norma general, vista como natural por la propia población, y luego por los movimientos sociales.

Este hecho dificultará la creación de espacios libres, democráticos o la consolidación de la democracia. Además la presencia de militares, entrando y saliendo del escenario político del juego de poder, fue una constante a partir de los años 60 en varios países latinoamericanos. Aunque concordamos con el contra argumento de Santos - posiblemente basado en el resquicio paternalista de la relación entre estado y sociedad civil, detallada por Gohn -, y consideramos válido su planteo para la construcción de un paradigma latinoamericano (nuestro horizonte de trabajo en este capítulo), resaltamos que no se puede desconocer que en las últimas décadas los mayores avances y cambios sociales y culturales hacia democratizaciones diversas en Latinoamérica, se han producido por medio de los nuevos movimientos sociales, independientemente de que estos hayan tenido logros en el ámbito institucional del estado.

En sincronía con Touraine, Calderón y Jelin (1987) afirman que:

“una de las características propias de América Latina es que no hay movimientos sociales puros o claramente definidos, dadas la multidimensionalidad, no solo de las relaciones sociales sino también de los propios sentidos de la acción colectiva (...) Así, los movimientos sociales se nutren con innumerables energías que incluyen, en su constitución, desde formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y cultural hasta modos de transformación y participación cotidiana de auto-representación societaria” (1987:36).

Dentro del marco de los nuevos movimientos, Santos nos dice que es posible pensar y organizar nuevos ejercicios de ciudadanía que complementarían y profundizarían la exclusión basada en la clase social. Sería justamente en esta “impureza”, en la que reside la verdadera novedad de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos¹⁹⁶.

¹⁹⁶ Según Santos (2001) la extensión de este “paradigma” latinoamericano “no puro” hacia los países centrales es una de las condiciones de la revitalización de la energía de emancipación de estos movimientos en general, lo que posibilitaría inclusive el horizonte de una teoría unitaria.

3.1 – Particularidades latinoamericanas fundamentales para un paradigma de los movimientos sociales.

Si anteriormente nos detuvimos más en las influencias de paradigmas externos sobre la producción teórica latinoamericana sobre los movimientos sociales, ahora debemos pasar a las particularidades de la histórica producción de esta comunidad – así como en la necesidad de la superación entre teorías supuestamente excluyentes – y al planteo sobre características comunes a ser consideradas para la construcción de un paradigma propio.

Se puede decir que el paradigma latinoamericano históricamente se ha concentrado en su casi totalidad, en las luchas por la tierra, en el área rural – correspondiente a lo que podemos llamar de antiguos movimientos populares; en las luchas populares urbanas por bienes y equipamientos colectivos, o espacios para viviendas urbanas (en las asociaciones de habitantes y en las comunidades de base de la Iglesia) – que podríamos llamar de nuevos movimientos populares; y en las luchas de movimientos sociales libertarios, de emancipación, de afirmación de la identidad y reconocimiento de derechos dentro de la diversidad (indígenas, negros, mujeres, homosexuales, y minorías en general).

O sea, la diferenciación europea entre nuevos movimientos sociales (cuestión de género, raza, ecológico, etc.) y antiguos (movimiento operario clásico) no ocurrió en América Latina, aunque en la actualidad ya se presencie la acción de los primeros, pero en otro contexto¹⁹⁷.

En los dos primeros se debe resaltar que la relación con el Estado es una característica fundamental en las acciones, como ya vimos en el capítulo uno y en el principio de este capítulo. En los nuevos movimientos sociales, referente a los contemporáneos, se busca cada vez más una línea de acción más autónoma, que no pase tanto por el Estado, sino por los logros concretos a nivel nacional que acaban ocurriendo en el interior de las instituciones estatales¹⁹⁸. De cualquier forma, para el

¹⁹⁷ Los nuevos movimientos sociales - de mujeres, ecológicos, de negros, etc, ocurrieron en todo América Latina, pero con grandes diferencias en relación a los europeos y norte-americanos. Gohn (1997) nos dice que en América Latina, estos movimientos ocurrieron en sociedades marcadas por tradiciones de relaciones clientelistas y autoritarias. La ausencia de una tradición de una cultura política democrática, delimitó la actuación de los movimientos a esferas locales, mientras que en Norteamérica y Europa, estos movimientos alcanzaron la esfera pública en ámbito nacional.

¹⁹⁸ Como ya vimos, en la historia de esta comunidad – desde la conformación de “clases”, en el proceso de urbanización, hasta el camino que toma las reivindicaciones de los movimientos actuales - está marcado por la presencia del Estado. Gohn (1997) nos dice que la institucionalización de los conflictos

tratamiento de las actuales luchas de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, las instancias institucionales estatales no han logrado el tratamiento adecuado¹⁹⁹, lo que ha generado una cultura política de descreencia en los canales formales estatales²⁰⁰. Debido a la heterogeneidad de los movimientos sociales Latinoamericanos, se configura, en la actualidad, distintas formas de acción relacionadas al carácter de cada movimiento²⁰¹.

De cualquier manera, se debe resaltar que estos nuevos movimientos sociales, aunque ya traigan una mayor heterogeneidad de público, mayor intersección con otros movimientos, y luchas que teóricamente en el campo de la cultura, en América Latina, se hacen muy presente – más que en Norteamérica y Europa – las herencias históricas coloniales, permaneciendo los movimientos étnicos²⁰² y raciales²⁰³, por ejemplo, en el

sociales han sido la principal estrategia de la sociedad política para responder a los movimientos sociales: *“A cada onda de movimiento surgen una série de leis e novos órgãos públicos para cuidar de la problemática”* (p234).

¹⁹⁹ El tratamiento dado por las instancias estatales formales, tal como la institucionalización jurídica – por su característica de rigidez, normalización y tratamiento supuestamente igualitario –, no han captado las especificidades de los problemas según las capas sociales involucradas – no han resuelto los problemas.

²⁰⁰ La falta de “sensibilidad” del tratamiento formal estatal de las luchas, contribuye al aumento de la descreencia popular en el poder del Estado como instancia supuestamente promotora del bien común. Gohn (1997) nos dice que, dado que en la realidad cotidiana de los procesos de relación de los movimientos con el poder público, las cosas funcionan mejor y más rápidamente por los caminos paralelos que por los caminos institucionales, legales, todo lo que es institucionalizado padece de descreencia, porque de hecho hay problemas de jerarquías, burocracias, incompetencias, demora, etc. Resaltamos, la formación de redes entre los movimientos sociales como una alternativa actualmente muy utilizada frente a estas relaciones institucionales.

²⁰¹ Las estrategias y tácticas varían desde acciones violentas – característica de los movimientos de la llamada fase pré-política, cuando el diálogo y las negociaciones eran inviables; y de algunos movimientos actuales de fuerte carácter anarquista, como el movimiento anti-globalización – hasta formas de acción modernas, con el uso de medios avanzados de comunicación – como computadoras, Internet y la prensa (televisión y periódicos). Destacamos el uso de cámaras como una importante herramienta – desde los Aymaras en Bolivia, pasando por los movimientos populares de los 80, llegando a los nuevos movimientos sociales como medio de documentación y denuncias.

²⁰² Dado el pasado colonial latinoamericana, la cuestión indígena, por ejemplo, ha sido fuente de conflictos y movimientos sociales. Habiendo sido exterminada gran parte y otra parte agregada a la población urbana bajo las peores condiciones – donde no son respetados sus derechos ni de acuerdo con sus costumbres, ni como “ciudadanos urbanos”. En grande parte de los países son encontrados en áreas de reserva demarcadas por los gobiernos, sean en áreas urbanas o en “territorio nativo”. Actualmente encontramos parte de la población indígena viviendo como miserables en las áreas periféricas de grandes ciudades o de pequeños pueblos, en situación de desagregación de sus tradiciones y costumbres (resaltamos el alto nivel de alcoholismo que acomete diversas etnias en países latinoamericanos, tal como Brasil); y parte viviendo en territorios “originales” – muchas veces ya degradados ecológicamente –, donde luchan por su derecho a la tierra, formando áreas de conflictos entre indígenas y *garimpeiros*, madereros, agricultores, empresas y gobiernos, interesados en la extracción de “algún bien” de la tierra, en la construcción de áreas urbanas, hidroeléctricas, etc.

²⁰³ Sobre la cuestión racial, la herencia colonial se hace aún más visible que la cuestión indígena – ya que gran parte de estos últimos fueron exterminados por no adecuarse al trabajo esclavo, mientras que los primeros fueron incluidos en la población urbana bajo la condición de marginados, siguiendo con fuertes herencias de la esclavitud en los puestos de trabajo urbanos en que eran “empleados”. Diversas investigaciones comprueban que la gran mayoría de la población pobre o miserable en Latinoamérica es

campo económico. Gohn (1997) nos dice que “*a proporção dos problemas decorrentes da miséria e da pobreza colocam os conflitos econômicos em destaque, e até mesmo recobrem outros tipos*”(p.237). Además, ya sea por las demandas, sea por las estrategias de acción, se puede decir que estos movimientos nunca lograron salir totalmente de las reivindicaciones socioeconómicas, típicas de los movimientos “modernos”, siendo sus luchas basadas en reivindicaciones seculares de los excluidos.

De cualquier manera, defendemos - más allá de resquicios de reivindicaciones seculares, de estrategias de acciones en parte defecionadas al Estado – que los nuevos movimientos sociales latinoamericanos ya traen un diferencial organizacional (horizontalidad, autogestión, funcionalmente en red y luego una mayor abertura para espacios de intersección con otras luchas, de otros movimientos); de las reivindicaciones (aunque defiéndose que sus luchas están basadas en reivindicaciones antiguas de la parcela oprimida y excluida de la población, en la actualidad estas luchas se fragmentan y se interconectan con otras luchas. Como vimos con Laclau, en cada esfera de la vida de los sujetos, existen discursos y, luego, luchas interdependientes entre si); de estrategias de acción (articulación con la sociedad civil y política por medio de política de asociaciones, así como una política de captación interna de recursos); capacitación de personal (formación y calificación de cuadros); uso de modernos medios de comunicación (Internet, periódicos, radios). Algunos nuevos movimientos sociales en mayor o menor grado, tienen estas características. Estas constituyen características que deben acentuar con el tiempo.

3.2 – La necesidad de superación de paradigmas excluyentes para la formación de un paradigma propio.

compuesta por afrodescendientes, lo que se puede comprobar visiblemente. En este sentido la lucha del “movimiento negro”, además de ser una lucha contra prejuicios en diversas esferas sociales (de trabajo, en el medio social, en lo cotidiano, en las esferas subjetiva, simbólicas y de lenguaje, y recientemente, a partir de siglo XXI, con las políticas de cupos para negros en las universidades y en los medios de comunicación, por ejemplo), también puede ser considerada una lucha de clase.

Llamamos la atención sobre el mito de la “democracia social”, basada en las obras de Roberto Freire (principalmente “*Casa-Grande e Senzala*” y ampliamente difundida por Brasil, hizo creer por muchos años - mostrando su herencia hasta los días de hoy – en la “miscegeinación” y en la igualdad de las “razas” de esta nación. Seguramente eso atrasó la consolidación del movimiento negro en Brasil y la visibilidad de sus demandas, principalmente las localizadas en la esfera cultural, simbólica. Actualmente la discriminación ocurre no solo “directamente” - como a través de ofensas verbales, ya que las discriminaciones explícitas son consideradas crimen -, pero principalmente por la llamada discriminación subliminal: bajos salarios, menos oportunidad de empleo, expresiones en el lenguaje, etc.

Como ya vimos al principio de este capítulo, este incipiente paradigma se basó mayoritariamente del paradigma europeo, primero en su vertiente marxista, principalmente en los años 70, y, ya en los 80, del paradigma de los NMS. Resumiendo, el debate histórico se centró en el énfasis por la estructura (concebida por los marxistas en relación a las clases sociales) *versus* el énfasis en los nuevos actores sociales (concebida por el paradigma de los NMS en relación a la transversalidad de clase de los movimientos sociales actuales, donde los aspectos simbólicos y culturales serían las fuentes de identificación de los actores de estos movimientos, más allá de los aspectos económicos)²⁰⁴.

En América Latina esta controversia se tradujo cuanto a la opción paradigmática, colocando de un lado los estructuralistas y del otro los “interaccionistas”. Los primeros postulaban que era necesario antes mapear las condiciones estructurales, causas, consecuencias e influencia de los movimientos, a partir de un análisis que enfocara las desigualdades sociales, las discriminaciones, la represión y la explotación, dándole atención también a las ideologías, frustraciones, quejas, reclamaciones y demandas, así como a las posibilidades de concientización y organización de los grupos y movimientos. Este tipo de análisis enfatizaba el potencial de transformación de los movimientos sociales. El segundo enfatizaba los conflictos políticos, las estrategias de movilización, las relaciones de poder, el papel de los liderazgos, las alianzas, la función de las acciones estratégicas, etc. Se destacaba la capacidad de los movimientos sociales de construir identidades políticas por medio de procesos discursivos y se postulaba la imposibilidad de entender las acciones políticas como deducciones directas de las estructuras económicas (Gohn, 1997).

Esta discusión transpuesta al campo donde se mueven los movimientos sociales, se refiere a los que ponen el énfasis en los factores sociopolíticos y los que lo hacen en los factores político-económicos. Los primeros se unen a la corriente de los NMS y destacan el proceso de construcción de identidad política de los movimientos y su potencial de resistencia cultural. Los segundos enfatizan la cuestión del poder político según las concepciones del paradigma marxista.

²⁰⁴ Como vimos, este debate ya había ocurrido en la segunda mitad de los años 80 entre americanos y europeos, resultando así otro dilema sobre cuál sería el objetivo y el significado básico de los movimientos – construir estrategias (americanos) o identidades (europeos). En los años 90 los americanos abandonaron el dilema y construyeron otro eje paradigmático: la estructura de oportunidades políticas, responsable por el surgimiento de los varios ciclos de movimientos sociales, en diferentes contextos y lugares históricos.

Según Gohn (1997), los estudios basados en las teorías marxistas se destacaron ciertas categorías como: hegemonía, contradicción urbana y luchas sociales. Los estudios que aplicaron el paradigma de los NMS, utilizaron principalmente la categoría de autonomía, y la identidad fue lo más destacado. De cualquier manera, hubieron relecturas de este último paradigma, resultando en la creación de otras categorías de análisis, tales como: nuevos sujetos históricos, campo de fuerzas popular, ciudadanía colectiva, exclusión social, descentralización, espontaneidad, solidaridad, sector terciario privado y público, ideología²⁰⁵, etc. En este sentido - de la superación, a través de la síntesis, entre los paradigmas; de viejas reivindicaciones con nuevos actores - empezó a producir su reflejo en el campo teórico, tal como fue dicho por Calderón y Jelin:

“pensamos que América Latina, vista desde los movimientos sociales está atravesando un momento de reconstitución, que tiene dos elementos complementarios: la emergencia de nuevos actores y prácticas colectivas, donde la temática de las identidades culturales y los patrones de nuevas relaciones sociales se aproximan de manera compleja con la lucha por el poder y la hegemonía política, por un lado; por el otro, la transformación en las prácticas de los actores seculares y su vinculación con los nuevos. Esta reconstitución es paralela con un incipiente movimiento teórico colectivo que, a la vez de plantearse un esquema analítico para interpretar estos nuevos fenómenos, produce una relectura de las experiencias históricas del pasado” (p. 39-40).

Así, Calderón, aún en 1987, ya nos hablaba sobre las características de los movimientos sociales de la siguiente forma:

“los movimientos sociales viven una inflexión entre orientaciones y características tradicionales de la sociedad (por ejemplo, de búsqueda de modernización, de liberación social y/o nacional) y el surgimiento de nuevas prácticas y orientaciones, tanto de los actores clásicos (operarios, campesinos, etc.) como en las prácticas de movimientos sociales (de género, juventud, derechos humanos, etc.)” (p.197).

En una comunidad como la latinoamericana, caracterizada por tantas contradicciones, por tanta desigualdad estructural (herencia de los procesos de

²⁰⁵ En este momento, según Gohn (1997) no se trata más de la ideología en la vertiente marxista ortodoxa que la concibe como “mistificación de la realidad”, pero sí la vertiente marxista-gramsciana que trata la ideología en el campo de las prácticas sociales, como un conjunto de ideas que dan soporte a los proyectos estratégicos de cambio del orden de las cosas en la realidad social.

colonización), por el alto nivel de concentración de renta²⁰⁶, un paradigma actual de los movimientos sociales no debe dejar de considerar esta realidad. El gran nivel de concentración de la renta estableció una minoría de ricos, una mayoría de pobres y una creciente clase media. Aunque sea cuestionable la existencia de clases en Latinoamérica, la realidad de una gran concentración de renta (minoría de ricos y mayoría de pobre) es incuestionable. Si los movimientos sociales latinoamericanos, desde siempre, luchan por cambio sociales y culturales hegemónicos, establecidos por una elite (política, cultural, pero sobretodo económica, ya que este es el factor primordial de poder, desde la colonización hasta el capitalismo actual), ellos no deben excluir esta dimensión socioeconómica de la realidad.

En este sentido, el énfasis analítico en los factores sociopolíticos o en políticos-económicos; en categorías como identidad, cultura, discurso, campo simbólico, o en categorías como clase, hegemonía, o contradicciones sociales; análisis de las estructuras e identidades políticas o análisis de las dinámicas sociales y sus estructuras; no deben ser vistos de manera excluyentes. Defendemos, en sincronía con estos autores – Gohn, Calderón, Jelin, Laranjeira, Calderón -, que estas nuevas categorías, justamente por nacer de una síntesis entre los dos paradigmas, y este nuevo esquema analítico, que se propone hacer una relectura de experiencias del pasado, deben ser la base para la elaboración de un paradigma propio latinoamericano.

Resaltamos las importantes características históricas contextuales y de producción teórica de los movimientos sociales latinoamericanos, fundamentales, a nuestro entender, para la construcción, o solidificación, de un paradigma latinoamericano de los movimientos sociales. Asimismo, nos gustaría aclarar, antes de seguir con el planteo sobre la importancia de síntesis teóricas para la formación del referido paradigma – y de la importancia de la dimensión de clase –, que no pretendemos defender una única teoría. Dejemos claro que un paradigma puede, y debe, incluir tantas teorías cuanto sean necesarias para intentar explicar su campo de estudio.

Santos (2001) ya nos decía sobre la imposibilidad de una teoría unitaria para explicar los nuevos movimientos sociales (tanto los de los países centrales como los de América Latina), predominantes en el escenario latinoamericano actual. Nos decía que hay importantes diferencias entre “valores postmaterialistas y las necesidades básicas; entre las críticas al consumo y las críticas a la falta de consumo; entre alienación y el

²⁰⁶ Ver los datos en la página <http://www.politica-democracia.com/al-america-latina/ind-gini.htm>.

hambre, entre las clases medias y las (poco esclarecedoras) clases populares (...)” (p.180). Principalmente en una comunidad latinoamericana, donde encontramos entre los países y en el interior de cada país y ciudad, distintos grados de desarrollo económico y tecnológico, lo que configuran una realidad de concentración de la renta y desigualdad en cuanto a la atención a los derechos, nada más normal que la coexistencia de distintas reivindicaciones, luchas y movimientos. Pero, más que nada, en el interior de cada movimiento, distintas esferas de análisis no deben ser separadas, al revés, deben ser mezcladas, buscando el mayor grado de explicación posible.

3.3 - La importancia de rescatar la dimensión de clase en las formulaciones teóricas de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos.

Si hasta el momento nos preocupamos en plantear la novedad que los nuevos movimientos sociales generaron tanto en la realidad social como en el ámbito teórico de los países latinoamericanos, y, en la necesidad de superación de paradigmas excluyentes, debemos empezar hacer el contrapunto necesario, aproximándonos a nuestra problemática en este trabajo: aunque los nuevos movimientos sociales latinoamericanos no sean protagonizados por una clase específica, como quería la teoría marxista, lo que refleja en el ámbito teórico – de formulación de conocimiento de los movimientos sociales actuales – una no preocupación, o hasta una desconsideración, en cuanto al análisis de clase, defenderemos a partir de ahora la importancia fundamental de esta dimensión en la formulación teórica de los actuales movimientos sociales latinoamericanos. Buscando no caer en la contradicción terminológica con lo expuesto anteriormente – sobre la discusión de la existencia de clases en diversos países latinoamericanos, así como la mayor adecuación de términos como “pueblo” y, además, movimientos populares –, aclaremos que cuando nos referimos al análisis de clase, estamos refiriéndonos más bien a la esfera económica de los actores de los movimientos sociales en cuestión.

Esta relación queda explícita en el planteo de Camacho (1987) sobre la dimensión de clase presente en los nuevos movimientos sociales populares. Según este autor, el proyecto político de estos movimientos, o las reivindicaciones políticas más localizadas, cuestionan la naturaleza del régimen de dominación. Eso los lleva a oponerse a las “clases dominantes”. Esta sería la razón por la cual existiría una clase opuesta a la dominante (está lógica está presente en los planteos que haremos sobre Zizek y

Jamenson en el capítulo 4: la existencia innegable de una clase dominante, lógicamente, lleva a la existencia de una clase dominada). Es en este sentido que Camacho defiende que en toda reivindicación popular, presente en diversos nuevos movimientos sociales, se pueden encontrar las contradicciones de clase²⁰⁷.

Esta concepción de clase y de nuevos movimientos sociales populares, nos dice Camacho (1987), es esencialmente dinámica. Al limitarnos a enfoques descriptivos, no se podrá encontrar estas relaciones. Es necesario no considerar las clases de forma estática, y sí en un proceso de constitución, y los nuevos movimientos sociales populares, en su proceso de transformación “popular”:

“Este enfoque nos obrigará a reconhecer as determinações últimas de suas lutas – e é aí onde a classe social aparece intimamente conectada ao processo de constituição do movimento popular, como podemos observar examinando alguns aspectos de sua dinâmica” (p.226).

Aunque Calderón (1987) defienda, como vimos, que no existen clases puras en América Latina – ya que a los sujetos sociales le son atribuidas múltiples posiciones, correspondientes a diferentes camadas sociales, que se ordenan y jerarquizan conforme a conflictos y luchas sociales, culturales, etc. –, por otro lado este autor defiende esta categoría analítica. Nos dice que, con demasiada frecuencia, los científicos sociales tienden a olvidarse que el concepto de clase social es analítico y sirve para describir la estructura social en términos de un modelo teórico.

De cualquier forma, existen autores que siguen utilizando la categoría clase en sus planteos, como vimos con Camacho, aunque ellos no se refieran a las clases marxistas clásicas. Jacobí (1987), que también sigue utilizando este término, defiende que la preeminencia creciente de la tecnocracia, inaugura nuevos e intensos conflictos de clase. Este autor, criticando las concepciones teóricas que conciben el “funcionamiento” de la sociedad protagonizados por las clases o por los movimientos, nos plantea sobre la necesidad de buscar una teoría que no excluya estos dos actores²⁰⁸.

²⁰⁷ Según Camacho (1987) es debido a eso que Ballón afirma que *“a categoria movimento popular refere-se a um sujeito social e político, a uma vontade coletiva que sintetiza as massas, e que tem nas classes sua determinação principal. O povo como sujeito de ações histórica não se constitui à margem das classes, mas ao contrário, acompanha o mesmo processo de constituição das classes, e as formas e características que assume correspondem ao nível e grau de desenvolvimento destas últimas”* (p.225).

²⁰⁸ Esta crítica es dirigida a los trabajos de Alain Touraine y André Goez – ambos basados en las investigaciones de Daniel Bell (*The coming of Post – Industrial Society*, 1978). Aunque Jacobí (1987) se muestre simpático con la idea planteada por los autores de que la sociedad post-industrial, o programada (según Touraine), está destruyendo la mentalidad operaria y generando una no-clase (ver definición en la página 96), particularmente individualizada, que sería el nuevo sujeto histórico revolucionario – liberado tanto de las clases sociales como de sus formas de acción política -, este autor termina por hacer una

Aunque conciba que las clases se transformaron profundamente²⁰⁹, nos habla que ya existen muchos trabajos que muestran la sobrevivencia de las clases sociales y sus luchas en las sociedades capitalistas actuales. Por otro lado, nos dice que este hecho debe caminar junto con otro hecho político y social: la existencia de los nuevos movimientos sociales. Además, defiende la coexistencia de las clases sociales, con sus leyes de funcionamiento, y los movimientos sociales, con sus propias leyes autónomas, con razones distintas para su existencia, y con límites y posibilidades también diferentes:

“Assim, podemos imaginar um sujeito social pertencente a uma classe e que atua politicamente nessa capacidade; enquanto o mesmo sujeito, afetado pelas rupturas que sublinhamos antes, participa como indivíduo em qualquer movimento social” (p.98).

Este contrapunto, aparentemente contradictorio con lo que veníamos presentando - o sea, un autor que más explícitamente utiliza la categoría “clase” -, de hecho, no lo es. Aunque Jacobí (1987) no nombre en su trabajo las clases que defiende existir - tal como hizo Calderón y Jelín, al proponer la mayor adecuación del término “pueblo” y “movimientos populares” para Latinoamérica -, este autor, como fue planteado, se detiene en la diferenciación entre las “clases tradicionales” y las “actuales” (pié de pagina 77). O sea, esta aparente contradicción es un reflejo más del trayecto que siguen los trabajos de los autores - en el caso de Jacobí, de su preocupación central en defender la coexistencia, tanto en la realidad como en los análisis, del ámbito económico y del ámbito socio-cultural - que con el contenido del concepto. Consideramos el trabajo de Jacobí importante, al explicitar la existencia de clases en América Latina, principalmente por “forzar” polémicas y reflexiones que caminan en el sentido de nuestro objetivo: el análisis de clase debe estar presente en las reflexiones de - y sobre - cualquier nuevo movimiento social latinoamericano. De hecho, esta dimensión de análisis está presente, de manera implícita o explícita, en las obras de todos los autores latinoamericanos utilizados en este capítulo.

De hecho, no cabe dudas de que la realidad de las primeras décadas del siglo XIX, cuando este concepto fue originalmente formulado, y la realidad del siglo XX y XXI

crítica Touraine y Gorz: *“Assim, apesar de toda irreverência e heterodoxia de suas propostas, revelam-se ao final das contas fiéis seguidores da lógica hegeliana e marxista, em que um paradigma de conhecimento exclui todas as demais. A sociedade funciona com uma (e única) norma: são as classes ou são os movimentos”* (p.96-97).

²⁰⁹ “Desplazándose en los territorios de conflicto; a partir de la naturaleza de la propiedad, para las contradicciones entre trabajo manual e intelectual; burguesía tradicional pierde importancia delante de las corporaciones tecnocráticas; la clase operaria ve modificadas continuamente sus referencias en el trabajo, bajo presión de cambios tecnológicos” (Jacobí, 1987:97. mi traducción).

son totalmente distintas, reflejando en la configuración de la estructura social y, consecuentemente, en las formas de acción de los actores sociales. En el primer contexto, en Europa, la conciencia de la explotación y su contestación entre algunos sectores de la clase pueden ser comprendidas en el contexto de expropiación en que estaban subordinados – tanto en relación al saber, como en relación a los instrumentos de producción. Ya en las condiciones actuales, la realidad de expropiación, nos dice Laranjeiras (1990), es más fácilmente mascarada.

Ante el gigantismo de las empresas, de la complejidad de tecnologías y del proceso de trabajo, se le torna más difícil al operario desarrollar una conciencia de su capacidad de controlar el proceso de trabajo y por lo tanto de actuar como agente de la transformación histórica. De cualquier manera esta autora, al hablar de los movimientos sociales latinoamericanos, nos presenta una importante pregunta: “sería posible aceptar la idea de que la dimensión económica, el mundo del trabajo, hayan dejado de constituirse en el eje condicionante de las prácticas político-sociales?” (p.24. mi traducción).

En sincronía con Santos (2001) – sobre la regulación que el neoliberalismo ejerce en la vida de los sujetos modernos, tanto en sus trabajos, como en su tiempo libre y las formas de descansar -, Laranjeiras (1990) nos dice que, desde la infancia, el individuo es orientado a prepararse para ocupar un lugar en el mercado de trabajo, de lo cual dependerá su sobrevivencia (y muy probablemente la de su familia – principalmente los hombres, ya que en la sociedad machista occidental estos han sido históricamente los responsables por los empleos remunerados, fuera del hogar²¹⁰). En la edad adulta, el mundo del trabajo pasa a ocupar un lugar central en la vida de los individuos modernos: a él se dedica significativo número de horas del día, sus mejores energías vitales; de allí proviene gran parte de sus preocupaciones (salarios, desempleo, condiciones de trabajo, movilidad, etc.) como indican las enfermedades característica del hombre moderno. En la edad madura, las condiciones de vida son un resultado directo del lugar ocupado anteriormente en la división social del trabajo. Las mismas posibilidades de escapar del mundo del trabajo, a través de la participación en esferas públicas o culturales son

²¹⁰ En este sentido, la lucha feminista, por el reconocimiento del puesto de ama de casa como una profesión, de la apertura del mercado de trabajo para las mujeres, de igualdad salarial, y contra los prejuicios de una familia “matriarcal”, también se refieren, en última instancia, al sistema de producción, a la esfera económica. En el ámbito teórico, esta lucha se refiere también el marxismo clásico, al protagonismo masculino en las luchas de clase, donde las mujeres - como personas que cuidaban de la familia y del hogar, y permitían a los hombres la estructura necesaria para trabajar “fuera” y participar de la “revolución” - no fueron resaltadas.

condicionadas en gran parte por la situación del individuo en las relaciones de producción. El número de horas dedicadas al descanso, así como su naturaleza, son resultantes de aquella condición²¹¹.

Así, podemos decir que, si por un lado este inédito nivel de regulación que las nuevas formas capitalistas de mercado ejercen sobre la vida de los sujetos modernos genera la insuficiencia del paradigma clásico marxista, referente tanto a la teoría como a los movimientos, por otro lado, este nivel de regulación es protagonizado por el mercado (actores capitalistas), siendo la dimensión económica, indispensable para analizar los movimientos que surgen contra estas regulaciones. Además, la lucha de los viejos movimientos sociales (o, para América Latina, los movimientos populares antiguos) no pierde su importancia, ya que se lucha contra un mismo enemigo, pero ahora con otras estrategias de actuación – más disimuladas y de difícil identificación. Más bien, estos deben pasar por una reformulación. Según Calderón (1987),

“a relativa superação entre o público e o privado, a expansão dos conflitos a territórios considerados até recentemente como particulares (tais como as relações sexuais, o corpo, as relações interpessoais, a identidade biológica, etc) provocam uma readaptação de energia polivalente dos movimentos sociais mais clássicos” (p.207).

Como hemos dicho anteriormente, debido a la gran concentración de la renta en los países latinoamericanos y la exclusión social de una gran parte de población, las luchas de los nuevos movimientos sociales no deben abandonar las preocupaciones socioeconómicas, tal como la dimensión de clase. Si en la actualidad las luchas de los movimientos no se organizan en torno a una clase social determinada – como tampoco fueron en otro momento histórico -, ciertamente un análisis de la dimensión económica podrá generar aportes para los nuevos movimientos.

Gohn (1997), refiriendo se al contexto latinoamericano, nos dice que siempre debemos destacar alianzas y articulaciones entre las demandas socioeconómicas, generadoras de procesos de exclusión social, con las demandas socioculturales. Estas últimas serían importantes por abastecer elementos para comprender las visiones, valores y proyectos de vida y del mundo de los grupos movilizados: *“Os conflitos*

²¹¹ Obviamente que no queremos establecer la existencia de una homogeneidad de conductas – una vez que dentro de determinados límites existen distintas posibilidades de responder aquellos condicionamientos en razón de la interferencia de otros factores de dimensión cultural, religiosa, familiar, etc. o sea, la dimensión económica no debe determinar unilateralmente que prácticas político-ideológicas de los agentes colectivos sean explicadas exclusivamente a partir del lugar ocupado en las relaciones de producción (Laranjeiras, 1990).

sociais em cena são tanto de ordem econômica como de ordem racial, de gênero, de etnia, etc” (p.237).

En este sentido, el propio Touraine (1985), aunque conciba los movimientos sociales como los nuevos sujetos históricos, nos habla que, quizá los nuevos movimientos sociales expresen fenómenos nuevos y específicos que rebasen los marcos de la vieja explicación, pero eso no significa invalidar toda teoría marxista para explicar al nuevo actor social. Además, nos cabe pensar hasta qué punto los elementos que dan identidad a estos nuevos sujetos y los temas en torno a los cuales se organizan y se articulan, no tienen ingredientes con los que antes se denominaban criterios de clase (empobrecimiento, opresión y explotación).

Esto nos lleva a reflexionar sobre la trayectoria histórica de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, sobre sus orígenes. Si los antiguos y nuevos movimientos populares latinoamericanos, como ya vimos, traen consigo luchas históricas por derechos y condiciones de vida básicas, teniendo como actores las poblaciones marginadas, cuadro heredado de un pasado colonial y de Estados autoritarios y paternalistas, en los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, populares o no, esta herencia histórica, así como esta población marginada no desaparece o deja de influir -más bien se alinean en otras luchas (más locales, pero potencialmente globales y con intersección con otras luchas), en otras formas de organizaciones (horizontal, abiertas, muchas veces no presenciales, autogestionales), con otras herramientas (modernos medios de comunicación), y con otro campo de acción (con la posibilidad de no direccionarse solamente a las esferas estatales institucionales, abriendo la posibilidad de direccionarse hacia la sociedad civil, para lo cotidiano, para el lenguaje, los discursos, las construcciones de identidades y el universo simbólico). En cuanto a este último punto debemos recordar que nos alineamos con la concepción gramsciana, posteriormente retomada por Laclau y Mouffe, sobre la dispersión del Estado en la sociedad civil, y luego de la inclusión de esta última en el “concepto” de Estado, junto con la propia sociedad política.

Hasta en luchas que aparentemente no tienen ninguna relación con la dimensión económica, concebidas como totalmente transversal a la clase, como el movimiento *gay*, por ejemplo, ciertamente este análisis se mostrará importante así como a los actores que efectivamente protagonizan este movimiento, su nivel de renta; así como al grado de movilización de acuerdo con las regiones, bajo los recortes socioeconómicos, de un país y en el interior de las ciudades; así como la aceptación de demandas de acuerdo con los

niveles económicos de los grupos sociales de una determinada sociedad; en cuanto al nivel socioeconómico o de *status* social de las parejas *gays* que lograron la institucionalización de matrimonio, etc²¹².

Esta relación ya nos parece demasiado clara, inclusive siendo planteadas a lo largo de este trabajo, como las luchas feministas, de raza, étnicas, etc. Así, como ya hemos planteado, Calderón y Jelin (1987) nos acuerdan que en América Latina es muy probable que un movimiento de orientación clasista esté acompañado de juicios étnicos y sexuales, que lo diferencian y lo asimilan a otros movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas.

²¹² Mi suposición está basada en la realidad brasileña, donde los participantes de grupos y movimientos *gays*, realmente actantes, y que, de hecho logran conquistas (como la unión estable), pertenecen a clases económicas medianas o altas. En las clases más pobres, y principalmente en el interior (en el campo) del país, la discriminación contra parejas del mismo sexo es mucho más fuerte que en las clases con algún poder económico. Eso si me parece un hecho incuestionable.

Cap. 4 - La “Postmodernidad” y el “Olvido” de la Dimensión de Clase¹.

Como hemos planteado en el capítulo tres, consideramos la superación de paradigmas excluyentes – a favor de los nuevos movimientos sociales o a favor del marxismo clásico – fundamentales para el desarrollo de un paradigma propio latinoamericano. O sea, aunque ya no se pueda decir que los nuevos movimientos sociales sean protagonizados por clases específicas, la dimensión socioeconómica, reflejada en estructuras sociales con intereses antagónicos, es fundamental, principalmente dentro de la comunidad latinoamericana, compuesta por países con altos niveles de concentración de renta y de desigualdad social.

En el seno de un período histórico nombrado, no sin controversias, de postmodernidad, plantaremos una supuesta intencionalidad del olvido de la dimensión de clase, relacionándola a la creciente “academización” e institucionalización de campos de estudios que producen conocimiento y discursos sobre los nuevos movimientos sociales – tal como los Estudios Culturales -, y del protagonismo de actores transnacionales capitalistas en este proceso. Sugerimos que este proceso, en última instancia, planeado, debe ser detectado por los nuevos movimientos sociales como una forma de su inserción en la perversa dinámica del capitalismo actual. Defenderemos la toma de conciencia por parte de los nuevos movimientos sociales con relación a las actuales estrategias de dominación de los actores del capitalismo actual – o, más directamente, de desarticulación y despolitización de los actores interesados en cambios sociales y culturales que objetivan una mayor igualdad (en su más amplio sentido, o sea, cultural, socioeconómico, de derechos, etc) y, en última instancia, amenazan la hegemonía de la actual jerarquización establecida como parte fundamental del actual proceso de politización de estos movimientos.

Buscando dar embasamiento y credibilidad para esta serie de sugerencias, en principio meramente “conspiratorias”, separamos en tópicos los puntos que consideramos centrales.

¹ Pusimos estos términos entre comillas por cuestionar, en el primer caso, la validez de la postmodernidad como período histórico, concebida por nosotros en el sentido de una construcción discursiva; en el segundo caso, porque sugeriremos que el “olvido” de la dimensión de clase está incluida en la construcción de un discurso formulado por actores interesados, siendo, por lo tanto, un “olvido” cargado de intencionalidad. Ambos planteos serán detallados en tópicos específicos en este capítulo.

4.1 – Una tentativa de contextualización histórica.

Para definir lo que entendemos como postmodernidad, consideramos necesario primero definir lo que entendemos como la modernidad. Siguiendo los planteos de Giddens (2008), concebiremos la modernidad como “el período histórico referente a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos mundiales” (p.15).

Evidentemente que, actualmente, nos encontramos en un momento histórico radicalmente distinto al de esta definición inicial de modernidad. Se ha sugerido una vasta gama de términos para referirse a este nuevo período, algunos de los cuales hacen referencia directa al surgimiento de un nuevo tipo de sistema social (como la “sociedad de la información” o la “sociedad del consumo”). Lo que nos alerta Giddens (2008) es que estos términos sugieren que el estado anterior de las cosas está llegando a su fin – lo que se refleja en los términos postmodernidad, postcapitalismo, sociedad postindustrial, etc.

Algunos de los debates se centran principalmente en las transformaciones institucionales, especialmente aquellos que plantean que nos movemos de un sistema fundamentado en la fabricación de bienes de consumo a otro cuya preocupación central descansa en la información. Otros debates se refieren a las cuestiones filosóficas y epistemológicas de este cambio histórico. Según Giddens (2008), Jean-François Lyotard, en su libro “*The post modern condition*” (1985), sigue justamente este camino. Para este último autor, la postmodernidad hace referencia tanto al desplazamiento del intento de fundamentar la epistemología, como al desplazamiento de la fe en el progreso humanamente concebido. O sea, la condición de postmodernidad se distingue por una especie de desvanecimiento de la “gran narrativa”². En esta visión que contempla una pluralidad de heterogéneas pretensiones al conocimiento, la ciencia no poseería un lugar privilegiado³.

Aunque Giddens (2008) conciba, más allá de la modernidad, la existencia de contornos de un orden nuevo y diferente, que podrían ser llamados de postmoderno, su

² Definida como “la línea de relato englobadora mediante la cual se nos coloca en la historia como seres que poseen un pasado predeterminado y un futuro predecible” (Giddens, 2008:16).

³ La visión de Lyotard puede ser contrastada con la de Habermas – *The Philosophical Discourse of Modernity*” (1987), que dice que es posible una epistemología coherente, y que puede lograr un conocimiento generalizado de la vida social y de los modelos de desarrollo social.

visión sería muy distinta de las concepciones que nombran al momento histórico actual de postmodernidad. Este autor, buscando problematizar los cuestionamientos de Lyotard, sostiene que la desorientación que se expresa en la opinión que no es posible obtener un conocimiento sistemático de la organización social, resulta en primer lugar de la sensación que muchos de nosotros tenemos de haber sido atrapados en un universo de acontecimientos que no logramos entender del todo y que en gran medida parecen escapar a nuestro control:

“Para analizar cómo hemos llegado a esto, no basta con inventar términos como postmodernidad y del resto, sino que debemos posar una nueva mirada sobre la naturaleza de la propia modernidad, que, por ciertas razones muy concretas, ha sido hasta ahora precariamente comprendida por las ciencias sociales” (p.16-17).

Para este autor, aunque las teorías que caracterizan la modernidad hayan sido caracterizadas por la antigua influencia del evolucionismo social⁴ que presentaba la historia de la humanidad dotada de una dirección de conjunto gobernada por principios de dinámica general - tal como el propio marxismo -, las instituciones sociales modernas son únicas, distintas en su forma de todos los tipos de orden tradicional, lo que genera interpretaciones “descontinuistas” del desarrollo social moderno⁵; los cambios de los últimos tres o cuatro siglos han supuesto un impacto tan espectacular y de tal envergadura que hace que nuestro conocimiento sobre anteriores períodos de transición nos sea de limitada ayuda en el intento de interpretarlos significativamente.

Contra el positivismo evolucionista de la teoría histórica que comienza con pequeñas y aisladas culturas de caza y recolección, marcha a través del desarrollo de comunidades de pastoreo y de cultivo y de ahí a la transformación de los estados agrícolas, para culminar en el surgimiento de las sociedades occidentales modernas, Giddens (2008) puntúa distintas descontinuidades que distinguen las instituciones modernas de los órdenes sociales tradicionales: ritmo de cambio que la era de la modernidad pone en

⁴ Según el evolucionismo, la historia puede ser narrada como una línea de relatos que impone una representación ordenada sobre el embrollo de los acontecimientos humanos.

⁵ “Las formas de vida introducidas por la modernidad arrasaron de manera sin precedentes todas las modalidades tradicionales del orden social. Tanto en extensión como en intensidad, las transformaciones que ha acarreado la modernidad son más profundas que la mayoría de los tipos de cambios característicos de períodos anteriores. Extensivamente han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo; intensamente, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra cotidianidad” (Giddens, 2008:18).

movimiento⁶; el ámbito del cambio, referente al alcance de los cambios⁷; la naturaleza intrínseca de las instituciones modernas. Estos son los rasgos básicos que hacen con que Giddens afirme que en verdad, estamos viviendo las consecuencias de la modernidad, y por la imposibilidad de entender esta serie de desconstinuidades inéditas, nombramos el actual período histórico de postmodernidad – tal como un momento histórico posterior al pasado, o sea, a la modernidad.

Giddens (2008), dentro de una postura teórica que se asemeja a la poscolonial, (teoría que introducimos en el capítulo uno y dos), nos dice que la deconstrucción del evolucionismo social significa asumir que la historia no puede verse como unidad o reflejo de ciertos principios unificadores de organización y transformación. Esto no quiere decir que todo sea caos o que no se escriba un número infinito de historias idiosincrásicas.

Esta afirmación va en el mismo sentido de lo que defendíamos en el primer capítulo - la importancia de los Estudios Subalternos en Latinoamérica para descentralizar el discurso hegemónico que escribió *una* historia, la de los colonizadores, y la postuló como la historia oficial – y de lo que defendíamos en el tercer capítulo - la necesidad de construcción de un paradigma para los nuevos movimientos sociales latinoamericanos que no esté basado en la exclusión de otros paradigmas ni de dimensiones de análisis de otros paradigmas, aunque estos ya no sean los vigentes para entender los nuevos movimientos sociales; que considere tantos aportes y discursos como sean necesarios para la mejor comprensión de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos; y de la importancia de los nuevos movimientos sociales como representantes de estos diversos discursos, tema que todavía no nos profundizamos, pero que en seguida profundizaremos.

Siguiendo esta línea teórica, poscolonial, podemos seguir con el análisis crítico de las características centrales de la modernidad que nos permitirán comprender mejor nuestra crítica a lo que se ha llamado “postmodernidad”, inclusive, alineándonos con Giddens, a su propia validez como período histórico.

Retomando la crítica al evolucionismo social que caracterizó la construcción discursiva, de relato histórico, de las sociedades durante la modernidad⁸, Bidaseca (2010)

⁶ Las sociedades tradicionales pueden haber sido más dinámicas que otros sistemas pre-modernos, pero la celeridad del cambio de las condiciones de la modernidad es excepcional – quizás por la tecnología allí alcanzada.

⁷ La interconexión que ha supuesto la supresión de barreras de comunicación entre las diferentes regiones del mundo, ha permitido que las agitaciones de transformaciones sociales estallen prácticamente en la totalidad de la superficie terrestre.

⁸ En la década de 1940, Toynbee, mapea los factores de la “falsa interpretación de la historia” de la siguiente manera: “Aparte de las ilusiones debidas al éxito mundial de la civilización occidental en la esfera material,

nos dice que la crisis de la idea de la modernidad, ya estaba presente en los estudios de la Escuela de Frankfurt, en la afirmación “la Ilustración es universal”. En otras palabras, su afirmación se impone como incuestionable (p.90). Yendo más allá del breve planteo de Giddens (2008), sobre el positivismo evolucionista de la teoría histórica – ya que este autor no puntúa explícitamente los contenidos ideológicos inmersos en estas teorías –, Bidaseca (2010), dentro de la línea de los Estudios poscoloniales, cita al portorriqueño Ramón Grosfoguel (2006), respecto a la construcción moderna del sujeto cartesiano, y a la perspectiva del “punto cero”, (“el punto de vista que se esconde y disfraza como si estuviera más allá de un punto de vista particular, o, el punto de vista que se representa como si no fuera tal”) de las filosofías eurocéntricas y de las ciencias modernas occidentales:

“Pasamos de la caracterización de ‘gente sin escritura’ del siglo XVI a la caracterización de ‘gente sin historia’ en los siglos XVIII y XIX, a la de ‘gente sin desarrollo’ en el siglo XX, y más recientemente, a la de comienzos del siglo XXI de ‘gente sin democracia’. Pasamos de los ‘derechos del pueblo’ en el siglo XVI (el debate de Sepúlveda contra de las Casas en la escuela de Salamanca a mediados de este siglo), a los ‘derechos del hombre’ en el siglo XVIII (filósofos de la Ilustración), y a los ‘derechos humanos’ de finales del siglo XX. Todos ellos hacen parte de los diseños globales articulados a la producción y reproducción simultáneas de una división internacional del trabajo de centro / periferia que coincide con la jerarquía racial / étnica global de los europeos y no europeos” (p. 23. Apud Bidaseca, 2010:90).

De esta manera, la crítica que hace la autora se refiere tanto al modelo de civilización universal, como a la expresión de la crisis de la sociedad industrial liberal más avanzada del proceso histórico que señala el futuro de todas las culturas o pueblos. Dentro de la visión que postula el evolucionismo social, los “otros”, en cada época, no son vistos como una posibilidad de un modelo alternativo de sociedad, ni como culturas con nuevos conocimientos, ni como formas de vida y sociedad respetables, son vistas solamente como un obstáculo a la tarea transformadora del desarrollo.

su falsa interpretación de la historia – comprendiendo en ella la suposición de que sólo hay una corriente de civilización, la nuestra, y de que todas las demás o son tributarias a ella o se pierden en las arenas del desierto – puede asignarse a tres fuentes: la ilusión egocéntrica, la ilusión del “Oriente inmutable”, y la ilusión del progreso como un movimiento que marcha en línea recta” (p.70. Apud Bidaseca, 2010:90).

Considerando que esta lógica evolucionista y euro céntrica es hegemónica - hasta hace poco tiempo, explícitamente -, nos cabe preguntarnos si sus herencias no se hacen presentes hasta hoy, o más que eso, si simplemente cambiaron apenas los actores y estrategias, siendo la explicitación de este discurso (así como la utilización de discursos multiculturalista, que veremos mas adelante) ocultada como parte de la estrategia para la vigencia de la misma lógica de dominación y de la hegemonía de la misma, o de los descendientes, clase dominante.

Con relación a esta suposición, defendida en este trabajo, llamamos la atención hacia el uso del término “poscolonialismo” sin la letra “t” (post), lo que expresa, justamente la defensa, por parte de esta Teoría Poscolonial, de la idea de continuidad entre el período histórico colonial y sus consecuencias o herencias en los tiempos actuales.

Nos parece coherente hacer una relación, dentro de una postura crítica, entre colonialismo y modernismo, y poscolonialismo y lo que sería el posmodernismo (también sin la letra “t”)⁹.

Si por un lado Giddens (2008) plantea, abordando la ambigüedad del término modernidad, referente a su delimitación a un período histórico así como a su significación más amplia, inclusive referente a los tiempos actuales, Stuart Hall (1996:301), hace lo mismo con el término poscolonialismo:

“El concepto podría ayudarnos a describir o caracterizar el cambio que se ha verificado en las relaciones globales que marca la transición (necesariamente no uniforme) de la edad del Imperio al momento de la postindependencia o posdescolonización. Por otra parte, podría ayudarnos [...] a identificar las nuevas relaciones y disposiciones de poder que están emergiendo en la coyuntura presente (...). Esto se refiere a un proceso general de descolonización que, con la misma colonización, ha signado las sociedades colonizadoras tanto o más profundamente que las colonizadas” (Citado por Mellino, 2008: 23. Apud Bidaseca 2010:91).

⁹ Aclaremos que seguiremos utilizando el término postmodernismo con “t” por no haber una línea teórica o una defensa teórica que defienda esta utilización. El propio Giddens (2008) - que defiende que actualmente vivimos bajo las consecuencias de la modernidad, y no en un período histórico otro - no utiliza este término, sin la letra “t”. Por tanto, no nos sentimos aptos para tal uso. Sobre el uso del término “poscolonialidad” - que sirve para la discusión sobre la utilización entre los términos postmodernismo o posmodernismo -, Bidaseca (2010) nos dice que: “Mellino (2008) advierte el riesgo de predicar el fin de un hecho histórico (definido por el prefijo post), por lo que me arriesgo a denominar como la “liberación de los traumatismos del colonialismo” (p.92).

Dentro de esta crítica al evolucionismo social, adoptamos la postura de Giddens (2008) en cuanto al período histórico actual. O sea, creemos, aunque ya se vislumbre, más allá de la modernidad, la existencia de contornos de un orden nuevo y diferente, que más que la postmodernidad, vivimos las consecuencias de la modernidad, principalmente si consideramos los países latinoamericanos, como nos habla la teoría poscolonial y los Estudios Subalternos.

Más que eso, consideramos la postmodernidad como una serie de discursos “post” (definidos mas adelante), ideológicamente interesados, que pretenden generar el lugar común de la superación de la modernidad y, por supuesto, de los hechos históricos y discursivos de esta modernidad, ahora considerados como anticuados, retrógrados y totalitarios. Nos detendremos en el ámbito académico, principalmente en el campo de los Estudios Culturales – considerando este como el campo teórico representativo de la producción de conocimiento sobre los nuevos movimientos sociales -, y en su interior, del “olvido” de la dimensión de clase y del rechazo por cualquier reflexión marxista, intentando identificar los actores representantes del “capitalismo postmoderno” así como sus estrategias de actuación en este importante ámbito – cargado de legitimidad no solo “científicas”, sino también para la construcción de lugares comunes.

Hecha esta aclaración en cuanto a nuestro posicionamiento ante la llamada postmodernidad, ahora podemos decir que seguiremos refiriéndonos al momento presente (o a las últimas décadas) como postmodernidad. Eso por la inexistencia de términos que correctamente puedan referirse al período histórico “consecuencias de la modernidad”.

4.2 – Los Estudios Culturales y la Postmodernidad.

Considerando la importancia de los llamados actores de base, así como la producción de conocimiento que trata de las poblaciones históricamente marginadas, presentamos los estudios de Zizek, Jameson y Grüner (2008) para llegar a un planteo central para este trabajo: desarrollan un análisis crítico hacia los Nuevos Movimientos Sociales y, principalmente, a lo que sería su representante en el medio académico - los Estudios Culturales -, incluidos dentro de la llamada postmodernidad, denunciando la falta de una reflexividad crítica contextualizada, principalmente en cuanto a la pérdida de la dimensión de clase y la progresiva “academización” de los Estudios Culturales - teniendo en cuenta el manejo discursivo que eso representa.

Según Grüner (2008), los Estudios Culturales¹⁰ se inician como un movimiento de toma de distancia del marxismo dogmático dominante en el Partido Comunista británico, buscando adoptar lo que llamaron de una versión “compleja” y crítica de un marxismo culturalista, más atento a las especificidades y autonomías de las antiguas “superestructuras”, incluyendo al arte y la literatura. De cualquier forma, para el propio Stuart Hall, nos dice el autor, las relaciones ambivalentes con el marxismo parecen haberse derrumbado junto con el Muro de Berlín, para ser sustituidas por una abertura hacia corrientes del postestructuralismo francés (Derrida, Foucault y, ocasionalmente Lacan) y del ambivalente postmarxismo “desconstruivista” (Laclau y Mouffe).

De acuerdo con Grüner, el apogeo de los Estudios Culturales durante la década del ochenta y su movimiento de “despolitización” y “academización” hacia mediados de 1990 pueden leerse como el síntoma de un importante vacío ideológico. Según Grüner (2008), este proceso de “academización” y “despolitización” (“y también de ‘desapasionamiento’, si podemos decirlo así” (p.20) sería producto del abandono de algunos de los supuestos básicos marxistas, tal como el concepto de clase (o lucha de clases)¹¹. Un hecho importante en este proceso, fue el cambio del contexto principal de producción de los Estudios Culturales para la universidad norteamericana - contexto fuertemente caracterizado por lo que Grüner llama de “colonización postestructuralista de los centros académicos” (p.27) -, y por el contexto de disputa por la inclusión en el mercado de los financiamientos académicos, lo que, por supuesto, ha influenciado las producciones académicas, generando

“el ‘carrerismo’ universitario y una cómoda manera de sacar patente de radicalismo ideológico-cultural desprovisto del malestar de una crítica de conjunto

¹⁰ Según Gruner (2008) los Estudios Culturales que surgieron en Inglaterra en 1956, coincidiendo con el desencanto posterior al XX Congreso del PCUS y a la invasión rusa de Hungría. Sus actividades fueron iniciadas por intelectuales como Raymond Williams, William Hoggart y E.p Thompson y el joven Stuart Hall. El término fue acuñado por Richard Hoggart en 1964 cuando fundó, ese mismo año, el llamado Centro de Estudios Culturales contemporáneos o CCCS (Centre for Contemporary Cultural Studies) en Birmingham. En la actualidad, Stuart Hall, que sucedió a Hoggart, es el director del centro.

¹¹ Según Gruner (2008) este abandono refleja el descuido que los Estudios Culturales tuvieron siempre hacia otras tradiciones europeas del marxismo occidental y crítico, tal como el caso de Lukács, la Escuela de Frankfurt, Sartre y Althusser. Este mismo autor sugiere que el pasaje de la teoría crítica de la cultura – tal como podía postularla la Escuela de Frankfurt – para los Estudios Culturales, se trata de algo más allá de la simple adopción de una moda norteamericana, sería, además de eso, “el síntoma de la situación de un intento de puesta en crisis de las hegemonías en su conjunto por la observación etnográfica de las dispersiones y fragmentaciones político-sociales y discursivas producidas por el capitalismo tardío y expresadas en su ‘lógica cultural’” (p.26-27).

a lo que solía llamarse el 'sistema': es notorio, en este sentido, que el culturalismo¹² característico de los Cultural Studies ha renunciado casi por completo a toda la preocupación por las articulaciones histórico-sociales o político-económicas de los procesos culturales” (p.27).

Más adelante hablaremos de la importación de este modelo de *Cultural Studies* para Latinoamérica.

Así, la emergencia de los Estudios Culturales, inicialmente basado en los trabajos de Raymond Williams o Stuart Hall, en los que todavía se conservaba el impulso de su vinculación con la política general, y en particular con las formas, orgánicas o no, de resistencia cultural por parte de diversos sectores oprimidos, marginados o subordinados, han desaparecido progresivamente. Trataremos más adelante la influencia, en el proceso de “academización” y “despolitización” de los Estudios Culturales, de directrices editoriales en este proceso.

Otro marco importante en este proceso se refiere al progresivo abismo entre producción de conocimiento y compromiso político que es, en gran parte, producto de la derrota de los movimientos post-Mayo de 68, y de la mercantilización fetichizada producida por las nuevas formas capitalistas, tema que ya veremos.

Las consecuencias de tales hechos llegaron hasta la última corriente que veníamos tratando, la teoría poscolonial - que puede ser ubicada como un desarrollo interno de los Estudios Culturales -, ya bastante influenciada por el postestructuralismo. Gruner (2008), posesionándose delante de eso, nos habla que el rasgo antimarxista, sumado al postestructuralismo, pueden terminar paralizando muchas de las mejores ideas, incluyendo aquellas deducidas de ese mismo postestructuralismo de esta corriente teórica. De hecho, las utilidades que veníamos haciendo de esta teoría – en el sentido de ser un espacio de escucha y de herramientas reflexivas y metodológicas para la reconstrucción de narrativas de pueblos históricamente marginados desde los procesos de colonización hasta los días actuales –, formulaciones marxistas, como la dimensión de clase, son fundamentales para reconstruir discursos o ubicar narrativas de estas poblaciones poscoloniales insertas en estructuras sociales y en “regímenes sociales” también poscoloniales (sin la letra “t”, o sea, dentro de la idea de la continuidad del proceso de colonización hasta los días actuales).

¹² Gruner (2008) define “culturalismo” como la autocontradictoria idea de una determinación en última instancia de las relaciones sociales y la subjetividad por parte de la cultura pensada como pura contingencia. (p28. pié de pagina.)

Por otro lado, Bidaseca (2010) nos dice que el propio Grüner en su libro “El fin de las pequeñas historias - De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico” (2002), sostiene, respecto de la decadencia de los Estudios Culturales –como disciplina (s) académica(s) – hacia mediados de los 90, la importancia de la teoría poscolonial: “no nos atreveríamos a decir lo mismo de la teoría poscolonial, ella tiene “por naturaleza” ese horizonte totalizador, esa perspectiva potencial del gran relato, aunque los excesos de sus teorías post la coarten con frecuencia” (p. 24).

“A diferencia de los Estudios Culturales cuando anclaron en Estados Unidos, los Estudios Poscoloniales promovieron una crítica epistemológica profunda, que ha puesto en evidencia los vínculos entre las prácticas colonialistas occidentales y la producción, al interior de las ciencias sociales, de ‘orientalismos’” (Said, 1995. Apud Bidaseca, 2010:97)¹³.

De cualquier forma, con relación a América Latina, Bidaseca (2010) afirma que el escepticismo posmodernista que afirmaba el fin de la historia y de las utopías emancipatorias - y que ha penetrado tan profundamente en los “Estudios Culturales” (Reynoso, 2000. Apud Bidaseca, 2010) -, acabó por despertar, entre algunas estudiosas y estudiosos latinoamericana/os, una profunda vacilación a adoptar tal propuesta, “sorprendidos por los argumentos ahistóricos de que este enfoque ha creado un `nuevo sentido de la modernidad como paradójica y contradictoria ’” (Mallon, 1995: 89. Apud Bidaseca, 2010:92). Ante este vacío intelectual y político, las llamadas “teorías poscoloniales” o “estudios subalternos” propiciaban un diálogo Sur-Sur y, ofreciendo una solución casi mágica a la crisis que afligía a la/os intelectuales del “Tercer Mundo”. Se discutió la idea de un “latinoamericanismo poscolonial” (Castro-Gómez, 1999. Apud Bidaseca, 2010), como un marco teórico apropiado para dar cuenta de las nuevas condiciones de la globalización.

Si es cierto que la hegemonía actual de estas concepciones teóricas que hemos criticado apuntan hacia la impresión general, claramente interesada (como veremos mas adelante) de que el marxismo ya no tiene nada que decir sobre el mundo y la cultura contemporánea, por otro, debemos considerar relevante, aunque aún no con la visibilidad necesaria, los contrapuntos teóricos de intelectuales como Slavoj Zizek, Frederic

¹³ Dejando esta polémica para otra momento, ya que este trabajo exigiría una investigación específica, resaltamos la importancia crítica de la teoría poscolonial y, asimismo, justamente por su carácter crítico, alertamos contra los riesgos de la invasión de teorías “post” e ideológicas multiculturalistas en este campo de estudio, tal como ha pasado con los Estudios Culturales, como veremos a lo largo de este capítulo.

Jamenson, Eduardo Grüner, Daniel Mato, y académicas como Karina Bidaseca - para citar algunos de los autores tratados apenas en este capítulo -, que, al revés, nos presentan reflexiones permanentemente renovadas sobre el marxismo, lo que abre posibilidad para transformaciones en el pensamiento filosófico-cultural actualmente hegemónico, influenciada por los pensamientos “post”¹⁴, característico de la postmodernidad. Si esta última posición todavía no se ha vuelto lo suficientemente visible, nos dice Grüner (2008), que es por la hegemonía de la ideología¹⁵ dominante en nuestro capitalismo tardío, cargada de estos “post” de los que hablábamos, pero también

“porque también los Estudios Culturales – y el ‘pensamiento’ de izquierda o ‘progresista’ en general – parecen haberse rendido, en el mejor de los casos, a aquella ‘academización’, cuando no a la lisa y llana mercantilización fetichizada¹⁶ de los productos culturales” (p.22).

En el creciente rechazo por “los grandes relatos”, el abandono total por supuesta “obsolescencia” de los grandes paradigmas críticos del siglo XX, como el marxismo (así como su continuidad hasta la Escuela de Frankfurt), abre el espacio para la vigencia de parcelamientos teóricos, para la fetichización de particularidades y para los “juegos de lenguaje”, estrictamente locales y desconectados entre sí. Contraponiéndonos a eso, consideramos, siguiendo la crítica de Grüner (2008), que no hay particularidades que, por definición, no se opongan a alguna forma de universalidad, “esencial” o históricamente construida – como hizo el paradigma de los NMS. Pero, no hay pensamiento crítico posible y eficaz que no empiece por interrogar las tensiones entre la particularidad y la universalidad – siguiendo las huellas, ya tratadas, de la importancia de un análisis de clase, por ejemplo, en el seno de las formulaciones sobre, y de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos.

Considerando que hay una relación directa entre algunos movimientos sociales con la academia, por medio de institutos o laboratorios de investigación, o a través de becas de

¹⁴ Nos referimos a los pensamientos “post”(posmoderna, posmarxista, posestructuralista), definidos en la introducción de este trabajo, siempre con un acento crítico por su posible interpretación – adoptada por los Estudios Culturales – de una propuesta de ensanchamiento de la brecha entre la producción intelectual y el compromiso político; por una crítica a toda forma pensable de “identidad” estabilizada o políticamente construible, bajo la acusación de pertenecer a un pensamiento “totalitario” o como un fenómeno puramente textual. Adoptamos claramente la misma postura crítica tomada por Gruner (2008: 28, 37, 41).

¹⁵ Nos referiremos al término “ideología” en este capítulo dentro de la concepción crítica, o sea, como un instrumento de dominación que actúa por medio del convencimiento (persuasión o disuasión, pero no por la fuerza física) de forma prescriptiva, alienando la conciencia humana (Payne, 2002:393).

¹⁶ “Las modas (esto ya lo había percibido perfectamente Walter Benjamin en la década del 30) son un testimonio del progresivo aumento del fetichismo de la mercancía en la modernidad, pero también - y justamente por ello – tienen un riquísimo valor de síntoma ideológico y cultural” (p.22).

estudios para poblaciones históricamente marginadas, sugerimos que el progresivo proceso de institucionalización o de “academización” – considerando la influencia de políticas de financiación y directrices de políticas editoriales en relación a la producción de conocimiento académico -, lleva al distanciamiento entre este campo de estudio con relación a la elaboración sobre la dinámica social en que están involucrados los nuevos movimientos sociales, principalmente en Latinoamérica. Esto podría llevar a su “despolitización”, ya que genera la separación entre el campo de la producción intelectual, que sería restringido al campo de producción académico, y “otras prácticas” de producción de conocimiento, marginadas por su producción en otra esfera de producción intelectual que no sea la academia. Subrayamos, en esta dinámica de exclusión, la influencia de directrices editoriales de financiamiento¹⁷. Apuntamos, como hemos dicho, a la pérdida de la dimensión de clases como una modalidad de manejo discursivo en este proceso.

Con relación a la dinámica existente entre los nuevos movimientos sociales Latinoamericanos y los Estudios Culturales, apuntamos otro prejuicio para ambos en el proceso de “academización” de esta disciplina: la importación de un modelo norteamericano de los Estudios Culturales (“*Cultural Studies*”) para América Latina, sin la debida contextualización (Mato, 2002). Richard (2005) nos dice que los Estudios Culturales (*Cultural Studies*) son hoy la novedad exportada por la red metropolitana centrada en Estados Unidos, y existen muchas discusiones en América Latina sobre los riesgos de transferencia y reproducción periféricas de su modelo. Los estudios culturales no sólo remiten en su designación al antecedente de un proyecto cuya circunstancia internacional es ajena a la tradición latinoamericana, sino que además revisten la imagen de un paquete hegemónico debido al exitoso grado de institucionalización académica que hoy exhiben desde los Estados Unidos. Resaltamos el propio hecho de su terminología y que la mayoría de los textos son en inglés, además que gran parte del contenido tiene como referencial el contexto social norteamericano. Así, de forma general podemos decir que, en lo que toca principalmente a la esfera política y económica, además de las clásicas teorías sociales, los intelectuales latinoamericanos se basan en estudios y obras de origen

¹⁷ Estas directrices son definidas por gobiernos y medios universitarios, donde se intenta normalizar, delimitar y controlar las producciones intelectuales en términos de su productividad, medida por indicadores tales como la cantidad de publicaciones en revistas académicas – principalmente en revistas de circulación global, la cantidad de citas de sus obras (acá me parece que, cuanto mas conocido el autor que hace la cita, mayor el reconocimiento), entre otras. Estos son los indicadores, llamados también “estímulos a la producción”, generalmente originario de las ciencias “duras”, por los cuales una obra es considerada “importante” y por lo cual se distribuye recursos para los autores, en el caso de un nuevo proyecto, o para la publicación de una obra, en el caso de una producción ya hecha (Mato, 2000)

norteamericana y europea. Es cierto que los intelectuales latinoamericanos, por temor a aparecer como anticuados, han logrado, casi siempre hacer una reelaboración propia y creativa de los paradigmas “del norte”, siendo esa dinámica unilateral (Mato, 2002).

Sobre esta dinámica de poder en relación al marco conceptual de producción de conocimientos, Richard (2005) nos dice que, “pese a la multiplicidad diversa de pliegues que la recorren internamente, la red académico-metropolitana ejerce el poder representativo de su dominante norteamericana” (p.447). Esta dominación estaría plasmada en el control norteamericano de los nombres y las categorías de discurso que entran en circulación internacional – atribuyendo legitimidad institucional a los términos de debate que ella misma clasifica y organiza prepotentemente de acuerdo a sus propias jerarquías conceptuales y político-institucionales. El modelo globalizante de un discurso “sobre” América Latina omitiría la singularidad constitutiva de los procesos de enunciación formulados “desde” América Latina. Así, nos dice la autora,

“Es cierto que las asimetrías de poder desencadenadas por el efecto globalizador de la máquina académica norteamericana de conocimientos tienden a subordinar lo local (las especificidades, singularidades y diferencialidades de las prácticas latinoamericanas) al poder multicoordinado de lo global, que busca suprimir las irregularidades de contextos susceptibles de accidentar la lisura operacional de sus tecnologías de la reproducción. Efectivamente, la heterogeneidad de lo local latinoamericano tiende a ser homogeneizada por el aparato de traducción académica del latinoamericanismo¹⁸ y de los estudios latinoamericanos, que no toman en cuenta ni la densidad significativa ni la materialidad operativa de sus respectivos contextos de enunciación” (Moreiras, 1998. Apud Richard, 2005:447).

De hecho, a veces, los aportes teóricos latinoamericanos no son considerados por estudiosos norteamericanos - cuanto mucho ocupan un lugar de fuente de información de testimonios o puntos de vista locales -, principalmente por no leerse en portugués o castellano. Inclusive en una esfera latinoamericana, nuestra “mentalidad colonizada”, a veces hace que sea necesario el reconocimiento en el ámbito internacional de autores

¹⁸ Sobre la homogenización de las manifestaciones y producciones de conocimientos latinoamericanos, Achúgar (1998) nos dice: “(...) pero quisiera insistir en señalar uno de los mayores equívocos en el tratamiento de América Latina, que es el de su homogeneización o el de su reducción como epítome de lo poscolonial o de lo subalterno. América Latina, en tanto que la construcción político-cultural, es como una pantalla en la que se proyectan o se encubren diversos proyectos sociales y culturales de clase, género y etnia. Planteado de otra manera, América Latina es uno de los campos de batalla en donde los distintos sujetos combaten por la construcción de su proyecto en función de sus particulares memorias” (p.209).

latinoamericanos para que, sólo después, se los consideren en el ámbito continental (Mato, 2007b). Llamamos la atención hacia las directrices editoriales de financiamiento en este proceso (pié de pagina 18). Buscando encuadrarse en estas directrices, vistas como fuentes de financiamiento y reconocimiento (debemos tener en cuenta las escasas fuentes de financiamiento que tienen los sujetos que se dedican a las actividades intelectuales en Latinoamérica), claramente controladas por países norteamericanos o europeos, los intelectuales latinoamericanos terminan por “academizarse”. Este proceso es caracterizado por el distanciamiento de estos intelectuales del medio social en que están insertos y por la separación de las practicas intelectuales producidas dentro de la academia, y las practicas intelectuales extra-académica, marginada por su carácter de no “cientificidad”.

Esta dinámica lleva, consecuentemente, a la desvaloración de prácticas, estudios y producciones extra-académicas, estimulando la disociación entre las prácticas intelectuales académicas con relación a las prácticas intelectuales de otros actores sociales, característica del proceso de “despolitización”. Así, las instituciones (generalmente gubernamentales y/o universitarias) acaban por distanciarse de la sociedad, de su dinámica, de sus problemas cotidianos y, por supuesto, de los “excluidos socialmente”.

Ya sea por necesidades financieras, o por el “status” que proporciona el ingresar en este círculo cerrado, muchos autores en Latinoamérica, que en principio no compartían esta lógica, terminan por participar, activa o pasivamente, en el establecimiento y legitimación de esas directrices editoriales que influyen directamente las producciones academicas. Richard (2005), nos dice que:

“la moda de los estudios culturales habría ido borrando la densidad histórica de lo local y de sus “regionalismos críticos”. Una posición bastante común es, por ejemplo, la que argumenta que el referente hegemónico de los estudios culturales está silenciando la tradición del ensayismo latinoamericano que, sin embargo, anticipó varios de los actuales desplazamientos de fronteras disciplinarias que tanto se celebran internacionalmente” (Achúgar, 1998. Apud Richard, 2005:446).

En este mismo sentido, Mansilla (2002) nos habla que:

“Aunque no existan datos empírico-documentales que permitan enunciados seguros, la observación de muchos fenómenos de este campo parece permitir el siguiente enunciado: el peso creciente de tecnócrata de tendencia neoliberal podría correr paralelamente a recortes presupuestarios que afectan los terrenos de la extensión cultural, las publicaciones y la investigación científica” (p.437).

Esta crítica a la creciente “academización” y “despolitización” de los Estudios Culturales, debe ser analizada dentro del actual contexto capitalista, neoliberal, que caracteriza gran parte de los países latinoamericanos –no explícitamente, a través de gobiernos claramente neoliberales, en las propias relaciones sociales (planteo hecho por Souza (2001) y presentado en el capítulo uno). Resaltamos que el fenómeno de la globalización - que abarca a todos los países del globo dentro de una dinámica de poder socio-cultural-político-económica -, existe una jerarquía basada, primordialmente, en el poder del mercado, o sea, en el poder económico. Evidentemente que los sistemas de valores de los países más poderosos (o sea, más ricos), termina por imponerse en la dinámica de relaciones culturales y geopolítica entre los países¹⁹, lo que garantiza o facilita, a su vez, la aceptación de una lógica mercadológica que beneficia a los mismo, cerrando el círculo que perpetúa la estructura social global (la división internacional del trabajo) y la hegemonía de los actores transnacionales²⁰ de los países más ricos. Así, aunque resaltamos la dimensión económica de los procesos de globalización, no debemos, de ninguna manera, descartar las otras dimensiones.

En los tiempos actuales oímos que la palabra “globalización” es pronunciada por distintas fuentes. Aunque esta palabra sea utilizada en distintos contextos, su sentido parece mantenerse intacto, como si hubiese solo “una globalización”. Con relación a esto, Mato (2007a) se preocupa en aclarar y desmitificar esta palabra y las formas predominantes de pensarla, así como ponemos en relieve las dimensiones culturales de los “procesos de globalización”, ofreciéndonos un análisis que valore los aspectos simbólicos-sociales de las prácticas humanas, a veces omitidos en análisis reduccionistas que generalmente están marcados por tendencias economicistas, tecno-comunicacionistas o “politicistas”. De cualquier manera, la atención que le presta a los aspectos culturales, no dejan de lado la complejidad de los procesos sociales. Mato (2007a) nos dice que cualquier división o recorte (“lo económico”, “lo político”, etc.) son recursos meramente analíticos, o

¹⁹ Entretanto debemos considerar la relevancia de espacios de encuentros como el “Forum Social Mundial”, que cuentan con la participación de diversos movimientos autónomos y articulados, de carácter antiglobalización y antiimperialistas.

²⁰ Como nos aclara Mato (2007a), decir que un actor es transnacional, no significa decir que este actor está desnacionalizado. Buscando mayor claridad sobre los términos debemos aclarar que, serán relaciones internacionales si quienes las sostienen son los gobiernos, asumiendo que estos, al hacerlo, representan a las naciones o sociedades nacionales en su conjunto. Las relaciones multinacionales son las relaciones internacionales mantenidas con más de un país. En tanto, si entre quienes las sostienen hay algunos actores no gubernamentales (se trata de las así llamadas “organizaciones no gubernamentales” o de empresas, sindicatos, etc.), entonces esas relaciones podrían llamarse –como en efecto suele hacerse – “transnacionales” (Keohane y Nye, 1971. Apud Mato, 2007a)

sea, en la realidad un análisis completo de un proceso de globalización debe llevar la complejidad transdisciplinar de sus dimensiones sociales.

Los discursos que conciben “globalización” como algo dado, como un fenómeno supra-humano, sin un abordaje analítico complejo y contextualizado del fenómeno, de sus actores y procesos, suelen plantear una visión simplista y fetichista. Ya sea viéndola por completa, como la causa de todos nuestros males o como la salvación para todos ellos, o, alternativamente, haciéndole un análisis, bajo un recorte reduccionista, como un fenómeno meramente financiero\tecnológico, las practicas de los actores sociales quedan invisibilizadas, impidiéndoles la participación conciente de estos en las transformaciones sociales contemporáneas, así como la visualización de las responsabilidades de los actores que participan de los acuerdos económicos para el desarrollo tecnológico.

4.3 – La utilización de la ideología multiculturalista por el los actores representantes del capitalismo actual (o tardío) - Las redes de actores transnacionales de carácter neoliberal y los *Think Tanks*.

Como hemos señalado, la crítica a la creciente institucionalización, “academización”, y, consecuentemente, a la “despolitización” de los Estudios Culturales, debe ser hecha considerándose el escenario capitalista neoliberal actual, en que el núcleo central generador que es el mercado. Este escenario asociado a ideologías “post” - que rechazan cualquier tipo de ideologización crítica a su modelo de funcionamiento bajo la acusación de “fundamentalismo ultrapasado” -, al mismo tiempo que utiliza ideologías multiculturalistas²¹ para establecer relaciones con los actores nacionales de base, ya sea para la creación o la naturalización de un discurso que legitime sus acciones, ya sea para una neutralización de actores potencialmente contestatarios. Esta estrategia de acción busca, lógicamente, la vigencia de los actores capitalistas globales en sus posiciones hegemónicas.

²¹ Este término se refiere, de manera ambiciosa o ambigua, a las asociaciones transnacionales entre las culturas de dos o más naciones (Payne, 2008:480). Buscamos hacer una lectura crítica de la utilización de esta ideología a partir del momento en que su utilización tiene como finalidad la aproximación de actores hegemónicos con actores nacionales de base, siendo esta utilización unilateral y con fines de dominación. Trataremos más adelante este término.

De acuerdo con Zizek (2008), *“la ideología dominante incorpora contenidos particulares populares auténticos y crea distorsiones cuanto a las relaciones de dominación y explotación”* (p.140). En este sentido, se torna muy interesante para el actual sistema capitalista aproximarse a los Estudios Culturales y a los nuevos movimientos sociales – considerando, como ya hemos dicho, la relación dialéctica que los une y que hace que la intervención en uno de ellos se refleje en el otro -, ya sea para la creación o naturalización de un discurso que legitime sus acciones, o para una neutralización de actores potencialmente contestatarios, lo que genera un nuevo público que será englobado en su modelo de funcionamiento. Se torna frecuente la utilización de una ideología multiculturalista, así como un “universalismo global” vacío de significado, que al mismo tiempo que establece alguna forma de relación con las culturas locales, exige un distanciamiento, desde de su posición eurocentrista superior, condescendiente y respetuosa con estas culturas, sin echar raíces en ninguna de ellas. Según Grüner (2001), esta ideología multiculturalista es una forma de racismo negada, que afirma que tolera la identidad del otro y que sustituye las meta-narrativas por una historia-en-fragmentos, “renunciando casi por completo a toda preocupación por las articulaciones histórico-sociales o político-económicas de los procesos culturales” (Grüner, 2001: 76). Como nos dice Zizek (1998:171)

“El multiculturalismo es la ideología del capitalismo global. El respeto indiferente y distante hacia la identidad del “otro” es la máscara con que se recubre hoy la ideología del universalismo vacío, destilada por la máquina global anónima y abstracta del capital actual. Se trata de la nueva forma –“posmoderna”– del racismo: ya no se opone al otro los valores particulares de una cultura específica, sino que la propia superioridad se reafirma desde el vacío de identidad y el desarraigo cultural total” (Apud Bidaseca, 2010:92).

Antes de seguir nuestro planteo, buscaremos aclarar esta forma postmoderna del racismo, también llamada de multiculturalismo. Para empezar, Segato (2010) nos dice que a partir de los años 80, el escenario de la política en las naciones de nuestro continente se ha orientado cada vez más a las luchas por recursos y derechos (“o, más exactamente, a las luchas por derechos a recursos” (p.14)) centradas en la identidad. Esta constatación puede ser formulada, como lo hace la autora, de otra forma:

“La lucha de los años sesenta y setenta ‘contra el sistema’ se transformó, a partir de los años ochenta, en la mucho menos gloriosa lucha por la ‘inclusión en el sistema’ y las demandas por ampliación de las posibilidades de sobrevivencia dentro del mismo” (p.14).

Si tenemos en cuenta que el sistema de cual la autora habla se refiere al sistema capitalista actual, centrado en una lógica de mercado, y que esta lógica se caracteriza justamente por la desigualdad de posiciones dentro de una estructura socioeconómica - y que se refleja y reafirma en las esferas simbólico-culturales, tal como el lenguaje -, entonces la inserción de poblaciones históricamente oprimidas (tales como los afrodescendiente e indígenas) en este sistema debe ser problemática.

Inspirado en los planteos de Segato (2010), podemos decir, de manera simplificada, que la “lógica” de la esclavitud negra o indígena, característica de los procesos de colonización en Latino América, estaba basada - antes de cualquier construcción discursiva evolucionista (en el sentido de una jerarquización entre las “razas humanas”), inherente al color de la piel -, en la necesidad de mano de obra, de la desigualdad social (en su más amplio sentido), de la existencia de dominadores y dominados, características fundamentales para el funcionamiento, desde sus primordios, del capitalismo.

A partir de estas reflexiones, sugerimos entonces, que el concepto y la utilización del término “raza”, es parte de la “legitimación” de la lógica capitalista. El carácter discursivo-clasificador de este término puede ser verificado por su relatividad contextual. A partir de la afirmación de Segato (2010) “los habitantes de estos paisajes [referente a los países de Latinoamérica] somos todos no-blancos cuando viajamos al Norte imperial” (p.19), podemos percibir la capacidad de desplazamiento y de manipulación interesada del término, relacionada con la jerarquía que estableció al largo de la historia.

Contando con el aporte de la teoría poscolonial, esta reflexión nos lleva a problematizar la inserción de poblaciones históricamente oprimidas en el actual sistema capitalista, nos preguntando hasta que punto esta opresión no sigue vigente, perpetuándose tal vez no más por el prejuicio explícito (tal como el uso de la violencia para fines de subordinación), y si por el llamado “prejuicio invisible” - característico del discurso contemporáneo que propaga el sentido de una homogenización y mestizaje entre las razas en los países latinoamericanos - reflejado en el lenguaje (tanto visual, como oral); en las diferencias salariales; en el acceso a bienes de consumo básicos y no básicos; en la

proporción comparada del acceso de estas poblaciones a servicios públicos y privados, y en el número y forma de aparición en los medios masivos de comunicación; etc. Todos estos factores se reflejan, en última instancia, en las posiciones ocupadas por estas poblaciones en la estructura socio-económica en América Latina.

O sea, el término “raza” puede ser utilizado por el lado de las ideologías dominantes de dos maneras: para delimitar una separación y, luego, una jerarquización entre las razas, tal como hacen los estadounidenses al llegar un latinoamericano a su país; o para, como hace el multiculturalismo, aproximar e incluir, generando el sentido de la no diferenciación entre clases, o sea, de una homogenización entre las razas latinoamericanas a un tal punto que ya no cabe más la afirmación identitaria de pertenencia a una raza específica. Sobre esta segunda utilización, resaltamos el peligro de la utilización del multiculturalismo como una estrategia del capitalismo postmoderno, ya señalada arriba, como una manera de incluir, bajo precarias condiciones, poblaciones históricamente oprimidas, y, al mismo tiempo que logra la propagación de la inexistencia de cualquier separación o prejuicios. Así, la afirmación racial de grupos y movimientos sociales con intención de hacer un rescate identitario, de afirmación histórica, que abre espacio para la visualización de denuncias (como el fundamental cruce entre un análisis de clase y el análisis racial en los países latinoamericanos), pasa a perder sentido, ya que estos análisis están insertos en sociedades “sin clases”, donde reina la perfecta igualdad entre los pueblos y las razas. De esta forma, se logra la perpetuación de la explotación de estas poblaciones. En este sentido es que afirmamos que el multiculturalismo es el racismo de la postmodernidad.

Además, de la puesta en marcha de un “capitalismo postmoderno”, donde las relaciones de poder se multiplican así como las prácticas de dominación, tal como nos dicen los planteos de Santos (2001) sobre la penetración del capitalismo neoliberal sobre todas las esferas de la vida, presentados en el capítulo uno²² - se torna más difícil la visualización de la dominación social así como los medios para alteración de desigualdades por parte de los oprimidos. Fundamentalmente porque éstas no se

²² Sobre eso, Stratta y Barrera (2009) nos dicen que el neoliberalismo, a partir del proceso de expansión del capital (privatizaciones de empresas públicas, liberalización de la economía, etc) ha subsumido (o intentado subsumir) todos los espacios de reproducción, todas las dimensiones de la vida, todos los espacios naturales – por supuesto incluyendo los recursos naturales – a la lógica del capital. Proceso que ha afectado – alienando y pauperizando – a amplios sectores de la población.

desarrollan sobre una parte limitada de la experiencia social, como por ejemplo a través de las relaciones de producción, sino que es más extensiva y difusa. De manera complementaria a la dificultad de los grupos oprimidos de organizarse, se acrecienta, como estrategia de este sistema ya señalada arriba por Zizek (2008), se percibe una apariencia de no exclusión: poco a poco se disemina la idea que una porción mayor de la población está integrada en las acciones dirigidas²³.

4.3.1 – Los *Think Tanks*.

Como vimos, son distintas y variadas las estrategias de los actores representantes del capitalismo actual. Basados en los estudios de Daniel Mato (2007b), llamamos la atención para las modalidades de trabajo de redes transnacionales de “*think tanks*”²⁴, que, junto con fundaciones privadas, empresarios, dirigentes políticos, economistas, periodistas y otros profesionales, se dedican a la producción de ideas neoliberales en América Latina. Para una mejor comprensión de cómo funcionan estas redes transnacionales, debemos remitirnos a su origen.

Después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, el profesor Friederich Hayek invitó a 36 académicos – en su mayoría economistas, aunque también había historiadores y filósofos – para intercambiar opiniones sobre el estado y el destino del “liberalismo, en pensamiento y práctica”. En 1947 surge el documento fundador de lo que se llamó la Sociedad Mont Pelerin. El único objetivo sería el de “facilitar el intercambio de ideas entre académicos con ideas afines, en la esperanza de fortalecer los principios y prácticas de una sociedad libre y estudiar los logros, virtudes y defectos de los sistemas económicos del mercado”. En este documento, las palabras “libre”, “libertad” y “liberalismo” eran usadas en el sentido de una “preferencia por un gobierno mínimo y disperso”. (Sociedad Mont

²³ Llamamos la atención, en cuanto a esta última estrategia, la elección a la presidencia de un negro en los EE.UU, y, en América Latina, de presidentes representantes de poblaciones históricamente marginadas. Si por un lado podemos considerar la influencia de movimientos sociales subalternos en la base de estas elecciones nacionales, por otro lado no podemos decir que estos hechos representan la superación de desigualdades estructurales por un movimiento en sus respectivos contextos.

²⁴ Expresión surgida en la lengua inglesa poco después de la Segunda Guerra Mundial, y después expandida a otras regiones del mundo. Comúnmente se traduce como *usina de pensamiento*. En principio, se refería a centros caracterizados como de *derecha o liberales*, pero en la actualidad su uso y aplicaciones se han diversificado. “Actualmente, la idea se utiliza de manera amplia para hacer referencia a centros de investigación y promoción de ideas y políticas multidisciplinares, política y/o socialmente influyentes, con buenos recursos financieros. (Mato, Daniel. 2007b:20).

Ver Mato, Daniel. 2007. “*Think Tanks*, fundaciones y profesionales en la promoción de ideas (neo)liberales en América Latina.” En: *Cultura y Neoliberalismo*. Grimson, Alejandro. CLACSO, Buenos Aires.

Pelerin en www.montpelerin.org/aboutmps.html. acceso en 12 de marzo de 2004; traducción del autor, Apud Mato, Daniel 2007b: 27).

Al aconsejar a un gran admirador de su obra “*Camino a la servidumbre*”, llamado Anthony Fisher, y que compartía su preocupación con las amenazas del Estado de Bienestar y el marxismo, le pide unirse a su proyecto de crear un instituto de estudios públicos para renovar las ideas de los intelectuales, profesores, y periodistas, a través de investigaciones, conferencias, seminarios y publicaciones. Para Hayek, estas personas eran los principales generadores de opinión pública, y los políticos harían lo que la opinión pública les pidiera. Hayek le recomendó que evitara la política y procurara incidir en los intelectuales con argumentos sólidos, ya que estos a su vez influirían en la opinión pública y los políticos la seguirían. De esta manera surgieron los principales centros de pensamiento neoliberales.

Fisher, siguió exitosamente las orientaciones y fundó en 1955 el Institute of Economics Affairs, en Londres, y la Atlas Economic Research Foundation, en 1981, con sede en Washington. Esta última da apoyo a dieciséis instituciones latinoamericanas²⁵: “estimula y facilita las relaciones de mutuo conocimiento y colaboración entre ellos; y continua proveyendo “apoyo sostenido mientras esos institutos y programas maduran” (Atlas Economic Research Foudation, acceso 12 de marzo de 2004; traducción del autor, Apud Mato, 2007b: 31).

Otra red transnacional importante de carácter neoliberal con gran actuación en America Latina es la Fundación Internacional para la Libertad (FIL)²⁶, presentada al público en octubre de 2002 por el famoso escritor peruano Mario Vargas Llosa. De acuerdo con su sitio en Internet, esta institución surge delante “de grave incertidumbre

²⁵ La *Atlas Economic Foundation* esta ligada con las siguientes instituciones : tres en Argentina, la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas (ESEADE), la Fundación Libertad y la Fundación República para una Nueva Generación; una en Brasil, el Instituto Liberal; una en Chile, Libertad y Desarrollo; una en Colombia, la Fundación Desarrollo y Libertad (DL); dos en Costa Rica, la Asociación Nacional de Fomento Económico y el Instituto para la Libertad y el Análisis de Políticas ; una en Ecuador, el Instituto Ecuatoriano de Economía Política; una en Guatemala, el Centro de Estudios en Educación y Economía y el Instituto Cultural Ludwing von Mises; tres en Perú, el Centro de Investigaciones y Estudios Legales, el Instituto Libertad y Democracia y el Instituto de Libre Empresa; y una en Venezuela, el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE).

²⁶ La FIL esta integrada por los siguientes miembros: Personalidades pertenecientes a algunas de las más prestigiosas instituciones de pensamiento norteamericanas (Cato Institute, The Heritage Foudation, The Manhattan Institute y Atlas Economic Research Foudation), por los principales institutos de políticas públicas iberoamericanos (Fundación Libertad de Argentina, Instituto Atlántico de Brasil, Instituto de Políticas Públicas de Ecuador, CEDICE de Venezuela), por la Fundación Iberoamérica Europa de España (FIE), así como por destacadas personalidades del mundo académico, empresarial e intelectual tanto de EE.UU, Iberoamérica, como de España y Europa. (Fundación Internacional para la Libertad, acceso 26 de septiembre de 2004, Apud Mato, 2007b: 33).

sobre la evolución política, social y económica del continente iberoamericano” y “tiene como principal objetivo la defensa y promoción de los principios de la Libertad, la Democracia y el Estado de Derecho”. La FIL nace con el propósito de influir en la agenda internacional y apoyar a sus institutos y fundaciones. Buscará actuar para difundir ideas y suministrar informaciones sobre la realidad iberoamericana y sus relaciones con EE.UU, España y Europa en general. La sede social de la FIL esta en Madrid y en Washington, y a su vez tendrá sedes regionales en América Latina. (Fundación Internacional para la Libertad en <http://www.fundacionfil.org/index.html>, acceso 26 de septiembre de 2004, Apud Mato, 2007b:31).

Acerca del momento político mundial, la FIL se propone intervenir en el sentido de: “una respuesta a la ola neopopulista cuyo triunfo constituiría un grave retroceso en el proceso de modernización de Iberoamérica y cuya propagación es el resultado de la falta de implantación de los ideales de la democracia liberal en esta región”; la FIL considera la “resurrección del populismo y del estatismo y las crecientes presiones proteccionistas las peores recetas para los problemas que enfrenta la comunidad internacional” y apuesta en un “proyecto global de modernización que hace de los individuos y no de las clases, de la raza o de la burocracia los protagonistas de la historia.”; “Al mismo tiempo, la FIL pretende constituirse en un punto de referencia de la agenda internacional, participando de manera activa y expresando su opinión en los grandes debates de las escena internacional. En este marco, la FIL adoptará una estrategia ofensiva destinada a combatir en el campo de las ideas aquellas que amenazan los valores de la libertad, de la democracia y de la tolerancia sobre las que se sustenta eso que llamamos Occidente (Fundación Internacional para la Libertad en <http://www.fundacionfil.org/index.html>, acceso 26 de marzo de 2004, Apud Mato, 2007b:32).

Las citas de arriba nos parecen suficientes para presentar la orientación neoliberal de la FIL, su vocación global y la adopción de la estrategia de combate en el campo de las ideas, principios planteados por Hayek y cultivados persistentemente por sus seguidores organizados en *think tanks*, fundaciones e instituciones relacionadas. Nos interesa percibir los procesos de producción de ciertas representaciones²⁷ y formas de sentido común -

²⁷ “Formulaciones sintéticas de sentido, descriptibles y diferenciales, producidas por actores sociales como formas de percepción e interpretación de aspectos clave de su experiencia social. En tanto unidades de sentido, las representaciones sociales organizan la percepción e interpretación de la experiencia(...). Podemos pensar en las representaciones sociales como las palabras o imágenes clave dentro de los discursos de los actores sociales; son aquellas unidades que, dentro de estos, condensan sentido. De este modo, orientan

constituidas por las formas de representarse en las experiencias sociales que tienen los diversos actores sociales –, marcadamente neoliberales, que se articulan en torno de distintas representaciones y redes sociales - ya estructuradas o estructuradas para la propagación de las ideas neoliberales -, generando su carácter marcadamente global. Debemos llamar la atención para la influencia de estas redes sobre los medios de comunicación de masa, principalmente los periódicos.

Sobre la penetración de los Estudios Culturales en Latinoamérica, Richard (2005) nos dice que:

“más allá de aquellos procesos de desterritorialización del capital económico y de interplanetarización comunicativa, el dispositivo de la globalización atañe también a la producción de saberes y teorías, ya que entre sus agentes figura una red transnacional de universidades y de instituciones del conocimiento que administra recursos para la circulación de las ideas a la vez que programa las agendas de debate intelectual” (p.446).

Así, los territorios de lo universitario y de lo académico serían uno de los sitios marcados por las divisiones entre lo global (las dinámicas expansivas del neocapitalismo que afectan también a las instituciones del saber) y lo local: la especificidad de los campos de formación intelectual y las articulaciones contextuales de sus dinámicas de pensamiento.

Con relación al logro de la propagación de ideas neoliberales a través de estas redes, Mato (2007b), nos dice:

“Estos actores, a los que denomino globales, han impulsado tales ideas a nivel mundial tanto a través de sus propias actividades como de las de redes transnacionales de actores sociales cuya formación estimularan. Así, han logrado proyectar el sentido común (neo)liberal a un punto tal que si no es el sentido común hegemónico de nuestra época, cuanto menos es el predominante; no sólo respecto de asuntos económicos, sino políticos y sociales en general” (Mato, 2007b:23).

Aunque no nos detuvimos en un caso concreto de ligación entre estas redes citadas y centros de Estudios Culturales o nuevos movimientos sociales, sugerimos que la masiva presencia de centros que constituyen estas redes en Latinoamérica, así como la gran

y otorgan sentido a las prácticas que esos actores desarrollan y son modificadas a través de tales prácticas.” (Mato, 2007b:22,23, rodapié).

legitimidad y alcance de los estudios, estadísticas, y discursos que producen, siempre en defensa del liberalismo y, por consecuencia, de los grandes actores representantes del capitalismo actual, en última instancia, pretenden generar la naturalización de discursos en defensa del neoliberalismo. Son, pues, estos discursos que, sumados con ideología “post”, se alían a ideologías multiculturalistas en busca de la generación o mantenimiento de relaciones con posibles actores contestatarios al modelo capitalista vigente.

A partir del período postdictatorial latinoamericano, no es difícil encontrar representantes del capitalismo neoliberal que financian centros de estudios en contacto directo con movimientos sociales de base, ofrecen becas para poblaciones históricamente marginadas, divulgan trabajos e influyen políticas nacionales direccionada hacia estas poblaciones, bajo discursos de buena intención y de la promoción de la igualdad social²⁸, términos que legitiman su amplia aceptación social, principalmente si tenemos en cuenta los medios masivos por donde estos discursos son difundidos.

El BID, el Banco Mundial, la Fundación Rockefeller, la OEA, son algunos de los actores más poderosos con interés en la producción de estadísticas, de estudios oficiales, de ofrecimiento de becas, de financiamiento directo, y de influencia en la formulación de políticas nacionales para las poblaciones históricamente marginadas y para los movimientos sociales latinoamericanos actuantes. Lamentablemente, debido a falta de financiamiento por parte de los gobiernos nacionales y locales, o por la propia vinculación entre esferas del gobierno y estos actores²⁹, los movimientos sociales de base muchas veces no tienen otra opción que la de asociarse a estos últimos³⁰.

²⁸ Ver Domenech, Eduardo (2007). “El Banco Mundial en el País de la Desigualdad: Políticas y discursos neoliberales sobre diversidad cultural y educación en América Latina.” En: Alejandro Grimson (coord). *Cultura y Neoliberalismo*, Buenos Aires: CLACSO. Págs.: 61-89.

²⁹ Ver Domenech, Eduardo (2007). “El Banco Mundial en el País de la Desigualdad: Políticas y discursos neoliberales sobre diversidad cultural y educación en América Latina.” En: Alejandro Grimson, coord. *Cultura y neoliberalismo*, Buenos Aires: CLACSO. Págs.: 61-89

³⁰ En Argentina, por ejemplo, Stratta y Barrera (2009) nos dicen que los organismos internacionales, tales como el BID, el BM o agencias de las Naciones Unidas como la CEPAL o el PNUD, se convirtieron en los principales promotores de una nueva agenda para las ciencias sociales, fundamentalmente por constituir importantes fuentes de financiamiento a la investigación.

Estos mismos autores destacan que el controvertido “Proyecto Marginalidad”, desarrollado a fines de los 60, contó con el auspicio de la CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina), de la DESAL (Centro para el Desarrollo Económico y Social) y luego el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella. El proyecto, que contaba con el financiamiento de la Fundación Ford, no tardaría en abortarse debido a las propias contradicciones que generó entre los investigadores. Sin embargo, en el ámbito de las ciencias sociales fue señalado como un ejemplo de espionaje norteamericano en Latinoamérica (Stratta y Barrera, 2009).

Considerando que los intereses que incentivan las asociaciones con los actores de base están directamente vinculados a la prosperidad del capital transnacional de grandes actores capitalistas, y considerando que la primera intención de los movimientos sociales de base - representantes de poblaciones históricamente excluidas o marginadas -, es la alteración de un cuadro social de desigualdad, podemos inferir que la intención de esta asociación tiene objetivos que van mas allá de ayudar a estas poblaciones a cambiar la realidad social: consideramos la posibilidad de que sea por esta asociación que los actores representantes del capitalismo actual logran la institucionalización de los movimientos sociales (a veces bajo su tutela y su nombre); generan discursos, “sentidos comunes”(como la desaparición de las clases sociales) e influyen políticas nacionales (legitimados justamente por la presencia de los movimientos sociales); construyen una imagen de “socialmente responsables” ampliamente difundida, ya que ellos tienen gran influencia sobre los medios masivos de comunicación. Así, además de neutralizar las amenazas de cambios estructurales, logran todavía la promoción de una imagen positiva acerca de sus intenciones sociales. Siendo los Estudios Culturales los representantes teóricos de estos movimientos y de estas poblaciones dentro de la academia, por supuesto es objeto de influencia de estas redes transnacionales.

Sugerimos entonces, que la pérdida de la dimensión de clase oculta la necesidad de transformaciones estructurales en el sistema capitalista, claramente basado en la desigualdad de las posiciones. Bajo el principio del individualismo, los actores capitalistas al mismo tiempo que ofrecen becas, financian centros de estudios, y buscan promover acciones puntuales, tales como el ofrecimiento de becas para poblaciones históricamente marginadas, que objetivan la “igualdad social”, sin responsabilizarse por el cuadro estructural de desigualdad social

Con relación a la aproximación de actores representantes del capitalismo neoliberal de los Estudios Culturales, Jamenson (2008) nos dice:

“En cualquier caso, parece haber comprendido que el proyecto y el slogan de los “Estudios Culturales” (más allá de lo que esto signifique) constituyen un objetivo fundamental para su campaña y virtualmente un sinónimo de “lo políticamente correcto” (que en este contexto puede identificarse como la política cultural de ciertos “movimientos sociales nuevos” como el antirracismo, el antisexismo, la anthomofobia, etcétera)” (p.70).

Stratta y Barrera (2009), refiriéndose al actual contexto de producción académica sobre los movimientos sociales en Argentina, nos presentan un punto central para la crítica en cuanto a la influencia de organismos internacionales y transnacionales de carácter neoliberal en la academia latinoamericana. Dicen que:

“bajo la injerencia de los organismos internacionales de financiación, se produce en las ciencias sociales un rotundo viraje, que pasa de centrar su análisis en el conflicto a priorizar el tema de la pobreza como un nuevo problema-objeto. Este cambio en el núcleo problemático de las ciencias sociales devino un terreno propicio para la marginalización de teorías totalizantes como el marxismo, logrando en efecto refractario sobre aquellas visiones holistas de las sociedades” (p.122).

Evidentemente que la categoría de “clase” también sufre esta marginalización. En este sentido es que sugeríamos que el “olvido” de la dimensión de clase no se trata de un olvido, siendo, más bien, parte de la estrategia de estos actores, inter y transnacionales, con claras intenciones de manutención de su hegemonía en el sistema capitalista actual.

En el sentido de lo que veníamos tratando en el capítulo uno, sobre la legitimidad que carga las producciones académicas y de la influencia de ciertas categorías de pensamiento en la formación personal e intelectual de los ciudadanos – en la construcción de una narrativa histórica y de términos como “nación”, por ejemplo, que se basa en la experiencia de los colonizadores, ya que ellos fueron los que escribieron, literalmente y latinamente hablando, sobre *la* historia de los países latinoamericanos y la estipularan como la oficial, siendo hasta hoy esta la historia enseñada en las escuelas de los países latinoamericanos – Stratta y Barrera (2009) nos dicen que , según Bourdieu, uno de los mayores poderes del Estado es el de producir e imponer las “categorías de pensamiento” que aplicamos espontáneamente a las cosas y al mismo Estado. Muchas veces, buscando un análisis crítico de la sociedad utilizamos herramientas conceptuales y metodológicas que están atravesadas por esas categorías de pensamiento que se nos imponen para observar lo real:

“El ascendiente del Estado se hace sentir particularmente en el dominio de la producción simbólica: las administraciones públicas y sus representantes son grandes productores de ‘problemas sociales’ que la ciencia social no hace a menudo sino ratificar al retomarlos por su cuenta como problemas sociológicos” (p.123).

Así, un ejemplo de esta imposición estatal de categorías de pensamiento se encuentra en el peso que paulatinamente fue adquiriendo la pobreza dentro de la agenda de las ciencias sociales. De esta forma, si durante las décadas del 60 y 70 el transcurso de cualquier investigación estaba dado en torno al “conflicto”, a partir de comienzos de los 80 se asiste a una mutilación, un corrimiento que otorga a la cuestión de la pobreza el status de nuevo nudo problemático. “Para usar un término de Denis Merklen, en esta operación de reclasificación los “trabajadores” se descubren “pobres” (Stratta y Barrera, 2009:124).

Siguen el planteo concluyendo que este “descubrimiento” de la pobreza por parte de las ciencias sociales, quedó de manifiesto la imposibilidad en el ámbito académico de reflexionar sobre las causas de la misma, limitándose a una descripción pormenorizada. De esta manera, muchos de los problemas operantes en la sociedad eran presentados como consecuencia del flagelo de la pobreza, obturando cualquier posibilidad de reflexión sobre sus causas. El resultado de esta operación consistió en la aceptación acrítica de un problema que tomaba dimensiones inusitadas para la historia del país. Es pues en este contexto que los nuevos movimientos sociales están basados. Estos elementos condicionaron la elección del aparato teórico con el cual analizar los movimientos sociales (Stratta y Barrera, 2009).

4.4 – La dimensión de clase y los nuevos movimientos sociales.

Teniendo en cuenta este condicionamiento, sugerimos que la literatura producida sobre y por los nuevos movimientos sociales terminaron por perder las comunicaciones entre “nuevas reivindicaciones” (con nuevas formas de organización y actuación) y las “viejas” expresiones de lucha³¹. En el seno de esta producción, acusamos la substitución conceptual, en donde conceptos como “clase” y/o “lucha social” son reemplazados, sin la debida problematización, por términos como “actores” o “protesta social”: “En efecto, ‘la naturalización de un análisis de los procesos de cambio desde la sola óptica de la descomposición social, suele minimizar – o en el límite, negar – las brechas que pueden abrirse desde la acción colectiva’” (Svampa, 2008. Apud Stratta y Barrera, 2009:130).

Sherer-Warren (1987) nos dice que en la sociedad contemporánea, en que la información y la comunicación de masa son parte del cotidiano de las poblaciones,

³¹ Stratta y Barrera (2009), sobre este proceso, nos hablan de la influencia de los análisis microsociológicos, “o, para decirlo en términos de Maristella Svampa, a una sociología de la descomposición social” (p.130).

diferentes niveles del saber y del hacer terminan interconectándose: “*Penso nas conexões entre pensamento filosófico e teórico com os movimentos culturais e ideológicos e destes com os movimentos sociais propriamente ditos*” (p.37). Es, pues en este sentido que el pensamiento filosófico y teórico organiza y sistematiza, bajo la forma de conocimientos, los pensamientos, los deseos, los proyectos, las utopías y la praxis subsecuentes de los movimientos sociales. En este sentido, la autora concibe los movimientos sociales como el momento de integración de la praxis con el proyecto a través de una organización grupal³².

En este sentido, acusamos el riesgo, delante la afirmación de que los nuevos movimientos sociales diluyen el conflicto de clase, de la teoría sobre los nuevos movimientos sociales al ser incluida dentro de un discurso funcional de la reproducción del sistema. Presentaremos algunos riesgos fundamentales del “olvido” de la dimensión de clase.

Un riesgo fundamental del “olvido” de esta dimensión, es que oculta el hecho de que mientras exista propiedad sobre los medios de producción, habrá una clase de trabajador así como la clase de los primeros. Contra la suposición de muchos teóricos “post” que postulan que los nuevos movimientos sociales surgen en el vacío dejado por la desaparición de las clases sociales y de los movimientos políticos organizados en torno de ellas, Jameson (2008), cuestiona la desaparición de clases enteras, alertándonos para un gran peligro que este pensamiento genera: la conclusión lógica de que si desaparecen las clases, significa que la clase dominante también desapareció. Esa interpretación es ciertamente peligrosa en la medida que puede no considerar la existencia de los actores hegemónicos que, generando la naturalización de estas desapariciones, garantizan fácilmente su posición dominante en la estructura social.

Con relación a esto, se por un lado Grüner (2008) que reconoce los cambios de la identidad de los sujetos, así como de su multiplicación, en simultaneidad con la dimensión de clases, por otro lado cuestiona la desaparición del horizonte de clase: “para que un horizonte verdaderamente desapareciera y pudiera, por lo tanto, ser sustituido por otro – tendría que demostrarse que ha desaparecido la época entera para la que fue concebido. Por ende: tendría que demostrarse que ha desaparecido el capitalismo” (p.25). Al revés este autor sostiene que por la primera vez en la historia, la llamada “globalización” ha creado,

³² “Defino movimento social como uma formação de uma ação grupal para transformação (a práxis) voltada para a realização dos mesmos objetivos (o projeto), sob a orientação mais ou menos consciente de princípios valorativos comuns (a ideologia) e sob uma organização diretiva mais ou menos definidas (a organização e sua direção)” (Sherer-Warren, 1987:37)

es cierto que en forma de paradoja³³, las condiciones de un capitalismo universal previstas por Marx para una crítica teórico-práctica igualmente universal de ese modo de producción. Inclusive Jamenson (2008) nos plantea, en el marco del “capitalismo tardío, transnacional y globalizado – sobre el surgimiento de una suerte de “superproletariado mundial”, cuya forma no estamos aún en condiciones de prever. Luego, Grüner (2008) concluye que:

“Las “identidades” múltiples configuradas por la coexistencia desigual y combinada de esas posiciones identitarias relativamente autónomas y con límites imprecisos – la del ciudadano, la del consumidor, la de la elección sexual, religiosa o estética – no están directamente determinadas por la “identidad” de clase, que de todos modos tampoco supone una “pertenencia” rígida (...) que el contenido específico de la “experiencia de clase” y sus formas de “conciencia” ha cambiado sustantivamente, sería absurdo negarlo (...) Pero insistimos: mientras exista propiedad privada de los medios de producción, habrá clases”(p.34, 35).

Este autor, cita a Jamenson (2008) - en una de sus comparaciones irónicas – cuando dice que acusar a los que seguimos empeñados en el análisis “totalizantes” del modo de producción de “nostálgicos de la clase”, equivale un poco más o menos a acusar a un muerto de hambre de ser “nostálgico de la comida”.

Aún debemos acordar, como fue presentado en el capítulo uno, que el propio Marx nunca entendió el término “economía” en el sentido estrecho, más bien al contrario, su crítica a la economía política parece estar dirigida a la disolución teórica de la economía como ideología burguesa³⁴. Resaltábamos en primer capítulo la dialéctica marxista entre base y superestructura.

La cuestión, por lo tanto, no sería la negación de cualquier colaboración de lo que él llama “las teorías post” incorporadas por los Estudios Culturales – en la medida en que

³³ La paradoja a que se refiere es aclarada adelante: “es justamente en el marco de esas condiciones de “universalización” que recrudecen y se radicalizan las recusaciones a toda forma de “universalismo”, a la noción de “totalidad”, a las grandes categorías históricas y a los “grandes relatos”, y se promociona a una estética del fragmento y, para decirlo todo, una nueva y poderosa forma de fetichismo ideológico” (p.26).

³⁴ Gruner (2008) nos dice que la famosa “base económica” marxista, implica no sólo el desarrollo de las fuerzas productivas, sino su relación conflictiva con las relaciones de producción, es decir, con la lucha de clases, explícita o latente. “Por lo tanto, la propia ‘base económica’ está siempre atravesada por los ‘momentos’ políticos (la organización de las clases y sus fracciones en relación con el Estado y con sus posiciones en el mercado de capitales y trabajo), jurídico (las regulaciones legales de dicha organización y del régimen de propiedad), ideológico (la reproducción ‘motivacional’ de las relaciones de producción, las normas morales y religiosas, la legitimación del poder político y social, etc) e incluso cultural en el sentido amplio (la promoción, conciente o no, de ciertos ‘estilos de vida’, prácticas y comportamientos, gustos estéticos y literarios, formas de producción y consumo, pautas educacionales e informativas, etc) (p.33)

ellas representan formas legítimas de tratamiento de problemas inevitablemente no previstos por las “narrativas clásicas”³⁵ – sino, más bien, de restituir la pregunta por las relaciones entre los fragmentos (culturales, sociales, textuales, de género, de identidad, etc.) con el momento de totalización³⁶. Como nos dicen Grüner (2008), aunque es evidente que existan “identidades” –digamos la racial, o la sexual en su sentido biológico – que son en su origen completamente independientes de los procesos económicos o sociopolíticos, “quién podría seriamente sostener que el desarrollo de la lucha de clases no tiene influencia sobre la situación de los negros o de las mujeres?” (p.34). Deteniéndonos únicamente en un análisis teórico-académico, ya nos parece claro que la eliminación de la categoría “clase”, sacando del análisis las intencionalidades que están por detrás de tal proceso, constituye más un empobrecimiento y una simplificación, y no, como pretenden las formulaciones “post” un enriquecimiento y una complejización del pensamiento teórico-crítico.

4.4.1 – La crítica a los nuevos movimientos sociales.

Si por un lado Laclau (1987) nos hablaba del hecho de que los nuevos movimientos sociales se han caracterizado por una politización creciente de la vida social, por otro nos habla de de la dificultad de estos movimientos en fundar una política en contra del actual sistema. En este sentido no sería suficiente que el sujeto se emancipe y comprenda su responsabilidad como actor social; ni bastan buenas intenciones individuales; ni la denuncia o movilización por reivindicaciones; ni nuevas estrategias. Teniendo en cuenta que el discurso hegemónico, así como las ideologías “post” conciben que los nuevos movimientos sociales surgen en el vacío dejado por la desaparición de las clases sociales, la crítica a los nuevos movimientos sociales se dirigen a la ausencia de una propuesta política alternativa consistente que se oponga al poder establecido.

Por este mismo camino, los nuevos movimientos sociales, son, en última instancia, acusados de ser apolíticos. La presencia de miembros de diversas clases sociales ligados

³⁵ Referentes a la problematización de identidades que las ciencias sociales tradicionales imaginaban como preconstituidas y sólidas y la emergencia teórico-discursiva y académica de identidades – y por tanto de problemáticas – más “blandas” y en permanente redefinición (el género, la etnicidad, la elección sexual, el multiculturalismo, etc).

³⁶ Gruner (2008) toma el concepto de “totalidad” en la acepción clara y precisa que le da Jamenson, a saber, el de modo de producción: “Está asimismo claro que ‘modo de producción’ es, para Jamenson (y para nosotros) mucho más que su ‘base económica’ en el sentido vulgar, puesto que incluye las relaciones de producción – por lo tanto, la lucha de clases – atravesadas por las relativamente autónomas instancias jurídico-políticas, ideológico-culturales, estéticas, etc,” (p.30. pié de pagina).

por las reivindicaciones que rebasan la temática clasista, se cita a veces como evidencia de la naturaleza fundamentalmente no política del movimiento, como si sus reivindicaciones (que, como vimos, se caracterizan por las diversas posiciones que los sujetos ocupan en la vida social, así como por la variedad de formas discursivas, que se convierten en posibles puntos de conflicto) no se cuestiona la esfera del poder, y su distribución, o la influencia política³⁷. Además de la, ya tratada, ausencia de la dimensión de clase, se logra la propagación de que estos movimientos no son políticos por la separación y esencialización de las categorías “política” y “social. “En el discurso de algunos analistas, las ‘energías’ del pueblo son ‘canalizadas’, su ‘potencial’ es ‘captado’, ellos se sienten ‘fortalecidos’ (*empowered*). Pero nada de esto es identificado como político en el sentido más común del término” (Hellman, 1992:63). Acusamos allí, tal como ya hemos hecho en el capítulo tres, la influencia de las producciones académicas de investigadores externos a los movimientos y la tendencia de negar la dimensión política de estos movimientos.

Además, esta no contextualización crítica mas amplia de la utilización de ideologías multiculturalismo y de los movimientos sociales contemporáneos, termina por concebir, delante de un silencio que no contempla un análisis histórico y social, la imposibilidad de derrumbe del modo de producción capitalista, y, por lo tanto, de su aceptación. Sobre el no tratamiento del punto central de la desigualdad social y de las críticas que se hacen a cualquier abordaje que considere este punto, Zizek (2008) nos dice:

“(...) Nuestras batallas electrónicas giran sobre los derechos de las minorías étnicas, los gays y las lesbianas, los diferentes estilos de vida y otras cuestiones de ese tipo, mientras el capitalismo continúa su marcha triunfal. Hoy la teoría crítica – bajo el atuendo de “crítica cultural” – está ofreciendo el último servicio al desarrollo irrestricto del capitalismo al participar activamente en el esfuerzo ideológico de hacer visible la presencia de éste: en una típica “crítica cultural” posmoderna, la mínima mención del capitalismo en tanto sistema mundial tiende a despertar la acusación de “esencialismo”, “fundamentalismo” y otros delitos” (Apud. Grüner.2008:39).

Desde el punto de vista de la ideología dominante, Zizek (2008) nos dice que esta, para funcionar, tiene que incorporar una serie de rasgos en los cuales la mayoría explotada

³⁷ Una vez más es resaltado, esta vez por Hellman (1992), la influencia de subvención en este proceso: “el concepto de nuevos movimientos sociales como ‘no políticos’ esta muy difundido entre los investigadores canadienses. Esto, creo yo, refleja la influencia de las instituciones que subvencionan las investigaciones canadienses sobre esta materia” (p. 62).

puedan reconocer sus auténticos anhelos. En otras palabras, cada universalidad hegemónica tendría que incorporar por lo menos dos contenidos particulares: el contenido popular auténtico y la distorsión creada por las relaciones de dominación y explotación. Sin embargo, para poder llegar a la distorsión de ese auténtico “deseo”, tendría primero que incorporarlo. Por supuesto que la concepción que pierde de vista, y se expulsa de la investigación teórica tanto como de la acción política el lugar constitutivo que sigue teniendo para el sistema la diferencia entre propiedad y no propiedad de los medios de producción de la plusvalía y la reproducción de esas relaciones productivas estimadas como “desaparecidas”, acaba por no ver las estrategias que utilizan las clases dominantes para apropiarse de los contenidos de “resistencia” de la población explotada, contribuyendo para el triunfo de las democracias capitalistas contemporáneas: “el sistema se felicita a sí mismo por producir cada vez más sujetos estructuralmente no utilizables” (Jamenson, 2008. Apud Grüner, 2008:40).

Aunque creemos, como ya hemos presentado en el capítulo uno, que la política está dispersa en el social (Laclau) y que la sociedad civil forma parte del Estado, por lo tanto de la forma institucional de poder (Gramsci), defendemos que la toma de conciencia por parte de los nuevos movimientos sociales en cuanto a las actuales estrategias de los actores capitalistas hacia la academia - en la utilización de ideologías “post” y estrategias “multiculturalistas” de abordaje de los movimientos sociales -, así como la articulación, tal como el trabajo en redes, entre estos movimientos visualizando demandas en común, abriría espacio para el fortalecimiento de estos movimientos y, consecuentemente, para la formación de una oposición más consistente, con propuestas políticas más amplias, configurándose proyectos sociopolíticos a nivel estatal, nacional, y hasta, latinoamericano. Así, el potencial crítico de estos nuevos actores se da tanto en relación a las nuevas formas de concebir la política y el poder político, como en nuevas perspectivas de renovación de los patrones socioculturales de lo cotidiano. Su efectividad, como proyecto político (institucionalmente hablando) – teniendo en cuenta que vivimos bajo el marco de la desaparición de los partidos políticos como representantes de las necesidades históricas -, se podrá comprobar con la articulación entre sus demandas y en el reconocimiento de las mismas por parte de los gobiernos. Para ello, hacemos hincapié en el posicionamiento de estos movimientos ante los gobiernos para participar en la toma de decisiones sobre

aspectos relacionados de forma directa con sus reivindicaciones, sin caer en el mero “representacionismo estatal”.

Considerando la desigualdad social y los altos niveles de concentración de renta, ambas herencias de un pasado (muy presente) colonial, en Latinoamérica, sugerimos que la dimensión de clase puede ser una importante esfera de análisis que resultaría en la vinculación, la visualización de demandas y reivindicaciones en común, entre los nuevos movimientos sociales latinoamericanos. Por lo tanto defendemos que la teoría de clases, que, necesariamente, no puede permanecer estática para dar debida cuenta de la complejización de los procesos en que se constituyen los sujetos sociales en la actualidad, debe ser complementaria a la teoría de los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, recordemos que esto no debe eximirnos de un esfuerzo para repensar la teoría de los nuevos movimientos sociales en los contextos regionales en América Latina³⁸. Concordamos, entonces, con Stratta y Barrera (2009) cuando *dicen*:

“Creemos falsa la dicotomía que opone el análisis de las clases al enfoque de los movimientos sociales. Por el contrario, en América Latina ambas perspectivas deben complementarse en la búsqueda por comprender y, fundamentalmente contribuir a un sujeto popular que sea participe en los procesos de emancipación social”.

Considerando los Estudios Culturales como el campo de producción académica sobre estos movimientos, Grüner (2008) nos dice:

“Una crítica a las inconsistencias y, sobre todo, de las faltas de los Estudios Culturales tal como se practican hoy nos parece, por lo tanto, una tarea intelectual – es decir, política – de primera importancia” (p.22).

Teniendo en cuenta la realidad de desigualdad social - condicionada en gran parte por la concentración de la renta en los países latinoamericanos -, una perspectiva teórica que trate de las novedades de los movimientos sociales contemporáneos, sin olvidar la dimensión de clase - representativa de este cuadro de desigualdad social -, nos parece una postura, más allá que coherente académicamente, política (en su sentido más militante – a favor de la efectividad de los cambios sociales necesarios en busca de una mayor igualdad

³⁸ La traslación mecanicista o, aún peor, la imposición conceptual que tiene lugar muchas veces en la academia no permite un ejercicio necesario de traducción (en el sentido de conversión y creación) que recupere las tradiciones de lucha de los pueblos de la comunidad latinoamericana.

social). Por su relación dialéctica³⁹ con los nuevos movimientos sociales, los Estudios Culturales - por su propia naturaleza -, deben ser el objeto de este análisis crítico-político.

³⁹ Referente a la relación de fortalecimiento y embasamiento teórico, con relación a los Nuevos Movimientos Sociales, y de reflexión y producción de conocimiento, con relación a los Estudios Culturales

Conclusión

Buscamos demostrar en esta tesis la fundamental importancia de la dimensión de clase para la formulación teórica sobre, y de, los nuevos movimientos sociales latinoamericanos. Por lo tanto nos propusimos una investigación teórica que diese cuenta de las razones (discursos, actores, estrategias, campo de actuación y contexto general) del “olvido” de la dimensión de clase por parte de estos movimientos y de los que sobre ellos escriben.

En el primer capítulo nos detuvimos en presentar la noción de clase en su sentido más clásico, o sea, dentro de la teoría marxista y, más allá de ella en su importancia fundamental para las teorías que surgieron después, inclusive como crítica a esta primera. Resaltamos también la percepción marxista de las totalidades como estructuras relacionales, reflejadas en su percepción de los individuos como estructuralmente implicados, lo que también sirvió de base para otras teorías posteriores – tales como las diversas teorías sobre la estratificación social.

El entendimiento marxista de la sociedad, impulsada por la oposición de los sujetos delante de los medios de producción, configurando las clases sociales – burguesía versus proletariado –, y la inevitable toma de conciencia de estos últimos como “sujetos de clase”, así como la concepción de la clase opuesta a la suya, serían las condiciones marxistas para que surgieran las “contradicciones de clase”, los “antagonismos de clases”, y finalmente, la “lucha de clases”. Resaltamos también que la esfera legal y política, la religión, la estética y el arte (llamada “superestructura”, “formas definidas de conciencia social” o “ideología”), aunque fueron concebidas con cierta independencia de las condiciones materiales-económicas (“base”), sería determinada por esta última dentro de la relación dialéctica entre base y superestructura.

La adecuación de esta teoría para explicar la realidad sobre la que Marx escribía - pasaje del siglo XVIII para el XIX en Alemania -, no pudo ser aplicada en todas las sociedades a lo largo del tiempo, como previa Marx.

Como muestran los cuadros presentados en el capítulo uno, principalmente en los países más desarrollados, el sector primario, referente a los sectores industriales, se ha estabilizado o retraído en gran parte de los países occidentales. Eso, por si solo, constituyó un dato de la realidad problemático para la teoría marxista, o mínimamente para su exclusividad. Además, la dinámica social determinada por la auto transcendencia de las

luchas de clase, determinadas a su vez por las posiciones de los sujetos delante de los medios de producción fundamentalmente industriales, ya no sería suficiente para explicar las dinámicas sociales y las posiciones ocupadas en las estructuras sociales, principalmente en el contexto extra-europeo.

De cualquier manera, este aporte clásico sobre las clases es fundamental para el entendimiento de las diversas teorías que empezaron a tener atención en sus búsquedas por explicaciones que dieran cuenta de la complejidad de las nuevas posiciones ocupadas por los sujetos en el seno de la modernidad, así como de la creciente movilidad social, muy relacionada con la explosión del sector de prestación de servicios (ver los cuadros estadísticos del capítulo uno). Buscando dibujar el cuadro de las principales bases de las teorías sobre clases – fundamentales para la comprensión de los diversos paradigmas teóricos sobre los movimientos sociales al largo de los años –, presentamos las teorías de la estratificación social, referenciadas en gran parte en la teoría multidimensional de Max Weber. Estas teorías ganaron centralidad en el análisis de las estructuras sociales.

Como vimos en el capítulo uno, Weber fue el responsable por el traslado del análisis de clase de la esfera de la producción a la del consumo, centrándose en los conflictos entre los grupos que comparten los mismos estándares materiales de vida, y que por lo tanto están diferenciados sobre la base de las relaciones de mercado y las oportunidades de vida, y también en el rol de los partidos políticos, especialmente los organizados en torno a la etnicidad y la nacionalidad. Este autor – que escribió en el contexto alemán del pasaje del siglo XIX para el XX –, en su formulación multidimensional de los espacios ocupados por los sujetos en las sociedades, hizo la famosa distinción entre las tres dimensiones de la sociedad: el orden económico, representado por las clases; el orden social, representado por el status o estamento (stand); y el orden político, representado por el partido (Weber, 1944, cap. 4). Cada una de estas dimensiones tiene una estratificación particular: la económica, representada por los rendimientos y por los bienes y servicios de que dispone un sujeto; la social, representada por el prestigio y honor que disfruta; y la política, representada por el poder que sostiene. El orden económico, que en última instancia fundamenta la división de clases marxista, no sería más que uno de los aspectos de la estructura social. Como presentamos en el capítulo uno, teóricos como T.H. Marshall, basados en estas ideas, han defendido que en la sociedad moderna, el status sería el elemento primordial en la estratificación social, ya que con el aumento de la movilidad social, el criterio económico perdió fuerza.

Nos propusimos mostrar la centralidad mundial que gana esta teoría a partir de su aplicación en el contexto norte-americano del post-guerra, cuando se cuestiona la existencia de clases como entidades reales o como producto de la fantasía estadística, así como la división de espacio que tuvo con la teoría marxista dentro de la tradición europea, donde al revés, nunca fue un problema la cuestión de clase considerada como realmente existente (Stravnhagen, 1970)¹. Fue este planteo que nos sirvió de base para entender las diferencias entre los paradigmas norteamericanos y europeos sobre los movimientos sociales.

Defendemos, en el primer capítulo, que la oposición entre estas dos teorías no es tan real como en general se suele plantear, porque esta segunda teoría – la de la estratificación social – debe tener como soporte la teoría de clases. Los problemas metodológicos, de la parcialidad de los criterios, de las unidades de medida, entre otros – reflejados puntualmente en la claridad de los criterios de categorización; validez del universo social en que tal estratificación es elaborada; unidad de estratificación – se hace necesario la complementariedad a la teoría de la estratificación, la teoría de clases.

De manera general podemos decir que para que el fenómeno de la estratificación adquiera este espacio dinámico y estructural, es necesario que sea relacionado al análisis de la estructura de clase. Planteamos que en la realidad occidental, marcadamente capitalista, el sistema analítico de las posiciones ocupadas por los individuos dentro de la estratificación social tiene una gran convergencia con el de clase. De esta manera, las características específicas de cada sistema de estratificación dependerían directamente del contenido específico de las relaciones y de las oposiciones entre las clases. Las estratificaciones estarían basadas en las relaciones de clase y tenderían a reflejarlas.

Sugerimos que la complementariedad entre las dos teorías es fundamental para que analicemos la realidad Latinoamericana. Contando con el aporte de la teoría poscolonial, defendemos que la cuestión de clase en América Latina está íntimamente ligada al proceso de colonización y a sus posteriores consecuencias. Así, como la conformación de lo que podríamos llamar de clases urbanas, durante el período de los populismos latinoamericanos, así como la actual estructura socioeconómica, encuentran sus raíces en las relaciones sociales coloniales (Quijano, 2000). Resaltamos la producción de narrativas

¹ No hubo cualquier tendencia perceptible de confundir la definición de clase con la de *status*, ni tampoco sería posible afirmar que hubiera controversia sobre el número de clases sociales definidas convencionalmente.

(que se perpetua en los días actuales, inclusive en ámbito académico), que de hecho no debe ser desvinculada de los propios procesos de dominación. Este aporte inicial es fundamental, aunque en este trabajo se presente como transfondo, para pensar diversos puntos centrales de nuestro trabajo.

Destacamos el período del populismo como un período histórico central en la conformación de las clases sociales nacionales latinoamericanas. Este período fue caracterizado por el desarrollo industrial, donde se conformaron nuevos sectores sociales nacionales. La nueva conformación social, respuesta de la crisis de dominación oligárquica que desplazó un gran contingente de la población hacia los incipientes centros urbanos, exigió del llamado populismo que atendiera los intereses de las incipientes clases. En este proceso, llamamos la atención sobre la mediación promovida por el Estado. Este se presentó como un actor social fundamental para la conformación de los intereses económicos y para la consolidación de los actores socio-políticos. En este sentido podemos decir que el Estado fue desde muy temprano un productor de sociedad, además de su producto.

De manera general, el proyecto industrializador, desarrollado en gran parte de los países Latinoamericanos, involucró el crecimiento de los sectores populares urbanos. Subrayamos la significativa movilización de sectores urbanos en términos políticos, aunque con papeles subordinados, en las alianzas políticas gobernantes, así como el logro de haber atendido las reivindicaciones de carácter laboral, en gran parte institucionalizadas mediante leyes laborales. Entretanto, sugerimos que estas alianzas deben ser miradas como parte de un proceso de negociación política dirigida a obtener el apoyo de los sectores populares (los más numerosos y potencialmente críticos) y, fundamentalmente, como forma de control social, mecanismo elaborado para incrementar la disciplina, el control y la predictibilidad de la fuerza de trabajo.

En el período post-populista, diversas teorías competieron para intentar comprender la amorfa estructura social de los países latinoamericanos, así como su dinámica, donde el campo de manifestación popular estaba presente.

Resaltamos una primera línea de interpretación con respecto de los procesos histórico-culturales en Latinoamérica, dominante durante los años 50 y 60, con foco en la economía, en la expansión industrial, también llamada de teoría de la modernización - estaba anclada en la CEPAL (Comisión Económica para el Desarrollo de la América Latina).

Después, pasamos al planteo, a partir de los años 70, en el período post-populista, de los cambios fundamentales en la estructura social y en los movimientos sociales urbanos: la expansión del sector industrial llevó a la heterogeneización de las fuerzas productivas, que, como veremos mas adelante, influyó en la creación de clases intermedias y en la nueva configuración de los movimientos sociales. Simultáneamente, bajo el régimen militar, ocurrieron cambios políticos hacia el autoritarismo. No había lugar para tolerancias, y las luchas pasaron ser más violentas.

Delante de este cuadro, sumado a la reciente consolidación de una clase media, se percibe en América Latina, la pérdida de proyección histórica de los movimientos sociales de orientación totalizante, yendo hacia transformaciones clasistas acabadas. Es instituida una nueva forma de sociabilidad, una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las practicas sociales se incluyen junto a, y en directa interpretación con lo ideológico y lo institucional-político. Así, ya en los primeros años de la década de 70, se desplazan los estudios de conceptualizaciones estructural-totalizante de las clases sociales a los estudios de actores específicos y problemáticas sectoriales.

En este momento, surge un nuevo paradigma. Cardoso, en los años 70, propone una teoría que reemplazó el paradigma de la teoría de la modernización cepalina, donde toda la realidad social era interpretada como mera consecuencia de las directrices económicas de los países dominantes. Junto con Falleto, este autor llamó la atención sobre las especificidades de América Latina, argumentando que en ella, el desarrollo debería ser visto en el contexto de la dinámica global de la economía. Esta teoría fue llamada de teoría de la dependencia. La teoría de la dependencia influyó en otra teoría, que buscaba entender la condición de privaciones variadas en que se encontraban diversos individuos dentro del sistema capitalista. Esta fue llamada de teoría de la marginalidad.

Planteamos también sobre las teorías de los campesinos y los no campesinos, por la cuales la conformación de las clases sociales urbanas, así como la masa de mano de obra, deberían ser pensadas teniendo en cuenta la relación entre campo y ciudad.

Esta serie de planteos sobre las nuevas teorías que buscan entender la nueva realidad latinoamericana, se refleja en la expresión “crisis de los paradigmas”, referente al paradigma marxista. En América Latina, surgen distintas propuestas, desde las que reconocen la necesidad de rever algunos presupuestos marxistas, hasta las que proponen el abandono del concepto de clase social. En líneas generales, los estudios han señalado las

transformaciones en las estructuras sociales relacionándolas con nuevas formas de configuración de los actores colectivos, atribuidas a la formación de una nueva clase intermedia, en el plano social, y a la pérdida de horizontes totalizante, principalmente en cuanto a la dimensión de clase, en la esfera ideológica, apuntando para su reemplazo por una multiplicación de nuevas prácticas colectivas segmentadas. Acompañando esta tendencia, en el plano analítico, la transformación de estos estudios han ido en la dirección de incorporar dimensiones culturales y sociales al análisis de los movimientos, antes tan centrados en la primacía de lo político o de lo económico.

En este momento las teorías de los movimientos sociales empezaron a destacarse para explicar lo que serían los nuevos actores sociales, los mismos que conformarían los llamados nuevos movimientos sociales. En busca de una mayor claridad explicativa del incipiente paradigma latinoamericano sobre estos nuevos movimientos sociales, presentamos, en el capítulo dos, los paradigmas norteamericanos y europeos - los primeros y referenciales para explicar los nuevos movimientos sociales occidentales -, poniendo en relieve la importancia de un paradigma propio que supere las divergencias entre el protagonismo de clase o el protagonismo de los llamados nuevos actores sociales. Resaltamos, en el tercer capítulo, la importancia de la academia como lugar privilegiado de producción de conocimientos fundamentales para categorías de pensamiento utilizadas por los ciudadanos para la formación de una visión de la realidad en que está inserto.

Abordamos las influencias de los principales paradigmas sobre la formulación teórica sobre los movimientos sociales así como los planteos de los porqués y de las consecuencias de las vigencias de tales influencias - en la década de 1970, del paradigma marxista - principalmente de las teorías marxista-estructuralista, de Castells; y, ya en los años 80, del paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales en sus distintas versiones.

Así, alrededor de los mediados de los años 80, los nuevos movimientos inauguraron una nueva relación entre sociedad civil y Estado y pasaron a ser actores centrales en el proceso de democratización – no solo política, sino más bien de las diversas esferas que componen la vida de los sujetos modernos, todas vistas como esferas politizadas. Los estudios realizados en toda la extensión de América Latina, nuevos conflictos nacionales, de clase, regionales, urbanos, de género, étnicos, sobre la violencia revolucionaria, el feminismo, la juventud, la burocracia, etc., comienzan a levantar, en su propia lógica, formas de identidad y conflicto, que pasan tanto las visiones unidireccionales, economicistas y tecnocráticas de la crisis, como a las simples estadísticas partidarias.

Asimismo, los nuevos movimientos, con mayor o menor intensidad, apuntan sobre la emergencia de un nuevo orden democrático, y la elaboración de nuevas formas de pensar la sociedad, la política y el desarrollo.

Nos preocupamos en incluir este planteo dentro de un análisis más macro, relacionando el desarrollo de los nuevos movimientos sociales a los profundos cambios del sistema capitalista mundial, fenómeno conocido como “globalización neoliberal”². Delante de este fenómeno, los nuevos movimientos sociales serían justamente la forma de organización que refleja una concepción alternativa de ciudadanía, ya que estos movimientos luchan por la democracia no solo en el ámbito político, sino también por prácticas económicas, sociales y culturales que podrían engendrar un ordenamiento democrático de la sociedad como un todo.

Aproximándonos a nuestra problemática central, defendemos que la realidad de los países latinoamericanos, caracterizados por altos niveles de desigualdad social y concentración de renta, así como las propias investigaciones que indican que los principales nuevos movimientos sociales latinoamericanos siguen luchando por el acceso a los bienes básicos (tales como vivienda, tierra, alimentación, etc.), nos trae la obligación de reflexionar sobre la estructura socioeconómica contemporánea de las realidades en las que están insertos estos nuevos movimientos, teóricamente “nuevos” justamente por la superación de un modelo de acción social basado en las estructuras de clase.

Así, si por un lado nos parece incuestionable el cambio de la realidad social sobre la cual Marx formuló su teoría de clases - luego de su aplicabilidad integral para explicar la dinámica social actual -, por otro lado, principalmente cuando se habla de Latinoamérica, las formulaciones teóricas sobre las dinámicas sociales, así como las acciones de los actuales movimientos sociales (ya no configurados por una clase específica, y, por lo tanto, “nuevos”) deben llevar en su seno la dimensión de clase.

De manera correspondiente a la complementariedad de las teorías de la estratificación social y la marxista clásica, defendemos, en relación a la teorización sobre los movimientos sociales, que la oposición entre el paradigma marxista y de los nuevos

² Resaltamos algunas características de este fenómeno en Latinoamérica: nueva división internacional del trabajo; las fronteras nacionales perdieron su importancia y la producción industrial pasó a ser hecha de forma fragmentada, con ocurrencia de procesos productivos en que las ventajas fiscales y económicas de modo general sean más propicias a la acumulación; la economía formal declinó y la informal creció, los sindicatos perdieron poder de forma generalizada, el desempleo pasó a ser una realidad tanto en los países donde históricamente siempre existió, el llamado “Tercer Mundo”, como en el “Primer Mundo”.

movimientos sociales también debe ser superada para la configuración responsable de un paradigma latinoamericano de los nuevos movimientos sociales.

Finalmente, y acá está nuestra argumentación central, sugerimos que el olvido de la dimensión de clase se debe, más que a un “olvido”, a una estrategia muy bien planeada de los actores representantes del capitalismo actual (tal como las redes transnacionales de actores neoliberales) para desmovilizar o “despotencializar” a posibles actores - tales como los nuevos movimientos sociales - contestatarios a la vigencia de un orden capitalista basado en la lógica del mercado y en la desigualdad económica y social. En el capítulo cuatro nos detuvimos justamente en la identificación y al “desvendamiento” de las estrategias de estos actores. Resaltamos el interés de estos actores en la academia, tal como el ámbito científico cargado de legitimidad e influencia sobre la formación de los ciudadanos; y, más específicamente, en el área de la Sociología – y en los Estudios Sociales -, justamente por ser esta el área de producción teórica de, y sobre los movimientos sociales. Citamos y describimos las características de *Think Tanks* actuantes en Latinoamérica en el presente.

Estos actores, haciendo uso de ideologías “post” y del multiculturalismo, logran generar el lugar común que postula la desaparición de las clases sociales. Defendemos que esta estrategia se pone en marcha justamente por ser la dimensión de clase un análisis transversal a los nuevos movimientos sociales – y luego un factor de unión, visualización de demandas y adversarios, o sea de fortalecimiento de estos movimientos -, lo que podría generar reflexiones críticas en cuanto a las nuevas estrategias de dominación, y amenazas concretas a la actual posición hegemónica que ocupan los nuevos actores capitalista, en última instancia representantes de la vieja lógica capitalista.

El olvido de la dimensión de clase en ámbitos de producción de conocimiento, presentado en esta tesis, nos ha interpelado en términos de la complicidad con este olvido o la no percepción, por parte de los nuevos movimientos sociales, de la fundamental importancia de la dimensión de clase en su praxis. La identificación de movimientos contemporáneos específicos que dejan de incluir en sus luchas, en la formulación de sus discursos o en su producción teórica esta esfera de análisis, requieren una investigación empírica particular de mayor envergadura, que será emprendida en la investigación de la tesis doctoral.

Bibliografía

- Achúgar, Hugo (1998). "Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y el conocimiento" en *Teorías sin disciplinas* (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate). México, Edición digital de José Luis Gómez Martínez.
- Alvarez, Sonia (1989). "*Conceptual Problems and Methodological Impasses in the Study of Contemporary Social Movements in Brazil and the Southern Cone*". Ponencia presentada al XV Encuentro de LASA, Miami Florida.
- Bajtín, Mijail (1994). "La Cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais", 1º edición, Buenos Aires.
- Bidaseca, Karina (2005). "Colonos insurgentes. Discursos heréticos y acción colectiva por el derecho a la tierra. Argentina – 1900-2000". Universidad de Buenos Aires, Facultad de Cs. Sociales, 2005.
- Bidaseca, Karina (2009). "Antes de la tormenta, signos de la identidad colona en el desdoblamiento del tiempo. Una tesis sobre su identidad intersticial y la búsqueda de comunidad en un siglo de existencia". Tesis Doctoral revisada. Universidad de Buenos Aires, 2009.
- Bidaseca, Karina (2010). "*Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos) coloniales en América Latina*". Serie Estudios Poscoloniales. Buenos Aires, Ed. SB.
- Bourdieu, Pierre (2009). "Espaço social e gênese das classes", en "*O Poder Simbólico*" RJ: Bertrand Brasil, 2009.
- Burgwal, Gerrit; Salman, Ton (1990). "*Structures of Power, movements of resistance na introduction to the theories of urban movements in Latin American*". Ed. CEDLA, Amsterdam.
- Calderón, Fernando (1987). "Os movimentos sociais frente a crise", en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org) "*Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul*" (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Camacho, Daniel (1987). "Movimentos sociais: algumas discussões conceituais", en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org) "*Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul*" (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Cardoso, Fernando H (1982). "As classes nas sociedades capitalistas contemporâneas", en "*Revista de Economia Política, vol. 2-1, Numero 5*". (Janeiro- Marzo, 1982).

- Casanova, Pablo González (2007). “Colonialismo interno (uma redefinição)”, en “*A teoria marxista hoje. Problemas e perspectivas Boron*”, Atilio A.; Amadeo, Javier; Gonzalez, Sabrina.
- Castells, Manuel (2006). “*A questão urbana*”. Ed. Paz e Terra, 3ª Ed. São Paulo.
- Castells, Manuel. “Globalización, Identidad y Estado en América Latina”, 1999. Berkeley, California – Santiago de Chile, Mayo/Junio de 1999.
- Cemax (Centro de Estudios Marxistas) Sin fecha “Clases sociales y movimientos sociales en América Latina?”. Coloquio de Marx y Engels. GT5 – Relaciones de Clase en el capitalismo contemporáneo.
- Cohen, Jean y Arato, Andrew (1992). “*Civil Society and Political Theory*”. Ed. Mit Press, Cambridge.
- De la Cruz, Rafael (1987). “Os novos movimentos sociais”, en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org.) “*Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul*” (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Domenech, Eduardo (2007). “El Banco Mundial en el País de la Desigualdad: Políticas y discursos neoliberales sobre diversidad cultural y educación en América Latina”, en: Alejandro, Grimson (coord.) “*Cultura y neoliberalismo*”, Buenos Aires: CLACSO. Págs.: 61-89.
- Ernest, Feder (1982). “Campesinistas y Descampesinistas: tres enfoques divergentes (no incompatibles sobre la destrucción del campesinado)”, en A. García “*Desarrollo Agrario en la América Latina, México*” (Lecturas del FCE, numero 41, 1982).
- Escobar, Arturo; Alvarez, Sonia; Dagnino, Evelina (2001). “*Política Cultural y Cultura Política – Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*”. Ed. Pensamiento.
- Garcés, Mario (2003). “Los movimientos sociales en América Latina en el actual contexto”. Universidad Nacional de Córdoba. Escuela de Trabajo Social. http://bibliotecaelariete.files.wordpress.com/2007/10/movimientos_sociales.pdf.
- Giacaglia, Mirta (2002). “Hegemonía. Concepto clave para pensar la política”. Tópicos, *Revista de Filosofía de Santa Fe*, nº 10.
- Giddens, Anthony (2008). “*Consecuencias de la Modernidad*”. Versión de Ana Lizón Ramón. Ed. Alianza Editorial, Madrid, España.

- Gohn, Maria da Glória (1997). *“Teoria dos movimentos sociais – paradigmas clássicos e contemporâneos”*. Ed. Loyola, São Paulo, Brasil.
- Guissarri, Adrian C (2004). “Marcur Olson (1932-1998). Sus principales contribuciones”. Trabajo realizado para la Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- Hall, Stuart (1984). “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuel, Raphael, *“Historia popular y teoría socialista”* Barcelona: Grijalbo.
- Hellman, Judith, (1992) “Estudios de los nuevos movimientos sociales en América Latina y la cuestión de la autonomía”, en Escobar, Arturo. and Sonia Alvarez, eds., *“The Making of Social Movements en Latin America”*, (Westview, 1992): pages 52-61.
- Hobsbawm, Eric (1995). *“A era dos extremos”*. Ed. Companhia das Letras, São Paulo.
- Ianni, Octavio (1990). “A nação das classes dominantes”, en Laranjeira, Sonia (org). (1990). *“Classes e Movimentos Sociais na América Latina”*. Ed. Hucitec, São Paulo.
- Ianni, Octavio (1990). “Relações Sociais na América Latina. Estados e Classes”, em Laranjeira, Sonia (org). *“Classes e Movimentos Sociais na América Latina”*. (Ed. Hucitec, São Paulo).
- Jacobi, Pedro Roberto (1987). “Movimentos sociais – teoria e prática em questão”, en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org) *“Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul”* (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Júnior, João Alfredo Costa de Campos Melo (2007). “A ação coletiva e seus intérpretes”. *Revista Pensamento Plural*. Pelotas, Julio/Dezembro 2007.
- Karner, Hartmut. (1987). “Movimentos sociais: revolução no cotidiano”, en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org) *“Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul”* (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Krischke, Paulo J. (1987). “Movimentos sociais e transição política: contribuições da democracia de base”, en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org) *“Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul”* (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Laclau, E. (1983). "Novos Movimentos-Sociais e Estado na América Latina." Texto apresentado no *workshop* promovido pelo CEDLA (Centro de Documentação Latino-Americano) de Amsterdã, Holanda, em outubro de 1983, bajo el título de “Novos movimentos sociais e Estado na América Latina”.

- Lacroix, Kingsley y Moore, Wilbert E. (1945); “*Some Principles of Social Stratification*”, en “*American Sociological Review*”.
- Laranjeira, Sonia (org) (1990). “Classes e Movimentos Sociais na América Latina: Questões para debate”, en Laranjeira, Sonia (org). (1990). “*Classes e Movimentos Sociais na América Latina*”. Ed. Hucitec, São Paulo.
- Leal, Giuliana Franco (2004). “A noção de exclusão social em debate: aplicabilidade e implicações para a intervenção prática”, en Trabajo presentado en el XIV Encuentro Nacional de Estudios Poblacionales, (ABEP. Minas Gerais, Brasil. Septiembre, 2004).
- Leguizamón, Sonia Alvarez, (2007). “A produção da pobreza massiva e sua persistência no pensamento social Latino-Americano”, en Cimadamore, Alberto y Cattani, Antonio (orgs) “*Produção de pobreza e desigualdade na América Latina*”.
- Marx, Karl (1998). “O Capital” (1986). Ed. Civilização Brasileira, 16a Edição. Rio de Janeiro, 1998.
- Mato, D. (2007a). “Cultura, comunicación y transformaciones sociales en tiempos de globalización”, en: “*Cultura, y transformaciones sociales. Perspectivas latinoamericanas*”. Buenos Aires: CLACSO.
- Mato, D. (2007b). “*Think Tanks*, fundaciones y profesionales en la promoción de ideas (neo)liberales en América Latina”, en Grimson, Alejandro “*Cultura y Neoliberalismo*”. CLACSO, Buenos Aires.
- Mato, Daniel (2002). “Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder”. Universidad Central de Venezuela, Caracas. CLACSO.
- Parkins, Frank (1980). “Estratificação Social”, en Tom Bottomore-Robert Nisbet, “*História da Análise Sociológica*” (RJ, Ed. Zahar).
- Payne, Michael (2002). “*Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*” (Ed. Paiadós. Buenos Aires).
- Quijano, Aníbal (2000). “Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina”. *Revista OSAL*, Setiembre, 2000.
- Richard, Nelly (2005). “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”, en Mato, Daniel “*Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas*” CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.. pp. 455-470. Acceso al texto completo: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/mato/Richard.rtf>.

- Santos, Boaventura de Souza (2001). “Los nuevos movimientos sociales”. *Revista OSAL*, Septiembre 2001.
- Segato, Rita Laura (2010). “Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje”, en *Crítica y Emancipación, Revista latinoamericana de ciencias sociales*, nº 3.
- Sell, Carlos Eduardo (2006). “*Introdução à sociologia política: política e sociedade na modernidade tardia*”. Ed. Vozes. Petrópolis, Rio de Janeiro.
- Seoane, José; Taddei, Emílio (2002). “Movimientos sociales, conflicto y cambios políticos en América Latina”. *Revista OSAL*, Enero 2003.
- Sherer-Warren, Ilse. (1987). “O caráter dos Novos Movimentos Sociais”, en Sherer-Warren, Ilse; Krischke, Paulo J. (org) “*Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul*” (1987). Ed. Brasiliense, São Paulo.
- Simionato, Ivete (2009). “Classes subalternas, lutas de classes e hegemonia: uma abordagem gramsciana”. Universidade Federal de Santa Catarina. *Revista Katál*. Florianópolis. V.12.
- Stavenhagen, Rodolfo (1977). "Classes sociais e estratificação social", en Marialice Foracchi-José de Souza Martins “*Sociologia e Sociedade*” (RJ: Livros Técnicos e Científicos).
- Stompka, Piotr (1998) “*A Sociologia da Mudança Social*” (RJ: Civilização Brasileira).
- Stratta, Fernando y Barrera, Marcelo (2009). “Movimientos sin clase o clase sin movimiento? Notas sobre la recepción de la teoría de los Movimientos Sociales en la Argentina. *Revista Conflicto Social*, año 2, número 1.
- Torres, Berena Patricia. “Los nuevos movimientos sociales: Empoderamiento de los actores sociales”. Facultad de Medicina. Universidad de Antioquia. Sin fecha.
- Touraie, Alain (1989). “*Palavra e Sangue: política e sociedade na América Latina*”. Campinas:Unicamp.
- Touraine, Alain. (1985). “*Crítica a la Modernidad*”. Fondo de Cultura Económica, México,1994.
- Touraine, Alaine (1973). “*Production de La Société*” (cap. VI: “Les mouvements sociaux”, parte “A” y “B”. 1973. Éditions du Seuil, Paris. Traducción al portugués de Braz José de Araújo y Eduardo Macedo Mussi).
- Weber, Max (1944). “*Economía y Sociedad*”, vol IV, cap.4. (México).

- Zizek, Slavoj; Jamenson, Fredric; Gruner, Eduardo (1998). *“Estudios Culturales – Reflexiones sobre el Multiculturalismo”*. Ed. Paiadós.

CUADRO 1

DISTRIBUIÇÃO PERCENTUAL DA FORÇA DE TRABALHO NOS EUA POR SETORES INDUSTRIAIS E POR GRUPOS INDUSTRIAIS INTERMEDIÁRIOS: 1920-1970

SETORES E INDÚSTRIAS	1920	1930	1940	1950	1960	1970
I. Extrativo	28,9	25,4	21,3	14,4	8,1	4,5
1. Agricultura	26,3	22,9	19,2	12,7	7,0	3,7
2. Minerais	2,6	2,5	2,1	1,7	1,1	0,8
II. Transformativo	32,9	31,5	29,8	33,9	35,9	33,1
3. Construção		6,5	4,7	6,2	6,2	5,8
4. Alimentação		2,3	2,7	2,7	3,1	2,0
5. Têxteis		4,2	2,6	2,2	3,3	3,0
6. Metais	32,9	7,7	2,9	3,6	3,9	3,3
7. Máquinas		2,4	2,4	3,7	7,5	8,3
8. Química		1,3	1,5	1,7	1,8	1,6
9. Manufaturados diversos		9,0	11,8	12,3	8,7	7,7
10. Utilidades		0,6	1,2	1,4	1,4	1,4
III. Serviços de Distribuição	18,7	19,6	20,4	22,4	21,9	22,3
11. Transporte		6,0	4,9	5,3	4,4	3,9
12. Comunicação	7,6	1,0	0,9	1,2	1,3	1,5
13. Venda no atacado			2,7	3,5	3,6	4,1
14. Venda no varejo	11,1	12,6	11,8	12,3	12,5	12,8

⁶ Browning e Singelmann, *op. cit.*, p. 23.

IV. Serviços de Produção	2,8	3,2	4,6	4,8	6,6	8,2
15. Bancos		1,3	1,1	1,1	1,4	1,8
16. Seguros		1,1	1,2	1,4	1,7	1,8
17. Imóveis	2,8	0,6	1,1	1,0	1,0	1,0
18. Engenharia		—	—	0,2	0,3	0,4
19. Contabilidade		—	1,3	0,2	0,3	0,4
20. Serviços diversos		0,1	—	0,6	1,2	1,8
21. Serviços públicos		—	—	0,4	0,5	0,5
V. Serviços Sociais	8,7	9,2	10,0	12,4	16,3	21,9
22. Serviços médicos		—	—	1,1	1,4	2,2
23. Hospitais		—	2,3	1,9	2,7	3,7
24. Educação		—	3,5	3,8	5,4	8,6
25. Assistência	8,7	—	—	0,7	1,0	1,2
26. Serviços sem fins lucrativos		—	0,9	0,3	0,4	0,4
27. Serviços postais		0,6	0,7	0,8	0,9	1,0
28. Serviços estaduais		2,2	2,6	3,7	4,3	4,6
29. Serviços diversos		6,3	—	0,1	0,2	0,3
VI. Serviços Pessoais	8,2	11,2	14,0	12,1	11,3	10,0
30. Serviços domésticos		6,5	5,3	3,2	3,1	1,7
31. Hotéis		—	1,3	1,0	1,0	1,0
32. Alimentos e bebidas		2,9	2,5	3,0	2,9	3,3
33. Conserto	8,2	—	1,5	1,7	1,4	1,3
34. Lavanderia		0,9	—	—	0,8	0,9
35. Barbeiros e Cabeleireiros		—	1,0	1,2	1,0	0,8
36. Diversões		0,9	0,9	1,0	0,8	0,8
37. Serviços pessoais diversos		—	1,6	1,2	0,4	0,3
TOTAL DA FORÇA DE TRABALHO	100,2	100,1	100,1	100,0	100,1	100,0

FONTES:

- 1920: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. 14th Census of the United States, 1920. Volume IV, Table 2.
- 1930: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. U.S. Census of Population, 1930. Volume V — General Report on Occupations. U.S. Government Printing Office, Washington, D.C. 1933. Chapter 7, Table 1.
- 1940: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. U.S. Census of Population, 1940. Volume III, Part 1, Table 74. Washington, D.C. Government Printing Office, 1943.
- 1950: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. U.S. Census of Population, 1950. Volume IV — Special Reports, Part 1, Chapter D: Industrial Characteristics, Table 1, U.S. Government Printing Office, Washington, D.C., 1955.
- 1960: U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census. U.S. Census of Population, 1960. Subjects Reports: Industrial Characteristics. Final Report PC (2) — 7F, Table 2. U.S. Government Printing Office, Washington, D.C., 1967.
- 1970: 1/100 Public Use Sample.

CUADRO 2

CRESCIMENTO MÉDIO DO EMPREGO ANUAL
(Países do Mercado Comum, 1965-1975)

Setor	1965-1970	1970-1975
Agricultura	- 0,5	- 0,5
Indústria	+ 0,4	- 0,1
Terciário	+ 1,1	+ 1,3

Fonte: OCDE, Medium Term Strategy.⁸

CUADRO 3

DISTRIBUIÇÃO PERCENTUAL DA FORÇA DE TRABALHO
POR SETORES DA INDÚSTRIA ENTRE 1920 E 1960 (7 PAÍSES)

SETORES E PAÍSES	AO REDOR DE 1920	AO REDOR DE 1930	AO REDOR DE 1940	AO REDOR DE 1950	AO REDOR DE 1960
<i>Extrativo</i>					
Estados Unidos	28,9	25,4	21,3	14,4	8,1
Canadá	36,9	34,4	31,7	21,6	14,7
Inglaterra	14,2	11,8	(a)	8,9	6,6
Alemanha	33,5	31,5	(a)	16,1	9,0
França	43,6	38,3	40,2	31,9	23,0
Itália	57,1	48,1	(a)	42,9	29,8
Japão	56,3	50,9	46,3	50,3	34,1
<i>Transformação</i>					
Estados Unidos	32,9	31,5	29,8	33,9	35,9
Canadá	26,1	24,7	28,2	33,7	31,2
Inglaterra	42,2	39,3	(a)	45,4	46,0
Alemanha	38,9	38,3	(a)	47,3	51,3
França	29,7	32,8	29,6	35,2	37,7
Itália	24,2	29,2	(a)	32,0	40,0
Japão	19,8	19,8	24,9	21,0	28,5
<i>Serviços de Distribuição</i>					
Estados Unidos	18,7	19,6	20,4	22,4	21,9
Canadá	19,2	18,4	17,6	21,7	23,9
Inglaterra	19,3	21,6	(a)	19,2	19,7
Alemanha	11,9	12,8	(a)	15,7	16,4
França	14,4	13,3	15,1	14,4	16,4
Itália	8,6	10,1	(a)	10,6	13,1
Japão	12,5	15,6	15,2	14,6	18,6
<i>Serviços de Produção</i>					
Estados Unidos	2,8	3,2	4,6	4,8	6,6
Canadá	3,7	3,3	2,8	4,0	5,3
Inglaterra	2,6	3,1	(a)	3,2	4,5
Alemanha	2,1	2,7	(a)	2,5	4,2
França	1,6	2,1	1,9	2,7	3,2
Itália	1,3	1,8	(a)	1,9	2,0
Japão	0,8	0,9	1,2	1,5	2,9
<i>Serviços Sociais</i>					
Estados Unidos	8,7	9,2	10,0	12,4	16,3
Canadá	7,5	8,9	9,4	11,3	15,3
Inglaterra	8,9	9,7	(a)	12,1	14,1
Alemanha	6,0	6,8	(a)	11,5	12,9
França	5,3	6,1	6,8	9,4	12,3
Itália	4,1	5,2	(a)	7,9	9,4
Japão	4,9	5,5	6,0	7,2	8,3
<i>Serviços Pessoais</i>					
Estados Unidos	8,2	11,2	14,0	12,1	11,3
Canadá	6,7	10,3	10,3	7,8	9,6
Inglaterra	12,9	14,5	(a)	11,3	9,0
Alemanha	7,7	7,8	(a)	6,8	6,4
França	5,6	7,2	6,4	7,4	7,4
Itália	4,6	5,6	(a)	4,7	5,9
Japão	5,7	7,3	6,3	5,3	7,6

(a) Os países europeus não efetuaram censo durante a II Guerra Mundial (o censo francês foi efetuado em 1946).

Nota: Todas as porcentagens estão baseadas nos dados apresentados no Capítulo IV de Browning e Singelmann, *op. cit.*, p. 174.

CUADRO 4

DISTRIBUIÇÃO OCUPACIONAL DO TOTAL DA FORÇA DE TRABALHO NOS EUA (1900-1970)

CATEGORIA OCUPACIONAL	PORCENTAGEM EM 1960	PORCENTAGEM EM 1970	VARIAÇÃO DE PONTOS PERCENTUAIS	VARIAÇÃO PERCENTUAL
Profissionais	8,01	10,20	2,19	27,3
Semi-profissionais	3,80	4,79	0,99	26,1
Agricultores	4,08	1,85	-2,23	-54,7
Administradores	8,76	8,50	-0,26	-3,0
Empregados de Escritório	15,16	18,02	2,86	18,90
Pessoal de Vendas	7,57	7,28	-0,29	-3,80
Artesãos	14,21	13,75	-0,46	-3,20
Operários	19,34	17,32	-2,02	-10,40
Prestadores de Serviços	11,73	12,68	0,95	8,10
Serventes	5,03	4,40	-0,63	-12,50
Trabalhadores Rurais	2,37	1,26	-1,11	-46,80

Fonte: Browning e Singelmann, *op. cit.*, p. 118.

CUADRO 5

TAXAS MÉDIAS ANUAIS DE CRESCIMENTO DO EMPREGO POR SETORES ECONÔMICOS DE ALGUNS PAÍSES DA AMÉRICA LATINA: 1960-1970

SETORES ECONÔMICOS	Argentina	Bolívia	Brasil	Colômbia	Chile	Equador	Peru	Venezuela	Panamá	México
Agricultura	-0,8	0,5	0,7	1,1	0,3	2,1	1,9	-1,8	0,5	1,5
Mineração	5,0	3,7		1,1	0,6	0,1	1,6	1,2	—	4,2
Manufatura	0,7	7,3	4,9	2,8	3,1	0,8	3,8	8,1	7,2	5,1
Construção	3,1	8,6		3,1	3,2	5,2	2,2	5,2	8,7	5,3
Serviços básicos	0,9	6,4		3,6	3,5	3,3	4,2	7,5	7,2	1,9
Comércio	1,7	—	5,6	—	5,7	—	5,3	7,5	7,2	3,2
Serviços	2,9	3,2	4,1	5,0	3,0	3,0	2,8	3,1	4,9	7,2
TOTAL	1,4	2,2	2,7	2,6	2,6	2,2	2,5	3,4	3,7	3,2

Fonte: Kirsch, H., "El empleo y el aprovechamiento de los recursos humanos en América Latina". *Boletín Económico de América Latina*, vol. XVIII, n.ºs 1 e 2, 1972. Apud MUÑOZ e OLIVEIRA, *op. cit.*

